
LIBRERIA RIVADAVIA
DE
G MENDESKY É HIJO
359-CALLE FLORIDA-359
BUENOS AIRES



TRADICIONES
DE
BUENOS AIRES

P. OBLIGADO

TRADICIONES

DE

BUENOS AIRES

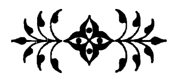
1711-1861

(3ª SERIE)

CON UN PRÓLOGO

DEL

DR. ANJEL JUSTINIANO CARRANZA



BUENOS AIRES

Imprenta del «Congreso», especial para obras, Balcarce 290

1896

ÍNDICE





PRELIMINAR

A veces, la historia suele padecer omisiones inexplicables, que son recogidas y salvadas por la *tradición*, ese eco simpático, que reflejando, resucita el pasado, al exhibir sucesos y protagonistas de segunda fila, los cuales, por su fácil asimilación, hieren con vehemencia á la masa popular que les diera origen.

Así, en las noches tenebrosas del océano, sea bajo la palmera que se abanica en el arenal abrasador ó ya á la fresca sombra del *ombú,* en la pampa solitaria—viajando á bordo de velero sorprendido por falta de viento en los trópicos, ora sobre la giba de tardo camello ó en el lomo de pisador encalmado—el marino supersticioso, tanto como el árabe fanático, ó nuestro gaucho indomable—son abstraídos por el imán del cuentista de casos y tradiciones, el que, hermanando su fantasía á una memoria feliz, esmalta

reminiscencias en pos de las cuales, las horas con ligera danza, ahuyentando la monotonía, se deslizan insensibles.

Como es sabido, en la primera edad del mundo, los hombres no escribían; apenas conservaban el recuerdo de los hechos por la tradición oral, y cuando faltaba la memoria, era suplida con creces por una imaginación fecundísima y vivaz.

Esto demostraría, que la tradición, entra como parte esencial en las costumbres de los humanos, tan propensos á lo sobrenatural y siempre ganosos de escuchar y acoger con deleite lo extraordinario, lo maravilloso, aquello que, preocupando la imaginación, llena el alma de espanto. Por eso eran considerados los cuenteros de oficio, distinguiéndose por su traje bermejo en la corte de Florencia, y ha sobrevivido á los siglos, lo que relata Virgilio de la noche infausta de Troya....

Tal es el sujeto del libro digno de popularidad, á cuyo frente trazamos estas páginas. Su autor, como en los que lleva publicados de índole semejante, es ya un especialista en el género de literatura que cultiva, el que, adelantando cada día, ha logrado dominar la materia, siendo bien conocido, no solo en los países del habla americana, sino también en otros de ambos continentes, cuya prensa periódica y revistas literarias, hace años reproducen con frecuencia, ó vierten á su idioma, como un atractivo, las tradiciones bonaerenses, acompañándolas de los juicios más alentadores.

El doctor Obligado, ha elegido por tema de las presentes, como de las anteriores tradiciones, episodios que podemos llamar nacionales—agrupados en acertadas síntesis, abarcando en sus páginas el Alto Perú (hoy Bolivia), Paraguay y la Banda Oriental del Uruguay—provincias todas que integraban el antiguo Virreinato del Río de la Plata—vale decir, la patria

vieja, grande, tal como la conocieron nuestros antepasados, como la soñamos los presentes y quizá puedan verla más tarde nuestros venideros.

Estas narraciones amenas y rebosando en interés dramático, á la vez que saturadas por el sentimiento criollo, revelan nuestros hábitos en el pasado, que es el objetivo que persigue y ha conseguido su autor, al bordar la leyenda en la que nos hace asistir con curiosidad y misterioso encanto á escenas entretenidas de la remota época colonial, como á otras afligentes en la fatigosa gestación de nuestra vida autonómica.

Durante la larga travesía desde Madrid á Huelva, para concurrir al Congreso Internacional en Santa María de la Rábida, departiéndose de todo un poco, oímos exclamar á un compañero de cruda trasnochada—*Con qué, según vd., su compatriota y mi amigo, Pastor Obligado, me considera como su maestro? Efectivamente, la lectura de sus numerosas tradiciones me proporcionó ratos agradables, demostrando también que ellas pueden ser cultivadas con éxito fuera de Lima, por una pluma que no está destituída de las galas del buen decir.*—Tal opinaba Ricardo Palma, reputado príncipe del ingenio y de quien se ha dicho con justicia, que desde la mina escabrosa, saca á la luz del mundo literario, ese grano de oro sin liga que resplandece en sus Tradiciones con brillo insuperable.

Realmente, el exquisito coleccionador de fráses, refranes y joyas viejas, tenía razón al emitir aquel juicio benévolo, porque los libros de nuestro festivo *tradicionista*, también nos hacen vivir en el tiempo que fué, con ese chispeante y malicioso estilo que roza apenas la epidermis de sus personajes, sin ofender la moral ni las buenas costumbres — puesto que no introduce hasta el hueso el bisturí de la crítica, sino que, manteniéndose en una atmósfera de prudente

ingenuidad, aumenta el mérito de sus cuadros sobre la retardada sociedad de antaño.

Por lo que hace á la presente 3ª Serie, ó *puñado* de tradiciones argentinas, como las llama el autor en su lenguaje pintoresco, es una labor concebida y llevada á término bajo un plan meditado — brindándonos en ella, la rubia espiga sembrada con intención sana en campo exuberante y apenas explotado — la que deja al alcance de todos, después de animar con el soplo de su inventiva, á hombres y hechos que pasaron, pero dignos de perpetua recordación. La frase suelta y exenta de esa especie de anquilosis que se nota en otros congéneres, también es aventajada en gracia y en facilidad—dejando traslucir sus conocimientos en las apreciaciones que emite, no menos que su percepción estética.

Narrador feliz y oportuno, exorna y da realce hasta tener pendiente de su relato al lector, fingiendo á las veces, candidez, para interesar ó divertir; pero la claridad surge en él como un manantial de luz, haciéndole orillar las frases vagas ó conceptos poco determinados, y aunque refiera lo inverisímil, parece no serlo—tal es la maña, habilidad y primor con que lo hace, pudiendo repetir con el genial Hartzembusch — « ....Mis tradiciones fueron escritas más bien para deleitar con la amenidad de la narración, que con la verdad de los lances. »

Es pues un hecho averiguado, que la tradición desarrollada con destreza, cautiva y apasiona. Así, leyendo en Europa á un célebre catalán (Balaguer), de estilo tan sencillo como elegante, hizo surgir en nosotros y realizar el anhelo de ver en persona, entre otras, las ruinas imponentes del castillo de la Mota, en Medina del Campo, donde residió doña Juana *la Loca* y acabó sus días Isabel la Católica.

Empero, nuestro compatriota, sabe tambien comunicar ese fuego sagrado que se trasforma en clari-

dades de nobilísimo entusiasmo, al desempolvar las tradiciones de este suelo, dueño de un pasado tan glorioso, como es inmenso su porvenir.

Desapegado por temperamento y por sistema, de la pasión política que todo lo absorbe, sus gustos literarios le llevan á otro escenario, bien alto el confalón humorístico que simboliza su pluma original é innovadora y de cuyos puntos brotan equívocos y reticencias que dan forma seductora á su pensamiento. Así, de un chascarrillo popular, de una efemérides cualquiera, de un aniversario ó de un pasaje histórico poco dilucidado, sobre dichos ó hechos de hombres notables — el *tradicionista* nacional, urde con acentuado colorido, narraciones que parecen cuentos de hadas, por más que tengan en el fondo su medula de verdad — ya recordando edificios ó literatos olvidados; bien, exhumando soldados beneméritos, cuando no pone de bulto, siquiera sea de paso, nuestros últimos progresos.

Con el objeto único de salvar lo poco que va quedando de una época que ya se borra, nuestro autor, con los ojos y el espíritu fijos en la tierra amorosa del hemisferio republicano, escudriña el tesoro que guarda su tradición y sin otra guía que el exámen; estudiados y sostenidos sus tipos, traslada al papel escenas y diálogos que conservan todo el sabor de la realidad—después de emplear como el poeta latino, las horas fugaces de su existencia, en adornarlos con las emociones más puras y más laudables.

De esa manera, tal vez en su totalidad, cuanto refiere ha sucedido, vale decir, tiene base de verdad—dando color y movimiento con las múltiples tintas de su paleta de artista de buena cepa — á parábolas realmente edificantes, como entre otras, la tradición que intitula: *Cenas del Arzobispo San Alberto,* aquel modelo de prelados por su saber y virtud evangélica—que alecciona á una *viuda honrada pero que no tenía*

la puerta cerrada—la del *Fiscal Catoniano,* al que ya en su decadencia, admiramos de cerca, descubriéndolo en ella, retratado de cuerpo entero—la del *Amor de rodillas,* en que figuran dos beldades, hoy desvanecidas Marta Luján y Genoveva Corbalán, pertenecientes ambas á la primera sociedad de Salta—la de *El hombre que voló,* ó sea uno de los esforzados defensores de Buenos Aires en 1807, al que alcanzamos en la inopia más de medio siglo después de su doble hazaña—la de *El primer Ferrocarril,* en cuyo corto viaje de ensayo, *no se animó* á estrenar el tren, ni la respetable Comisión Directiva que invitara al pueblo á presenciarlo—la de *El primer barco á vapor* que mojó en estas aguas, etc., etc.,—todas á cual más interesantes, recreativas y de enseñanza moral—debiendo añadirse, que las ilustraciones del texto, representan con propiedad, monumentos, lugares y otros objetos de que se ha hecho referencia en la tradición respectiva.

Por lo demás, cumple repetir—el autor es un antiguo ciudadano de la república literaria, por los trabajos útiles con que la ha enriquecido siempre, conservando en su poder testimonios de aprecio de escritores y publicistas como Mitre, Sarmiento, Juan María Gutiérrez, Villergas, D'Amicis, Quesada, Guido, Pellegrini (padre), Tobal, Esteves Seguí, Argerich, etc., razón que nos asiste para no cerrar estas líneas, sin dedicar algunas más á su respecto, como un tributo de ajustada equidad á la constancia y patriotismo con que contribuyó desde temprano, al afianzamiento del principio liberal en nuestro país, al propio tiempo que llevaba adelante su obra de propaganda literaria en esta sección de la América, aun en circunstancias en que la indiferencia pública, condenó á sus apóstoles á vegetar entre paredes de hielo!...

***

Pastor Servando Obligado, nació en Buenos Aires, el 26 de octubre de 1841. Hijo del primer Gobernador constitucional de dicha provincia, durante cuya administración se consolidó el orden público, iniciándose la era de reformas materiales é intelectuales que dieron luego resultados admirables—es nieto del doctor Manuel Alejandro Obligado, que fué secretario de Estado en el Departamento de Hacienda, bajo el Directorio de los generales Álvarez Thomas, Balcarce, Pueyrredón, Rodríguez y Las Heras (1812-1822).

Dedicado á la carrera de sus antecesores, obtuvo en 1862, las borlas del Doctorado en la Universidad de Buenos Aires. Un año después, pronunciaba en el teatro de Colón, en presencia de los Generales de la Independencia, su aplaudido discurso contra el bombardeo del Callao por la escuadra española, el que reproducido por la prensa local, lo fué también en París, por Torres Caicedo en el *Correo de Ultramar.*

Aunque refractario á la política por sus inclinaciones que lo impelían á diverso teatro, como se ha dicho, sin embargo, cuando en momentos de peligro, creyó afectada la vida libre y política de la patria, á la par de otros jóvenes de su generación, tomando una espada en sus manos de ciudadano, concurrió como voluntario, batiéndose en dos campañas en el interior de la República, y también á una guerra sangrienta provocada por el extranjero—siendo el corolario de tal situación, que se alistara transitoriamente en la prensa militante, como colaborador, fundador ó corresponsal, ya en Buenos Aires, el Rosario ó Corrientes, en cuyos clubs vibró su palabra ante la multitud entusiasta y encrespada.

Propagandista de la educación pública desde 1864, luchó por su difusión, estableciendo escuelas en los cuarteles y hasta en el centro mismo de la pampa, á la vez que estudiaba otro problema, á saber: la

reglamentación de la corriente de inmigrantes que afluía á nuestras playas—convencido de la trascendencia de ambos factores en el futuro nacional.

En 1871, emprendía una jira por Europa, Àsia, África y América, la que duró tres años, siendo hasta entonces, el primer argentino que diera la vuelta al mundo—dejando como jalón de aquella, su *Viaje á Oriente*, publicado en la época.

Cinco años más adelante, con motivo de su visita á la Exposición de Filadelfia, sobre la que escribió otro libro en el que refleja sus impresiones (*Los Estados Unidos, tal cual són*)—recorrió las Repúblicas del Pacífico, siendo presentado á su prensa periódica y centros literarios, por Vicuña Mackenna, en Chile, por Palma, en el Perú y por el insigne poeta *yankee* Longfellow en Boston—como ya lo fuera en España, por Castelar, Alarcón, Castro Serrano, Campoamor, Zorrilla, Valera y otras notabilidades — contándolo entre los peregrinos, la Exposición de París en 1889—tercer viaje en que dirigió sus excursiones por Suecia, Moscou, etc.

Llevado á la magistratura de su país—inició varias reformas en el procedimiento legal, con el propósito de que la justicia fuese rápida y barata.

Para reasumir—añadiremos, que el Dr. Obligado fué en diversas épocas de su vida—militar, periodista, viajero, secretario del Departamento General de Escuelas, Fiscal, Juez de 1ª Instancia, Municipal, etc. —colaborando sin descanso, en diarios, correspondencias y folletines, de dentro y fuera del país, incluso la histórica *Revista de Buenos Aires,* en cuyas páginas ensayó el vuelo, dejando rastros de su pluma chusca, infatigable y fecunda—sin olvidar por último, sus ciento y tantas *tradiciones* ya coleccionadas.

***

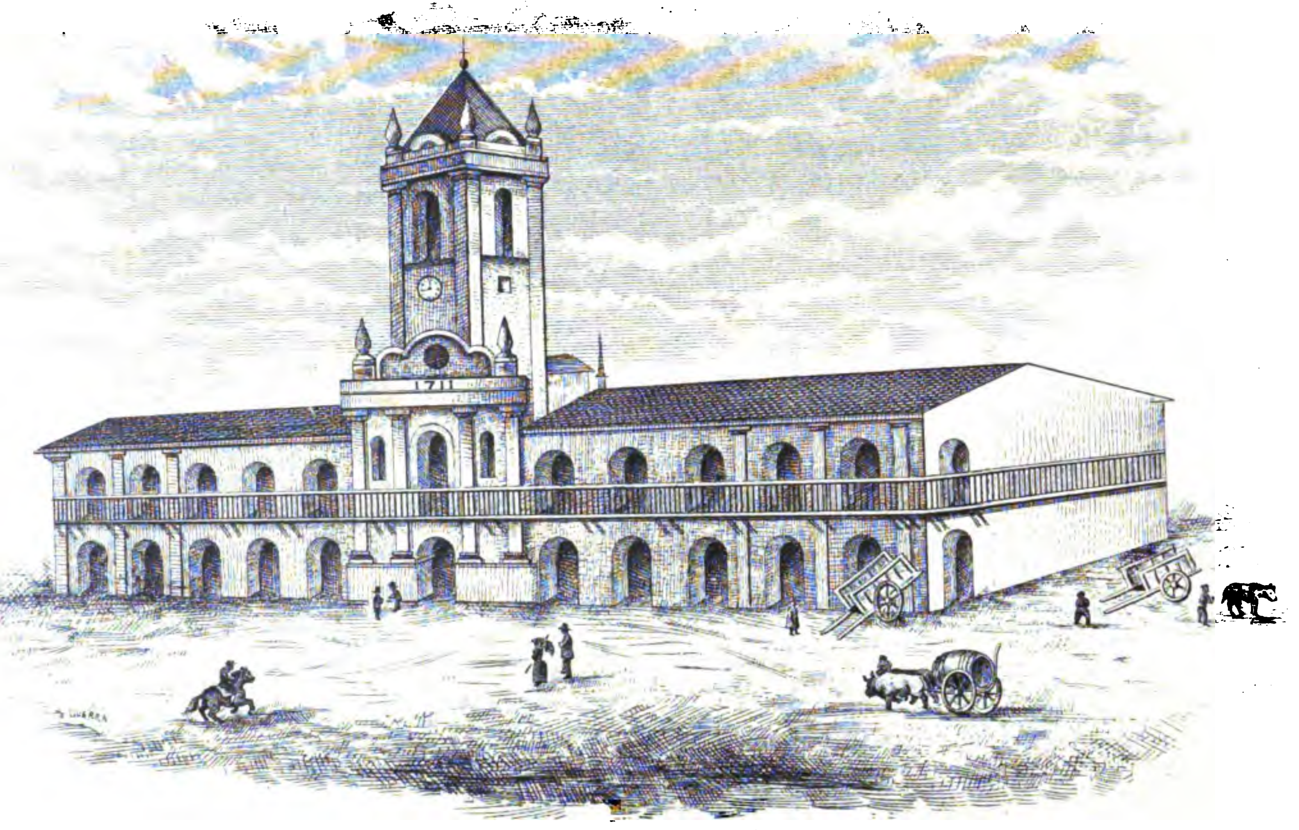
Al dar fin á este esbozo relativo al inteligente modesto publicista que lo ocasiona, nos permitimos tomar de carta anterior del laureado Carlos Guido y Spano, un pasaje en que le congratula sinceramente por su labor literaria con estas palabras generosas, que también hacemos nuestras.

«...Mil plácemes por su libro que ha merecido ya tantos aplausos. Visito en compañía de vd. lo que otros han ido abandonando en el camino y cuyo recuerdo se perpetúa en las narraciones vivas de su pluma amenísima. Volver la mente á lo pasado, equivale á duplicar los goces ó las impresiones de nuestra vida actual. Vd. ha registrado los cofres de los abuelos fenecidos, y ha encontrado en éllos joyas, que si no están de moda, conservan siempre su valor intrínseco, siendo no pocas de oro fino, de las que se guardan como reliquias de familia. Gracias, por la parte que puede corresponderme en la herencia común, inventariada con tanta diligencia y primor de cariñoso ingenio, empleado en curiosear tradiciones antiguas...»

Ángel Justiniano Carranza

San Felipe de Miguens, 11—XI—96.





CASA DE JUSTICIA



LA MÁS VIEJA

I

SUCEDE lo contrario con la edad de las casas que con la de sus habitantes.

Si alguno arriesga indirecta pregunta al respecto, cada una de las sospechadas echa años que es un gusto á la del lado, precipitando el punto final al imprudente diálogo con estas ó semejantes palabras: «La vecina de enfrente, Fulanita, sí que es mucho mayor. Todavía andaba yo en la escuela con mi hermana, cuando ella estaba cansada de asistir á bailes.»

Lo opuesto acontece si de abolengos se trata: todas reclaman el de su casa solariega como el más antiguo.

Así, cuando á cierto curioso se le ocurrió interrogar desde las columnas de *La Nación*,—¿Cuál es la más vieja?—dueñas y anticuarios sacaron papelitos al aire, pergaminos y escrituras tan carcomidas por las ratas como los cimientos que se desmoronaban.

Esta ciudad, reedificada por completo de medio siglo atrás, ha sido ensanchada y alargada hacia los cuatro vientos.

Tanto se extendió en poco tiempo que, como aprisionada en su antiguo ejido, estrecha encontró la tierra, se elevó á los aires y hasta se metió al agua. No porque le llegara ésta á la cintura, que aún no llega á un quinto piso, de los siete de sus últimas edificaciones. Dando un empujoncito al río lo mandó canal afuera, y avanzó tres ó cuatro cuadras para hermosear todo el frente de su ribera con las más sólidas construcciones.

Y con tanta celeridad adelanta la edificación, que hoy se hace una casa en menos de hacerse un libro. Cuando el presente salga á luz, ya no saldrá ésta por rendijas, intersticios y rasgaduras de esos ruinosos tugurios, olvidados vestigios del siglo pasado, que recordábamos en el folletín de *La Nación*. Si no les salieron los colores á la cara, pues no habían adelantado nada en tanto tiempo, canas verdes les sacaron los años y la inclemencia, en el vetusto verdín de sus tejados, y cayeron de viejas, ó de vergüenza.

Elegantes fachadas embellecen ya los antiguos solares de la Aduana primitiva, *Café de Malco*, *La Afortunada*, iguales, sin duda, á la que rejuvenecerá los viejos cuartujos de Borbón, reconstruyéndose al presente.

El mismo día que el demoledor de dicha Aduana nos enviaba un pedazo de la casa más vieja, y el decano de nuestros pintores nos mandaba la fe de bautismo de la de sus abuelos, recibíamos por Correo la siguiente misiva impresa:

«Las interesantes investigaciones que se han venido haciendo sobre arqueología porteña, parecen llegar á la conclusión, de que la casa más antigua de Buenos Aires es la de la calle Florida número 51. Así, por lo menos, lo dice una contemporánea que ha de saberlo, la cual agrega, para documentar su informe, que fué edificada en el siglo XVIII por Don Melchor de Albín, Administrador de Correos del tiempo del Virrey Sobremonte.»

Tal rezaba el papelito consultivo.

II

Sin remontarnos á la edificación de paja y barro de los tiempos de la conquista, pues de la época de Garay nada subsiste, ni una de las cuatrocientas casas que en 1650 contó el primer viajero inglés Ascarate du Biscay, antes de que el Virreinato fuera tal; entre las pocas que restan de la época colonial, acaso tropecemos con los cimientos más viejos, siguiendo el mismo caminito por el que descubrimos vestigios del primer carruaje, el primer vapor y la primera locomotora.

Notaremos, solamente de paso, la contradicción que resalta de la rectificación publicada. Si la que fué cuna del cantor de la patria, (Perú número 553) construída por su padre en la época del segundo Virrey, no es la más antigua, menos puede serlo la edificada durante el noveno Virrey.

No hubo en el siglo XVIII Sobremonte alguno, pues al señor Rafael Nuñez Castillo Angulo Bullón Ramírez de Arellano se le agració con el título de Marqués de Sobremonte, cuando sobre los de Mendoza fundó el pueblo de San Carlos, y éste, uno de los Virreyes que menos virreinó, recién en 1804 llegó á ser Virrey por carambola.

Resultando, al abrir el pliego de mortaja, que había fallecido el otro Montes, nombrado en primer lugar para suceder al señor Joaquín del Pino Rozas Romero y Negrete, vino á tocarle el turno á quien no traía menos nombres, ni más méritos.

No llegó en el siglo pasado ningún Albín, Administrador de Correos, pues el Melchor de este apellido que Concolorcorvo encontró de hábil plumista, cuando el futuro Marqués de Sobremonte era simple Secretario del segundo Virrey Vertiz, sólo fué nombrado Administrador de Correos en 1811, puesto en el que, al ser jubilado diez años más tarde, le sucedió el General Balcarce.

Desmemoriada se descubre, por su propia cuenta, la compañera del último minuete del Virrey más bailarín y menos belicoso, pues si edificó Don Melchor, durante el breve virreinato de Sobremonte, la susodicha casa á la moderna, como se asegura, apenas cuenta noventa años...

Y mientras desenterramos el título ó fe de bautismo de la más vieja de esta ciudad, ascenderemos, por un momento, á la *torre de las balas,* en provisión de un poco de aire que pudiera faltar en la subsiguiente excursión subterránea, pues bajo de tierra y no desde las alturas, se descubren cimientos.

III

¡Y qué montón de viejas enclenques, desdentadas, en desmoronamiento, tembleques y acurrucadas, como en rebozo color polvillo envueltas, bajo la verdinegra pelusa con que los años barnizan, se descubre, en barrio de tanto joven viejo ó calvo sin peluca!

No son las únicas, la casa del señor Don Silverio Ponce de León, de Chopitea, (donde se fundó la Casa de comercio de Murrieta), la de Bendrell y Vivot (primitivo Convento de Catalinas), de Elía, Izquierdo, Andrade, Rodríguez (Mexico, número 560), Basavilbaso, contemporáneas al parecer, de cuando la Catedral era de paja.

A los fondos del balconcito de Rivadavia (Defensa, número 463), coetáneo de la casa de la Virreina vieja, suegra de éste, (Perú, número 381), se ve el solar de la casa paterna, donde nació y murió el vencedor de Salta y Tucumán.

Contigua á él, la antigua casa de Filipinas, edificada por el señor Don Juan de Lezica y Torrezuri, cuando levantaba esta misma torre de Santo Domingo.

Notable por su construcción, con corredores en el interior, la casa de Elía, á la vuelta, que, de un piso en 1775, ha ido creciendo y ele-

vándose con los años, hasta aparecer hoy como de tres, por el rebajamiento de nivel en la calle Balcarce, á la altura de su número 521.

La primera de esa misma calle número 161, que dió nombre á ella, y techo á Generales de tanto nombre, donde vino á luz el que firmara el parte de la primera victoria de la Patria, y otros tres hermanos Generales, edificada por su padre en 1770, el Comandante Francisco Balcarce.

Más lejos se divisa, al confín del barrio del Alto de San Pedro Telmo, la quinta que fué de la señora Tortas de Wright, y hacia el lado opuesto, junto á la primera casa de tres pisos, á veinte pasos de la piedra fundamental, los viejos cuartos de Borbón (Rivadavia, 512), casa, si no de media agua, de medio alto, ruinosa, pero no tanto como la de Piedad 592.

Por la puerta de ésta entraba en su infancia el numen de la revolución americana, á jugar á la sombra de los naranjales de su huerta. Esos gratos recuerdos atraían á Don Mariano Moreno á comprar el año nueve, parte de ese solar á Don Bernardo de Guanes, el mismo donde hoy viven los tataranietos de su padre.

Con su hundido techo de negras tejas y anchas palmas del Paraguay, asentadas en barro sobre paredes de lo mismo, es una de las más viejas que conserva su fachada, tal cual fué. Se han reducido sus fondos, que llegaban hasta los de la *niña de oro,* como llamaban por su cuantiosa dote, á la que heredó la mencionada edificación de Albín.

Y si se observara que lo antiguo de ésta, sólo es su primer piso, tampoco resulta la más vieja. El mismo maestro mayor Don Salvador Sartori que reedificó la casa, hoy de Demarchi, en el propio año de 1848, agregó altos á la contigua, á la casa de la señora Margarita Alizar de Romaguera, propietaria hoy de la de Albín, que el abuelo del dueño de *La Afortunada* construyera (Defensa, número 153), mucho antes de la invención de los Virreyes.

Sacando chispas Don Salvador y rompiendo picos y barretas, le oimos que más trabajo le costaba abrir brecha ó demoler muros

en obra, que de Romanos y no de Godos parecía, que levantar altos sobre ellos.

Si á la casa donde nació el señor Don Vicente López, puede entrar un tataranieto del padre del poeta, por la misma puerta que sacaron á éste á bautizar en 1784, chozno de su chozlo tocara hoy con el mismo llamador que colgó en esa otra muy alta y tachonada de clavos el fundador de la casa Defensa 153, veinte años antes. En tan largo tiempo, no ha salido de la propiedad de sus descendientes.

Antes de pasar adelante, como descargo de conciencia y para que, en la pasión de exhumar antiguallas, no se nos achaque capacidad de echarnos una propiedad en el bolsillo, debemos declarar, que el pedazo de casa que se trajo sobre nuestra mesa, no era cimiento, sino techo; fragmento de cedro apolillado que se desmenuzaba, cayendo en polvillo, menos por sus muchos años, que por la humedad del tejado de barro, del que fué levantado en la Aduana de los Ingleses, así llamada, porque esa Compañía desembarcaba por ahí los esclavos, enviándolos á manejar el arado en las huertas del Retiro, hasta su venta en remate de negros.

IV

Pero, aun no es ésta la casa más antigua; y como prudente será descendamos de la torre, á cuyo alrededor tantas otras caen de viejas, antes que se derrumben sobre quienes andan averiguando su edad, nos meteremos como Juan por su casa, que privilegio fué de cronistas, dentro de la que en la misma calle Belgrano número 450, ostenta en su alto frontis la más antigua fecha (1778).

La casa de las Abadesas la llamaban porque las piadosas hermanas que allí nacieron, para mortificación más, profesaron en diversas Comunidades, y Abadesas llegaron á ser de Catalinas y Capuchinas.

En su segundo patio, y levantando las cuatro losas blancas y azules, (en su esquina S. O.) nos deslizaremos por la galería subterránea que ya encontró abierta el señor Constanzó, cuando edificaba su amplia casa de cincuenta habitaciones é *inmenso aljibe*, por imitar el lujo de que el señor Basavilbaso fué introductor. Continuando bajo tierra, no hacia el sur, donde pasando por Betlemitas acababa la galería en ocultos socavones bajo las barrancas de San Telmo, residencia también de Jesuitas, sino en rumbo opuesto hacia la iglesia de San Ignacio, llegaremos al fin, bajo la pequeña media naranja de la más antigua casa de dos pisos, tropezando con los cimientos buscados.

Nada de brujas, fantasmas, ni una simple alma en pena en sus profundas obscuridades. Parece que éstas ya no andan bajo tierra, sino sobre ella. Ni siquiera una triste viuda ó aparecida nos salió, en tan frío y lóbrego subterráneo. Aunque inocente pasaje para la Casa del Noviciado, más de un secreto guardan sus muros que siempre fueron sordos, no como hogaño, que hasta las paredes tienen oidos.

Contemporánea á la fábrica del Colegio (1722), fué empezada con tal objeto, y varias son las tradiciones que de ella se recuerdan.

En sus sótanos se descubrieron instrumentos de tortura de Inquisición, que á nadie llegó á torturar, porque primero llegó la patria, quemados luego en la plaza pública por manos del verdugo.

Vendiendo salud y relojes, vimos más de una vez echado de brazos y en mangas de camisa, sobre una de las agregadas puertas cortadas á la altura de su amplio abdomen, al grueso señor Antonino, hijo de la cuasi-víctima del Santo Oficio, que no llegó á oficiar.

Mina que tampoco reventara fué abierta desde aquí, según unos, y bajo los Calabozos de Oruro, según otros, por el mismo señor Constanzó, ya dado á excavaciones, con otros dos alarifes catalanes, en Julio de 1806, hacia el Cuartel de la Ranchería, con el poco cristiano propósito de hacer volar medio Regimiento de los ingleses que sorprendieron á la ciudad sin guarnición.

Por la puerta principal de esta propiedad, hoy de Don Pedro

Ibáñez, (Perú, número 196), salió corriendo un día, siendo niño, el poeta Ventura de la Vega, nacido en casa de tanta historia, abrazándose del cañón enclavado como poste de esquina, á tiempo que pasaba el Director Pueyrredón, pidiendo le amparara, pues querían mandarlo á tierra de godos.

Pero tampoco es ésta la más vieja. Reclamamos pergaminos de tan ilustre alcurnia, para aquella cuya misión fué hacer lo que más apetecemos los hijos de esta tierra.

Asomaba á su extremo, hasta no ha mucho, el amplio y decrépito balcón del aposento donde falleció el General Lamadrid, propiedad de la familia del más cáustico de nuestros poetas, el satírico fray Castañeda.

Se trata de colocar en el centenario de tan ilustre General, una piedra conmemorativa en la casa donde nació, como acaba de hacerse en Valladolid, en la que vino al mundo el poeta Zorrilla, y se ha efectuado en la casa de Pío IX (Villa de Luján).

V

Es la Casa de Justicia la más antigua de cuantas á su alrededor subsisten. Ni en los monumentos religiosos, como San Francisco, La Merced y otros, comenzados en los primeros años de la fundación, se encuentran hoy muros más viejos que éstos, pues todos ellos fueron reedificados á mediados del pasado siglo, ni del Fuerte, construído á su frente en 1700, resta habitación alguna de esa época

Después de andarse eligiendo diversos sitios, desde 1611, se empezaron sus cimientos, inconmovibles como la justicia, y con desperdicios y derrames, con Propios de la ciudad, alquileres de indios, umbrales con que cada carreta contribuía, impuestos por leña y otros, fueron adelantando á paso de hormiga ó de tape caminero, (pues tapes eran los que sus primitivas tapias hicieron).

Primero un aposento, después dos, cuadra para presos en su interior, Cuerpo de Guardia al frente, Sala para justicia y Jueces adentro. Tienda para escribanos y alguaciles. Luego un arco, dos, tres, hasta los once concluídos el año XI, continuaron hacia la esquina del primer toril...

Después, y sobre la primera, segunda arcada ó galería, y sobre ésta, en su centro, la torre, años después, y bajo ella el balconcito revolucionario, resto de las Casas Consistoriales, monumento querido, que debemos conservar como recuerdo vivo de los *Padres de la Patria*, á cuya baranda asomaron en la mañana de Mayo, para anunciar al mundo que ya no sería esta tierra gobernada sino por sus propios hijos.

Llena de patrióticas memorias, es la verdadera cuna donde nació la independencia argentina, aunque baluartes, adornos y relieves superpuestos la modernizan.

He aquí la más antigua casa que la tradición venera, y ante la que, siempre al pasar, nos descubrimos con respeto, pues, entre muchas glorias nacionales, conmemora la del primer paso á la emancipación.

Durante el gobierno del primer Gobernador procesado por prevaricación, Don Diego de López y Don José de Arellano recibieron ya en este Cabildo la vara de Alcaldes, el primer día del año 1711, de Don Pedro Giles y de Don Juan Maciel, que dejaron en manos de Don Pedro Saavedra y Don José Rojas, al año siguiente, en la misma sala, concordando la fecha que se recuerda grabada en su antiguo frontis, con las actas del extinguido Cabildo.

Cuando las Casas Consistoriales terminaron, no había hora, ni reloj, ni torre en que colocarlo.

En las primitividades de esta población, los movimientos urbanos del escaso vecindario se regían por toques de corneta del Real, lo que daba cierto aire de acampados, más que de arraigados ó estantes. Al disparo de la bombarda del Fortín se arreglaban las conciencias y las faenas. La comida á las doce, el de queda y cubre fuego al toque de ánimas.

Y hasta cerca de doscientos años, cuando no se veía el sol, no habia corneta, cañonazo, ni hora. No señalando á la sombra el cuadrante de San Francisco, incrustado en el muro del patio del Padre Bolaños, frente al inclinado ciprés que este fraile plantó, no sonaba en el Fuerte el *bocanegra*, cuyo sucesor se oia á las ocho en punto de la noche hasta el año de 1852, con el cañonazo de Palermo.

Pero medio siglo después de concluída la doble galeria del Cabildo, ya los veinte mil vecinos agrupados en el reducido macizo central unos, clamaban por reloj. Y fué la primera suscripción popular, suscripción de cueros, con cuyo importe adquirieron el de la actual campana que sonó la primera hora del año de 1765. Como para colocarlo á conveniente altura se necesitaba torre, en los últimos meses del año anterior, se terminaron los dos cuerpos de la que había quedado en proyecto.

VI

Si no fuera desviarnos demasiado, siguiendo la más vieja, referiríamos más detalladamente como esa histórica campana se ha convertido en bronce sagrado para los hijos de esta tierra, sonando en todas sus horas solemnes.

Nuestra Señora de la Concepción, así bautizada por el Obispo Latorre, bajo la advocación de la Patrona de esta ciudad, si no hermana de leche, media hermana, era de las hijas de la señora Pérez, pues la hizo su esposo, el fundidor Felipe, como aún se lee entre los arabescos en el largo letrero que contorna su borde. Pesadita ahijada (ocho mil libras) para alzarla en brazos, pero digno de ella era su padrino el Virrey de más peso, como que echando en la balanza el de su espada, echó para siempre las huestes lusitanas de la vereda de enfrente.

A sus quince abriles fué herida por traviesa centella que paralizó el reloj. Volvió á señalar con puntualidad los movimientos del ve-

cindario hasta la hora triste en que, dando las tres de la tarde en la del 27 de Junio de 1806, enmudeció, quizá de vergüenza, quedando sorda, por no oir ni contar á los invasores otra hora que la de su rendición.

A los cuarenta días señaló la hora de nuestra primera victoria, (12 de Agosto de 1806), y al año siguiente repiqueteó de lo lindo al ser vencido el segundo ejército invasor. Desde el 25 de Mayo de 1810 hasta el 11 de Septiembre de 1852 ¡cuántas supremas horas ha sonado, mezclando sus vibraciones sonoras á las alegrías del pueblo!

No fué ésta la primitiva. En la tradición de la primera campana narramos como fué aquella fundida con el bronce del cañón de los azotes, enterrado bajo los portales del Cabildo, frente al árbol ó rollo de justicia plantado por el Fundador, la misma, que, vieja y cascada, suena aún en el campanario de Catalinas.

Cuando estas buenas monjas pedían á Liniers *un cañón por misas*, pues que las balas inglesas rasgaron la de maitines, y se lo dirían de misas el pago del bronce para campana, el Virrey de la Victoria encontró arrumbada entre montón de vigas viejas tras la Capilla del Fuerte ese vestigio del primer fundidor. Así el bronce que fué ignominia ó potro de tormento y de martirio para los flagelados en público, continúa en su oficio, despertando á media noche á las que se martirizan en privado.

VII

Cierto día que pasaba el General Urquiza frente á los portales de Cabildo, al oir el clamoreo de tanto *buscapleitos* y entremezclada *gangolina* de negras *mazamorreras*, á quienes chinos y mulatos de la Guardia de Cárcel *carameleaban* sobre los poyitos, largos asientos de mampostería, porque les fiaran alguna empanada, dijo al entonces Coronel Hornos, que le acompañaba en su célebre parejero *gateado:*

«Hum! Callejón de Ibáñez, camino de las Cañitas ó de salteadores, éste es, más que Casa de Justicia. Ni el nombre le ha de quedar, tanto se roba á su sombra».

Y cuentan que, para vengarse, la campana que le oyó desde su altura, siguiéndole los pasos, nunca fuera de horas sonó con más alegria que en la gloriosa mañana del 11 de Septiembre de 1852, convocando al pueblo. En aquella misma plaza acababa de recibirlo (para expulsarle) bajo arcos triunfales, entre flores y laureles, vencedor de un tirano. Alejándole en previsión de la maléfica influencia de la guarida de Palermo, le reservaba mejores dias en que un ilustre historiador, cerca de esta misma torre de la campana, le aclamaría como el Wáshington de la América del Sur.

Pero antes de esto, la profecía de Urquiza se cumplió. En cierta ocasión salía una negra vieja pleitista, como la mayor parte de las devotas de San Ibo, Patrono de curiales, y único del gremio que ha entrado al cielo, según noticia directa á San Buenaventura, llevando el alto de espedientes bajo el brazo y sin camisa. Media loca y desesperada continuaba hablando sola:

—«El perro no era mio, al espantarlo del zaguán atropelló al muchacho que pasaba toreándolo. Quince mil pesos por daños y perjuicios, no más cobraba el muy pillo. Gané el pleito, como no podía dejar de ganarlo. Después de tres años ahora me cobran el triple por gastos, sellos y honorarios »... Amenazando desde el centro de la Plaza con el puño cerrado la Casa que tan cara justicia expedía: ¡Maldita seas, «¡que caiga un rayo y te parta!» exclamó llena de ira... y centella, si no rayo, gemela sin duda de la que en la tarde del 3 de Febrero de 1779 había herido al reloj, cayó sobre su frontis, borrando la primera sílaba de la palabra *justicia*, que en grandes y doradas letras se ostentaba en la base de la torre, sobre la fecha 1711.

Unico rastro de aquella breve tormenta de verano, borrado quedó, por el fuego del cielo, el letrero de lo que se vendía en la casa más vieja; y... *ticia* se leía por mucho tiempo, hasta el año en que el abrazo fraternal de José, esculpido por Dubordieu en el bajo relieve

del tímpano de la Catedral, vino á conmemorar el abrazo de todas las provincias hermanas en unión y libertad, como fiesta de verdadera justicia.

Pero ya es historia de muchas campanas. La primitiva del Cabildo sigue sonando á mayor altura (torre de San Ignacio), y la crónica de sus tañidos de alarma en tierra de tanta alarma, solamente en el año de los veinte Gobernadores, nos llevaría muy lejos, ó muy alto. Tiempo es de bajar del campanario que habíase ido á las nubes en vísperas de caer para siempre, por súbito alargamiento en 1879, como adolescente que se estira de pronto, coronaba la casa más vieja de esta ciudad, ya sin torre, ni campana, ni reloj.

Por cerca de dos siglos, testigo inconmovible ha sido este balcón histórico de todos los movimientos del pueblo, así de las transformaciones que pasaron á su pié, como de los más adelantados principios aclamados desde su altura y de los actos más trascendentales en siete generaciones.

Tres monumentos, al menos, debemos conservar intactos los argentinos que respetamos el pasado. Con el balcón de Mayo, la Pirámide levantada á su frente, el Himno Nacional que hemos cantado á su alrededor...

Reliquias de un pasado glorioso, leguémoslas á los que nos sucedan, como nuestros antepasados las dejaron...!

Cada cosa representa algo de su época, como cada autor ideas, sentimientos, ó expresión del medio en que se desarrolla.

Así, esa sencilla pirámide que ideó Hernández y edificó Cañete, recuerda el punto inicial de la revolución argentina: en su base se ha escrito el nombre de las dos primeras víctimas, allí se han elevado los votos más entusiastas que le han consagrado como el *Altar de la Patria*, según la feliz expresión de un compatriota, donde los ciudadanos, año por año, rinden culto al heróico esfuerzo de sus antepasados.

VIII

En ciudades donde cada monumento entraña una enseñanza, se graban al extranjero, á su paso, hechos notables, leyendo fechas, nombres y recuerdos de los hijos que más la ilustraron.

Con júbilo nos descubrimos un día en Chile ante las ruinas del solar de Valdivia, habitando otro en el de Pizarro, (Lima), y saludando el que la tradición señala como el de Cortés, en Mexico.

Entre nosotros, tan poco dados á vestigios históricos, sin que nos sea permitido conservar la religión del recuerdo, cual si nada enseñara el pasado, apenas pudimos escribir en ruinoso muro, cubierto por yedra salvaje, á orillas del Alto Uruguay: («Yapeyú. Aquí nació San Martín»).

¿Es esta tierra sin tradición, ni glorias, ni pasado?

¿Nos faltan argentinos ilustres que recordar, ó no dejaron éstos ejemplo alguno que imitar?

¿Todos, ó la mayor parte de nuestros próceres, habrán tenido que ir á buscar la tranquilidad de sus últimos días, bien lejos de la patria?

¿Desdeñaremos aquí, por inútil ó vano, incrustar esas piedras que hablan, en el muro levantado sobre el solar que ilustró Belgrano con su cuna, Balcarce con su tumba, donde nació el Cantor de la Patria, ó murió el Presidente de la primera Junta?

Pero, si de la cuna de Belgrano, Rivadavia y Moreno nada existe y poco de la de Balcarce, López, Saavedra, y otros patricios, preservemos la columna de Mayo y la tribuna de la revolución.

La campana que congregó al pueblo en su primera hora de libertad y que, por tantos años, sonó sobre ella, debiera venerarse allí, cual reliquia sagrada que en todas las horas supremas llamó á los argentinos, con su lengua de bronce, á la defensa de sus derechos.

Así nos acercamos reverentes un día en Filadelfia á besar en la *Casa de la Patria*, la campana de la Independencia Americana.

....

Notamos que tan largo como el subterráneo de los Jesuitas, váse extendiendo esta tradición, dedicada al ilustrado decano de los notarios de esta matrícula, bajo cuyos ojos han pasado, sin duda, mayor número de escrituras y viejos títulos de propiedades, no menos torcidas que algunas de las calles recordadas.

En una de éstas, y bajo el más viejo balcón de la calle Perú número 463, antigua Escuela de las Rodríguez, siendo monitora la Juanita Abadesa recordada, vimos, por primera vez, al bondadoso vecino de aquel barrio de nuestra infancia, que más tarde abrazamos con entusiasmo en cierta solemnidad, llamándole la *canción de la patria andante.*

En su complacencia por la infancia, no desdeñaba el ex-Presidente de las Provincias Unidas presidir exámenes de Astete y de Catón cristiano, en Escuela de primeras letras.

La casa en que viniera al mundo el señor Vicente López y Planes, á la cuadra siguiente de la Escuela de las inolvidables señoras Rodríguez, (contemporáneas estas dos edificaciones), resulta, no la más vieja, pero sí veinte años mayor que la construída en el virreinato de Sobremonte.

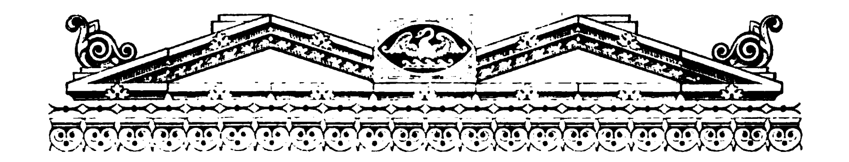
De hundidos techos, tejas sobre barro, como las que describe Ascarate, que no alzaban cuatro varas del piso, la más envejecida lo es la que extendía sus fondos hasta lo de Albín, y que, decrépita y desportillada, abre su negra boca bajo el número 592 Piedad.

....

Pero insistimos en reclamar con justicia el más antiguo abolengo para la Casa de Justicia.

Consagrada á esta virtud primordial, sublime como el Dios de que proviene, siga ella amparando siempre á todos los habitantes de esta tierra, y discerniendo á cada uno lo que le corresponde...





EL GOBERNADOR "MANO DE PLATA"

I

CONOCEN ustedes al General Pata-Gallina? — nos preguntaba cierto día en la Biblioteca de Lima, nuestro ilustrado amigo Don Ricardo Palma.

« Fué la de ese nombre, la tradición que más sinsabores me ha proporcionado.

« Desde entonces, proseguía, en todas mis crónicas, disimulo cuanto es posible, nombres y sobre-nombres históricos de personajes que no siempre lo fueron; pero, como al fin, crónica es lo que relato, tan parecidos suelen encontrarse los aparecidos, que, con harta frecuencia, la nativa malicia pone los puntos sobre las íes, que usar suelo sin puntos, y hételne provocado el conflicto.

« Peliagudo oficio se va haciendo el de meterse en atolladeros por exhumar antigüedades.

« Pierda usted trabajo, tiempo y paciencia en desenterrar empol-

vados señorones, llenos de telaraña, vestidos á la antigua y hablados á la misma, que no reportará honra ni provecho.

« Apenas habrá familia en Lima á quien no haya recordado alguno de sus ascendientes por ella misma ignorados, haciendo resaltar, en honor al país, á la historia y á la moral, los méritos ó medios méritos de abuelos tan olvidados, dejando á sombra sus sombras, por aquella piedad mal entendida, de que, respecto á muertos, sólo se debe recordar lo bueno.

« ¿Y creerán ustedes que se me ha demostrado mucho agradecimiento?

« Eso sí, no faltó quien me recordara. ¿Para darme las gracias?

« No, para darme una paliza... literaria, haciendo cera y pabilo de toda mi literatura, por no haber suprimido algún lunar, sin el cual faltaría el parecido, (ó bellaquería tan sonada), que como eco del pasado repercute en la tradición. »

Todo esto contaba con su sal ática y gracia sin igual delante de Paz Soldán, Pardo, Gómez, Irigoyen, Guzmán, Calderón y otros periodistas, el poeta de las tradiciones, refiriéndonos la desazón que le causó cierto General de la Confederación Perú-Boliviana, llevándole ante el *Jurado*, por encontrarse parecido á su General Pata-Gallina.

« Falsificador de la historia, que ambicionaba renombre, ultrajando el de muertos ó semi-muertos, era de lo menos que se me tildara. Chico pleito fué aquél!

« Pero, señor, me defendía, nada tiene que hacer usted con el General Pata-Gallina de mi cuento. Usted es un General de mucho mérito, que ha dado largos días de gloria á la patria, cuya casaca militar cuajada se halla de medallas, cordones y veneras, que ha hecho sudar la prensa con elogios á sus hazañas, y los papeles públicos...

....

« —¿Qué?—¿Qué dice usted?—Si en mi Departamento no hay papeles públicos, ni hazañas. Usted se ha querido mofar de mí, pintándome con defectos que no tengo, sin respetar mis canas,

heridas y servicios, para costear, con la caricatura de mi figura histórica, la risa de sus lectores.

« —Semejanza alguna aparece entre un Vuecencia implume, en dos piés, y mi General Pata-Gallina, que nunca tomó el olor á la pólvora, que en cien combates lució por su ausencia, como el señor... no lo ha hecho, cuyo nombre no se menciona en parte alguno...
y...
....

« Y, como tanto me fastidiara ese buen señor, cansado de sus majaderías, tuve que pedir al Presidente de la mesa, que hiciera exhibir en la prueba, algo así, como el cuerpo del delito, cuando un chusco gritó desde la barra.

« —Eso es, á ver, á ver? Que saque la pata el señor General á ver si es de gallina.

Aunque algo serril, el cuzqueño escondía la suya en bota fuerte. El público se echó á reir, contaminándose los miembros del Jurado de la hilaridad de la barra, y no sin gran brega salí absuelto, y sin levita.

Ni pariente lejano del General Pata-Gallina, es el que en las siguientes páginas recordamos....................................
....

II

El Gobernador *mano de plata* no pertenece á la colección, digna más de un gabinete ortopédico que del Museo á cargo de nuestro erudito señor Moreno, ó de nuestra humilde galería, en que desfilaron el Mariscal *pierna de palo*, el General *cabeza de mate*, el Coronel *mandíbula de plata*, y otros gloriosos inválidos, tan perseguidos por las balas, como olvidados en la historia.

No hay que confundir este Gobernador *mano de plata*, Teniente

de Rey, plaza recién creada para la muy noble y muy leal ciudad de Buenos Aires, con Don Melchor Porto Carrero que virreinó en el Perú, y quien sustituyera con brazo del precioso metal, el que perdió en la batalla de Harras.

Algo enamoradizo de beldades de azúcar rubia y canela, debió ser, por lo mucho que le sulfuraba el cantarcillo populachero con que los muchachos de la Alameda de los Descalzos sabían saludarle:

Al Conde de la Monclova
Le dicen brazo de plata;
Pero tiene mano de oro
Cuando corteja mulata.

Cuando *mano de plata* llegó á las riberas de su nombre, brazo de plata había salido de la tierra de la misma, sin llevarse ningún Potosí.

Rara-avis entre los virreyes del Perú, y quizá, quizá entre algunos gobernantes que le sucedieron.

....

....

Eso sí, honrados á carta cabal, aunque uno arribara quince años después del otro, y otros quince gobernara cada uno por su lado, fué en lo único que se alcanzaron sus honradas y progresistas administraciones, dejando ambos repetidos testimonios de generosidad en obras fecundas, edificando al pueblo con su ejemplo.

Pero si balsa de aceite, en lo pacífico, parecía la época del Conde de la Monclova, el reverso de la medalla fué la que tocara al Mariscal de Campo Don Bruno Mauricio de Zabala, quien con menos elementos, hizo más.

Si el Conde construyó los portales sobre la plaza frente á la suntuosa Catedral de Lima, en que empleó *veinticinco mil* pesos de sus regalías, el Cabildo y el Palacio, y otras muchas preciosidades, empezando, en su tiempo, las mejores edificaciones, aunque más pobretón nuestro Gobernador, no se limitó á embellecer esta capital, sino á levantar otra nueva desde sus cimientos, como la muy hermosa que hoy ostenta la joven República Oriental del Uruguay.

Después de abrillantar su descollante figura con hazañas singulares en las campañas de Flandes, Namur, Zaragoza y Gibraltar, á Zabala, que había perdido el de persignarse en Lérida, de un valor como de vascongado, y tesón de lo mismo, le tocó hacer entrar en vereda á varios alcabaleros retrecheros y contribuyentes olvidadizos

....

El mismo año de su arribo á este Gobierno (1717), fué el primero de la terrible peste que alcanzó hasta Córdoba, recrudeciendo diez años después...

....

Los indios se levantaron por varios puntos, y los portugueses, asomando las narices por sobre las murallas de la Colonia del Sacramento, íbanse extendiendo como mancha de aceite, hasta quedar chatos por todas partes. Muy luego metió en un zapato á Lusitanos y Charrúas, y hasta en dos á Tobas, Guaraníes y toda la indiada, así en la Pampa como en la Banda Oriental, en el Chaco y Paraguay.

Tras los salvajes se insurreccionaron los cristianos, y en pos de Antequera, los Comuneros, y antes y después, Mamelucos y Paraguayos.

A pesar de las múltiples atenciones de tanta dilatada campaña, no descuidaba el adelanto de los pueblos, en su honrosa y progresista administración.

....

Y á este gran hombre que, con su solo brazo metió dentro de la estrecha plaza de la Colonia, contrabandistas y portugueses, echó á los que pretendían echar raíces sobre la hermosa bahía, que muestra en anfiteatro á Montevideo; expulsó á Antequera, repuso á los Jesuítas, dió á cada uno lo que era suyo, sembró de bienes la inmensa zona, desde los confines del Paraguay hasta la Patagonia, y cuando promovido al rango de Teniente General, le vino el nombramiento para la Presidencia de Chile, le llegó la muerte en Santa Fe.

III

Pero ante la crónica suntuaria de aquella época, mérito mayor que el haber decomisado doscientos mil cueros y ocho mil marcos de plata y embargado todos los bienes de la Compañía del Asiento, en represalia de la usurpación de Gibraltar; aplauso más grande que, por todo esto, le fué discernido entre las damas de antaño, por haber introducido, ¿qué les parece á ustedes?... nada menos que el primer carruaje, por cuyo modelo fueron construidos los que le siguieron.

Tardó en llegar la gente arrastrada á esta ciudad de pacíficos vecinos y modestas costumbres. Sabida es la real pragmática del Diablo del mediodía, el más tirano de los Felipes, prohibiendo traer carruajes á éstos sus lejanos dominios, ni fabricarlos en ellos.

Apenas se hizo excepción para el Virrey y Arzobispo, empezando luego á introducirse como contrabando por algunos señores de campanillas, en Lima, hasta que, cayendo con los años en desuso, la prohibición en semi-corte de tanto fausto, apenas quedó tieso títere, ó rico improvisado, que no fuera arrastrado.

El tal dije de lujo, arribó aquí al siguiente año de haberse declarado esta ciudad muy Noble y muy Leal, nombrándosele un Teniente Gobernador é investido al Teniente General Mariscal Zabala de más amplia jurisdicción.

¿Se prohibiría la construcción de carruajes tal vez por falta de maderas en esta América sin bosques?

No. Por falta de caballos; pues en la tierra de los mismos, escasos los reputaba su Magestad para el servicio del Estado. En aquellos tiempos, que hasta la carroza real era tirada por mulas, (en la Coronada Villa) aquí se boleaba un potro, dejándolo tirado en medio del campo, para sacarle sólo un par de botas de las patas.

Hasta mucho después resaltaba á este respecto la aberración

matemática de que la parte vale más que el todo. Cuando un buen caballo se pagaba en dos pesos, por cuatro no se adquirían sus herraduras.

Hasta doscientos años después de su fundación, se pagaba en cuatro mil pesos un excelente caballo en Lima, cantidad con la cual hace cincuenta años se adquiría veinte leguas de tierra, á veinte leguas de esta capital.

Si se recuerdan las inmensas manadas que Don Juan de Garay encontró de las pocas yeguas dejadas por Mendoza, gemela en lo económica resalta tan inacertada pragmática de la otra salomónica inspiración, de no dejar entrar ni salir cosa alguna de este país, sino por Puerto Cabello, inmediato embarcadero asi — como cinco mil millas.

Temor abrigaba Su Magestad en la paternal manuficencia con que protegía á estos sus fieles vasallos, que llegaron á defenderle la casa, mejor que soldado pago, de que se escapara algo á sus Cajas Reales por esta puerta falsa del Río de la Plata. A la postre, cuando más tapiaba portillos y ventanas, se le escapó el reino entero de Indias, que de tanto tirar, al fin se rompe la cuerda.

IV

Alto, grueso, de hermosa cabellera rizada, bigotillo retorcido, majestuoso talante, era el General Zabala, uno de los más hermosos tipos de su época. Faltándole el brazo derecho, que disimulaba su manga en cabestrillo, aparecía esto menos un defecto, que real testimonio de su bravura. Mal gobernaba el caballo con la zurda, y andando á pie de Buenos Aires al Paraguay, ó de Misiones á Montevideo, cortos le hubieran sido los años de su buen gobierno para vueltecitas semejantes.

En previsión de tan largas jornadas, trajo consigo un pequeño volantín, ó quisicosa, en nada semejante á las lujosas carrozas en la semi-corte de los Virreyes del Perú, arrastrada por una mulita barcina, con el negro que la montaba, y otro esclavo á la trasera, y en ella recorrió su dilatada gobernación, sembrando beneficios por todas partes.

Y fué la segunda, según cuenta el cronista de aquellos tiempos, la en que el Podestá de la Rioja quiso exhibirse poco después, por no ser menos, y le costó un ojo de la cara, no por cara, (tosca confección doméstica) sino porque, cruzando estrechas sendas de tanta arboleda, sin pedir licencia, se atrevió una rama á entrar en la volanta y sacarle un ojo. Al menos así lo cuenta el viajero italiano Cattáneo, que como Jesuita de cepa, no tenía edad para mentir.

Y fué la tercera carroza en Buenos Aires....................

....

Mas, cuenta sería de nunca acabar la de todas las que han rodado en estas estrechas calles, sobre las que hoy cruzan veinte mil vehículos y doble número de cabezas huecas...

Medio siglo después, otro gobernante, si no fundó ciudades, como la de Montevideo, mandó traer lujosísima carroza de gala, cuyo costo superó en mucho al de la fundación de la hermosa ciudad vecina y los recordados monumentos que aún embellecen la capital de las limeñas.

Cifras hay que sintetizan situaciones. ¿No creen ustedes sería una de éstas: carruaje de gobierno por treinta mil pesos oro,—en país en que el cambio de éste, subió á quinientos por ciento?

Tema éste es que no comprende á la crónica del siglo pasado, por lo que legamos su comentario á nuestro colega futuro: el tradicionista del siglo que viene.





LA PRIMERA COMEDIA

EL PRIMER TEATRO

I

Pan y Circo pedía por muchos años el pueblo romano, y más tarde los españoles sólo pedían toros.

Acostumbrábanse á vivir sin pan, pero, sin toros, sin la afición á sus corridas, no se hubiera reconocido ningún español de raza.

Las hijas de esta tierra, dignas descendientes, heredaron sus propios gustos; no clamaban por circo y toros, que causa fuera en *sensiblería* de soponcios y aspavientos; pero aunque el pan anduviera escaso, se apretaban la barriga por exhibirse bien *emperingadas* en teatritos de ocasión y cómicos de la legua.

Si nuestras abuelas no alcanzaron á convertir la vida de la Colonia en perpetuo carnaval, apesar de las sencillas costumbres de este pacífico vecindario, casi, casi hicieron de ella una contínua comedia...

Tuvo lugar la representación de la primera de que há memoria en ésta, allá por los años 1747, con motivo de la coronación de Fernando VI.

Es decir, la primera en público, que en lo interior, en cada casa se representaba una comedia, por el prurito de aparecer, fuera de ella, cada cual más de lo que era, muy distinto de lo que hogaño se estila.

Doce jóvenes aficionados, entre los que se contaban algunos oficiales de marina, toldaron un hueco de la ciudad, que, en su macizo central, cada manzana contaba uno, si no dos.

Triple hilera de sillas, perniquebradas las más, alinearon para las señoras; toscas tablas, figurando bancos, y suelo pelado como su pie, para mestizas y cuarteronas de tente en pie.

La vela mayor del buque figuraba como telón de boca, y en tan improvisado corral, no mucho más raquítico que el de la Pacheca, chulos y currutacas, quedaron con la boca abierta, aplaudiendo, antes y después de media docena de loas y *versiadas* de confección doméstica. *Primero es la honra* y *La vida es sueño* del padre Calderón.

Lo dado á comedias que fueron siempre nuestros abuelos y el entusiasmo de improvisados autores, hizo recibir con aplauso delirante esa primera tentativa dramática.

Si rezongos de sacristía provocó, de sus rincones no salieron, que la muy noble y muy leal ciudad de Buenos Aires, que acababa de ser así declarada por el padre, no podía dejar de aparecer tal, al celebrar la coronación del Hijo...

II

Cuando años después se trató de establecer el Teatro permanentemente, entonces sí se levantó polvareda por naves y confesonarios, subiendo hasta el púlpito, desde el que se le anatematizaba.

Oigamos lo que un padre de campanillas, ó más bien, monigote ó sacristán de cencerro, entre dos sorbos del aromático *somomusco* de las Clarisas, atorándose, exclamaba:

« Escandalizado he salido de la celda á respirar un poco, cuando me han ido con el cuento de que hasta las familias más decentes asistieron anoche á esa Casa de Comedias, ó de farsas, equivalente á casa de escándalo entre histriones y faranduleras.

—Pero si su paternidad me permite, replicaba el más leguleyo de los contertulianos,—todavía en la Corte se representan los *Autos Sacramentales*, pasos y pasillos, que Calderón, Tirso de Molina, Lope de Vega y otros Padres de la Iglesia han escrito con tanto aplauso, pues tengo oído á la confesada del padre Brizuela, que en Madrid, hasta su Guía espiritual acudía á comedias, después de toros y riña de gallos, y asomaba por el balconcito de los frailes, (así llamadas las claraboyas más altas, por ellos frecuentadas).

« Lo cual sólo prueba que los abusos y malas costumbres es lo que únicamente se introduce en esta Corte de aldea, no los buenos usos y altos ejemplos de la nobleza española.

«Como un mal trae otro en pos, tras la Comedia: el Sainete; anúncianse ya fandanguillos y hasta bailes de máscaras. ¡Dios nos asista! Pero si tal cosa sucede, entonces sí que trueno...

« Al día siguiente, subo al púlpito y oirán cosas...

Y como lo dijo, lo hizo; tronó, estalló, reventó, sulfurada su gruesa paternidad.

Al día siguiente, que en la Casa de Comedia, se dió el primer baile público de máscaras, fray José Acosta, después de echar sapos y culebras contra la casa de corrupción de costumbres, predicó que todos los concurrentes á tales espectáculos, se hacían reos de condenación eterna.

Verdad es que menos tardó en bajar del púlpito, que en seguir caminito á la reducción de Recoletos, donde fué puesto en reclusión.

Mas no paró aquí el pandero.

Como al ordenar el Gobernador Vertiz se arrestara al que se había atrevido á censurar diversión tan honesta, como la que la

propia Majestad había concedido, impuso que otro de la misma frailería predicara lo contrario.

Fué fray Antonio Olivares encargado del sermón de desagravio, quien en satírico y burlesco lenguaje, declaró que, al fin, el «Señor Baile podía contraer matrimonio con la Señora Devoción».

En cuanto llegó el chisme á la Corte, y en aquella de Madrid al Fiscal del Consejo de Indias, en su informe de 5 de Marzo de 1774, dispuso se le echara una reprimenda de padre y señor mío, al frailecito número dos, quien desde la cátedra sagrada, faltando á sus respetos, habló de maridaje asaz burlesco, ajeno á la majestuosa gravedad del púlpito.

Tuvo cola, pues, y larga bastante, la primera pirueta con disfraz...

III

Desde antes de inaugurarse el Teatro entre nosotros, suscitáronse mil y una trifulcas entre curas y sacristanes, confesadas y confesores, á punto de que, edificándose el primer Teatro con centinela de vista, ni ésta evitó le prendiera fuego maliciosa cañita de los voladores que enviara traviesa campanera del vecino Convento de San Juan...

Y eso que el progresista Virrey Vertiz, al inaugurarlo como una de las mejores escuelas para las costumbres, el idioma y la urbanidad, erigido en ciudad que carecía de otras diversiones públicas, destinábale á fuente de recursos para la infancia desvalida.

Pero no hubo tutia. Si para los más adelantados:

«Es la comedia espejo de la vida»; y su único objeto:

«Corregir las costumbres, deleitando».

Según los más profundos teólogos de la época, era el Teatro perversión de costumbres, exageración de sentimientos que llena de

humo y malicia á todas esas cabecitas casquivanas forjándose un héroe de comedia en cada pela pava de ventanillo...

Así fué que cuando el Ferrari de aquellos tiempos, Don Francisco Velarde, primer empresario de teatros, se comprometió á edificar un Coliseo de todo costo, semejante á los de España, solicitaba previamente que hasta que llegara la confirmación de Su Majestad, se le dejara hacer un galpón de madera, cubierto de paja, en la Ranchería, para que ayudaran al trabajo los presos en ella, y su guardián le sirviera de custodia. Debía gastar más de nueve mil pesos y pagar dos mil anuales para el sostén de los hijos sin madre, apesar de establecerse tan baja tarifa, que sólo le permitían cobrar entrada y asiento dos reales por blanco, y la mitad por mulato.

En la última temporada, se ha cobrado únicamente nueve mil pesos por palco, equivalente á como ciento ochenta mil reales de entonces. ¡Cómo aumentan placeres y miseria!

Alto tablado ó proscenio para representación; bancos para los hombres en el patio, y lijero techo que no siempre les preservara de lluvias; galería para las mujeres, aposento sin aposentaduría; etcétera.

Hubo aquí como en España una célebre Mariquita en el primer proscenio, como un otro Don Pepe, el de la *cazuela*, pues en las postrimerías del segundo Teatro, y por entre los bancos, gradas, barandillas, desvanes, cazuela, se vendían naranjas y confites entre palabras más melosas que sus caramelos sin papelito.

Callaba el cotarro á la salida de las guitarras; pero al volver á caer el lienzo, tras las loas, entremeses, pasos sacramentales, que olían á chamusquina inquisitorial, volvían á oirse los gritos é imprecaciones del mujererío contra el ahuecador que apretaba mujeres en la jaula ó cazuela para meterlas más adentro, y cuando los llamados comediantes, á los que hoy artistas, (quienes entonces ni se les daba el don), recitaban con gracia una tirada de versos, los mosqueteros gritaban *Vitor!*, en lugar de bravo.

Un farolito colgado en la esquina, posteriormente llamada de la Botica de los Angelitos, uno de los más antiguos edificios de tres

pisos, la barrica de alquitrán, y una fogata, especie de San Juan permanente, en lo opuesta esquina de Chacabuco y Moreno, eran las señales que anunciaban comedia, las noches de representación.

IV

Pero entre el Teatro de la Ranchería, muerto en llamas la noche del 16 de Agosto de 1792, por el malhadado cohete que se le escapó á una monja de San Juan, y el Argentino, hubo de haber otro, quedando en proyecto de lo mismo.

En 1804 se empezó á edificar el Coliseo, en el Hueco de las Animas, así llamado entonces.

En el propio año, construyóse el Argentino, y en 1832 se quemó el Coliseo, sin haberse terminado, consumido por el mismo mal de llamas, que aquí como en todas partes, enfermedad contagiosa es de Teatros, pues el del Porvenir y San Martín, no han sido los únicos chamuscados como San Lorenzo.

Otra coincidencia notable, por lo que parientes de afinidad aparecen los Teatros de ésta y de España, es la de que, siempre propiedad de uno fué el terreno, y de otro el edificio, surgiendo como tercero en discordia perpetua con cómicos y tramoyistas, propietarios y arrendadores, el empresario, llamárase Velarde, Olaguer, Pestalardo, Pezzi, Ferrari ó Almagro; y Plaza Montero, Fernández, Lanús, Cano, los dueños del solar...................

Si escasas fueron entre nosotros las producciones de teatros, que apenas se recuerda una que otra de Labardén, Rodríguez, Belgrano, Varela, Gallardo, Alberdi, Cuenca, Mármol y Gutiérrez, más por humorada escritas, que como dramaturgos, numerosos han sido, por el contrario, los Teatros que hoy en docenas cuenta esta tierra de tanta comedia.

Tras la Ranchería y el Argentino, surgió el de la Victoria,

y después Colón, Porvenir, Alegria, Variedades, Comedia, Politeama, Opera, San Martín, Zarzuela, Olimpo, Goldoni, Onrubia, Nacional, Mayo, Rivadavia, Odeón y otros veinticinco y uno quemado, (ó, con más propiedad, dos quemados).

Actualmente los hay en español, francés, italiano y alguna temporada en portugués, inglés y alemán.........................

....

Si bárbaros aparecen á la distancia los sermones del padre Acosta, que declaraba el siglo pasado feria de vanidad á esas reuniones de lo más selecto, de no mayor *intelectum* se clasificaría al padre sin corona que llegó á hipotecar su única propiedad para abonar las más caras temporadas, y aplaudir desde su palco á la Patti y la Bernhardt, bien que digerieran tan mal sus hijitas: el canto de la una, como el francés de la otra.

Cien años distante, feria de vanidad llama igualmente travieso cronista, la salida de la Opera actual. Lujosos trajes y costosísimos tapados, mal cubriendo profusión de perlas y brillantes en larga é interminable exhibición, á espera del carruaje.

V

Del innato espíritu burlesco dado á descubrir el lado ridículo, parodiando ajenos defectos, nació la comedia, que representa de relieve escenas extravagantes en agudezas de ingenio, por lo que se repite que sólo la que hace reir es buena comedia.

La general propensión á la sátira, graba más fácilmente enseñanzas, haciendo resaltar contrastes, en el buen teatro que se reputa la mejor escuela.

Sea que antes de Esquilo, Themis la inventara, ó que á las fiestas de Baco se remonte su origen, por lo que para ellas se construyó el primer Teatro en Grecia, (año 500 a. J. C.) con anterioridad á los

griegos, en la India y en la China hacía ya parte de sus diversiones públicas.

Si de aquellos la tomaron los Romanos, su influencia la propagó en España, quien con sus usos y costumbres, la generalizó en América; aunque la comedia española es original por lo genuino de su índole.

Cierta tradición quichua recuerda que antes que los guaraníes, dirigidos por sus misioneros, representaran una de las mil ochocientas comedias de Lope de Vega, los antiguos peruanos, con caretas de cuero, hacían farsas, que eran toda una comedia.

Puede decirse que no han aparecido en el Nuevo Mundo, herederos del genio de Shakespeare y Calderon. Sin duda porque hacerse interesante, y llegar á dominar el teatro, con el mas profundo conocimiento del corazón humano, conmoviéndolo hasta las lágrimas, es la mas alta expresión del genio, que, como todo privilegio, no es planta espontanea en sociedades modernas.

El oido y el gusto de tres generaciones, se ha educado y modificado en nuestros teatros, que, empezando el primero bajo pajizo techo, luego bajo coliseo de dorados artesones, desfilaron bajo ellos brillantes constelaciones del arte, dejando oir la más alta nota lirica en la Patti y Tamagno, como la tragica en la Ristori y la Bernhardt, Rossi y Salvini.

Desde 1772 ¿cuántas pasiones se habrán desarrollado aquí, ante la influencia conmovedora de un eximio artista, interpretando un gran autor?

¡Cuántas oyeron, al compás de la armonia de la orquesta, el primer acento del amor primero del rubio moscardón que al lado de sensible virgen deseara más fuerte música, en *crescendo* sostenido, para que, indiscretos, no oyeran la música del alma, que arrullaba otra alma!

Más que en viejos muros de Teatros caidos, quedaron grabados por largos años en la memoria de tres generaciones, los nombres de: Velar, Morante, González Quijano, Culebras, Cossio, David, Viera (argentino), Malpin, Godoy, Cáceres, Casacuberta, Lapuerta, que

acompañan á la Guevara (argentina), Díez, Castañeda, Campanoni, Salinas, Navarro, Funes, Lapuerta, Candell, Cuello, Ortiz, Cordero, Jover, Fragoso y Enamorado, en la misma escena en que luego descollaron Torres, García, Delgado, Valero, Cubas, Calvo, Vico, Coquelín, Novelli, la Duclós, Carvajo y la Rosa.

Desde 1821 se oyó aquí Opera, en que fueron tan aplaudido Rosquellas, Zamppani, Manzoni, Baccani, con la Anselmi, Tanni, Ricolini, Nina, Merea, la Pretti, Biscacianti, antes de vitorear á Tamberlik y Lelmi, que estrenó *Gismonda*, la primera ópera escrita en el país, por el maestro Marotta, Aramburu, Stagno, Gayarre, en los mismos Teatros que la Dusse y la Judic fueron aclamadas.

....

En 1895, el maestro Berutti hacia subir á la escena, su aplaudida ópera *Taras-bulba.* Tres años antes, otro eximio compositor argentino, el señor Bemberg, cosechó aplausos en su encantadora *Helena* en el Teatro Real de Londres.

VI

Y por fin de fiesta: ¿tendréis curiosidad, queridas lectoras, de saber quiénes acostumbraban ocupar los palcos en el primer Teatro, parecido á galpón como la Alhambra?

Aunque ya ha llovido algo desde entonces y no eran de moda los cronistas de Teatro, ni de *vida social,* pero si era esta última más íntima, sencilla y de confianza, sin los estiramientos y lujo de otros tiempos, que, desde bajar de la cama, prescribe prenderse los grandes dormilones ó brillantes, por si llega visita, fuera del día de recibo. La casualidad, en un librero de viejo, judío y anticuario, hizo, bajo nuestros ojos y al dorso de un *listín* de toros, sin duda es-

crito por alguno de los bisabuelos muy dados á sus corridas, la siguiente nómina:

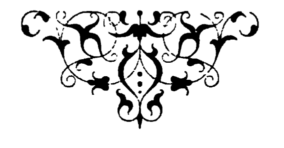
Bueno es recordar que los palcos primitivos, pero muy primitivos, en 1772, cuyos sucesores ostentan hoy más espejos y terciopelos que todos los que en esta ciudad había, eran formados únicamente por seis ú ocho sillas que para cada representación enviaban las familias con el negrito del farol, separados por una simple baranda de los bancos de platea y mirones que no dejaban ver.

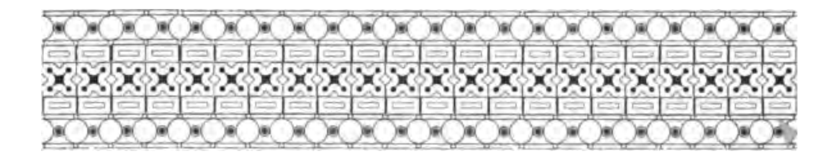
A la trasera de ellos, la mulatilla del *coscorrón* servía el mate, ó traía de la casa vecina humeante chocolatera de plata, como todas las piezas del servicio, en casas donde se variaba la plata por negros esclavos y en cuyas salas contrastaban cortinajes de damasco, bajo viejos techos de caña y teja.

Pero publicada la lista cuando esta crónica fué folletín de *La Nación*, la suprimimos para curiosidad de lectores y no incurrir en la vanidad criticada de quienes arrastraban más la enagua.

....

Fué *Siripo* el primer drama escrito en el país, por el poeta Labardén, y la primera Comedia representada en éste, en 1747; lo que debe ante todo defender el argentino: *Lo primero, la honra.*





LAS TORRES DE LA CATEDRAL

I

Tuvo, ó no, torres la Catedral? Tantas opiniones en pro como en contra teníamos oído, que, al fin, tentados fuimos por la rebusca del viejo papelito apolillado, origen de todas estas verídicas tradiciones.

Acaso no esté demás recordar cuantas Catedrales hubo, quién construyó la primera, lo que cuesta una Catedral, por qué se derrumbó, cuántos mitrados hubo y otros que, sin ser cuentos de sacristía, interesar pueden, aún á los menos devotos...........

....

Antes de recordar la calle Rivadavia en su nombre actual, el de nuestro primer estadista, la llamaron de la Federación, de La Plata, de la Reconquista y calle de las Torres. Como el camino de Barracas, salida al Sud,—ésta, desde sus primitividades, fué extendiéndose hacia el Oeste, ascendiendo y ensanchando de senda á

huella, carretera, calle, camino real, hasta la Ermita de Nuestra Señora del Buen Viaje, en Merlo, como que por él se emprendía, sino siempre el del otro mundo, el del Alto Perú, no mucho más lejos por entonces.

Por más largo tiempo que de las Torres, fué esta calle de «El Martirio», que largo y por muchos años sufrieron en ella nuestros buenos paisanos.

En cuanto asomaban en tropilla tres ó cuatro gauchos llenos de polvo y barro, quienes al dejar su tropa en los Corrales, entraban á la ciudad *medio boleaos* á cumplir el encargo de su china, rodeaban los mozos de tienda en una y otra esquina, *apeñuscándose* como moscas.

Acariciándoles unos el caballo, ofreciéndoles otros, chapeados baratos, hasta limpia lámparas de *lomilleros* y roperías había, que entre bromas y veras y abrazos y palmadas, entrábanlos á la tienda poco menos que á empellones. Una vez en el mostrador, mareados con tal *gangolina*, explotados por la pillería de avispados—tenderos, ingenuos campesinos, pidiendo sólo un pañuelo para la *patrona*, salían cargados con puñal de cabo de plata, grandes *nazarenas*, calzoncillos *crivaos*, *chiripá* de paño onceno, bota fuerte y atado de *inservibilidades* y *chafalonería*, que no cabía en el poncho, pues patrones, dependientes y curiosos no raleaban la salida, sino cuando habían arrancado la última yunta de columnarios de su ancho *tirador* de cuero.

Así, antes de ser Metropolitana, fué esta Catedral, Matriz, Iglesia Mayor, Capilla, Oratorio y desde primer altar alzado en el desierto, creciendo y elevando, se alargó con los años, hasta grandiosa fábrica de sólida Catedral.

Razón hubo para hacerle profundos cimientos, pues una, dos y hasta tres veces cayeron las edificaciones construidas sobre ellos.

¿Y se creerá que por pamperadas ó temblores?

No llegaba por antaño ni un mísero temblorcillo vergonzante de esos que ansía más de una ciudad en ciernes, como pretexto al auxilio oficial de dos ó tres *milloncejos*...

No llegaban los temblores, pero amenazaban llegar los abogados, temible plaga de golillas y busca pleitos.

Desde que se trazara la primera planta de esta ciudad, se destinó un cuarto de manzana para la Iglesia principal, donde aún existe.

Poco distante de ella, se dijo la primera misa. El capellán de la expedición de Mendoza, fray Francisco de Triana, bajo el añoso ombú que, sobre la barranca contigua á la de Lezama, se alzaba hasta el principio del siglo, fué quien en una hermosa mañana de Febrero de 1535, elevara la forma consagrada, en el momento que, saliendo el sol, tras el majestuoso Plata, vino á dorar la blanca hostia, al postrarse sobre suelo argentino sus primeros adoradores.

Cuarenta y cinco años más tarde, en la Capilla que se improvisó dentro del Fortín, rodeado de palizada de una lanza de alto, Don Juan de Garay, que, entre sus sesenta pobladores no trajo capellán, cuando de Santa Fe arribara uno, oyó misa en el Real.

Antes que en la Iglesia Mayor, celebróse el oficio divino en la de San Francisco.

II

En el año de Judas, (trece del siglo XVII), considerando el ilustrado Cabildo lo funesto que sería el arribo de tres letrados por los enredos que acarrean en los pueblos, acordó detenerles en el camino, prohibiendo su entrada. Si la iglesia ésta no cayó, sin duda fué porque la amenaza de letrados no pasó de amenaza, pero grietada y resentida quedó del susto.

Tres años después, anunciaba ruina la primitiva iglesia matriz, por lo que en un Cabildo reunido en la de San Francisco, (Febrero de 1618), resolvióse trasladar allí la custodia, y adelantar qui-

nientos ochenta y nueve pesos al carpintero Pascual Ramírez, de los mil cien pesos de á ocho, en que se había contratado la obra de la nueva iglesia..

....

«—Hablemos claro,—agregaba maese Pascual, introducido ante el Cabildo». No quiero que la tal iglesita me salga un clavo. Se me han de dar todos los que necesite, y las maderas y herramientas. No he de poner más que mis dos manos, que no tengo tres, y los oficiales é indios carpinteros pagados por mi cuenta».

«Labraré y enmaderaré la dicha santa iglesia, hasta que esté para ponérsele encima la caña y teja, cuando el gobernador Hernandarias ordene.»

«No se me fije tiempo,—seguía despachándose el andalucito,—que prometo no alzar mano de la obra, con dos oficiales españoles y nueve indios, hasta encañar y cubrir. Yo les pagaré el jornal, la ciudad les dará de comer, que indios muy tragones salen cuando por cuenta ajena, aunque con boca propia comen».

Y como á pesar de todas estas dádivas, (pedigüeño como indio pampa era el alarife), poco adelantaba la fábrica, en un otro Cabildo, el alcalde Don Sebastián Ordinas, propuso al año siguiente, como ya iban cuatro que se había caído la iglesia, se entregaran todos los sobrantes de la anterior para activar los trabajos.

Y en ella, aún no concluída, se inauguraba el Obispado, y fué, por ende, á Catedral elevada, aún antes de haberse alzado sus techos por el Pontífice Pablo V, quien en 1620 concediera la erección del Obispado del Río de la Plata.

Hasta entonces dependía esta iglesia de la diócesis del Paraguay.

El 19 de Enero de 1621, el primer ilustrísimo Don Pedro Carranza consagraba en Catedral, la iglesia mayor, y el 12 de Mayo del año siguiente, pronunció el auto de erección, estableciendo las dignidades en su primer Cabildo.

Dos religiosos, también andaluces, muy hábiles en todas artes, llegaron con el carmélita Carranza, quienes enriquecieron y adornaron la episcopal.

III

Por sesenta años continuó su construcción y, aunque era la Catedral que más duró, en 1752 se fué al suelo.

¿A qué no adivinan ustedes por qué? Por los continuos pleitos, odios y rencores en que se hallaban este vecindario y comerciantes, abrigado de los abogados que los alentaban á ellos.

¿Lo creen ustedes? Pues yo tampoco.

Pero Obispo tan casuista como el Ilustrísimo Agramonte, así lo afirma y ratifica, al dar parte de que á las siete de la mañana del viernes 24 de Marzo de 1752, cayó la Catedral de esta ciudad.

La nueva, que sobre tales ruinas se alzaba, tardó más en hacerse que en deshacerse el frente que dos torres adornaban.

Prueba de que éstas no sólo existieron, en el modelo que el Canónigo Segurola donó al Museo, encontramos en el viejo expediente de marras, mandando molerse la fachada y torres de la Catedral y construirse de nuevo.

Y como para destruir torres parece debieran haber sido construídas, testimonio irrefutable es de que las tales torres de la Catedral existieron.

A pedido del mayordomo señor Don Manuel Basavilbaso, la comisión de ingenieros nombrada por el Virrey, dictaminaba que era forzoso demolerlas desde los cimientos y poner otro frontispicio, que en altura, longitud y magnificencia correspondiera al cuerpo de la iglesia recién terminada.

El arquitecto Manuel Alvarez de Rocha, que dirigía la obra, defendió las torres de nuestro cuento, que al fin resultaron torrecitas de morondanga.

Pero el señor José Custodio de Saá y Faria, que tanto anduvo enredando la lista allá por Misiones, en cuestión de límites, más larga que la de Chile, como aquí dragoneando de arquitecto, logró

hacer aprobar su proyecto y plano, presentado el 6 de Marzo de 1778, y esas torres, sí, quedaron en el papel.

Y como desde entonces, inveterada costumbre era en esta tierra, derrumbar sin reconstruir, el proyecto de nuevas torres sigue en lo mismo, no siendo el único que en más de un siglo no pasa de proyecto.

Pleito hubo, é intrincado, entre curas y sacristanes, sin necesidad de abogados. Si el Obispo tenía de su parte al Párroco, al Sota cura, Capellán, Chantre, Pertiguero, Crucifijero, Perrero y hasta el herrero, que eran los más; con el Deán y Arcediano opinaban: el Arcipreste, Maestro-escuela, Apuntador, Tesorero (sin tesoro), y hasta el Sochantre, quien más alzaba la voz, y eran los mejores y más gritones, y como tales se salieron con la suya...

Mucho tiempo duró la porfía de si las torres estaban bien hechas, ó si primas parecían á las de Pisa y Bolonia, en cuanto á su inclinación, hasta que, un buen día, cansado de tan largo alegato entre los que defendían y criticaban la obra maestra del maestro Rocha, el Virrey Zeballos decretó la demolición de esas torres, antes que sin previo decreto y por autorización propia se derrumbaran, como luego las de San Francisco.

Su breve existencia que no llegó á tres lustros, como la efímera tradición de haberse llamado calle de las Torres, á la que, en el plano de 1769, con tal nombre señalábase, es lo que ha dejado en duda si existieron sólo en proyecto.

IV

El 25 de Marzo de 1791 se estrenó el frente de la nueva y bella Catedral, y fué el mismo ingeniero portugués Saá Faria, quien dirimió la otra eterna disputa entre el Obispo Malvar y su Cabildo, que pleitear era su oficio, aunque no hubiera abogados — de colocar el

altar mayor en el fondo de la nave principal, ó en medio del crucero, bajo la amplia media naranja.

Y allí se estuvo ese dorado y monumental sagrario, con hermosos altares á sus tres frentes, hasta que, corriendo los años, y cuando Rosas andaba á abrazos y besamanos con el caudillo López de Santa Fe, el canónigo Amenábar, de aquella Matriz, arrasó la Catedral, alzándose con cuanto pudo. No consiguiendo le propusiera de Obispo, Rosas le permitió se llevara retablos, columnas, altares y adornos, teniendo apenas tiempo de volar hasta el fondo, donde acurrucados lograron salvarse, dos de los ángeles de doradas alas, con otros de sus hermanos que adornaban los flancos en diversos planos del elegante y elevado altar.

Antes del desbande de querubines, arcángeles y serafines promovido por Amenábar, bajo pretexto de que los pobrecitos serían aplastados por la inmensa mole de la media naranja, el ingeniero militar francés M. Catelin, tenía empezada (1822) la bella columnata del actual frontis, cuyas torres, sí, han quedado en cimientos, por más que el digno Arzobispo Aneiros las reclamaba.

Bajo la patriótica inspiración del señor Sarmiento (Ministro de Buenos Aires en 1860), y como emblema que eternizara el abrazo de fraternidad que en ese año estrechó con júbilo las catorce provincias argentinas, proyectó el hábil ingeniero Pellegrini, el hermoso bajo relieve del abrazo de José con sus hermanos, reconociéndolos al pie del más antiguo monumento que existe en la tierra.

Y aunque no concluyó aquí su obra, terminaremos esta tradición, para que no sea tan larga como la obra de la Catedral, recordando, siquiera de paso, los nombres de los Obispos que bajo sus bóvedas cachetearon muchas generaciones, al confirmar en la fe de nuestros padres, que Dios quiera no se extinga en nuestros hijos.

V

En 26 de Junio de 1622, quedó definitivamente instalado en esta santa iglesia Catedral su primer Obispo, el carmelita descalzo Pedro Carranza, á quien sucedieron Fray Cristóbal de Aresti, 1635 Fray Cristóbal de la Mancha y Velazco, desde 1641 á 1673; Don Antonio de Azcona Imberto vino en 1677, falleció en 1700, hizo trabajar la Catedral que, inaugurada en 1680, se derrumbó en 1752, y contiguo á ella, la casa para los Obispos. A Fray Gabriel de Arregui en 1713, siguió Don Pedro Fajardo, trinitario, desde 1717 al 1729 Don Juan de Arregui, Obispo natural de esta ciudad, como su anterior hermano, se recibió el 16 de Abril de 1731. Fray José de Peralta Barrionuevo Rocha y Benavídez, limeño, llegó en Junio de 1741. Don Cayetano Pacheco de Cárdenas, arcediano de La Paz, falleció sin consagrarse. Don Cayetano Marcellano y Agramont, en 1748, y nueve años después fué ascendido á Arzobispo de La Plata.

Un tercer Obispo, natural de esta tierra, fué el onceno, Doctor José Antonio Basurco, en 1757, sucediéndole á los dos años Don Manuel Antonio de la Torre.

No bien llegado Fray Sebastián Malvar y Pinto (28 Octubre 1778) cuando se le removió á Arzobispo de Santiago en Galicia.

Al Doctor Manuel de Azomor y Ramírez, en 1784, sucedió, en 1797, el Doctor Don Pedro Inocencio Bejarano; y el último Obispo godo de ingrata memoria, Doctor Don Benito Lúe y Riega, confirmó la primera generación de patriotas desde 1802 á 1812.

Con largo intervalo de sede vacante fué nombrado primer Obispo argentino, después de la independencia de la madre patria y de la Iglesia de España, el Doctor Mariano Medrano y Cabrera, Obispo de Aulón en 1829, Vicario apostólico en 1830, y Obispo de Buenos Aires el 2 de Julio de 1832, hasta el 7 de Abril de 1851, en que, á su fallecimiento, Rosas lo hizo enterrar con gran pompa en la

iglesia de la Piedad. De ésta fué cura, y hasta hoy descansan los restos, al lado de los de su piadosa madre.

En 1854 el Doctor Don Mariano José de Escalada, ya desde 1832 Obispo de Aulón, y elevada la Catedral de Buenos Aires al rango de Iglesia Metropolitana, se le proclamó primer Arzobispo de la nueva arquidiócesis el 4 de Marzo de 1865, falleciendo en Roma el 28 de Julio de 1870, durante el último Concilio, en que por vez primera estuvo representada la iglesia argentina. Tercer Obispo de Aulón, fué el Doctor Federico Aneiros, segundo Arzobispo, desde el 24 de Julio de 1873, poco ha fallecido y sinceramente sentido.

Corresponde al actual prelado, el número 20 entre los mitrados de esta Catedral, cuya diócesis gobierna sabiamente el piadoso Doctor Castellanos desde 1895.

VI

No obstante sus defectos arquitectónicos, es la Catedral el más grande y hermoso templo en la República que como relicario sagrado conserva los más queridos recuerdos.

Bajo sus altas bóvedas muchas generaciones se han congregado á dar gracias á Dios, colgando, de cornisas y pechinas, los trofeos de nuestras primeras victorias, ó implorando la protección divina en sus horas de tribulación. Arca santa de una religión que, como árbol de origen divino, penetran sus raices en lo más profundo de esta tierra; á la sombra de su frondosidad halla el hombre el consuelo de la vida, y creciendo y elevándose, florece en el cielo.

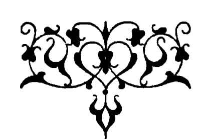
Tal vez cuando la Catedral era de paja, hubo más sincera devoción; pero el tiempo la ha consagrado como el santuario de la fe de un pueblo.

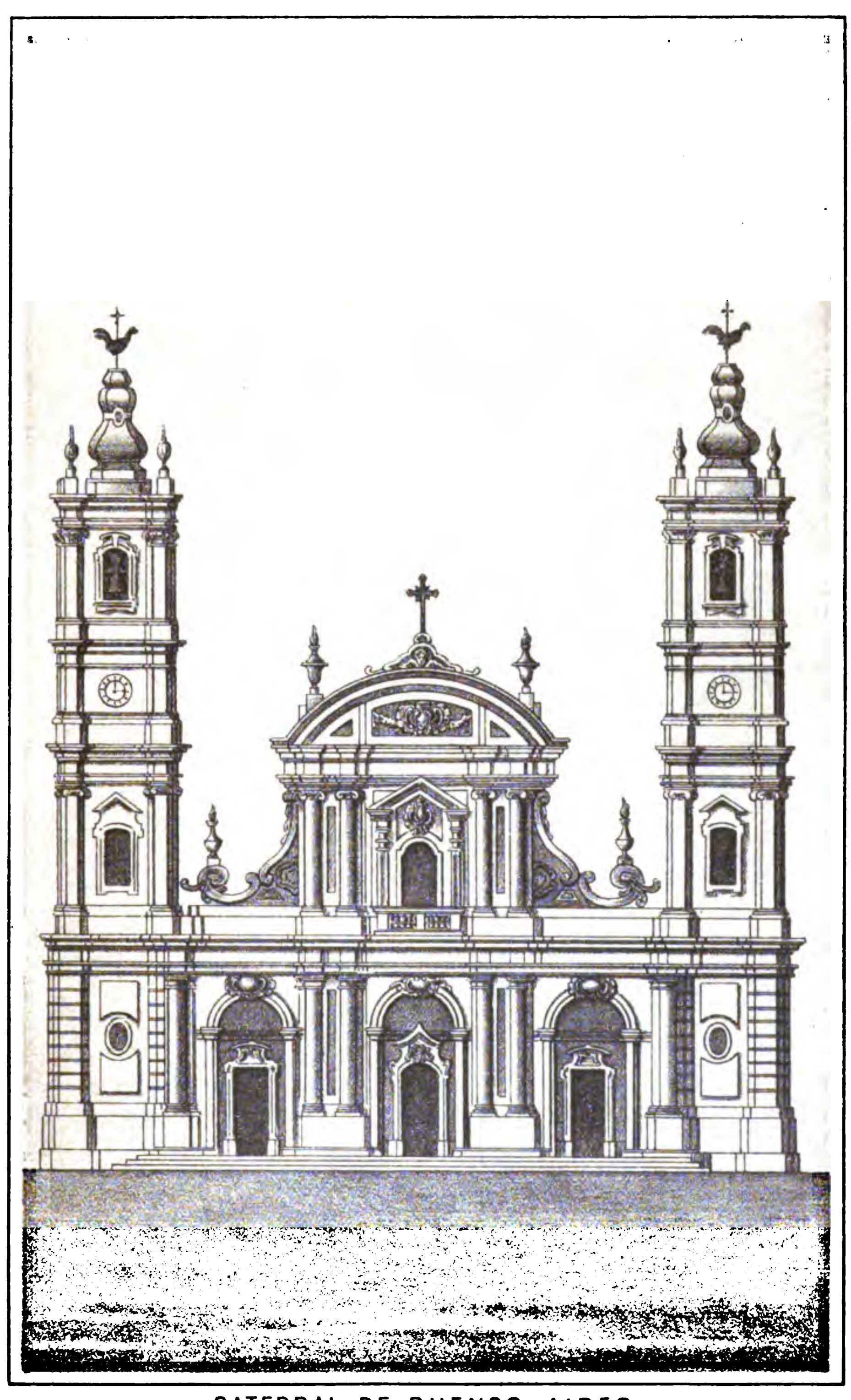
Todo se desarrolla por el crecimiento progresivo; y la Capital de la República cuenta con la mitad apenas de las iglesias requeridas para el culto de medio millón de católicos, exigiéndose ya una Metropolitana digna de la Nación...

Hoy que no sabemos donde estamos, no porque recién hayamos perdido la brújula y extraviada siga la nave de la República, sin norte y expuesta á estrellarse entre los escollos que ante ella se levantan, sino porque no tenemos punto fijo astronómico, desde que cayó la farola de la Aduana, que guiaba en tenebrosa noche al navegante del Plata, y podría de su alta mole levantarse la nueva luz que condujese á nuestro puerto á todos los bienvenidos de los cuatro extremos de la tierra.

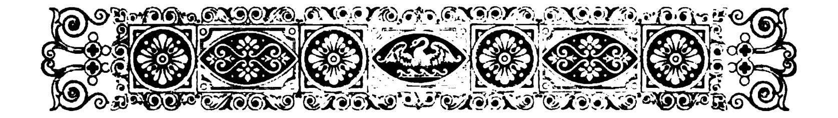
Y á no temer imitar lo del indio pedigüeño de nuestro cuento, después de pedir para la Catedral, mocha como aparece, las torrecillas de antaño y en su reloj la hora oficial (pues nunca los canónigos pierden horas), á semejanza de la torre en cuya altísima cúpula luminosa reemplace la mencionada farola transparente.

Y contiguo á la nueva Catedral débese proyectar el Seminario, á ella anexo, en que se instruyan los jóvenes sacerdotes, á quienes cumple volver el brillo de otros tiempos á la cátedra sagrada, donde resonaron los acentos más elocuentes de fe sincera y del sano patriotismo.





CATEDRAL DE BUENOS AIRES
1760



EL PRIMER BAILE

CRÓNICA DE LA ÉPOCA

DEL

VIRREY DE LOS TRES SIETES

I

Magnífico estuvo el baile, como que todo contribuyó á su mayor realce, cuanto de ingenio, gracia y elegancia había por aquellos tiempos en esta ciudad. Unas con su belleza, con sus atractivos de espíritu, belleza de mejor quilate, las menos, y recargadas las más de alhajas, polvos y lunares, encontrábase en los salones del Alcázar de los Virreyes, la noche del 26 de Octubre de 1777, aquel « todo el mundo » que no falta en Cortes ni aldeas.

Militares y comerciantes, pocos nobles, mucho Alcalde, estancie-

ros y advenedizos muy estirados, del estado llano, que con nombres y trajes de nobles, en demasiada llaneza se expresaban...

Pero qué más, si hasta las monjas estuvieron de baile en aquél que coronaba las fiestas de la inauguración del Virreinato!

Es decir: concurrieron á él, si no con la ligereza de sus piés, con la habilidad de sus manos, como que las mejores pastas, dulces y confituras, no duros confites y canelones de Córdoba eran, sino fina, especial factura de Capuchinas.

Las Catalinas con sus flores, los Dominicos con sus pavos y demás frutas de corral, los Franciscanos con toda clase de hortalizas; hasta San Antonio tuvo allí su representante en los congéneres de su marrano y lechoncitos adobados, que, servidos á media noche, produjeron magníficas indigestiones.

También la de estos frailes, como la iglesia más cercana, había prestado sus viejas alfombras y flamantes candelabros de plata que, con la herencia de los Jesuitas, les llegaran de Misiones.

Desde antes de prenderse todas sus luces en el salón espléndidamente adornado, notábase en el rincón de las zetas el dialecto en *crescendo* de vascos, y las agudas voces que hoy se han retirado al otro lado de Barracas. Hablaban en voz alta, y en montón: Zavalas, Zapatas, Zavaletas, Zeballos, Zúñigas, Zarrateas, Zaráchagas, Zorrillas, Zuloagas, Zarragas, Zubizarretas, Zuvirías; en el mismo salón donde luego danzaban, paseaban y chismografiaban en voz baja, entre las primeras doncellas del Virreinato: las de Anzoátegui, Uriburu, Arteaga, Echenagucía, Echegaray, Elizalde, Sagastizabal, Ibaceta, Gorriti, Ezcurra, Garmendia, Iriarte, Mujica Olavarría, Ortiz, Otamendi, Beracochea...

Vascos como langostas llovieron de Barracas y otros puntos á saludar al único Rey que nos ha visitado un siglo más tarde, cuando llegó por estos barrios Don Carlos, el pretendiente.

Fuerte erizado de cañones para defender la majestad de uno de sus abuelos, lo encontrara convertido en salón presidencial, abierto á todos los bienvenidos. No menos antecesores de los honrados vascos que alzaron entre nosotros su tienda de

trabajo, acudieron á la recepción del Virrey vascongado, menos por lo de primer Vice, que por lo de vencedor de portugueses.

No teniendo costumbre de seguir las crónicas que por hogaño se estilan, haciendo danzar todas las letras del alfabeto, sólo recordaremos de paso, que en la primera contradanza de honor, frente al Virrey, acompañando á la Alcaldesa, señora de Zarratea, y al Almirante, Marqués de Casa Tilly, con la señora del Correo, (Basavilvaso) hacia vis-á-vis el Alcalde de *Vara larga* y la señora de Riglos, y el esposo de ésta á la Mariquita Rospillosi, célebre por su ingenio, digna sobrina del primer Abogado de campanillas que vino al país, sabio maestro de todos los doctores del Virreinato.

Después de tres horas de baile, en la última cuadrilla ya hacian *ojitos tiernos*, entre otros jóvenes oficiales adornados por el fresco laurel de la victoria: Diego de Alvear á la Balbastro; Arce á la Zarratea; frente á Olaguer, que figuraba con la bella Azcuénaga, Saavedra acompañando á la Escalada en danzas y contradanzas, hasta que bien pronto se enredó la danza, en pasos y repasos, como que en todos los pasos buenos y malos, acompañaron por toda su vida estas patriotas abuelas del Virreinato, á tan ilustres militares, cuyos descendientes, después de un siglo, siguen esparciendo la semilla de la elegancia en nuestra culta sociedad y los nobles ejemplos de honradez tradicional.

Si algún cronista *clarovidente* hubiera asistido al primer baile del Virreinato, no habría dejado de recordar, en el salón de honor, el rincón de los Virreyes; pues, en un momento dado, rodearon al General Zeballos, si no todos, hasta la mitad, al menos, de los que bajo solio tan efímero le sucedieron: Vertiz, Olaguer, Sobremonte, etcétera, etc.

II

En la sala siguiente á la del estrado, otro grupo, que bien pudo clasificarse de primer grupo artístico del país, admiraba una antigua tela de nuestra Señora del Luján, firmada por algún Miguel Angel (de exportación)—autógrafo semejante, al que, con anteojo de larga vista, expresamente construído para divisar la hora de la Intendencia, se lee borrajeado en el gran cuadro de la sacristía de San Francisco, de gran elevación, si no por su mérito, por la bóveda en que se halla suspendido.

Estático la contemplaba el célebre escultor guaraní, misionero José, que más tarde exhibió esa obra admirable de inculto ingenio y de paciencia, en la imagen del Señor de la misma, á la entrada de la Merced, y el cuzqueño Rivera que poco después nos había de legar el primer grabado hecho en el país, representando la misma Virgen milagrosa, observaba la primera medalla acuñada en Buenos Aires, en 1746—jura de Fernando VI—en el ángulo opuesto.

No obstante la gravedad y circunspección de las parejas en el baile, lo ceremonioso de los saludos y pausado de las figuras, del silencio entrecortado por medidos diálogos en voz baja, más sospechados, que oídos, entre tímidos *percundantes*, no dejaba de saltar alguna chispa de espiritualidad que iba á romper la monotonía de esa fila de mudas sentadas en camoncillos entarimados, á lo largo de las paredes.

No se hablaba de modas, que poca novedad se introducía en la de los tiempos coloniales, ni de política, que no había, ni de periódicos, que no llegaban. Se murmuraba menos, cortándose pocas sayas que escasas eran las sastras, pero hasta en los bailes se conversaba de santos que no sólo en iglesias, sino en calles y salones se veneraban.

Así *pispamos* al pasar, (agrega el cronista), que, como observa-

mos..no fué *clarovidente*—parte de chistoso diálogo, entre una viva andaluza y otra grave castellana, contemplando un San Bruno de naranjo. El cura de Jesús y Trinidad lo acababa de enviar. Años antes habíaselo obsequiado el Cacique de aquella reducción al General Don Bruno de Zabala, al llegar allí á poner paz entre Mamelucos y Guaraníes.

En el rincón de las imágenes y entre otras, más ó menos toscamente labradas, se agrupaban las de los Apóstoles, de Corpus y otras Misiones; pues, si los Santos no estaban de baile, no se retiraban sus imágenes de la sala de fiesta por aquellos tiempos.

Admirando ambas compañeras la santa imagen.—«Si está hablando,»—dijo riendo la salerosa.

—No habla, porque su regla conventual se lo prohibe, contestó su amiga. Pero está muy parecido.

—Le conociste?

—No fué de mi tiempo. De la comunidad del silencio, (aunque en Granada hay Cartuja), poco prosperarían mudos Trapenses entre andaluces que hablan por los codos. Me contó sí, una devota del Santo, su media parienta, que nada de su nombre tenía San Bruno en su color; pues, si pálido le puso el agua de Colonia en que se bañaba, en magro y transparente le convirtió la vida ascética á que se consagró.

—¿Cómo mujer, pues que desde su tiempo vendía Farina, como sus sucesores tras de esa Catedral el agua, que falsificada, me acaba de marear en el tocador?

—Otro es el que te anda mareando, y me parece sospecharlo en aquel oficialito buen mozo que bordea entre dos aguas, cortejándote, conjuntamente que á la sobrina del Virrey, como su digno ayudante. Por lo demás, natural es que este Santo, Bruno de nombre, y blanco de cara, cuando fué Obispo de esa Catedral que nunca se acaba, saliera por la puerta que da al río, á bañarse en las aguas del de Colonia.

—Verdad. Pero algo se le olvidó al Obispo de aquella perfumada diócesis, como el hacer obligatorio el ingreso en su comunidad ú orden del silencio á todas las suegras, desde que fueran proyecto.

—Fatal olvido! Por eso, dice mi marido, buscó novia sin suegra.

Y seguían del brazo, riendo, cortando y criticando, entre tan serias parejas *emperindingadas*, esas dos bellas hijas de la hermosa España, cuya chispa de heredado ingenio, cien años después, en los salones del Progreso, reunía alrededor de alguna de sus nietas, gran número de festejantes.

III

Atraído, sin duda, por el recuerdo de la tierra lejana, cerca del San Bruno de naranjo sin espinas, hallábase el artista del país de los mismos, indio Miguel, maestro de orquesta sin segundo, discípulo de los Jesuitas.

Tanto vibró su violín que hasta en la inauguración de San Fernando (1805) todavía guiaba en el Canal la banda de jóvenes guaraníes que alegraban la fiesta con su agreste música.

En un ángulo del salón principal, al pie del estrado, dirigía éste la orquesta que, á uno y otro lado del clavicordio, formaban arpas, violas, flautas y guitarras.

En el descanso, había ido á tomar su matecito paraguayo, al tiempo que el joven Rivera se lo alcanzaba al teniente Vedia, y en momentos que éste, futuro abuelo del malogrado poeta Adolfo Mitre y Vedia, explicaba al padre del poeta Rivera Indarte, cómo venía de voltear la última bandera portuguesa que flameó sobre los muros de la Colonia del Sacramento. Tan aprovechada lección, dió por resultado que, años después, á pocos pasos de la sala del primer baile, desde el bastión sud de este mismo fuerte, con certero cañonazo volteara el hijo del grabador y padre del Tirteo argentino, la bandera inglesa, tan breves horas enarbolada en la *torre de las balas.*

Cada ramillete parecía un monumento y cada mesa un altar,

en la cargazón de adornos, de luces y de flores, que no en balde mandaran las monjas sus mulatas de mejor gusto en lo de componer altares.

El benjuí, las pastillas de las Catalinas, los zahumadores y flores de seda y gusanillo, orlando los marcos de espejos venecianos y aun el murmullo y cuchicheo de chinas y mulatillas (cabezas más ó menos desgreñadas, agrupándose entre las gruesas rejas de las ventanas), envolvía todo aquello en cierto ambiente de sacristía.

Siguiendo el largo zaguán, apenas alumbrado por farolillo vergonzante colgado de la bóveda, lagrimeando sebo de amarillenta vela de baño, llegábase al cuarto de los recortes; pues, sayas y honras cortábanse á destajo entre el Capellán Castrense y la mulata chismosa que preparaba el chocolate.

Servía como de sacristía á la Capilla del Fuerte tras del pabellón de dos pisos próximo al bastión norte, aquella habitación en que algunos viejos vecinos, contertulianos de todas las noches, tomaban mate, jugando al tresillo.

Una gran copa de bronce en el centro, llena de fuego, supliendo la estufa, no introducida al país, calentaba la chocolatera de plata, con que servíase el aromado *somomusco*, en grandes pocillos, alcanzados por el negrillo de librea dominguera.

De vez en cuando, la murmuración quemaba, subiendo de punto. Como el chocolate apagaba las brasas al subir y derramarse, apagaba la efervescencia, el físico Señor de O'Gorman, Cirujano de la Real Armada y primer Protomédico, tan alto y esbelto como su simpático nieto el Canónigo O'Gorman. Prudente y tolerante como él, desde su sillón de baqueta claveteada interrumpía la murmuración en cortes á éste semejantes: «Pues, si la currutaca del traspie referido se halla en el salón, calumnia ha de ser de alguna envidiosa de su donosura. En sociedad tan reducida, todos nos conocemos, y el Señor Virrey ha venido á redimir cautivas y no Magdalenas.

III

Frente á la puerta de entrada, colgaba un cuadro de Santa Cecilia, y á los lados dos consolas de pie de cabra, sostenían largos espejos venecianos. Una araña central, de plata maciza, esparcía la luz de seis velas de cera, hacia los estrados que á una y otra cabecera se alzaban en gradas.

A la derecha, el de las señoras, y á la izquierda para los caballeros. De peluquines empolvados y con largas coletas éstos, lucían zapato de hebilla de plata sobre media de seda blanca, estirada y adherida al calzón corto, deslumbrante charretera, corto y largo chupetín bordado, como el casacón. De cortos y encarpados vestidos de *brocato* y *fisú* de seda ellas, en sus ceremoniosos saludos y pausados movimientos, parecían tiesas imágenes de palo, con amplios guardainfantes que las ahuecaba tanto como su vanidad; anchas mangas, cinturas de avispa, altísimos peinados blancos, daban, no la mano, sino apenas dos dedos, como quiere el empresario Querubini en la parodia de la Africana, para contradanza tan solemne y muda, como pasos de los conventuales de San Bruno.

La medida conversación en voz baja adolecía de parsimonia y monotonía, pues nadie se hubiera atrevido durante la danza á dirigir la palabra á su compañera, exponiéndola á perder el compás ó equivocar una figura, cosa más grave que mayúsculo *lapsus lingüe* entre vascos y andaluzas.

Grupos de hombres á un lado, departiendo á media voz y murmurando menos que en la actualidad, y señoras sentadas en el opuesto. Apenas se aproximaban á éstas, cuando el maestro de ceremonias, ó bastonero oficial, nombraba las parejas.

Por su lujo, elegancia, por su belleza y *esprit,* tuvieron en aquel primer baile del Virreinato, digna representación, entre

otras antiguas familias, las de Gainza, Agüero, Olavarría, López, Perdriel, Maciel, Balcarce, Uriarte, González, Rocamora, Aguirre, Ibáñez, Marín, Lezica, Acasus, Igarzábal, Rodríguez, Pereyra, Lucena, Laja-Rota, Arroyo, Irigoyen, Urien, Larrea, Segurola, Leiva, Salas, Gómez, Gauna, Fernández, etc.

IV

Alguna de nuestras amables críticas, que suele meter sus naricitas ó pasar sus ojos por estas tradiciones, antes de publicarse, asegura no fué éste el primer baile.

Insistimos en creer que el primer baile en el Alcázar de los Virreyes no pudo tener lugar antes de la invención de los mismos.

De rama en rama, entre las de los manzanos del Paraíso, huyendo de la astuta serpiente y á salto de mata, ó brinco de contradanza, se deshacía en muecas y contorsiones, saltando la primera mona: Eva de todas las monadas que luego llenaron bosques y salones.

Por más que suele repetirse, es la mujer la más dada á engaños, fingimientos ó imitaciones, resultando á pesar de ello la obra más perfecta, como postre ó coronamiento de todas, antes de ella, debió bailar la mona.

Pero la verdad verdadera es que el autor de la pirueta coreográfica no fué un orangután, sino la kangurú, que nació bailando.

Más antiguo que la familia humana es el abolengo del arte de hacer piruetas; pero limitando éste á los que andan siempre bailando en un pie, si hubo cortesanos antes de haber Corte, sólo pudo celebrarse el primer baile Real ó Virreinal, después que estos adminículos de gobierno (Virreyes), se introdujeron en la tierra.

Muy noble ciudad se había declarado á ésta, desde el año 1745,

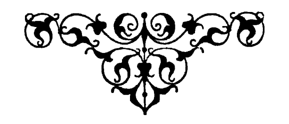
sin contar ningún noble en ella, como elevada fué á Virreinato la Colonia, sin que Virrey alguno hubiera.

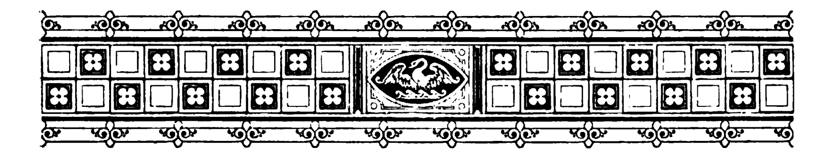
Más de catorce meses tardó en llegar el primero, que poco calentó la silla; pues antes de siete meses, un mal día nublado, nos dijo buenas tardes, despidiéndose á la francesa.

Verdad es que á la misma moda entró, y cuenta la crónica que sólo tres ó cuatro pilluelos de plaza, que hacían la rabona en ella, le encontraron por casualidad, quienes en demasiada confianza le recibieron, y en familiar conversación, subiendo la barranca, acompañaron al General Zeballos hasta el Fuerte, una vez dentro del cual, recién se dió á conocer como primer Virrey de una de las pequeñas colonias de la grandeza de España, dentro de cuya miniatura cabe veinte veces la España entera.

Y así acabó la fiesta sin accidente notable, más que el coronamiento de Zeballos por la más hermosa hija de la tierra, Doña Mariquita Rospillosi, que puso sobre las sienes del vencedor de los portugueses, una corona de laurel y rosas.

La verdadera inauguración del Virreinato, ya la había anticipado Zeballos, arrojando á cañonazos á estos intrusos de la otra banda.





LA CARROZA DEL SANTÍSIMO

I

Curiosidad mayúscula parece haber despertado la investigación en que no menos de tres ó cuatro colaboradores de *La Nación* han echado su cuarto á espadas, sobre cual fué el primer carruaje que rodó en los empedrados de esta ciudad.

Rastreando reminiscencias de antaño, trataremos de sacar á la orilla la carroza tantas veces empantanada por esos andurriales.

En las pacíficas costumbres del Virreinato, poco eran interrumpidas sus siestas patriarcales con ruido de rodados, en empedrados que, por muchos años, fueron nones, y no llegaron á tres.

Sospechamos que aún éste debió ser anterior al carruaje que sobre él rodara.

El que, en proyecto, presentó el *Virrey de las luminarias,* quedó en lo mismo por dos lustros, hasta que á los esfuerzos del ingeniero Mosquera fué dado exhibir la primera cuadra de empedrado,

en la calle del mismo nombre; muestra de empedradito vergonzante, si bien no mucho peor que más de uno de los actuales. En el cruce de las bocacalles, sobre la piedra fundamental se hizo el primer ensayo.

Acabó el siglo, y también el Virreinato, sin terminarse el de la calle del Correo, aunque á sus confines, el cuarto Virrey había echado puente sobre el zanjón de Matorras, para que rodara con menos barquinazos, que el de su antecesor, su carruaje, desde la Casa de Comedias, hasta la plaza de Toros, casi única tarea de Reyes y también de Virreyes.

Pero antes de la carroza del Virrey, y aun de la importación de coches, galeras, carricoches, berlinas y birlochos, rodó otra, cuando no se atascaba por esas calles sin empedrados.

II

Parece natural que, en esta ciudad de la Santísima Trinidad, la primera que rodara fué la carroza del Santísimo.

La misma lógica que evidencia no pudo pasar nada sobre empedrado antes que éste existiera, comprueba que carroza del Santísimo debiera haber, desde que, cochera para su guarda, figura en el plano de la plaza, hoy de Mayo, desde 1744.

Eran unos viejos cuartujos ruinosos vestigios del primer Colegio de la Compañía de Jesús frente al Coliseo, y á tiro de piedra de donde ha medio siglo abrió Malcolm la primera lujosa caballeriza inglesa, designados entonces con el nombre de Piquete San Martín, cuadra para guardar el coche monumental del Santísimo y las mulas blancas que lo conducían, las que tenían el privilegio, no sólo de pacer en la plaza mayor, sino también el de ramonear tranquilamente en los patios espaciosos de las casas vecinas.

Cuentan que esos misioneros, demasiado avispados, por curiosear, desde sus altas celdas, lo que, dentro de las bajas murallas

del Fuerte contiguo, Gobernadores y ministriles hacían, diéronse maña para que Don Juan de Vera y Zárate, segundo Adelantado, testara á su favor la mitad norte de la manzana que se le adjudicó en el primitivo reparto.

Pero tampoco fué ese el primer rodado, que no carroza, carretón, ni carreta tucumana, sino carro-nada, por las barranquillas del sur, hasta la más próxima altura del Riachuelo de las canoas, fué la que rodó, antes de haber empedrado, calles ni ciudad, como lo atestigua el más antiguo grabado en el Museo de La Plata.

Antes de abocarse á los cuatro ángulos del Fortín primitivo, apuntando hacia los cuatro puntos cardinales, cabe el *árbol de justicia*; que colocara Don Pedro de Mendoza en el Real (1535).

Como racimo de horca, de ella figura colgado, en la misma estampa, el primer ladrón de la tierra.

¿Nos harán ustedes el favor de decirnos, cuál será el último?

Acaso, investigación de mayor provecho sería que la del primero que gastó coche en estas riberas.

Antiguas crónicas cuentan que, encontrando Don Domingo Ortiz de Rozas muy extensa la gobernación á que le habían destinado, encargó á la Corte carruaje para recorrerla.

Y tanto retardó, que, en el mismo trasporte, le vino el nombramiento de su merecido ascenso á la Capitanía General de Chile.

Fuera por lo averiado que desembarcara, ó porque noticias barruntaban de escasas carretelas entre abruptuosidades de los Andes, el hecho fué que, sin usarla, la obsequió á la Parroquia de la Catedral, para llevar el viático, cuando las lluvias y barriales exponían á la mansa mula, sobre la que hasta entonces se conducía.

Y, pues, la primera carroza del Santísimo, nombramos, agregaremos que, en esas casi derruidas cuadras del Piquete San Martín, se guardó también la última, donada con igual objeto, por el señor de Otálora.

Fué, pues, y digámoslo de una vez, no vaya á reventar la hiel de curiosa lectora, el primer carruaje particular que rodó por el flamante empedrado de 1789, el del señor Don José Antonio de Otálora, Alcalde de primer voto desde veinte años atrás y padre

político, con posterioridad, del primer Presidente, Don Cornelio Saavedra, en sus segundas nupcias.

Si bien escribiendo tradiciones, exentos estamos de documentación, confirmada hallamos ésta, que treinta años ha nos refiriera uno de sus bisnietos, en referencias del archivo.

III

Poco después, una tarde que volvía de su quinta el señor Otálora, encontró al párroco, llevando el viático al rancho de un pescador de la ribera, en la bajada del molino, tras de la Merced, descendió del carruaje, haciéndole subir en él, y tomando una vela, siguió en el acompañamiento, descubierto y chapaleando barro.

Al regresar á la Catedral, hizo su donación, como de la mansa yunta de hermosas mulas blancas, para « *Carroza del Santísimo* », así llamada por aquellos tiempos.

Episodios semejantes, se han repetido antes y después. Dos Virreyes, Loreto y Olaguer regalaron carruajes á la Catedral, imitando el ejemplo de uno de sus antepasados. El Rey-niño no ha mucho, descendió de su carroza y de la mano de su piadosa madre acompañó al sacerdote, que llevaba el viático á una pobre. No faltó diario de oposición que criticara el haber sido expuesto el futuro Rey á cualquier enfermedad contagiosa de tugurio; pero el noble pueblo español, contagiado por tan piadoso ejemplo, le aplaudió á dos manos.

Si al empezar el último decenio de la pasada centuria, tan poco numerosos eran los carruajes, que hasta la oración esperaron las elegantes devotas de la misa de una, para volver en ellos á sus casas, en la inauguración de la Catedral, recién reedificada, hora que empezó una de las lluviecitas que, por entonces, se usaban hasta de treinta y siete días—en el primer año de este siglo, número bastante rodaban, para que el Virrey Avilés inventara el impuesto de carruajes.

Ya en la época del tercer Virrey, reglamentaban las Ordenanzas la entrada de puertas cocheras, pues de día y de noche quedaban los carruajes frente á las casas de sus dueños, que, si tenían coche, no les alcanzaría para cochera.

Fué éste el primer carruaje particular que rodó sobre empedrado en nuestra ciudad, que es á lo que se limita la investigación suscitada. Sobre cien pantanos que obstruían todas sus salidas, desde setenta años atrás, andábanse encajando en barriales y zanjones, un día sí y otro también, los sucesores del cochecillo del Gobernador Zabala, primero que se introdujo al país, como las carrozas de los Virreyes que le sucedieron, según queda referido en la tradición del primer carruaje.

Pero de una ú otra forma, verde ó color chocolate, coches ó semi coches, grandes y pequeños, desde mediados del pasado siglo, las familias más antiguas y acomodadas, empezaron á usarlos, aunque infieles. Sin duda por no haber recibido el agua bautismal en su virginidad, es que iban haciendo aguas ó entrando ésta en su fondo, que era un gusto, al pasar cualquier arroyo. Recién en el corriente año, fastuoso empresario de pompas fúnebres, acaba de bautizar un carruaje nupcial, todo blanco, de cristal transparente como el primer diálogo de novia, en que ella es arrastrada, en el momento de dejar de serlo.

Lo tenían las de Acasuso, Gainza, Lezica, Sarratea, Irigoyen, Arroyo, Basavilbaso, Lajarrota, García Zúñiga, Igarzábal, Riglos, Villanueva, Uriarte, Escalada, Azcuénaga, Saenz Valiente y otro par de docenas.

Las ancianas iban á misa en berlina, y los hombres á sus giras y chacras á lo largo de la costa, hasta el Monte Grande.

IV

Vetustos restos de uno, alcanzamos, que no fué primero ni segundo, coetáneo de los que algunos estancieros usaban.

Lejos de ser conservado, como preciada reliquia, lo es hoy, bajo cristales, la primera carreta en que empezara á hacer fortuna uno de los más ricos estancieros, convertido en refugio de gallinas, lo encontramos abandonado, bajo pajizo tinglado, tan viejo como él.

Más de ciento veinte años contaría el anciano, si alguna de sus ruedas, rueda aún barranca abajo (por las del Monte Redondo, ó de Tala), en las históricas, del combate, que el heroísmo del soldado argentino hizo célebres.

Su último viaje, fué conduciendo al General Mansilla, herido, mientras paseaba, durante el fuego, sobre los merlones de la batería, tomando el mate alcanzado por la valerosa negra tía Marica.

Si nos detenemos describiendo tal antigualla, es sólo porque la conocimos más de cerca, y por su aire de familia con sus congéneres, si no cortadas por una misma tijera, forjadas sobre un mismo yunque: ejes, yantas, armazón y todos sus miembros.

En esa muy grande y alta galera, dobles y fuertes correas suspendían la caja; conteniendo su interior múltiples subdivisiones; y en sus costados y portezuela, sobre y bajo los asientos, huecos, cajones y bolsillos, respondiendo tan amplia concavidad á su triple destino de comedor, despensa, dormitorio y también vehículo de viaje.

Largo estribo de hierro se desdoblaba de la puerta trasera calculando por sus tramos la profundidad de los arroyos á vadear.

De altas y pesadas ruedas, sobre cuatro descansaba la enorme caja á un rancho parecida.

Tan fuerte el doble piso de roble, que no le entraba hacha, y tan secretos sus secretos, que, en cierta ocasión, fué puesto sobre parrillas para revelarlos.

Incendiadas las poblaciones de la Estancia, por los marineros de la escuadrilla de Zabala, que desembarcaban á proveerse de carne fresca, en las vísperas de su derrota en San Lorenzo, la encontraron ya atada á doble yunta de mulas y en aire de fuga

No consiguiendo que el negro esclavo postillón diera con el secreto del dinero del amo, la hicieron rodar hasta el fogón, que, á pocos pasos, asaba dorando un corderillo. Cuando la llama subía, por lluvia de oro fué apagada, cayendo del buraco, asi abierto, las peluconas escondidas.

Galera fué ésta que, de otro Canónigo de campanillas y también de carruaje, como anteriormente su colega Maciel, adquirió el fundador de una antigua familia; apéndice á las veinte leguas que sobre el majestuoso Paraná, se denominarau hasta 1785—*Rincón del Canónigo Andújar* y hoy «Vuelta de Obligado».

V

No fué el Marqués de Loreto el último Virrey que usara coche por estas calles, que hasta la Virreina vieja recorría en el suyo propio, para llegar á la quinta del Pino.

Poco después, los carruajes de *Roque Don*, primera cochería establecida en la calle hoy Alsina, entre las de Lima y Salta, conducían á damas y damiselas á las meriendas y cacerías del Virrey galante, en la playa de los Olivos, donde se cazaban patos á cañonazos y otras implumes, bajo su ruido.

El año 20, fué el primer introductor de carruajes ingleses y fabricante de los mismos, Mr. Morris, en la calle de 25 de Mayo, á espaldas de la Merced, y nuestro respetable vecino en aquel barrio,

señor Eastman, quien primero trajo de su tierra un carruaje norteamericano.

Con posterioridad á las bellas del coche, que, con brillantes en los zapatos, bajaban á misa en la Catedral, y las feas del barrio de San Miguel, de la humorística arqueología cocheril de nuestro excelente Calzadilla, se recuerda siempre, en el mismo oficio, de llevar viejas á misa, la berlina de filetes amarillos, en que Doña Flora Azcuénaga iba todas las mañanas, á la de diez, á San Francisco.

Apareció después el lujoso carruaje, á la moderna, de Doña Ana Pantaleón de Fragueiro, cuyo minúsculo negrito se colocaba sobre el hombro, la almohadilla de terciopelo carmesí, para que posara su blanca mano, señora de tantos humos, al descender á la misa de una, en el Colegio.

Bien podríamos, como ilustración, recordar muchos que casi pasaron á ser coches históricos.

Entre otros, el que condujo á Dorrego en su fatal viaje á Navarro. El de aquel otro viaje, sin vuelta, de Quiroga á Barranca Yacu, exhibido aquí por Rozas.

El de éste mismo, que fué de Luis Felipe, obsequiado por el Plenipotenciario francés, que si hablara, cosas dijera, no para oidas.

Los coches á Palermo de San Benito, y el célebre pintado de colorado del Obispo Medrano, tan achacoso como él. Y entre otros, el primero que llevara á Mendoza (1815) al ricohome, señor de Vargas; la banda de música encargada para las giras y festines ofrecidos á las Villavicencio, Coria, Ortiz, Videla, Delgado y y otras contemporáneas de Doña Luz Sosa.

Pero sería ésta, historia de muchos coches, y la investigación es sólo del primero de los tres mil quinientos cinco, entre los catorce mil rodados, que ensordecen con su ruido atronador, en la ciudad de los tranvías.

Reasumiendo: Lo primero que rodó aquí, donde tantas reputaciones ruedan al presente, entre Bancos quebrados, ó mal apuntalados, fué un cañón.

El segundo rodado, aparte de los carros y carretillas, carretas y castillos en el aire, ó en la imaginación de ricos improvisados, el de la Carroza del Santísimo.

Pero quien primero hizo rodar carruaje particular, sobre el empedrado de estas calles, fué el señor Don José Antonio Otálora, en esta ciudad de la Santísima Trinidad, antes de obsequiarlo para el Santísimo Sacramento.

VI

Preocupados en estudios históricos de más utilidad, no podemos detenernos en investigación cocheril; agregando únicamente, que el gallego Simón, que dejó su nombre á los carruajes de plaza en Madrid, se llamó aquí *Roque don*, cuyo rasgo nobiliario, lo detallamos en la tradición de su nombre.

Si bien no tuvimos devoto de Saint Fiacre, que, como en París, bautizara con el santo de su devoción los carruajes de punto, la hija del boticario Javerán, primera que cruzara con el suyo aquellas calles, fué aquí representada por el señor de Otálora.

La introducción de los carruajes, coetánea al descubrimiento del Nuevo Mundo (en la antigüedad sólo se conocía el carro de guerra), no cuenta entre nosotros dos siglos.

¿Quién fué el primero que lo usara? El General Zabala, antes de fundar Montevideo, desde 1717.

Tal vez más útil fuera la investigación del primero que sembró papas en esta tierra. En la de los *fiacres*, se ha levantado estatua á Parmentier sobre la misma zona en que la hizo brotar.

Recordado dejamos en otras tradiciones, al que sembró el primer grano de trigo, y á los que introdujeron el álamo, la viña, el olivo y plantas tan útiles como éstas.

Cualquiera de ellos, obra más meritoria hizo que la de andar arrastrado.

Después de haber recorrido todas las carrocerías reales, entre las que la de Belén (Lisboa) guarda las más preciosas y antiguas muestras, superiores á la primera que rodó en Madrid, conservada al lado de la de madreperla del gran Carlos III; después de haber admirado en las Exposiciones de Europa y América los más cómodos y confortables carruajes modernos, preferimos, entre todos, el del filántropo señor Don Joaquín Hornos, patriota que, á pesar de sus morrudos noventa años, jamás anduvo en otro, que en el *coche de San Francisco.*





ROZAS CAUTIVO

I

«Cristiano rubio dejando *pa* semilla», había gritado el Cacique, apartando á *caballazos* el grupo de indios que, al concluir la refriega, atropellábanse por degollarlo; y, sin duda, á su belleza debió Rozas su salvación en tan apurado trance.

De Don Juan Manuel se dijo, posteriormente, que fué uno de los más hermosos tipos de su raza.

En aquel terrible año XL, que todo lo coloreó, cuando bajara de la Escuadra francesa el Vice almirante Mackau á visitarle, en circunstancias que en un mismo sofá de crin negra sobre caoba, conversaban ambos, salia el General Guido del salón de Gobierno, exclamando con admiración:

—¡Jamás he visto juntos dos hombres más buenos mozos!

Agregando la hermana del Gobernador, al ver entrar al General Mansilla:

—Ni militar de más gallarda planta que mi marido.

—Tiene razón, Agustinita; ni mujer más hermosa que la que con tanta perspicacia lo observa.

Y el galante diálogo entre una dama de *esprit* y el más ceremonioso de nuestros diplomáticos, seguiría derramando rosas en el salón del mismo, más largo, sin duda, que aquella visita.

Pero, como ninguno de los referidos personajes, lo es de esta tradición, agregaremos solamente que, tratándose de cristiano tan gallardo, nada extraño fué, anduvieran *Cacicas* y *Capitanejas*, tirándose de las mechas, cuando cristianas muy recatadas, caso hay más de uno, en que algo parecido suelen hacer..............

....

Cómo, cuándo y dónde cayó Rozas cautivo, tema es de capítulo aparte. Mientras algun alma caritativa, ruega á San Pedro Nolasco por su redención, de cajón viene aquí una manito de historia pampa...

II

Recuerda la tradición, que un viernes trece, (Diciembre 1783), caía postrado, de un bolazo en la frente, el Mayor de milicias Don Clemente López Osornio.

Cerca del palenque, frente á las poblaciones de su Estancia, (Rincón de López), se encontró después, cubierto por el del padre, el cadáver de su hijo Andrés, á quien defendiera hasta el último aliento.

La invasión de indios fué aquel año terrible y devastadora.

Pasado el Río Salado, sólo se divisaban por todas partes, ruinas humeantes del gran *malón*.

Lo que poco se recuerda es que, el mismo día y más de cien leguas al sur, caía por otro certero tiro de bolas que le enredara

los brazos, dejándole indefenso, caía también cautivo el Alférez Don León Ortiz de Rozas.......................................

....

El 3 de Enero de 1785, salía del fuerte de Patagones Don Francisco Javier Piera, al comando de cincuenta soldados, hacia las tribus más cercanas, refugio de cuatreros y desertores.

No había transcurrido veinte días, cuando, derrotados sus exploradores en los desfiladeros de las sierras, apenas escapó uno que llevara el cuento.

De notar era, que contra las órdenes superiores y advertencias de subalternos más prácticos, desoyendo los consejos de la prudencia, iniciara Piera su injustificada invasión.

Confirmando una vez más, que á la crueldad unida va la cobardía, este jefe, que tan inhumanamente pasara á cuchillo toda una tribu el año anterior, no sólo se le aflojaron los calzones, sino que cayó muerto de susto, al saber la pérdida de su hermano, oficial de vanguardia.

La situación era bien afligente; pero quedaba Gómez, á quien no se le cayeron, porque llevaba bien puestos los muy ajustados que por entonces se usaban.

Este oficial en quien recayó el mando, no era hombre de atortolarse, y, no obstante quedar á pie en media pampa, rodeado de indios, su prudencia y serenidad salvó á los que la impericia de su jefe, dejara á punto de perecer en el desierto.

Improvisando un atrincheramiento al pie de la Sierra de la Ventana, mientras que entretenía á los indios con parlamentos, acechaba la ocasión de hacer salir algún chasqui, en las sombras de la noche, pidiendo auxilios á Patagones.

Aunque pocos ó ninguno aguardaba de la tierra, puso su confianza en Dios, y esperó.

Era de los soldados cristianos que, como los oficiales de Belgrano, posteriormente, tanto enseñaban, á un tiempo, la carga del fusil en once voces, como el rosario en cinco *paternóster*.

Con esta ciega confianza en el buen Dios de su destino, al venir

el día, y cuando acababa sus devociones matinales, se le presentó un indio como llovido del cielo, y la lenguaraz Catalina, trayendo *papelito que habla* (papel pintado, carta ó comunicación).

El Cacique mandaba decir que todos los cristianos habían sido derrotados, que pasaria á degüello á los cautivos, y también á los de ese campamento, si no se retiraban prontito. Que fuera el Capitán grande, y el cirujano, para tratar de las paces y auxiliar á los heridos.

Genuina muestra de la correspondencia de cautivos, trascribimos la carta del Piera cautivo, al Piera muerto, del diario militar de Gómez:

....

«Querido hermano: Estoy bueno, á Dios gracias, y cautivo en poder de Catruén, el que me considera en ciertas cosas; pero estoy esclavo en poder de todos los del toldo. En fin, hazte cargo cual será nuestra miseria; pero no debes darte por entendido de nada de esto, pues, me han encargado todo lo contrario, y así me conviene. Avisa á Buenos Aires, de nuestra infelicidad y la de Rozas, que está aquí en poder del Cacique Negro; y los demás están con Dios.»

Me mandarás un barrilito de vino, un par de arrobas de yerba, el tabaco que tiene Varena, catorce ó diez y seis cuadernillos de papel, una muda de ropa, el poncho y cuentas de las que tienen en los cajones, para pasarlo menos mal. Y así conviene los trates bien, y les digas que te digo, que me tratan como á ellos. Mándame uno ó dos reales de jabón, para lavar; y mándame, ¡por Dios! todo cuanto te pido, y te puedes retirar que no te puedan hacer daño; y reza; y encarga nos encomienden á Dios, por los cautivos y muertos, por nuestra redención, y á Dios que te dé feliz viaje y á todos los compañeros. Yo me quedo á poca distancia.

Domingo Gabriel Piera.»

P. D.—Creía que á Gómez lo hacían para Río Negro, para ir

á traer la paz. Trata bien á éstos, y di que te digo bien de todos; y no hay que hablar porque hay ladinos; y será para nosotros un infierno. La dicha Catalina es sobrina del gran Cacique, regálala bien; y mándame un tintero con pluma para escribirle al Virrey.

III

... Cuando allá por los años de 1742, llegó nombrado Gobernador y Capitán General, Don Domingo Ortiz de Rozas, trajo un segundo Domingo, en calidad de sobrino y ayudante; y cuando Don Domingo 1° pasó á desempeñar la Presidencia de Chile, donde, por las poblaciones que fundó, fué agraciado con el título de Conde de las mismas, el sobrino de su tío, vencido ya en otras lides, próximo á caer en las de Himeneo, quedó en esta ciudad de la Santísima Trinidad, pasando á servir en el batallón real de infantería, como Capitán.

Este alto y erguido señor de Rozas, que poco se daba con la mayor parte de los oficiales, encontró entre ellos un otro más alto y no menos Capitán, que le caía en sayo, así en humos, pergaminos y estiramientos.

De Castilla la Vieja ambas familias, á un tiempo casi llegaron aquí; y si las preferencias de sobrino de su tío gobernador, realizaban méritos propios en el flamante oficial, últimamente incorporado, los del más antiguo del batallón, centro de todos, sirviéronle de intermedio para la aproximación con los demás.

Alto, delgado y de morena faz, el uno; rubio, sonrosado y grueso, el otro; si aparecía entre ambos contraste físico, así se armonizaban en lo moral, como en lo noble se igualaban.

Si el rubio descendía de los duques de Normandía, el moreno provenía de los antiguos Condes de Gómez, abuelos de Doña Xi-

mena, esposa del Cid Campeador, Don Rodrigo Díaz de Vivar, castellano á las derechas.

Y larga lista de Condes, Duques y Marqueses, en líneas paralelas, de ambas prosapias, ascendían hasta el cielo, como que los dos tenían Santo en la Corte.

Los Capitanes Don José Gómez del Canto y Don Domingo Ortiz de Rozas, con mayor predilección por el estrado que por la carpeta y otras distracciones de cuartel, galantearon, en la flor del coloniaje, descollantes pimpollos entre sus bellezas, por lo que, si no al mismo tiempo colgaron la espada en la misma hora misteriosa del corazón, levantaron el velo nupcial de la frente virginal de sus prometidas.

....

Gómez desposó á una de las más hermosas doncellas del Virreinato, Doña Juana Rospillosi, cuya estirpe dió dos Papas al Vaticano y un Santo al cielo, y el señor de Rozas á Doña Catalina de la Cuadra.

Y lo que poco acontece en estos tiempos del telégrafo y del vapor, en que todo pasa rápido, y ni caudal, ni amistades duran tres generaciones, los hijos de ambos siguieron hasta la tumba, la amistad que heredaran de sus padres.

Venidos á la vida en corta diferencia, sus primogénitos, como á hijos de Capitanes del Rey, á un tiempo les llegaron de la Corte los cordones de cadete; juntos entraron á la Escuela del Rey, Don Lázaro Gomez y Don León Ortiz, menos porque vivieran en un barrio, que por ser la única en muchos años. Más tarde, ingresaron al batallón, en que sus padres habían seguido su carrera. En un mismo buque se embarcaron para su primera campaña; una era la fecha de sus despachos; juntos arrollaron con sus valientes soldados del Fijo á los veteranos ingleses de la Plaza de Toros, en la tarde del 11 de Agosto de 1806. Cuando el Capitán Rozas supo que Gómez había caído muerto en la brecha de Montevideo, el 3 de Febrero del año siguiente, tan gran sentimiento le apesadumbró, que antes de concluir ese año, y después de haber vengado á su hermano de armas, matando ingleses el año VII, colgó su espada.

Tales antecedentes, explican la clase de íntima y sincera amistad que estrechaba á los dos alféreces del Fijo.

¡ Cuál sería, pues, la sorpresa de Gómez al tener la primera noticia de su amigo! No sólo vivía Rozas, sino bueno y sano se encontraba á poca distancia de su campamento.

Como la desgracia le había hecho desconfiado, poco creía en promesa de indios; pedía mayores pruebas, algo como una muestrita, que le dejaran ver, de lejos siquiera, la punta de la nariz de tan deseado cautivo.

En estos parlamentos, chasques y mensajes se estaban, cuando un buen día se le presentó de cuerpo entero y tan entero de alma como de cuerpo, el mismo Rozas: el tan llorado compañero.......

....

IV

Abrazándose entre lágrimas, y pasados los primeros momentos de efusión, le dijo Gómez:

—Y bien, hermano: ¿qué debemos hacer para que tu visita en mi campamento pase de tal, y te retengamos por siempre?

—Lo primero, empezar por retirarse. Enviar el parlamento pedido, que yo dejo el terreno bien preparado en el ánimo de los Caciques, haciéndoles ver cómo siempre les fué mejor, cuando han vivido en paz con los cristianos.

—Pero empecemos por el principio, y puesto que estás ya entre nosotros, quédate.

—¡Imposible! He dado mi palabra, y me conoces desde chico: esclavo de la palabra de honor.

—¿Palabra á indios?

—Palabra de cristiano, que yo siempre cumplí.

—De aquí no te sacarán, sino después que nos hayan muerto á todos.

—Lo que no tardará mucho, pues te encuentras rodeado de *indiadas* sedientas de no dejar un cristiano, y son los Caciques aconsejados por su propio interés, *que no sólo entre indios es el mejor consejero*, los que hacen esfuerzos en detenerlas. Catruén, que es el principal de los que aquí acampan, quiere mucho al hermano que fué de parlamento ante el Virrey. Escribe á éste, para terminar el tratado por el que los indios prometen someterse. Ha sido la mayor imprudencia traer invasión con tan poca gente, como se te inculparía que, rechazando la proposición del Cacique, se perdiera ocasión tan propicia. No es fácil salgas bien en tan afligente circunstancia, mientras que por interés de algunas yeguas y que les devuelvan los rehenes mandados, te dejarán volver sin hostilizarte.

Los últimos *malones* han dado pésimos resultados, pues están las haciendas muy reconcentradas. Más cuenta hace á los indios vivir de las raciones y regalos del Gobierno, que de los robos y asaltos, convencido hoy, por mi propaganda, que les es mejor ser honrados, por conveniencia.

—Todo esto está muy bueno; pero lo que es á vos, no te largo.

—Así será, señor Comandante; pero como León Rozas siempre tuvo una palabra, y ésta la he empeñado en volver, me largo sólo, dijo, dirijiéndose al palenque y montó en su picazo.................

....

Y no hubo razones que le hicieran apearse; ni los cariñosos pedidos de sus compañeros, ni las afecciones que á Buenos Aires le atraían...

....

Algunos días más pasaron en idas y venidas, chasquis, mensajes y parlamentos; pues, si bien Gómez aceptaba las proposiciones, hacía hincapie en la entrega inmediata de Rozas.

Quedaría el Capellán y demás prisioneros en rehenes, entregaría todos los víveres y objetos pedidos, cuya lista, como *pedido de indio*, era larga. La comisión de éstos y la de cristianos marcharían unidas hasta la Capital. Harían las paces, según lo

convenido; pero nada de esto tendría cumplimiento, sino cuando, en libertad Rozas en el campamento de Gómez, pudieran juntos emprender la marcha de regreso...

Y tanto alegó y lo sostuvo que al fin lo consiguió, cumpliéndose el adagio de que:

«Más te vale un buen amigo
Que en tu troja mucho trigo.»

V

Espigado, enjuto, puro nervios y puro corazón, era Don Lázaro Gómez un pundonoroso oficial, y á su perseverancia y buen tino, debióse la salvación de los expedicionarios; redimir á Rozas, abreviar el cautiverio de sus compañeros y hacer la paz más duradera.

Aquí y en la otra banda, se distinguió batallando contra portugueses y *charrúas*, pampas é ingleses. Instruido y valiente, heredó, con la virtud de sus padres, el honor, herencia legada á sus descendientes, que han sabido conservar como religión de familia.....

....

No habia, pues, sido muerto Don León, ni siquiera herido, apenas, sí, cautivo; y aunque al principio tratado con severidad, más humanamente lo fué, desde que lo cambiara el Cacique Negro, como lo demuestra en dejarle ir, bajo su palabra, al atrincheramiento de los cristianos.

Este Cacique, recordaba que su padre había hecho la paz más larga con otro Rozas (1743); como un hijo de él repitiera á Don Juan Manuel, cien años después, que su padre (Don León) fué, un día, cautivo de su progenitor.

Y comprueba esto, una vez más, que siempre es bueno ser bueno, aun entre malos; pues supo Don León portarse como hombre honrado y buen cristiano, en todas las circunstancias de la vida.

Consiguió hacerse querer de todos. Primeramente, por las prendas que vestía; reservado para canjearlo, por su varonil belleza después, y hasta por el recuerdo de su humanitario tío, gobernante que consideró á los indios, en todas partes llegaron á apreciarlo.

De más de una toldería lo pedían prestado, cuando, en compañía del Padre Montañes, empezaron á instruir á las indias, en cristianos principios y, tal vez, otras cosas más...

VI

Asi acabó ésta que pudo llamarse la expedición de los milagros; pues milagro y no chico fué que no mataran á Rozas, que lo conservaran intacto, por tanto tiempo; le exhibieran como muestra de su propia existencia; que volviera, resignado cristiano, á seguir la suerte de sus compañeros cautivos; que al fin lo entregaran por las exigencias de Gómez; y, por último, y no el menor de los milagros, que una partida tan reducida salvara en su travesía, al través de indiadas sedientas de pillaje.

Sobre si dejó, ó no, semilla entre pampas el hermoso cautivo, aunque poco dados á genealogías de princesas y *cacicas*, agregaremos únicamente, que más raro fué la aparición entonces de un cacique negro, entre lampiñas caras bronceadas, que ver, posteriormente, más de una de las nietas de éste, peinar rubias trenzas sobre sonrosadas mejillas...

Misterios son éstos que Darwin á su paso no profundizó ni tampoco nosotros...

Hombre honrado á carta cabal, era Don León de Rozas, humanitario y valiente; contemporizando por su prudencia, supo conquistarse simpatías aun en los salvajes.

De temperamento suave y afable, irradiaba su buen genio en

su abierto semblante, y por su bondadoso carácter paternal, arreglaba toda disidencia, así en indios como en cristianos.

Proverbial fué siempre su distracción, y, sin duda, para evitar volviera á caer entre pampas, á su regreso, ya sin padres, congreso hubo de tías que le condenaran á cautiverio perpetuo.

Encargado de la casamentera misión, su guía espiritual, como por tales tiempos se acostumbraba, llegó á descubrir que otro colega mercedario, contaba, entre sus hijas de confesión, la más hermosa flor del vergel espiritual.

También sin padres, (pues entre las calamidades que al señor Don León persiguieron, no conoció la de su suegra), crecía la más bella mercedaria, que hábito de tal vestía desde el fatal *viernes trece*, en que su padre y hermano fueron muertos por los indios la misma tarde que cayó Rozas cautivo...

En la del martes 30 de 1790, casó el Capellán Castrense, en el Convento de Mercedarios, al señor Don León Ortiz de Rozas con Doña Agustina López de Osornio...

Y así salió de un cautiverio para caer en otro sin salida. Pero si angustias hiciera pasar la enérgica Agustinita al blando y cariñoso marido bonachón, misterios son que encubriera el cortinaje del aposento conyugal que no es dable levantar.....





LAS CENAS DEL OBISPO SAN ALBERTO

I

Era Arzobispo de La Plata, en la ciudad de los cuatro nombres, y en las postrimerías del siglo pasado, fray Josef Antonio de San Alberto, carmelita descalzo, uno de los sacerdotes más virtuosos de su época, y también de la que le siguió.

Foco fué de rayos luminosos que irradiaron á largas proyecciones, donde llegaron sus pastorales, notables por la unción de su enseñanza evangélica.

Si en su tiempo descollaron sacerdotes tan ilustrados como Maciel, Iturri, Suárez, García, Rodríguez, Vera, Funes, Chorruarín, Rivarola, Molina, Planchón, Agüero; con posterioridad, descendientes de su sabia propaganda, lucieron al par: los San Martín, Gómez,

Agüero, Zavaleta, Castañeda, Oro, Ortega, Segurola, Achega, Anchoris, Navarro, Saenz, Medrano, Gorriti y otros que, en los primeros años de nuestra independencia, hicieron época, recordándose con júbilo, en la de ellos, la edad de oro del clero argentino.

Cuando bajaba de su mula de sobrepaso, regresando de adoctrinar los pueblos de la Sierra, por aquellas quebradas tan resbaladizas como la pendiente del pecado, hasta muy tarde de la noche, pasaba largas y frías horas, preparando pláticas y homilias.

Con frecuencia, dos y tres veces entraba el fámulo á anunciarle que la cena estaba servida, sin que interrumpiera su escritura; y entonces familiares y acólitos, impacientes en su apetito, acababan por dar cuenta de ella. Cuando á las cansadas, su Ilustrísima llegaba al comedor preguntando por la cena, el más preferido de aquellos traviesos monaguillos, contestaba sorprendido:

—¿Qué cena? ¡Pero si su Ilustrísima ya ha cenado!

—Ah! ¡No me acordaba!... solía repetir, dándose vuelta á continuar su trabajo, uniendo al ayuno del día siguiente, el de la víspera.

El distraido Obispo no lo era tanto como sus coadjutores le suponían, por lo que, más de una vez, decía á su ampulosa ama de llaves:

—Estos pillastres creen engañarme, pero resultan ellos los chasqueados, pues las cenas de mi mayor gusto son pastorales, edictos sermones y cartas circulares, que así se alargan, y copian luego en sinnúmero; volviéndose á escribir, hasta que la luz del dia venía á palidecer la de su lámpara de trabajo.

El año de 1790, San Alberto fué el primero que visitó la diócesis, acompañado, por personajes como Don Francisco V. Biedma, el Doctor Serrano, Colombres y otros argentinos notables.

Vió... pero qué cosas vió en las visitas pastorales!...

Por el índice de anotaciones en uno de los cuadernos de sobremesa, que abreviamos, puede deducirse algo al respecto...

« Predicar sobre la mujer libre, alegre sierpe con color de fuego, que, desde lejos, puede precaverse, y la beata devota, color de tierra, inadvertidamente pisada al pasar, que más fácilmente envenena á incautos, recordando cuantas veces el trato, la conversación en espíritu, vino á acabar en sensualidad, y que, mientras

fué la iglesia abundancia de ejemplos, apenas hubo necesidad de sermones.»

«Mandar cuatro mil pesos para el expediente de canonización al Obispo Palafox; doscientos mil para las Cajas Reales; y sesenta mil para el Colegio de Huérfanas, que fundé en Córdoba.»

«Contestar al *coya* que me escribió el otro día: «Pongan tanto cuidado los padres en hacer á los indios buenos cristianos, como ponían los ministros de los ídolos, en enseñar sus ceremonias y ritos, que con la mitad de aquel cuidado, seremos los indios, buenos cristianos, pues la ley de Cristo es mucho mejor, y, por falta de quien la enseñe con paciencia, no la saben los indios.»

«Amonestación á los Curas de la Sierra para que no hagan de las cosas del culto, mercados; ni se *amuchen* en las barracas traseras de los Conventos, europeos é indias, criollos y mestizas, zambos y cuarteronas, negros, blancos y mulatos que, en mezcolanza, hacen allí mala vida, hasta Curas y sacristanes.»

....

Muy lejos nos llevarían todas las transcripciones. Tan fecunda fué su pluma, que, de los centenares de impresos de la Real Imprenta de Niños Expósitos, en sus primeros treinta años, su mejor número, fueron debidos á ella.

Algunos merecieron ser reproducidos en Madrid, y otros, tan nitidamente coleccionados é ilustrados en Roma, como, no mejores, producen actualmente nuestras más adelantadas imprentas.

Con ellos, sus elocuentes sermones, y, sobre todo, con su digno ejemplo, contribuyó á formar el brillante clero argentino, desde el Deán Funes, con quien, en un mismo buque, regresara de la Metrópoli para ocupar su canongía en la Catedral de Córdoba éste, y su silla episcopal, San Alberto, en la misma. Posteriormente ascendió al Arzobispado de La Plata.

II

Cierta noche que, con dos sabios dooctores del pasado siglo, platicaba su Ilustrísima de cosas del día, cortó la conversación, más pronto que acostumbraba, su asiduo contertuliano, el Doctor Ortiz, diciendo al levantarse:

—Perdonará su Ilustrísima me retire temprano, pues debo pasar á cumplimentar á la viuda de Rodríguez, que esta noche celebra su dia de días, en reunión que, aunque de confianza, se bailará, como todas las noches de San Juan.

Y afable y jovial, ¿cómo dice que se llama esa su viuda?— contestó sonriendo el Obispo, que también solía gastar festivo genio, en intervalos de su obligada gravedad.

—Mi señora Doña Juana María, viuda de Rodríguez.

—A ver, á ver, repetía, hojeando su diario de limosnas.

¿Está usted seguro que es la viuda de Rodríguez?

—Como que esta mañana recibí el mensaje por la cholita de la alfombra: «Manda decir mi amita le haga su merced el favor de prestarle los platos y chocolatera de plata, para aumentar los suyos, y que no deje de ir á tomar esta noche el chocolate».

—¿Y dice usted que habrá baile?

—Y muy sonado, pues que, hasta de Potosí, llegó esta mañana más de un minero, sabiendo que á él asistirán las de Biedma, Campero, Otárola, Ballivian, Calvo, Vaca, Matienzo, Linares, Bustamante, Carrasco, García y otras bellezas.

—Pues señor, si eso es así, yo también estoy de baile.

—¡Oh!, exclamó con sorpresa, abriendo tamaños ojos el Doctor Ortiz. Y el Obispo, apretándole la mano, dijo al levantarse:

—¡Chitón! Guárdeme el secreto...

¿Y creerán ustedes, piadosas lectoras, que el santo Obispo, éste de vida tan ascética, padrecito sería como aquellos de la sierra

que reprendiera en sus visitas pastorales, por frecuentadores de *jolgorios* y *zamacuecas*?

Salió haciéndose cruces el severo Doctor, y murmurando entre sí, mientras apretaba el paso. —«Mire usted lo que son las cosas ¿Si andará por echar una cana al aire nuestro santo Obispo, ó mudar de hábitos y ama de llaves, cambiando su viejo voluminoso *in folium*, por obra en dos tomos de veinticinco á treinta abriles, por más modernas. Cosas se ven que no son para oidas?» Mientras que, en rumbo de tan pecaminosas murmuraciones, seguía, dió vuelta á lo de la viuda, desde cuya bocacalle músicas y luces anunciaban la fiesta.

Al mismo tiempo pedia su manteo menos raído, San Alberto, sin dar crédito que una de las que se le presentaba más indigente y recatándose, por ser de las que han venido á menos, ocurría en demanda de la limosna repartida los sábados, estuviera en actitud de distraer sus enlutadas horas con danzas y cenas más suculentas que las que le impedían saborear sus familiares.

III

Bueno es recordar que, en trescientos años, sólo tuvieron tiempo los conquistadores de fundar dos Universidades, en toda la América (Mexico y Lima). En Córdoba, hasta entonces, apenas hubo una fábrica de teólogos; y la de Chile, posteriormente, era muy secundaria en sus estudios, así que los estudiantes, los verdaderos sedientos de sapiencia, veianse obligados á llegar en aquella época á la Real de los Charcas.

Con tal motivo, pasaron también por el salón del sabio pastor, seglares que á esas aulas concurrían, como Castro, tan célebres después Echevarría, Gómez, Anchorena, Gorriti, Zuviría, Ocampo, Saenz y la mayor parte de los doctores argentinos del pasado siglo y comenzamientos de éste.

Si cuando arribaron, poco después, á paso de mula, el cantor de la Patria, á recibir sobre su uniforme de Capitán de Patricios, las insignias doctorales; como Don Mariano Moreno, Agrelo y otros, no alcanzaron á formar parte del coro de sabios en Areópago, que ha dejado fama, fué porque, muerto el erudito carmelita, esparciéndose ya mucho olor á chamusquina revolucionaria, el sucesor exorcizaba en las feligresias del Alto Perú, á cuanto sospechoso aparecía, para que no se contaminara con las maléficas ideas de los de aquí abajo.

Se ha repetido que las riquezas entre que nació el Perú, causa fueron de su perdición. Minas, salitre, huano en abundancia tal, brotaban en aquella Jauja inagotable, que apenas alargaban un poco la mano para recolectar, se enriquecían; por lo que envueltos sus habitantes en tal molicie de costumbres y lasitud enervante, gran esfuerzo les parecía sustraer una hora á vida de placeres continuos, por lo que muchos fueron indiferentes á moros y cristianos.

Pero cuenta la tradición, que en el país de la plata, los esforzados habitantes del Alto Perú, mantuvieròn siempre viva y latente la lucha por la independencia.

Ya en 1780, preciso fué anegar el país en sangre para sofocar el movimiento de Tupaj-Amaru, el primer día del siglo reproducido en la plaza, donde un año antes que en la de Buenos Aires, y en igual día 25 de Mayo, se dió el primer grito de independencia, aunque fué la última en obtenerla.

Los doctores Zudáñez y Morillo, Rivèro, Barros, Arce, y todos los precursores de la revolución, salieron de esas aulas que á tantos americanos ilustraron.

De aquel centro de luz irradió la claridad apetecida, y chispas volaron por todas partes, con los estudiantes que de aquí y otros

puntos llegaron á la Universidad de Chuquisaca, esparciéndose luego hacia los cuatro vientos.

Poco frecuentaba el alto clero fiestas y saraos; pero en la campaña, curitas había que les permitieron seguir á los indios cristianizados, las mismas antiguas danzas ante sus ídolos, hasta delante de las andas de la celebrada procesión del Corpus y solemnes festividades.

La danza semi profana fué así degenerando tanto que, en Tambarrias, al son de arpas y tambores, más de uno, arremangábase los hábitos, listo para un *punteo* ó *zamacueca.*

A propósito de esto, refiere el ilustrado señor Palma, que un Arzobispo vió, de una manera casual, en cierta ocasión, bailar la *mozamala,* y volviéndose al familiar que le acompañaba, más perito en achaques de volteretas, preguntó:

—¿Cómo dicen que se llama este bailecito?

—La *zamacueca,* Ilustrísimo Señor.

—Mal puesto nombre. Esto debe llamarse *la resurrección de la carne...*

Dejando la verdad del cuento al tradicionista perulero, seguimos con el nuestro.

IV

Alcalde de vara larga era el Doctor Manuel Obligado, en 1789 en la ciudad de los tres nombres (á la que los bolivianos le agregaron el de Sucre, y en nuestro daño y el propio, inventó Bolívar una Nación sin salida), quien como otros porteños, llegó á su Universidad para graduarse en ambos derechos.

Entre él y el Doctor Vicente Anastasio Echevarria ocupaba el alto estrado, la noche del baile, la señora del día de días,

en amena conversación, que todo recordaba, menos al difunto, colega de ambos colegas.

Las diez serían, por filo, que ya el de queda y cubre fuego con el toque de ánimas, habíase apagado en las numerosas iglesias de pequeña población de tanto nombre, cuando entrara su Ilustrísima, el no anunciado Arzobispo, carmelita descalzo, entre tantas currutacas bien calzadas.

Mixturas del Perú que, en parte alguna, adornan mejor y más fragantes las monjas, en pebeteros de plata maciza y zahumadores de lo mismo, colgantes unos, y en repisas y *esquineras*, las más suaves esencias, luces y flores; arpas y violines, deslumbrantes trajes y encantadoras caritas, animaban aquella sala.

Diálogos y frases dulces, como halago de una noche de esperanzas, se entrecortaron á medio pronunciar, á la presencia del Arzobispo, seguido por uno de aquellos familiares que se decretaban doble cena, al par que doble ayuno al prelado.

Saludó ceremoniosamente desde la entrada, y dirigiéndose á la amable dueña de casa, díjole:

«También he querido venir á presentar mis respetos á una de mis feligresas más devotas, al saber la celebración de su cumpleaños».

La donosa señora, parándose toda cortada ante la inesperada visita, inclinóse á besar la gran esmeralda del anillo pastoral; humildad imitada por las mas inmediatas.

Como la música cesara y los diálogos y cuchicheos, cual si frío silencio acogiese al sabio Arzobispo, agregó éste:

—De ninguna manera, mi señora Doña Mariquita, quiero que mi presencia interrumpa tan honesto esparcimiento entre sus amigos. Como uno de ellos, le presento mis parabienes en tan fausto natalicio, y pido no se interrumpa la danza.

Su Ilustrísima siguió en jovial conversación con ella y las más vecinas, y otra hija de confesión con su familiar, en sala donde no eran bellezas lo que faltaba.

Poco después, concluído de saborear el rico *somomusco* de la pobre viuda, agregó:

«Si se me permite, yo también voy á entrar en danza.»

Sobrecogidas las semi escotadas bailarinas de que tan grave prelado intentara tomar pareja, observaron con mayor admiración que llamando al secretario, pidió su limosnera, bajó del estrado y, recorriendo filas y grupos, la fué presentando á una por una de las señoras, con la más esquisita urbanidad, solicitando una limosna para sus pobres.

En tan bullicioso maremagnum de cabecitas efervescentes y corazones palpitantes casual fuera que ninguna de las *emperingadas* mujercitas se hallara á corta distancia de su marido, ni habían de concurrir á baile con relicario, bolsillo ó portamonedas.

Sacóse la primera un anillo que echó en la perfumada escarcela bordada, donde siguieron cayendo brazaletes arrancados, solitarios, pendientes, gargantillas, pulseras, cadenas, prendedores, piochas, y en dijes diversos: ya una perla, topacio, brillante ó esmeralda.

Hasta doncella de coquetería sin igual hubo, que alzó el diminuto piecito para que su compañero desprendiera alguna de las hebillas de plata de zapatito liliputiense, no teniendo otra cosa que dar para el óbolo improvisado.

Y cuentan, que viudita de ojo alegre, siguiendo más arriba *la barriga da perna*, como llamaba á la pantorrilla un *finchado* portugueciño allí presente, desprendióse la liga, ofreciendo su broche de diamantes. Por algo había nacido al pie del Potosí, que si el Perú valía un Perú, fué porque uno solo de sus cerros produjo diez millares de patacones en sus primeros tres siglos de explotación.

Concluído de circular el abultado bolsón, agradeció el Obispo la generosidad de la concurrencia, volvió á felicitar á la del natalicio, deseando que, con más frecuencia, cumplieran años, personas que así tan caritativamente lo celebraban; pues, el desprendimiento de sus amigas, iba á proporcionar verdadera fiesta á los desvalidos.

Y echando bendiciones á diestra y siniestra, con paternal sonrisa, salió majestuosamente dejando en pos de sí, fragante nube

de caridad, cuyo perfume duró, en aquel ambiente, más que el de las pastillas en zahumadores de maucerina y pebeteros de repisas y rinconeras.

V

Si borró, ó no, de la lista de socorros ó mendicantes á la Rodríguez, que tan fastuosamente se festejaba, lo sabrá el secretario-tesorero que apenas podía con la bolsa de alhajas ofrecida en la sala de la viuda de más humilde apariencia, á quien daba limosna todos los sábados el filántropo pastor.

Por entonces se aparentaba indigencia para explotación poco cristiana, lo contrario á las costumbres subsiguientes; aunque fenecieron ya las semi-tísicas románticas que se apretaban su talle por aparecer más de lo que eran.

Y si algún lector meticuloso, poco justificado encuentra el título de esta tradición, en la que cena alguna se describe, cúlpelo al olvido de los familiares, que noche por medio dejaban sin ella á su Ilustrísima.

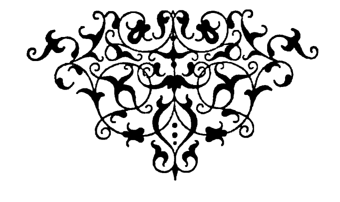
En nada se parecían estas cenas á las de Lúculo, ni á las suntuosas de griegos y romanos, ó á las más modernas que antecedieron á la Revolución Francesa, donde tanto derroche de *esprit* chisporroteaba como fuego de artificio, ó de sobremesa, y por cuyas indigestiones se dijo:

> Más mató la cena
> Que curó Avicena.

Las verdaderas cenas del erudito Obispo San Alberto, fueron siempre sus piadosos escritos evangelizadores, que, hasta muy altas

horas de la noche le absorbían por completo, enclavado en su silla de trabajo, proyectando obras de caridad, que, realizadas luego, han dejado bien marcado su paso como el de un varón justo.

Moraleja de la presente tradición podría ser: de cómo, aún escribiendo sobre pautas torcidas, resultan derechas las planas de un alma buena, pues que por todo camino se llega al de la beneficencia.





Pesca de oro en el Plata

I

En la madrugada del jueves 8 de Diciembre de 1806, Don Mariano Escobar, vecino en la ribera sud de esta ciudad, sacó del Río de la Plata en sus redes oro bastante para edificar casa á cada uno de sus hijos, de los que aún muertos los primeros, le quedaban veinte.

A milagro atribuyó el sucedido, no sólo él, sino todas las comadres de las circunvecindades de aquel devoto del Luján. Milagro el de la pesca de oro, que el de la fecundidad de su *percundante;* coneja había por aquellos tiempos que acostumbraba doblar tal número en su prole.

Mientras que lectores más incrédulos investiguen porqué *bagres,* dorados y pejerreyes del inmenso Plata no han vuelto á convertirse

en oro, aunque no fuera de ley, daremos un paseito, si ustedes gustan, por esas cortadas callejas de *San Lorenzo* y *Luján*.

Y á propósito; se nos venía al magín al cruzar la plaza de Los Andes, el recuerdo de Pepe-yendo, viajero incorregible, que llega hoy y se va mañana; en lo que se parece á Dios, porque en todas partes está.

Yo creo en los milagros: hasta hice algunos, y médium, ó *intermedium* fuí en otros; recordaba la otra tarde, de sobremesa en la de uno de nuestros íntimos y en la hora del café, ese sabroso veneno lento, pero tan lento, según él mismo, que, después de cincuenta años de beberlo con placer, apenas llega á causarle cierto malestar, ó principio de intoxicación, cuando se lo sirve su suegra.

—Pues no había más, (continuaba), que al Creador de Cielo y Tierra, que echó á rodar tantos mundos, como este raquítico en que rodamos, se le hubiera gastado la máquina, no pudiendo hacer ya ni un milagrillo de morondanga, en los tiempos que el brujo de la electricidad, casi, casi le ha enmendado la plana.

Sin hacer levantar los muertos, (como á Lázaro), ni incomodarlos para nada, quietecitos en sus tumbas, les hace hablar tan mal como hablaban en vida, reconociéndoseles la misma voz, ideas y pensamientos, y los mismos defectos de pronunciación.

Por lo demás, poco hace al caso la forma. Sea en pesca de oro, lluvia de plata, descubrimiento, mina, tapado, la gracia es estar en gracia, para recibir ó hacerse acreedor al milagro.

Y como comprobación de su acertijo, nos refirió la tradición que para creyentes é incrédulos repetimos.

II

Barrancas más altas que las de la Recoleta se extendían al sur hacia las de Lezama, y hasta el año X distinguíase en una más

saliente, coronando el valle que la corriente del *tercero* sud formaba al entrar en el río, una aislada construcción cilíndrica, como palomar abandonado, á los fondos de extensa quinta.

Por toda la orilla asomaban álamos, sauces, higueras y duraznеros, sobresaliendo del interior de las huertas como manchas de diversos matices, tapizando el azulado horizonte.

Silvestres enredaderas revestían aquella blanca ruina, ciñéndolo verde cortinaje en flor. Y tan numerosa como ellas, era la descendencia de un pobre pescador de la ribera, que, entre toscas y barrancas, llegó á colgar allí su nido, en el que no menos de veinte cabecitas desgreñadas pedían el pan nuestro de cada día.

Desgraciado hasta entonces en todos los negocios que emprendiera, sólo una devoción le quedaba, á la que se aferrara como á último faro de esperanza. Tenía fe ciega en la protección de la milagrosa Virgen de Luján, de cuyos pagos había venido (Cañada de Escobar).

Todas las mañanas hincábase al venir el día, y antes de salir á su trabajo diario, junto al ancho y único lecho en que dormían muchos hijitos, pedía con fervor á la Santa de su devoción, le hiciera salir de pobre, que no le faltara el sustento para tantas boquitas queridas.

Recuerdos de esa su invariable devoción desde la infancia, no sólo era la ahumada imagen de Nuestra Señora del Luján, única herencia de su buena madre, inmutablemente suspendida á la cabecera de la cama, sino también las dos docenas de Lujancitos que sobre tan honrado tálamo vinieran al mundo. Al nombre del santo del día en que naciera cada uno de sus hijos, agregaba el de Luján, á punto que las vecinas, más llamaban á Escobar por el sobrenombre de *ño Luján.*

Con viva fe, confiaba todas sus empresas, poniéndolas bajo el amparo de la Virgen, y lloviera ó tronara, en las tormentosas noches de tespestad sobre el Plata, ó á la plácida luz de la hermosa luna llena, reflejando en sus serenas aguas, tras el frugal puchero, infaltable era el rosario, noche á noche rezado con toda la devoción bajo

el techo pajizo del humilde rancho avanzado sobre las toscas en la bajada de la histórica ruina. A él hacían coro todos sus hijos, hasta el más chiquitín, gritando desde la batea suspendida como improvisada cuna aérea.

Con la del alba, hora era en que iba á recojer la red echada hacia el Arroyo de las Canoas, en la tarde anterior, frente al Fuerte. Al regresar con su desportillada carreta del Mercado de pescado, (codeándose con donde hoy se hacen leyes: Congreso) volvía á sus *cangrejales*. Ya carpiendo su estrecha huerta en declive, componiendo las redes ó calafateando su canoa, en incesante trabajo todo el día, acompañado de su buena mujer y rodeado de sus hijitos en camisa, era feliz en aquel pedacito de Paraíso, anublado sólo por el temor que llegara á faltar el pan para tantos seres queridos.

III

Y así transcurrieron los últimos años del pasado siglo y los primeros del que fenece, hasta que, en su primer lustro, un día que cierta división inglesa vagaba sin rumbo por esos mares de Dios, tentó fortuna, queriendo probar si era *horchata* lo que corría por las venas de este pacífico vecindario.

Y aunque le salió el tiro por la culata, resultando cara la fiesta, fácil fué, por de pronto, sorprender una ciudad sin soldados, abierta y de largas siestas, entrándose muy orondo en la hora que el Virrey tomaba el chocolate, aplaudiendo desde su palco, las figuras coreográficas de la primera mulata bailarina que subió á hacer piruetas en el Teatro Argentino.

Como en ocasiones, avanzaba Escobar en su pesca más lejana hasta cerca de la Punta de los Quilmes, fué el primero que vino con el aviso de estar desembarcándose en aquella playa petos colorados, como hormigas del mismo color, y á la señal desde su bota-

explorador, se disparó el primer cañonazo de alarma de aquel mismo Fuerte, dentro del que el viejo Virrey no creía en ingleses, ni aparecidos.

No fué éste su único servicio de descubierta ó explorador, que los pobres servir también saben como pobres, y en muchos casos con mayor eficacia que otros.

Al abandonar el Virrey su Alcázar, sin tirar otro cañonazo que el de alarma, de único de que se acordó fué ordenar que le siguieran con los caudales que las Cajas Reales guardaban.

Algunos fueron á parar en las galerías subterráneas que conducían al gran aljibe, ó depósito de agua, inmenso reservatorio, para no rendirse por sed, en el caso de que la débil fortaleza fuera sitiada. De éstos, recordado su enterramiento, medio siglo después, ni el inolvidable Doctor Casajemas, ni Ingenieros y busca tapados dieron con ellos. Parte de esos caudales fugaron campo afuera, sin faltar otros que fueran río abajo.

Con todos los hijos que tenían ya fuerza para tomar un fusil concurrió Escobar, á expulsar los intrusos, poco después de su arribo.

Y fué ésta su más laudable acción, pues que dos muertos y cuatro heridos de sus veinte vástagos no fué el único tributo con que ayudó á la expulsión de los invasores de su tierra, en la primera victoria del pueblo de Buenos Aires...

No hacemos la crónica de aquellas primeras glorias limitándonos á recordar que cuarenta y cinco días después de la sorpresa, salieron los soldados ingleses como ratas por tirantes, y tan de priesa, que parte del tesoro quedó escondido entre cardales no habiendo llegado al Luján.

Descubierto por los ingleses, guiándoles un Judas que nunca falta cuando de tesoros se trata, empezaron su embarque no para pasearlo como trofeo en las calles de Londres, que banderas y no talegas tuvieron que dejar como tales en ésta, sino para honra y provecho de los asaltantes. Tan de prisa embarcaban bolsas de columnarios á bordo de *Narciso* el 11 de Agosto de 1806, y

en tormentosa noche, como heridos y caudales por la puerta del Socorro que en sobresalto por los que detrás venían, no tuvieron tiempo de recoger una talega de onzas peluconas que en el conflicto cayó al agua.

IV

Cansado de tanto trabajo y penurias, lamentábase Don Mariano Escobar una hermosa mañana de primavera del año de los ingleses. Recordaba sus llorados hijos y cómo, aún siendo ese el día de la fiesta del Luján, su devoción desde niño, era aquel año el primero que ni tiempo le habían dejado sus quehaceres, para ir á oir misa. Tenía su mujer postrada en cama, y desde la mañana temprano, bregaba por recoger la red que enredada sin duda entre los *cangrejales* del légamo no podía arrancar del fondo, frente al Fuerte.

Cuando después de gran trabajo, consiguió levantarla desgarrada, cual sería su sorpresa al ver que si contenía pocos peces, pesca provechosa había hecho, pues en pequeño zurrón forrado de cuero, á talega parecida, cosa de poco bulto y mucho peso, llevó su barca al rancho esa mañana.

Reunidos todos los hijos, lo abrió delante de la cama de la madre, y doble fué su admiración al encontrarse con una talega de onzas.

¡Milagro! gritó la mujer desde su lecho.

Hoy es el día de nuestra madre y Señora de Luján—exclamó el pobre pescador de peluconas, cayendo de rodillas ante la imagen de su devoción.

—Para jugar á la rayuela, dame uno de esos tejos amarillos, gritó uno de los más chicuelos.

—Ese dinero no nos pertenece, observó la más grande.

Y entre tan encontradas opiniones, si era milagro, hallazgo, lluvia del cielo ó pesca legítima, mientras que se consultaba al Cura, el

Teniente y al vecino más viejo, se amarró de nuevo el zurrón, y puesto bajo la almohada sin contar su contenido, la febricitante cabeza de la pobre, descansó aquella noche sobre un montón de oro.. ....

V

La actual calle *Independencia* se llamaba, hasta 1808, de la Concepción, por la iglesia en ella de este nombre, como la de *Balcarce*, del Santo Cristo, por el que en su principal esquina colgaba. Así empezó á llamarse de *Luján* la bajada del Pescador, donde vivia el vecino *ño Luján*, dejando su apodo en aquella barranca el muy devoto á su patrona, y no en la plaza donde con su pesca edificara.

Caso de conciencia, asaltábale, y escrúpulos y encontrados sentimien tos, por lo que antes de concluir el día, subió el estrecho sendero, culebreando cuesta arriba, y en el Convento de Betlemitas buscó su confesor y guía espiritual, desembuchando sencillamente lo que le traía trastornado encontradas cavilaciones.

¿Pertenecía ese dinero al Rey, para quien se recolectara, ó al pueblo cuyo sudor era? Debía diezmos y primicias á la Iglesia de Dios, ó adjudicarse por terceras partes entre quien lo encontró, el dueño de donde se hallara y la autoridad del lugar.

Larga fué la conferencia, más que rosario de quince misterios; y tras de rodeos y muchos dimes y diretes, exhortos y esplicaciones, acabó por aconsejar el buen *barbón* ofreciera limosna á la Virgen de Luján en el día de la fiesta que tan buena pesca habia hecho; no olvidara á las benditas ánimas del purgatorio en los *padres de la buena muerte*, cuya hermandad representaba el aconsejante, y ya que tanto había padecido en sus trabajos y miserias, rezado y pedido tanto á la del Luján por sus hijos y tan bien cumpliera el

objeto para que se matrimoniara, como que al fin acreedor se había hecho á tan patente milagro, que se guardara la plata sin andarla voceando, por aquello de que:

« A quien Dios se la dá
San Pedro se la bendiga ».

Así guardó el consejo y el hallazgo, y aún repartiendo limosnas y muchos pesos en misas, le quedaron bastante al pobre, que ya no lo era, para hacer una casa á cada hijo, tal cual hasta hoy existen en el viejo caserío de la Plaza del Temple, donde se templaron las primeras armas de la Patria, como templado quedó el espíritu del pueblo en aquella primera victoria por él alcanzada.

Y éste que se arraigara como milagro manifiesto de la Virgen de Luján en el ánimo de su muy devoto, que la fuerza de doscientos bueyes no le hubiera arrancado de sus creencias, tuvo así la más sencilla y natural explicación.

VI

Ya hace muchos años desaparecieron las altas barrancas del sud, la casita blanca del palomar en ruinas, el rancho del pescador de los Betlemitas, y hemos alcanzado milagros, no de un solo zurrón de onzas, que milagrillo para la exportación, ó mezquindad sería en el siglo de oro, sino el de convertirse en manzanas de oro, las manzanas de aquella zona, ó lotes de agua.

Toscas resbaladizas por el jabón de las negras lavanderas, bordeaban toda esa ribera hasta la isleta de los juncales. La bajada al baño de los Dominicos, la otra por la que los Franciscanos iban el primer día de baños á bendecir el rio, sin que por esto se ahogaran menos estudiantes de la Universidad tras de su Convento, en la

playa de las rabonas. El trabajo y la industria han transformado por el milagro de la ciencia, todos esos parajes.

Sin haberse trasplantado el jardín de las Hespérides, por ahí, en el ancho de ese largo Puerto Madero, más de uno ha pescado en agua turbia ó cenagosa, aunque no ha faltado químico que clasifique aquellos estanques de criadero de fiebres en conserva, pocilga ó estanques de miasmas malignos.

Agua, arena, estanque, barro, en sus metamórfosis ya se vende á peso de plata el metro de tierra en el antiguo solar de *ño* Luján. Siguiendo la corriente progresiva, el inmigrante de la víspera, que allí desembarca llega en nuestras playas á ser el millonario del día siguiente. Bien puede profetizarse que antes de terminar el siglo en que Escobar pescara oro allí, los lotes de agua de entonces, se habrán convertido en lotes de oro.

Pero si el referido fué, ó no, verdadero milagro, no nos arriesgamos en tan intrincadas honduras, que mucha agua y fuerza suele traer el Plata en sus crecientes por la furiosa *sudestada* de Santa Rosa, como cuando anegaba esas verdes toscas resbaladizas. Tal vez el milagro consistió, en llegar el socorro en el instante preciso.

Los más viejos soldados del Regimiento 71, vencido en nuestras calles y vencedor en Waterloo, no nos supieron decir en Inglaterra, si el sucedido tuvo por causa el frío, ó desfallecimiento de marinero *en trinquis*, que en noche tormentosa dejó caer al agua una talega de onzas, ó en la casualidad de echar la red en ese mismo paraje, el pescador que acostumbraba extenderla en sus alrededores.

Pero si algún lector creyere, que este milagro lo es de nuestra invención, ocurrir puede á los folletines del *Comercio del Plata*, publicados por el decano de nuestros historiadores que no tiene edad para mentir...



7

BUENOS AIRES
1796



“LOS COLORES DE LA PATRIA”

LA PRIMERA ÓPERA

I

En aquel momento escampaba.

Breve intermitencia entre dos *garúas*. Toda la semana de Mayo, fué lluviosa.

En la nublada mañana del viernes 25 de Mayo de 1810, fría y melancólica, como la de lejana esperanza, grupos del pueblo se aumentaban sobre la *vereda ancha*, cuando French preguntó á Beruti.

—¿Qué distintivo llevamos para evitar confusión ó desórdenes de entremetidos que pretendan aguar la fiesta?

Los retrógrados y empecinados juzgaban que aquello era todo

un desorden; pero los jóvenes chisperos, pretendían cambiar todo en el mayor orden.

Beruti, señalando el cielo, contestó.

He ahí nuestra bandera, el color de nuestro cielo en esta solemne hora decisiva.

Como frecuentemente sucede durante largos días de lluvia en aquellos momentos aclaraba un poco, y ancha nube blanca cruzó lenta y majestuosamente, dividiendo en dos fajas el azul celeste de la inmensa bóveda opaca que cubría la plaza de la Victoria — cuna, desde entonces, de la independencia americana.

Bella inspiración, contestó el compañero; y estos dos gloriosos gemelos de la revolución de Mayo, (French y Beruti), entrando á la mercería denominada más tarde del *As de bastos*, en la vereda contigua al Café, posteriormente bajo la recova ó portal de Crisol, salieron con algunas piezas de cintas celestes y blancas, siendo Beruti el primero que se puso de escarapela esa divisa.

Luego ambos se mezclaron entre los grupos, repartiendo otras tantas, y muy pronto se vieron penetrar en la plaza cuantos á ella llegaban, con el distintivo de los patriotas en el sombrero, en el ojal ó en el pecho.

Distinguíanse entre multitud de jóvenes allí presentes, Vedia, Balcarce, López, Viamonte, Ocampo, Martínez, Guido, Gómez, Melián, Albarracín, Mansilla, Darragueira, Thompson, Moldes, Peña, Chiclana, Irigoyen, Moreno, los que iban y venían del Comité de la Casa Azcuénaga al Cabildo, y de éste al Café de la vereda ancha ....

....

Así nació la bandera nacional, de ese moño blanco y celeste, colores que ya usaban los patricios en su uniforme, semejantes á los de la banda de la Orden de Carlos III.

La divisa de aquel día, se convirtió en escarapela de la patria, y con los colores de ésta, Belgrano enarboló dos años después, la bandera argentina en la batería que coronaba la barranca del Rosario, tras su actual iglesia, la misma que al año siguiente (1813)

hizo jurar al ejército vencedor en Tucumán, sobre las riberas del río Juramento, al llegar á Salta la víspera de su victoria.

Otra hermosa inspiración del joven Beruti, en la cruda mañana gris, en que vino al mundo « una nueva y gloriosa nación ».

« Asonada de manolos encabezada por mozalbetes de tanta influencia, como French y Beruti, no pasará del barrio del Alto», murmuraban *sotto voce* vejetes asustadizos que, como los pelucones de todos los tiempos, nunca tuvieron fe en el entusiasmo de la juventud. »

....

Y como retardaran los primeros delegados que el pueblo enviara al Cabildo, (Chiclana, Moreno, Irigoyen), volvió á observar French:

—« Parece que por allá arriba hablan de componendas y nos andan descomponiendo la lista ».

— Pues alcance compañero un papelito, que nosotros mismos llevaremos la de los que han de dirigir á este pueblo, como su más genuina representación.

Y al pie de la torre del Cabildo escribió los siguientes nombres, que momentos después, desde lo alto de su balcón, eran proclamados como los de la primera Junta Gubernativa:

Saavedra, Belgrano, Castelli, Azcuénaga, Alberti, Matheu, Larrea, Paso, Moreno.

Así, las dos más hermosas inspiraciones de ese día, su distintivo y su gobierno, fueron debidas al entusiasmo y actividad de Beruti, en quien ya había pronosticado uno de los viejos notables: « Tiene inteligencia y corazón: este joven irá muy lejos ».

Era el señor de Escalada, uno de los pocos acaudalados vecinos que entrara con más fe en la revolución. Su talento natural, su perspicacia y experiencia, le hicieron ver claro desde los primeros pasos.

Así como auguró brillante carrera al desconocido de la víspera, profetizó el éxito del Coronel San Martín, desde que le conoció, al día siguiente de su arribo.

....

II

Nacido Beruti en esta ciudad el mismo año que Rivadavia (1780), Don Pablo Beruti y Doña María González Alderete, fueron sus padres.

Muy joven aún, ya el Virrey Avilés le nombró empleado en la Notaría Eclesiástica, á cargo del señor Posadas.

Desde los primeros estremecimientos en que palpitara el pueblo por su independencia, encendió la chispa sagrada en las masas, que electrizaba con su palabra llena de fuego y entusiasmo.

Otros llevaban la dirección; pero él la propaganda en las filas del pueblo á que pertenecía, de los conciliábulos de la junta revolucionaria en la quinta de Peña.

Un mes después de la jornada de aquella gloriosa mañana, en que su noble inspiración dió á un tiempo divisa y gobierno al movimiento iniciado, era nombrado Teniente Coronel del regimiento de América, y dos años más tarde Teniente Gobernador de Santa Fe, antes de serlo de Tucumán.

Secretario de Alvear en el sitio de Montevideo, su antiguo jefe de oficina, el director Posadas, que le conocía desde niño, le hizo jefe del regimiento 3º de infantería, con el grado de Coronel, y Comisario General de prisioneros, de los muchos que él mismo rindiera en aquella plaza fuerte.

Tan experto militar, llegó á instruirse como hábil organizador. Por dos ocasiones desempeñó el Ministerio de la Guerra, y en 1815, Sub-inspector del ejército de los Andes: Coronel efectivo ya, le nombró San Martín en Mendoza, segundo Jefe del Estado Mayor.

Su brillante comportación en Chacabuco, mereció especial mención en el parte de la victoria, siguiendo luego los ejércitos de la patria.

Volvió á ésta, luego á Mendoza, y allí se encontraba de Ministro del General Lamadrid, cuando llegó su ejército en derrota.

La noble comportación de toda su vida, fué escudo que le salvara de las persecuciones de sus enemigos.

Hasta por éstos respetado, el General Pacheco impidió que Aldao le molestara como á otros unitarios, después del Rodeo del Medio.

Una de sus hermanas, fué la madre del actual Vice-almirante Cordero, y á la otra, desposó el guerrero de la independencia, Don Venancio Ortega, hermano de Doña Rufina, que los anales patrios recuerdan por su patriotismo. Con las familias de Rocha, Salvadores, Castro, emparentaron otras.

Anciano y achacoso falleció en aquella ciudad de los Andes, en que vió la luz su hijo Antonio, padre de nuestro aplaudido compositor, que allí viniera al mundo.............................

....

III

Aunque no trazamos la biografía del ilustre Coronel Don Antonio Luis Beruti, le recordamos en este ligero rasgo para fijar con la de su antecesor, la cuna del primer compositor lírico, al tradicionar el origen de los colores de la patria.

Gloriosa ha sido la ovación que ha recibido, y aunque penosa impresión deja el libreto elegido por Godio, el asesinato de un hijo por su padre y por la propia mano que acaba de desencadenar, amarrada ya al pie del patíbulo,—lo mismo hubiera vencido el talento musical de Beruti las dificultades de cualquier episodio patriótico, en nuestra propia historia.

No hay que desviar la escena de lo natural, ni forzar su desenlace; y si al exhumar la fantasía de Gogol se pretendió deducir una enseñanza, recordando severa lección contra los traidores á la patria pase por la intención.

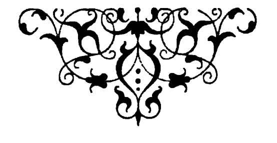
No creemos que en la Argentina surgiese un Almonte ó Bazaine; pero si tal desgracia aconteciera, dudamos que la cuerda que suspendiera al traidor, fuera manejada por la mano del que tuvo la desgracia de darle la vida.

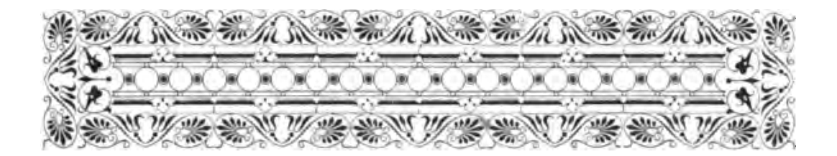
Hasta la acción atribuida á Guzmán el Bueno es, hoy, puesta en duda, como contraria á los naturales impulsos de un corazón de padre. Tarass-Bulba no se contenta en repetir, como aquel héroe de la fiereza castellana: «Si falta puñal para sacrificar á mi hijo, ahí va el mío»,—arrojándolo desde las murallas de Tarifa, sino que va á clavarlo por su propia mano en el corazón del hijo, cegado por la pasión que más ciega.

En cuanto á la crítica de la composición musical en sí misma, nuestra opinión es...

....

Pero al unir nuestro aplauso á los muy merecidos que recibe la primera Opera de un argentino, nos detenemos aquí, por no inmiscuir tarea del cronista presente, en la del tradicionista de las viejas cosas de ayer, limitándonos á enviar al nieto, con nuestros plácemes en su primer día de gloria, breves recuerdos del inolvidable abuelo, autor de los colores patrios.





EL MOTÍN DE LA TRENZA

I

El 7 de Noviembre de 1811 oíase una de tiros por la calle del *Colegio*, lo que no fué después una novedad en ese pacífico vecindario.

Determinando el General Belgrano organizar el Regimiento de Patricios, cuyo Jefe fué nombrado, vuelto de su campaña al Paraguay, ordenó á sus soldados cortaran la coleta, que aún conservaban muchos de ellos.......................................

....

Por la noche se murmuraba en las cuadras comentarios á la orden del día.

—«Que se afeite el General, si tiene algo que afeitar; pero lo que es cortarme la trenza, único entretenimiento de mi china, no lo verá ésta, ni otra orden que llegue», — dijo Cabo Cartucho, y prendiendo en el candil el papelito, encendió con él su *paraguayo*. A lo

que agregó el Sargento Caramañola: — «Si no estuviera en la misma idea, debería arrestarlo».

—«Y á los dos mandaría á la prevención, á no ser lo que pienso. Antes de dejarme cortar la coleta zahumada por la pólvora de los ingleses, dispuesto estoy á dejarme cortar la cabeza» — terminó el Brigada».

Como en escuela de traviesos muchachos, que basta salte ó grite uno para que lo sigan todos, cual chispa que vuela, circuló por las cuadras la más bullanguera protesta contra la esquila decretada...

....

Cuando á la mañana siguiente tocaron á formar y los cabos de compañía preparaban las tijeras para cumplir la orden general, los granaderos tomaron sus armas, y unísona voz, tan uniforme como su formación, salió de las filas: ¡No nos cortamos la trenza!

....

Comisión de sargentos fué enviada á la Mayoría, peticionando no se les afrentara exigiéndoles desprenderse de aquel adorno á que estaban acostumbrados, y que usaban ya cuando alcanzaron la primera victoria.

El Regimiento de Patricios, fué algo así como el *batallón sagrado* de la Patria. la base del Ejército Argentino, y niños mimados sus oficiales en sociedad; los soldados, cual los primeros héroes del pueblo, eran saludados por éste.

A la voz de: ¡Ahí vienen los *gaviotas blancas!*—así llamados por las vueltas de este color en su uniforme,—muchachos y mujerío asomaban en puertas y ventanas, acompañándoles por todas partes, y siguiendo en larga cola sus batallones...

De sus filas salieron los más espectables Jefes, que luego, como chisperos de las ideas de independencia. propagaron su llamarada hasta extender el incendio revolucionario por toda la América.

El General Belgrano, á pesar de su lampiño rostro y *aflautada* vocecita, á la suavidad de modales, unía la energía de carácter. No era Jefe para dejar se burlasen órdenes dadas.

Reprendiendo á la comisión de sargentos, por aquel paso contra Ordenanza, les recordó que la obediencia es base de la subordinación militar, agregando algunas observaciones paternales, y haciéndoles ver como era de disciplina uniformar todas las tropas. «El cuerpo de Patricios, *corazón del pueblo*, debía dar ejemplo en todo, mucho más en lo que hasta un peligro evitaba; pues, en diversos entreveros, la trenza de un granadero de Napoleón, enredada á la cola del caballo, facilitó ser arrastrado.................

....

Dando media vuelta los sargentos, y cuadrándose luego al frente de las compañías, dieron cuenta de su cometido.

Los soldados dijeron que *nones*, repitiendo á una, que podrían cortarles la cabeza, pero no la trenza. Y dispuestos á defender hasta el último pelo de ésta, deshicieron pabellones...............

....

Comisión de vecinos y seglares, señoras y sacerdotes, cruzaban, iban y venían del Fuerte al Colegio, y hasta aquel Obispito de marras, que predicaba: « Mientras exista un español en América, deben ante él postrarse todos los hijos de la tierra».—reapareció echando sermones y bendiciones, apoyando aquel motín de cuartel que se prometía explotar el partido caído.

A la una, á las dos, á las tres, es la vencida; y como ni á las cuatro se dieron por tal, preparadas otras tropas, al toque del clarín, atacaron á los Patricios, quienes por balcones, bóvedas y azoteas se defendieron con terrible fuego graneado, atrincherando las bocacalles inmediatas á su cuartel. Rodeada la manzana de la iglesia de San Ignacio, después de algunas horas de combate, fueron completamente sometidos...

....

Apenas vencidos los insurrectos, y tras la última carga con que el Coronel Rondeau con sus dragones desmontados tomó el cañón de la bocacalle, aparecieron por toda ella muchachos, recogiendo balas y cartuchos caídos y desparramados en el trayecto, los que juntados en sus ponchitos no volvieron á las cartucheras, sino á

cambalache por cocos, trompos y pelotas, entre los pequeñuelos del barrio...

....

Y como el mal de la guerra no está sólo en lo que destruye, sino también en los hábitos y perniciosas costumbres que fomenta, empezándose entonces á jugar á las revoluciones, jueguito que aún continúa y sabe Dios cuando acabará, tuvo por apéndice ó inmediata imitación el motín de la trenza, la *cuasi-fusilatina* infantil que sigue...

....

II

A los fondos de la casa del señor Esteban Villanueva (hoy *Bolívar* núm. 160), uno de los más opulentos españoles, que tan en hondo escondió sus veinte mil peluconas, *la noche triste* de la Reconquista, que no aparecieron más, y pared por medio de ella, el día que fusilaron la última docena de amotinados, se hallaba un niño de ocho años, con los ojos vendados y los manos atadas á la espalda. Ya habían oido su sentencia de muerte, leída por el Jefe de numeroso grupo de chiquillos, como hasta dos docenas de patriotitas, quienes simulando sublevación, pretendían ajusticiar al pequeño godo.

Hacia el opuesto rincón del corral, el cañoncito que esperaba ser trasportado á una Estancia, en la Frontera, había sido cargado hasta la boca. con todas las balas, piedras y cartuchos recogidos.

La insurrección daba sus frutos, y hasta los juegos infantiles contaminábanse con las diarias escenas de sangre y ejemplos de *fusilatina*...

—«Detalle olvidado», gritó el que dragoneaba de Jefe.

—¿Es usted cristiano?

—Hasta los huesos, contestó el reo.

Dando vuelta el primero, ordenó á su ayudante llamara al Capellán. Mientras que uno de los chicuelos revestíase, el que hacía de cabo de cañón, corrió á la cocina en busca del fuego destinado á poner patas arriba, ejecutado y ejecutantes.

Pobre víctima inocente de un Consejo de Guerra tan inconsciente como él.

....

Frecuentemente se repite: *No es bueno jugar con fuego*, y esta recomendación á chiquillos inexpertos, conviene igualmente á muchos talluditos y á populacherías, no menos irreflexiva que los niños de antaño..

....

Cuando dos vecinos observan sus más mínimos movimientos, con miradas recelosas y animosidades preconcebidas, la atmósfera cargada, impide respirar con libertad, y aún subiendo á mayores alturas por aquello de: «Todo es según el color del cristal con que se mira», hasta los fogones de esos soldados del progreso, que perforan montañas para aproximarnos,—antójanse los de vanguardia de un vivac.

Cuando las cosas llegan á tal punto, la guerra está ya á medio camino. De las Fábricas de armas soplan la hoguera los especuladores en sangre humana.

No se necesita que el jugador á la baja, ó esos *proveedores de la paz armada*, telegrafíen: «Ayer se declaró la guerra».

La más ligera chispa prende fuego á combustibles tan imprudentemente apilados.

Tanto ruido y por tan largo tiempo prolongado, bien puede producir aquel fenómeno atmosférico, observado después del cañoneo de una batalla. No bien cesan los últimos truenos abajo, empiezan los de arriba, como si el estampido continuo deshiciera las nubes al estremecerlas con fuerte vibración, ya no en lluvia benéfica, que á refrescar no llega los ánimos agitados,—sino en tempestad devastadora que todo lo arrasa.......................................

....

III

Sin ser aún tan viejos, recordamos haber asistido á dos guerras, precipitadas por fútiles animosidades.

Los Jefes de dos partidos antagonistas acababan de darse público abrazo en la Plaza de la Victoria.

«Wáshington de la América del Sud», declarábase al uno: «y Unica esperanza de la consolidación de la República», al otro.

Las más risueñas ilusiones color de rosa, flotaban sobre horizonte azul, diáfano, sereno y bastó que traviesos cronistas empezaran á zaherir en sus seres más queridos á un Caudillo envalentonado, para que, sin otra reflexión, se decidiera á una guerra que habia hasta entonces tratado de evitar.......................................

....

Cuatro años no habian transcurrido. El soberbio tirano del Paraguay creia llevarse por delante á *caballazos* al Imperio vecino.

Si bien no le disgustara ceñirse en la Plaza de la Victoria la corona conquistada, esquivando complicaciones, se preparaba á dar satisfacción á esta República, por haberse visto obligado á cruzar un extremo de su frontera desierta para invadir al Brasil.

No faltó en la prensa gladiador de circunstancia, de esos valentones en tiempo de paz que hirió en lo más íntimo á Solano I; y ahí que al ignorante, hinchado de vanidad — cuestiones de amor propio decidieron sus vacilaciones y, atropellando por todo, la emprendió también con la Argentina. Arrebatando sus buques en plena paz, la obligó á la triple alianza.

Y el huracán de sangre que todo lo devastó, pesa todavía como manto de plomo sobre un pueblo hermano, que después de un

cuarto de siglo, no vuelve de su postración........................

....

Con cuanta facilidad olvidamos lecciones de un pasado inmediato.

IV

Y á todo esto: ¿durante tan largas reflexiones, habrán ya enterrado al reo que dejamos en el banquillo?

Nada de eso. Godo de nacimiento, luego se hizo patriota por convicción, dejando honorable familia en la patria de sus hijos.

El que se revistió de confesor, llegó al término de la carrera de su inclinación. Más tarde, padre Antolín, fué el primer cura de la Bajada del Paraná, edificando en ella la iglesia de San Miguel.

El improvisado jefe de la plaza, que mandaba el cuadro infantil, bien pronto pasó á Chile á tirar cañonazos...

¿Para conquistarle, reduciéndolo á provincia argentina, cómo se calumniaba á los soldados de ésta en 1817?

—No.

Para ayudarle en Chacabuco, Talcahuano y Maipu, como los patriotas chilenos lo habían hecho primeramente, enviando á ésta el cuerpo auxiliar de Penquistas.

¿Pero escapó, ó no, la víctima del banquillo?

Precisamente aquel tizón de fuego destinado á darle muerte, fué lo que vino á salvarle la vida.

La negra esclava, *tía Marica*, que saboreaba en la cocina su ahumada cachimba, en alto *michinal* escondida, en previsión de que el más travieso de sus *amitos* volviera á cargarlo con pólvora, como cuando le voló media nariz, dió la voz de alarma, avisando al amo que — los niños andaban jugando con fuego.

En los momentos que terminados todos los preparativos de la ejecución, como en el fusilamiento de la víspera habían observado en la plaza contigua, y cuando ya el lanzafuego se acercaba al oido, atraído el viejo abuelo por la gritería de muchachos, asomó al ventanillo, y á un grito á tiempo de la gruñosa voz de trueno de señor padre, la bandada infantil tomó el vuelo como las blancas palomas del vecino Convento.................................

....

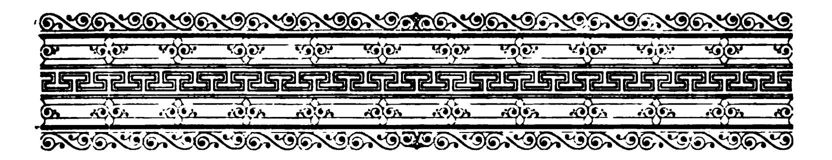
V

Despedazábanse en encarnizada lucha dos campesinos griegos, cuando acertó á pasar tocando la agreste zampoña tras de su rebaño, un pastorcillo. Cambió el tono de pronto, parándose, y de tal modo llegó la suave armonia que deleita á conmover el alma de los luchadores, que abstraídos dejaron caer las armas de la mano, y al cesar la flauta embelesadora, no recomenzó la lucha.

Progresamos menos en el arte de las armonías que conmueven, que en industrias destructoras. De lamentar es que los pastores de los verdes valles del Andes, poco habituados á modular la suave avena ó el dulce caramillo, lo estén más á oir Tirteos de ocasión, soplando la trompeta de guerra, y esparciendo notas bélicas á todos los vientos...

Pero tenemos para nuestro capote, que los hombres sensatos de uno y otro lado de la empinada montaña desean que al cañón, aunque se halle cargado hasta la boca, no llegue la mecha, como no llegó al que tradicionamos.

Su disparo haría, sin duda, muchas más víctimas inocentes que los niños que jugaban con fuego, hace hoy ochenta y cinco años.



La batalla de las langostas

I

La santa desobediencia de Belgrano.» «La santa desobediencia de San Martín» eran frases á cada rato repetidas por nuestro primer maestro de historia, á pesar de enseñarnos, como único lema, en su palmeta grabado: «disciplina y obediencia».

Y por más que buscáramos en los almanaques de toda la cristiandad, no encontrábamos «Santa Obediencia», aunque altar y más de uno, tiene en casas donde no sólo chiquillos habitan.

Comezón de curiosidad nos impulsaba en la rebusca, cuyo resultado es esta tradicioncilla que sale á luz, en la conmemoración de la gloriosa batalla de Tucumán, sólo por recordar algunos de sus héroes en su ochenta y cuatro aniversario, es decir, cuando ya nadie se acuerda de éllos.

....

II

Parece que entre el señor Pueyrredón, que llegó á General, y Don Bernardino Rivadavia que no llegó á doctor, en más de una ocasión fué este hombre de fibra, de mayor energía que su colega, en el triunvirato del año XII.

Secretas memorias cuentan, debió Pueyrredón solo «á ser un *tantico* despótico» el mantenerse contra viento ó marea, por más de tres años en el Directorio, hasta las vísperas del año XX, de tanta ventolina revolucionaria que apenas dió tiempo á nombrar veinte gobernadores. Don Bernardino, con toda la corte de sabios que le rodeara, apenas pudo sostenerse un año en su vacilante silla presidencial, comprobando una vez más, que los sabios no son hechos para gobernar.

Rivadavia tuvo que meter en un zapato, de los dos que usaba con hebilla de plata en tiempo del calzón corto, á su colega el General, mientras mandaba colgar al más conspicuo español, eso sí, en la misma horca que éste destinara para los autores de la revolución de Mayo.

En cuanto á Pueyrredón, como prueba al canto de sus vacilaciones ó desfallecimiento en hora suprema, y por aquello de que *para muestra basta un botón*, sobra con los dos que mostramos de paso.

« Aunque crea la victoria en el bolsillo, se le responsabilizará de toda demora. Venga á *mata-caballos*,»—oficiaba Pueyrredón, desde el Fuerte de Buenos Aires, al General Belgrano, en Jujuy.

A lo que contestaba el atribulado doctor.

«Ni á paso de mula puedo seguir, por la sencilla razón que hasta ellas han concluído. Anoche se nos repartió la última ración de

carne de mula, y vuelve este pobre ejército, por todos abandonado, á su ayuno de costumbre».

....

El día en que el General San Martín llegó con su ejército á la mayor altura de la tierra que otro alguno ha tramontado, le alcanzó á raja-cincha un propio del mismo Director, en que, por tercera vez, le ordenaba:

«Cuidadito con que se mueva del campamento de *Plumerillos*. Caerá usted bajo toda la severidad de la ordenanza, si se permite ganar batallas sin orden del gobierno».

Como Belgrano, antes desde Tucumán, San Martín contestó al día siguiente, con el parte de la victoria de Chacabuco.

De esos genios de mentirilla, que pretenden decretar la victoria, desde trescientas leguas distante, recuerda más de uno nuestra historia militar.

Pero Tucumán y Chacabuco no fueron las únicas victorias alcanzadas contra orden expresa, si bien basta su recuerdo para justificar el del dómine de marras.

III

Hace más de cuarenta años, quedó grabada en nuestros oidos de niño, la invocación á la Virgen de las Mercedes, en que el patriota Cura de la parroquia de su nombre, ex-Teniente Coronel Don Juan Antonio Argerich, exclamaba, volviendo su mirada, desde el púlpito al altar mayor.

« Todavía creo sentir sobre mis hombros el peso de las andas de tu santa imagen, que llevamos en procesión, alrededor de la ciudad, regresando escoltada por todo el ejército, al que discerniste el laurel de aquella célebre victoria, piedra angular sobre la que se fundara la Independencia Nacional »..........................

....

También entre nuestros cuentos infantiles, recordábamos los del negro viejo tio Alejo, que casi llegó á vivirse un siglo, á pesar de las *trancas*, por cuyas luminarias divisaba hasta la ciudad de la Colonia, desde los bancos de la Alameda, cuando se subía á la parra, lo que acontecía un día sí y otro también.

En sus momentos lúcidos, en que solía aclarársele, ya no la vista, sino la memoria, nos dejaba como al coro de chiquillos que le rodeaba, con la boca abierta, en sus cuentos á la luna, sentados sobre el umbral de la casa solariega.

—«También tiene, mi amito, este su negro viejo, historia que contar, y aunque ahora lo calumnian de borracho, días de gloria ha dado á la patria, quedando hoy sólo para tomar la *chiquita* en la pulpería de la esquina, cuando el niño le da con qué».

«En la batalla de Tucumán, yo era de la brigada de mi sargento Sosa (este don Domingo, ya Coronel), y nos parecía oir allí el ruido de las polleritas de la Virgen, á quien nuestro General Belgrano nos aconsejaba encomendarnos, pues ibamos á pelear en el día de su fiesta. Los más sabios dijeron, sería alucinación, pero yo creo haberla visto pasar entre nubes de humo, recorriendo las filas».

En aquella época en que todo se daba á lo extraordinario ó milagro, especie corriente fué ésta, que por largo tiempo, entre negros y blancos se repetía.

El ruido extraño que en medio de la batalla de Tucumán, confundía á los combatientes, sin duda, era el de la extensa manga de langostas que cruzó el campo, tan compacta que, con su densidad y la humareda de los cañonazos, llegó á toldarse el cielo, peleándose á la sombra en día de tanto calor.

Si los negros en su ignorancia no estaban para distinguir si estos ortópteros de cuatro alas, cinco ojos y seis patas, pertenecian á las *peregrinas ó tucuras*, menos estaban los invasores sorprendidos cuando menos esperaban ser atacados, para examinar si sus golpes y picaduras provenían de causa sobrenatural.

Incrédulos sabidores de esos críticos que todo lo explican sin

enseñar, nada decían después que, sin duda, lo que unos tomaban por roce de vestidos y los que traían de cara las cálidas ráfagas de viento, por golpe de bala fría, fué simplemente el golpe y canto de las langostas.

IV

La batalla en aquel campo de gloria de la hermosa Tucumán, llamado desde entonces *Sepulcro de la tiranía*, viene á reasumirse, según el parte oficial, en una doble figura de contradanza, en su principal desenvolvimiento.

Pasado el mediodía del 24 de Septiembre, en línea de batalla ambos ejércitos, ya dentro del tiro de cañón, el General Belgrano hizo replegar sus guerrillas de vanguardia.

Tras los certeros tiros de los únicos cuatro cañoncitos, intercalados entre los tres batallones por el Barón Holmberg, pero bastante para impedir formar batería al enemigo, maudó cargar la caballería del Teniente Coronel Juan Ramón Balcarce.

Los Comandantes Forest, Warnes y Superi, llevaron una carga á fondo sobre los de Cotabambas y Abancay, con sus batallones, quedando, al arrollarlos, á retaguardia del enemigo, mientras el ala izquierda de éste, venciendo los soldados á su frente, fué á ocupar la retaguardia de la primitiva línea de los patriotas.

Aún no creía Belgrano en la victoria, que le anunciaban, sus ayudantes venidos de todos los extremos cuando Balcarce llegó á presentarle los trofeos arrebatados, y el Comandante Moldes y el Ayudante Pico, confirmaban que el triunfo era completo.

Con la de Tarija, toda la caballería enemiga había disparado, la mayor parte de la infantería en derrota y dispersa, y hasta los cañones quedaban abandonados en medio del campo.

Tristán, que prometía acabar á palos esa nube de langostas

que todo lo había devorado á su paso, como calificaba al ejército patriota, picoteado por aquellas, fué corrido con la vaina, puede decirse.

Ante la algarada y ruído infernal que hizo á su aparición la caballería argentina, golpeando sus guardamontes con las azoteras de las riendas, la enemiga, en vergonzosa derrota, no llegó á ponerse á tiro de lanza. Tristán, con parte de su infantería organizada, avanzó hacia la ciudad, que se preparó á su defensa.

V

Al caer la tarde, Tristán mandó intimar al Jefe de la plaza, que incendiaría la ciudad si no se rendía á discreción. Contestando Díaz Vélez, después de oído el consejo de Dorrego y Supperi, que el primer rancho en llamas, sería la señal para empezar la *degollatina* de los numerosos prisioneros.

....

Al amanecer del siguiente día, regresando el General Belgrano desde la *Rinconada*, donde reuniera todos los dispersos y gran número de prisioneros, á su turno, intimó rendición á Tristán, á la vez que le proponía la paz, en nombre de la fraternidad americana para impedir mayor derramamiento de sangre. «Las armas del Rey no se rinden»—contestó el altivo arequipeño en la mañana de la misma noche cuyas sombras protegieron su fuga.

Mucho hombre había en ese cari-lampiño, de afeminada vocesita, con la entereza de un ánimo inquebrantable, aún en las circunstancias más espeluznantes, en que se encontró el virtuoso General Belgrano. Y como á un alma grande, unido va un corazón generoso, en Tucumán como en el Paraguay, en Salta como en el Alto

Perú, siempre antepuso á la efusión de sangre, el abrazo de fraternidad.

Después de Paraguarí, su propaganda convincente consiguió lo que no obtuvieron sus armas, y al dia siguiente de la espléndida victoria en Salta, llevado por la generosidad de carácter, puso en libertad á todo el ejército prisionero.

Si no faltaban aún en sus propias filas oficiales burlones y barulleros que, como Dorrego, hacían farsa de la devoción del *Chupaverde*, según le llamaban, obtuvo con perseverancia infiltrar su espíritu religioso en el ejército, asimilándole con el alma del devoto pueblo argentino, en aquellas comarcas sobre todo.

Cuando un hombre honrado se muestra consecuente en una misma idea y ésta le impulsa en todas las circunstancias solemnes de su vida, no hay por que suponerle ocultos sentimientos, contrarios á los que en sus actos manifiesta...................................

VI

—Ahí vienen los *porteños* herejes á embaucarnos con sus masonerías, — se murmuraba al oídode los paraguayos. Y luego, cuando ellos muy católicos, veíanse obligados á oir los domingos desde su campamento, la misa celebrada en el *Cerrito de los Porteños*, por el Capellán castrense de éstos, pues que en su propia tierra habían olvidado este adminículo, pensaban que bien podrían ser hermanos, los que creían en un mismo Dios.

Y adelantando un poco su razonamiento, deducían fuera acaso calumnia, aquello de que los *porteños*, tan turbulentos, pretendían esclavizarlos. Según predicaba cierto Cura en Misiones, iban de hacer una revolución contra Dios.

Igual opinión de descreidos y sanguinarios, precedía á los primeros soldados patriotas llegados al Alto Perú. Pero hubo cambio

de opinión, cuando oían rezar el rosario á los soldados en formación, y veían ostentar como distintivo y única divisa sobre sus uniformes, en Salta, los escapularios de la Virgen de las Mercedes, enviados por las monjas de Buenos Aires.

Sin duda, hombres tan valientes en la lucha como humanitarios después de ella, que en su propio hospital asistían heridos de ambos ejércitos, dejando después de la victoria en completa libertad á los prisioneros,—no aparecían menos buenos cristianos que los soldados del Rey, faltando al solemne juramento, para traicionar al día siguiente, á sus vencedores de la víspera......................

....

Pero al fin de los confines, se veía al *ejército chico*, vencedor del *ejército grande*, y si grande fué en verdad el número de armas, pertrechos y prisioneros, jefes, oficiales, cañones y banderas, que, menos de dos mil hombres, acababan de obtener sobre más del duplo de veteranos, las proyecciones de esta espléndida victoria fueron mayores.

Como la primera *desobediencia* de San Martín contribuyó á la reconquista de Chile, y resultado de su segunda insubordinación fué la ocupación de Lima—esta sublime desobediencia de Belgrano, según lo repetía nuestro dómine de historia, afirmando la revolución de la Independencia, tan vacilante hasta entonces, dejó expedito el camino del Alto Perú, por donde se consolidara................

....

VI

La tarde del 27 de Octubre de 1812, una magnífica puesta de sol, después de lijera lluvia matinal, fulguraba sinfonía de colores sobre las cumbres que rodean la *ciudad de los naranjeros*.

Mientras que, por un lado, los picos cristalizados resplandecían

en mil facetas encendidas por los sonrosados más ardientes, suave y armoniosamente humeaban otros, dorados á fuego, cual incienso que la tierra enviaba al cielo.

Tenues gasas de tornasolada trasparencia envolvían y deseeñían turbantes caprichosos en las más bajas cimas, sobrenadando como dentro de una atmósfera nacarada.

Arreboles fugitivos se alzaban en espirales. Hacia el poniente, el horizonte inflamado. La púrpura en todos los tonos imaginables, templada por los azules más puros, á un lado, mientras que, en otro, desarrollábase trasparente cortinaje de nubes color jacinto, cuyos flancos anaranjados parecían vetas de onix. Poco á poco, los más vivos colores del iris, íbanse apagando gradualmente hasta esfumarse en el pálido color lila del crepúsculo mortecino.

Desde tiempo inmemorial, era de gran solemnidad la procesión de la Virgen de las Mercedes, que ese año de 1812 tuvo que retardarse más de un mes.

Al desembocar la ciudad, donde empieza el *Campo de las carreras*, en que diera la victoria á sus devotos, Belgrano hizo detener las andas, dejando su bastón de General, como ofrenda, á los pies de la Virgen, bájo cuya protección ponía á sus soldados, declarándola Generala del ejército!

La hora solemne de aquella tranquila tarde primaveral, cargada de los acres efluvios de las montañas vecinas, sólo era interrumpida por las armonías de los cánticos religiosos.

En los juegos de luces de la espléndida decoración de nubes de oro y grana, algún vate *quichua* bien pudo imaginar el manto real de los Incas que adoraron al Sol, prendido de un horizonte inflamado en las cimas de los Andes, para realzar la magnífica decoración en honor de la Virgen de los cristianos.

Turnándose los oficiales que llevaban las andas, Paz, Lamadrid, Argerich y D. Tomás Obligado, emprendió la procesión su regreso.

En aquel momento, al dar vuelta con la imagen de la Virgen, el último rayo de sol fué á quebrar sobre su corona de oro, fulgurando nimbo de resplandores.

La larga proyección de su reflejo parecía indicar, alumbrando al devoto ejército, el escabroso camino, á cuyo término alcanzara también la corona á sus esfuerzos.

Entonces, con las últimas luces, se divisó entre el polvo de la marcha, la División del General Díaz Vélez, que volvía de la persecución emprendida al día siguiente de la victoria.

Incorporada la vanguardia á los soldados de la ciudad, la Virgen de las Mercedes regresó al templo, escoltada por todo el ejército y pueblo de Tucumán.

En la devota multitud se confundian, cual en una sola é inmensa oración de gracia, la plegaria del negro soldado y del indio libre.

Clérigos, militares, devotas y paisanos, seguían en solemne recogimiento, desde el último soldado hasta el General en Jefe.

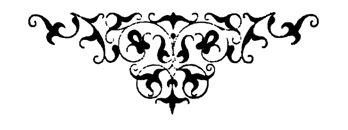
Marchaban con cirios encendidos Don Diego González Balcarce, Escobar, Palomeque, Arévalo, Vera, Rodríguez, Torres, Saravia, Heredia, Araoz, Zelaya, Lugones, Correa, Bernáldes Palledo, Zamudio, Perdriel, Alvarez, Santamarina, Villanueva, Luna y otros, dando gracias á la Virgen por el triunfo obtenido.

Todos aquellos bravos oficiales de la patria se esparcieron de ese primer campo de gloria, como aristas luminosas, llevando la idea y el espíritu redentor por toda la América.

....

Cumplen ochenta y cuatro años de aquella primera victoria sobre suelo argentino.

¡ Cuántos recuerdan hoy el nombre de los héroes de aquel día !...





UN CAPITÁN DE PAPEL

I

Tentados estuvimos en dedicar la presente tradición del año de Judas, á la honorable Comisión de pensiones en el Congreso Argentino.

Mas como, de cualquier modo, trátase de un Capitán, que no lo fué, si bien revalidado por el Congreso, no queremos que ni por las mientes pase, pretendemos enmendar la plana á nadie, siendo poco dados al oficio de Maestro Ciruela, menos en las actuales circunstancias, en que los padres de la patria, agobiados se hallan bajo el peso de tanta viuda, rodeados, atosigados, seguidos y perseguidos de innumerable ejército de agraciadas, ó desgraciadas pensionistas, ó apensionadas.

Por esto, al dejar correr la pluma, que murmurar nunca supo de viudas, doncellas ó casadas, nos dirigimos únicamente á un antiguo

y querido colega, que convencido fué, al fin, de la verdad de éste que parece cuento.

Al principio dudaba, replicando nuestro amigo.

—Que pueda presentársenos un Capitán de papel, todavía. Los hay de yeso, de barro, de hierro, de carne y hueso, de alfeñique y hasta de corsé. Pero que se hubiese establecido fábrica de viudas tan ingeniosamente montada no lo comprendo.

—Ya lo verá usted bajo sus propios ojos, por lo mismo que es salteño.

—¿Se tratará de alguno de esos Capitanes hechos por los Sanglas, Turderas, Claret, ó sastres militares de todo tiempo?

—Nada de eso, ni siquiera como otro Comandante *á dedo*, que tuvo la candidez de introducir su nombramiento de tal, á la firma del señor Gobernador de Buenos Aires, General Don Manuel Guillermo Pinto, la víspera de su muerte, entre el despacho del Ministerio de Guerra, del que era simple escribiente.

—No entiendo la cosa.

—Más, y menos, que eso.

—Menos tal acertijo.

—Más, porque mi *Capitán de papel* exhibió firma auténtica del General Belgrano, al presentarse pidiendo el reconocimiento de su grado. Menos, porque no la introdujo subversivamente.

Fué el mismo Honorable Congreso el que acordó pensión de Capitán retirado á quien nunca hizo otra cosa, ocupando su habitual retiro en *intríngulis* y trapisondas, y manteniéndose tan alejado, que jamás se le vió en campaña, ni siquiera en formación ó parada, ni en las planillas del ejército se encontró homónimo con quien equivocarle.

Oido á la caja..

....

II

Allá por los años en que el Doctor Belgrano, General del *Ejército chico*, avanzaba á vencer, como venció, los numerosos veteranos de Tristán, quien se firmaba General del *Ejército Grande*, vivía á los fondos de la casa donde se hospedó en Salta el vencedor de Tucumán, un joven, casi un niño, listo, pero muy listo.

Lijero, experto y vivaz, parecía de tan bello carácter como de carácter era su letra hermosa entre las bien feas de su tiempo.

Sin duda, los calígrafos arribeños de antaño no habían hecho la observación que, posteriormente, notó el poeta de más confusa letra, entre los buenos de nuestro Parnaso, cantando al Edén Argentino, descubriendo la espléndida naturaleza, de aquella hermosa tierra de Salta y Tucumán.

Repetía Mármol, con la gracia sin igual de su genio, haberse observado en los que sacan pulida y nítida letra desde chicos, por lo general, quedan en letra solamente, y, por añadidura, cuando más, en tontos de capirote...

....

Por mucho tiempo fué el General Belgrano, en los confines de la República, el representante político y militar de la revolución de la independencia. Cuando desceñía su espada, tomaba la pluma, para encarrilar mejor la propaganda que se le confiara.

Algunos oficiales exaltados de Castelli, habían hecho sospechosa la revolución, llegando en sus calaveradas hasta santificar, desde el púlpito, los errores de la revolución francesa.

Cuando no daban abasto al cúmulo del despacho, los empleados de su Secretaría de Guerra, solía el mismo Belgrano ir hasta los fondos de la casa, gritando al pequeño vecino de buena letra, que amansaba su *petizo* reyuno.

—¡Mi Capitán! salte el cerco, hay mucho que copiar.........

....

Y el niño más que listo, de un salto estaba al lado del General, y de un segundo en la mesa, pluma de ganso en ristre, copiando partes, proclamas, circulares, mientras que él dictaba á otros, paseándose de uno á otro extremo de su improvisado bufete, notas sobre éste y otros temas:

«Oficio al Capellán castrense para que, después del toque de oraciones, haga rezar el rosario por el Sargento Brigada, á los soldados de cada compañía, dentro de sus cuadras».

«Orden del día, haciendo saber al ejército, y principalmente á los guerrilleros de vanguardia, que incurrirá en pena de muerte el que robe, aunque sea un huevo.

«Circular á los Curas para que, en la plática durante la misa, enseñen á los indios que *la patria no es hereje*, ni viene á quitarles nada. Que Dios es Dios para todos los hombres de la tierra, y el mismo para los blancos que para los *coyas*. Que los patriotas no vienen á variar sus creencias ni costumbres».

«Nota al Mayor General Díaz Vélez, Jefe de la vanguardia, para que no hostilicen á los indios de la sierra, libres de celebrar sus fiestas criollas, y que no se les prohiba en las procesiones sus endriagos, vestiglos, minotauros, tarascas, enanos ni gigantones.

«Que haga propagar por todos los medios á su alcance, que los soldados de la patria, sólo traen *la nueva buena de la libertad*. Que la revolución iguala á todos ante la ley, respetando lo que cada uno tiene»..

....

En otras ocasiones, cuando apurado se hallaba el General, sin levantar cabeza de su mesa de trabajo, en la tira de papel á mano, escribió más de una vez, de su puño y letra:

—¡Mi Capitán!—nombre con que familiarmente llamaba en su paternal cariño al pequeño vecino,—venga un momento, hay mucho que escribir...

....

Muy lejos estaba entonces tan recto y honrado Jefe, en suponer que tales minúsculos mensajes volantes, valorizándose con el tiempo, como todo lo que á él perteneció, habíanse de convertir en base de auténticos despachos de Capitán, para quien nunca llegó á cabo...

Vencido Belgrano, menos por los años y prematuros achaques que por la ingratitud de sus conciudadanos, dejó á Salta, avanzó hasta Potosí, y, al fin, regresó con el corazón deshecho á morir en esta ciudad de su nacimiento, y en la casa que hemos descrito en la calle á que dió su nombre.

III

El covachuelista de marras, que sin duda siguió estirándose y creciendo entre soldados y papelotes, si no tomó olor á pólvora, sí, tomó olor á viuda, á las que ellos dejaban, y muchas que aficionándose no dejaban también, hasta establecer fábrica de viudas.

—¿Cómo, matando á sus maridos?

—Nada de eso. Mi capitán Lancosta ó langosta, incapaz fué nunca de matar á sus homónimas, sino fabricando documentos tan bien hechitos, que realmente las presentaba y aparecían como viudas de verdad.

Para algo le sirviera, sin duda, la experiencia adquirida desde niño, al frecuentar la secretaría del General Belgrano, que, como á célibe fiel rodeaban con asaz insistencia, viudas y doncellas...

....

Tropezaba el Capitán con vieja de más ó menos zahumerio de sacristía, taperujada ó envuelta en negro rebozo, saliendo de alguna de las que rodean la Iglesia del Señor de los Milagros, y de buenas á primeras, al emparejar con ella, en la misma vereda, después de respetuoso saludo, decíale galantemente:

—Mi señora doña Mariquita: ¿Quiere usted ser viuda?

—¡Atrevido! yo siempre fuí doncella, yo no soy viuda de nadie; contestaba la beata sulfurada.

—No se altere usted, mi buena señora. Nadie pretende atentar á su estado de honestidad. Pero bien pasar pudiera por la viuda del Capitán Fulano, que nada pierde con eso, y sí ganar algunos pesos al mes, para aumentar sus limosnas, ya que su devoción la hace tan caritativa. No me parece que á nadie venga mal una pensioncita, así como llovida de lo alto.

A poco andar nuestra blanda devota, persuadíase tras de esta y otras adulaciones de virtudes, que sin duda no tenía, contestando la más veces:

—¿Y qué hay que hacer para eso?

—Poca cosa, ó menos. Por su parte, nada; dejarse hacer. Por la mía corre lo demás..

Y rumiando para su conciencia, la timorata célibe ó ex-doncella reflexionar solía:

—Como no salga de ello un gatuperio, en verdad, no me vendría mal para remediar mis necesidades, en estos perros tiempos que alcanzamos, una mesada con que colocar á mi pobrecita sobrina, que trazas lleva de morir con su ramito de azahares.

Y como fué siempre de Evas dejarse tentar, ésta, por la meliflua palabrería del locuaz *viborón* que la seducía y se le enroscaba siempre por caridad al prójimo, rara era la beata, ó mundana, que á la noche siguiente, si no en la misma de semejante diálogo matinal, dejaba de concurrir al escritorio ó *fábrica de viudas* del lindo oficialito de la hermosa letra.

IV

Y así en poco tiempo, el Capitán Lancosta agrandó su Despacho de *despachos*, extendiéndolo luego á Salta, Jujuy y todas las

provincias del norte, bien que limitándose á especialidad de viudas de Cabos, Sargentos, Alféreces, Tenientes, Ayudantes y Capitanes, pues que más fácil encontraba la comprobación, cuanto menos alto el grado.

Nunca le escasearon viudas, ni faltaban dos ó tres que las atestiguaran como tales, sobre todo, ante la autorizada palabra del *Capitán de Belgrano*, como habían oido llamarle á Lancosta, desde sus antepasados.

El hombre fué tomando nombre, creciendo, y extendiéndose como especialista en fábrica tan singular, y como sus cábalas y patrañas daban resultado, caían á su bolsillo cuatro bolivianos y plata de Güemes, que era un gusto.

¡Lo que vale tener buena letra!

¿Quién no había oido desde Salta y sus alrededores, llamar el *Capitán de Belgrano* á este nuevo Capitán Langosta?

¿Quién se había de atrever á poner en duda su testimonio?

Si no á vuelta de correo, volvía revestido de todas las formalidades, y con decreto al pie, el expediente de la señora Mengana, reconocida como la viuda de Zutano.

Comprobado quedaba el derecho á la pensión, aunque ésta no llegara tan pronto, bien que con los tales *derechos diferenciales* de pagar hubo la Confederación á tanto pagano.

Pero, al fin, cayó aquello, la Confederación, sus derechos de flamante invención y todo lo que tenía que caer, al desmoronarse el edificio viejo.

Entonces el *Capitán de papel*, que numeroso ejército de viudas había hecho reconocer, fácil le fué atestiguar con el testimonio de las mismas. que si no era él, viudo de todas, acreedor, sí, á los sueldos por tantos años devengados en pago como Capitán, desde los tiempos de Belgrano. pues con tan popular nombre se le conocía desde años inmemorables.

Aunque extraviado se hubieran sus despachos, ahí presentaba, no una, sino muchas misivas y autógrafos de Belgrano, llamándole por su grado: mi Capitán!

V

—Puede que por los años de 1813, se fabricasen tan fácilmente Capitanes de papel, y que aún cuarenta años después, el Gobierno de las trece, revalidara nombramientos así en papel mojado ; pero, al presente, no serían posibles semejantes falsificaciones, pues que, para eso, está bien llevado el archivo en el Estado Mayor del Ejército, que ha venido á sustituir con ventaja la antigua Inspección General de Armas.

—Lo creen ustedes así? Tan cierto es el Capitán Lancosta y eso que se quedó corto, contentándose con su pensión, al revistar como inválido, sin duda por las muchas viudas que había hecho, como aquel otro Teniente Coronel, por engañifa. Todavía oimos á éste, veinte años después, defendiendo uno de los prisioneros de *La Verde* con su espada virgen al cinto, que nunca tuvo ocasión de desenvainar; pero sí de ascender al grado inmediato según los muchos años transcurridos en el Ministerio en el empleo de Teniente Coronel, por sí mismo expedido.

Verdad es que este buen señor, manejaba mucho más hábilmente la pluma que la espada.

¿Creen ustedes que hoy no se repetirían semejantes *desaguisados*, en perjuicio del Tesoro y de militares de verdad?

Vaya como apéndice este último caso reciente.

Poco ha, cierto amigo nuestro, pidió justificar ante la autoridad competente, algunos modestos servicios militares, que allá en sus mocedades había prestado á la patria—para dejar ante los suyos huella de sus pasos, y de que alguna vez hubo servido siquiera para taco de cañón.

Honrado era nuestro amigo, y Modesto de nombre y condición. Fué, anduvo y vino el expediente de una á otra oficina, cuando, al

cabo de algún tiempo, el Oficial ayudante del Archivo militar, le dijo un buen día.

—Vaya, amigo, aquí tiene usted su despacho.

Y tan buenamente informada aparecía la brillante foja de servicios, que tentado estuvo nuestro amigo, de resignarse á vestir las plumas del grajo:

—Este no soy yo, señor—contestó después de un momento de indecisión.

—¿Cómo, no se llama usted Don Modesto Maldonado?

—Sí, señor.

—Nacido en Buenos Aires, Capitán en 1854, Teniente dos años antes?

—Sí, señor; pero el de esta foja de servicios, no soy yo...

Aparecía haciendo campañas desde antes de haber nacido, con más tajos y reveses, cintajos, cordones y medallas, que Judas de Sábado Santo—más acciones de guerra que á las que tenía tiempo de haber asistido.

Trabajo costó persuadir al archivero de paciencia, que la había tenido ímproba para revestir el voluminoso expediente de informes tan errados, que, mirando para todos lados, ofreció quedar en uniforme de Adán, para probarle, ante sus propios ojos, no había en su cuerpo huella de heridas, atestiguando glorias supuestas.

Todavía, creemos, quedó dudando el bueno del empleado, que por seguir la virtud de su nombre, con modestia apartaba de sí gloria que tanto trabajo había á él costado consignar, desempolvando archivos...

Puede que ya no sea tan fácil reabrir hoy fábrica de viudas; pero sí lo es, hacer Capitanes de papel.

¡Vaya si lo es!...





AMOR DE RODILLAS

Señor Doctor X X**

USTED sabe, mi amigo, los puntos de verdad que comprende este cuento, que no lo es, y aunque no falte pintarrajeada romántica que lo llegará á juzgar novelesco episodio sentimental, repetimos, que no vale la pena dejar tomar el vuelo á la loca de la casa (la imaginación), cuando personajes de carne y hueso, dejan más aleccionamiento.

Y con esta advertencia, contestamos la observación hecha, de que en nuestra receta para confeccionar tradiciones, entra por mucho lo extraordinario de un sucedido, por algo, un nombre llamativo, y por poco, en escasa cantidad, la verdad verdadera: eco del pasado.

De exhumador de antiguallas, se nos ha criticado, como si fuera vano, ó inútil, oir toda esa experiencia que acopia la vida en sus postrimerías.

Es la experiencia madre de la ciencia, según el refrán, y los que pretenden reformarlo todo, apenas á este respecto se han permitido motejar al Creador por haberla colocado al confín y no al principio de la vida.

Y si de cuentos de viejas para adormecer niños junto al hogar se tildaran estos, bueno sería recordar que en todas esas consejas de viva voz, la tradición oral entraña enseñanzas que más hondamente se graban.

En cuánto á nosotros, ¡qué no daríamos por interrogar de nueve á todas esas queridas cabezas emblanquecidas, sobre las que lo tiempo, con su nieve, derramó también la experiencia! De rodillas correríamos á su lado para oir de nuevo la voz del pasado.

Y dejando la réplica de tal crítica para otro lugar, punto en boca, y seguimos..

....

I

Cara lánguida, pálida, ojerosa, cuello ebúrneo y negra cruz de azabache pendiente de él, boquita de beso en proyecto, grandes ojos rasgados, negros, más negros que sus cabellos, y entre éstos, una blanca flor del aire; nerviosa, toda sensitiva como la flor de su predilección, elegante en su vestir; fanática en decir, y en sus pasiones, como en sus creencias era la enamorada Marta, hija primogénita en una honrada y antigua familia de Salta, y linda hasta la pared de enfrente.

Y aunque ésta era el paredón de la Merced, más inconmovible que sus viejos muros, aparecía el corazón de la pálida beldad; pues, no obstante haber ya doblado la esquina de sus veinte años, seguida de muchos pretendientes, la niña no tenía novio.

Cartas van, mensajes vienen, dueñas llegan, pasantes pasan, y

Martita nonis que nonis, no quería ser par; firme en sus trece y en su doncellez, *billeticos* quedan sin respuesta.

Virgen de alma y de cuerpo: no se decidía á dejar de serlo.

¿Por qué prefería quedar para vestir santos, ó pasear sobrinos, como ahora se dice?

¿Por qué hacía repulgos á Don Moisés, el de enfrente; Don Tadeo, el de la esquina; ó Don Apolinario, el boticario?

No señor; porque ella tenía un su *percundante*, más presentido que presentado, y su bello ideal no llegaba.

A veces, desde la huerta del fondo, con el canto matinal de las alondras, oíase letrilla malsonante para los mozos del barrio, cuando la niña bajaba á regar su rosalito en flor.

Yo no quiero dar mi mano
A un veletero salteño,
Que ha de llegar con Belgrano
Mi oficialito porteño...

Y cuando el Cura de la Merced, ó el familiar de su Ilustrísima, de vuelta de su visita pastoral, se permitían alguna familiaridad en las tertulias de malilla y chocolate, ante el estrado de señor padre, ó algún coronilla malicioso, decíale entre risueño y grave: ¿Cuándo nos da un gustazo Martita? ¿Cuándo es el gran día?

—No se aflija, padre Cura, contestaba sonrosándose, que usted me ha de echar su bendición, cuando el oficialito del Ejército de Belgrano, que pretendo, ó se quedará sin echarla... Me he de casar con un porteñito, ó con ninguno.

Y en eso llegó Belgrano; pero tan de prisa bajaba la montaña, que no tenía tiempo de ir dejando novios en el camino, como que él mismo, por falta de tiempo para el año de noviciado, paseó su soltería, así en las Provincias de abajo, como en las arribeñas.

Y casi pisándole los talones, tras tris, Tristán, que nada de triste traía por entonces, y sí con aire de vencedores sus oficiales, descolgábase de las sierras, hasta que al llegar á Tucumán, á pie firme, aquel puñado de patriotas, hacen dar vuelta cara, con la de Tris-

tán, á la mala fortuna, y éste regresa fugitivo á Salta, por el mismo camino que la víspera cruzara en aire de perdonavidas.

Desde entonces, los patriotas de Güemes no le dieron descanso.— Tras la vanguardia de éste, apareció Belgrano, vencedor en Salta, para que no volviera más á flamear por sus calles, la bandera en su campo abatida.

Vencedor en Tucumán, vencedor en todas partes, entre los oficiales de Belgrano, llegó también el porteñito del presentimiento.

Dos galones en la manga, rubio bigote, hermoso rostro tostado por el sol del campamento, arrojo en el corazón, y palabras de miel en los labios, era Dionisio Alvarez, enamorado de profesión, dispuesto á hacer la corte á cuantas encontrara á su paso, bien fuera la Virgen de la Merced, ó algunas de sus vecinas.

Los vencedores en Tucumán, encontraron en Salta todas las puertas abiertas y también muchos corazones.

No podía *él* llegar en mejor oportunidad, pues tan parladores eran los grandes ojos, centellando pasión, de la mustia beldad, como poco mudos los labios del bigotillo dorado, por lo que con pies y con manos, con miradas y palabras, tan instantáneamente lograron entenderse, que á poco pasaron como en fuga rápida todas las notas, llegando, ó casi llegando, hasta lo desconocido, desde el *do* de pecho al *sí* sostenido...

Do-re-mi-fa-sol-la-si...

Y esto al oido, sin haber estudiado música, de afición únicamente, y sin maestro la niña, *soto-voce* ensayaban largos dúos. Pero qué dúos!

Letra de amor con música de besos, al claror de la luna, en la penumbre del balcón, que hacía murmurar al malicioso campanero de enfrente, cada noche que á las ocho subía al toque de ánimas:

Canela y azúcar fué
La bendita Magdalena.

Pero de Dios está, que no ha de haber dicha completa en este valle de lágrimas, ni en el de la Virgen del Valle, por el de Lerma,

pues el mismo sacristán celoso á quien, por más plata de Güemes, que diera un ayudante del mismo, no había conseguido hacer tomar á su vecina el billetito subversivo en lugar de agua bendita, en la pila que él llenaba. Canturriaba en su despecho al divisar el porteñito de plantón, ó centinela perpetuo.

Amor de soldado
Amor de una hora:
Cuando toca la caja
Adios señora!!...

II

Bien pronto sonó la caja, y á su redoble, todos se reuniéron en torno de la bandera, ante la que, los batallones de Tristán, juraron en vano no hacer más armas, y caminito de Jujuy siguieron subiendo y subiendo al Alto Perú, llegando, los que llegaron, hasta Chuquisaca y Potosí.

Pero con cuán aviesa fortuna los vencedores de Salta atravesaron Vilcapujio, Ayohuma y Sipe-sipe, cayendo y levantando, ora vencidos ó vencedores, los diezmados batallones de Belgrano, sin él y sin Díaz Vélez, sin Rondeau, ni Balcarce, ni Arenales, regresaba uno que otro cojeando, ó al tranco de su mula de paso, habiendo dejado un brazo ó una pierna, un ojo, cuando no los dos, en defensa de una Patria que, detenida en sus primeros triunfos, lo fué sólo en la hora ingrata en que malos hijos despedazaban sus entrañas!

Partió el alegre Dionisio, después de dar palabra de casamiento para su vuelta, si tenía vuelta, que los soldados no siempre la tienen...

Uno, dos y tres años transcurrieron sin saberse nada del que pasó.

Las viejas beatas del barrio, que la bella del de la Merced

desairara con sus misivas, afanábanse en multiplicar las angustias de aquel pobre corazoncito, torturado por la duda y los temores, aunque saboreando entre sueño el primer beso del primer amor.

Una, lo sabía de buena letra, dicho del *coya,* chasqui en Tambo Viejo, Dionisio había muerto por Sipe-sipe. A otra habíanle escrito de la misma casa que, con las dos piernas cortadas por una bala en Ayohuma, lo asistieron hasta sus últimos momentos. Otra, la sobrina del Cura, por más señas, decía que el Curaca de Vilcapujio le vió desfilar entre los prisioneros para Casas Matas.

Pero, presentimiento inquebrantable la sostenía en su última esperanza y desde el primer momento en que malas noticias vinieron á conturbar su alma apasionada, cayó de rodillas ante el Señor de Vilque, de Sumalao, cuya imagen, entre flores y velas encendidas, tenía en suma devoción al lado de su blanco lecho de virgen, haciéndole de rodillas y con el corazón saltando, la más solemne promesa de ir por las mismas, hasta el santuario donde se venera su milagrosa imagen, á darle las gracias, al día siguiente que volviera su novio bueno y sano.

Y uno, dos y tres años pasaron, entre suspiros, novenas y promesas, ya con silicios que desgarraban sus carnes, ora durmiendo sobre una vieja desnuda... tarima.

En tan larga espera, al través de sus lágrimas, sólo veía ante sí, como su vida toda, desierto el camino, sin que en el más lejano horizonte se divisara el polvo del ansiado mensajero.

Ya no pedía tanto, se limitaba á desearlo bueno, últimamente aunque no bueno y sano; pero nunca dejó de pedirlo novio.

....

Un día llegó, ó más bien una noche de luna, semejante á aquellas de tan dulces recuerdos, cuando entre ensueños de amor, arrullábanse como dos tórtolas, balanceadas sobre una misma rama, confundidas sus sombras en la penumbra del balcón de la promesa. Recogida y triste suspiraba en su cama, consumida por la melancolía, había ya hecho sus oraciones en aquella monótona, fría y larguísima noche de desesperanza.

Mal dormida oyó, ó creyó sentir, como una caricia entre sueños, esta expresión:

¡Al fin llegó el resucitado!

Y más tardó la vieja Chola, cariñosa dueña de esta doncella, en subir tropezando para anunciar que el deseado acababa de llegar, que ella en sentir como un vuelco del corazón, y saltar de su lecho.

Entre el ruido de sables, carabinas, rodajas, y rumor de mulas y caballos á la puerta, reconoció al Dionisio de sus pensamientos, llorado por muerto, vivo, bueno y sano.

Al momento, toda agitada y antes de correr al encuentro del bien deseado por tan largo tiempo, conmovida cayó de rodillas sobre el mismo reclinatorio que años antes, y renovó entre lágrimas y suspiros la solemne promesa, tantas veces repetida.

«Pues que me lo devuelves, milagroso Señor de Sumalao, á tu Santuario iré de rodillas, á darte las gracias por este gran consuelo que me vuelve á la vida... »

III

Y cumplió como lo dijo. Una semana no transcurriera de la noche del feliz aparecido, cuando la niña salía de hinojos desde el pretil de la merced para la peregrinación prometida.

Toda la familia le acompañaba rezando y con faroles, madre, hermanas, tías, vecinas, curiosas y agregadas, hacían la peregrinación á pie, que de rodillas continuaba Marta, adelantando menos de una legua el primer día, pero no avanzó una cuadra ni andar cien pasos ó rodillazos, el último de los sesenta que empleó en las las doce leguas.

A poco andar se le desollaron de tal modo las rodillas, en aquel pedregal que fué menester adherirle rodilleras de piel de carnero, y

aún ayudada con el bordón de peregrina, apenas conseguía adelantar á paso de hormiga.

Algo incrédulo el novio, en lo de milagros de amor, votos y ex-votos y promesas de la misma esencia que, como tal se evapora, no acompañó á su macilenta y dilacerada prometida, pretextando listas y revistas, retretas, faginas y asambleas, toques diarios que le detenían en el cuartel, como Capitán de Campo.

Fué, estuvo y regresó, ó más bien, la volvieron trasportándola en una camilla, en menos de dos días, por el camino que en más de dos meses hizo de rodillas.

Y si angustiosa y larga había sido la peregrinación al Santuario de la que invocó como protectora de sus amores, más larga fué la velada de muchas noches, en que *la ingenua novia de las rodillas* pasó curándose éstas, sin poder moverse de la cama. Tiempo tuvo el veleidoso Dionisito para emprender campaña más cerca, que la de Vilcapugio y Ayohuma...

Rodeaban noche á noche el lecho de la enamorada doliente, entre primos y primas que tales primadas se permitían, alrededor del bracero, calentando agua para que *otro tome mate*, y vecinas entremetidas y dueñas curiosas. Alegraba la reunión una joven parienta, que, durante la prolongada ausencia del niño perdido, había rápidamente desarrolládose, así en hermosura y gentileza, como en ingenio y travesura y era esta menorcita que no hacía cosas de tal, á quien primero encontraba en antesala el ex-muerto, cada noche que entraba á preguntar por las rodillas de su ex-novia, ó por la novia de las rodillas.

Tardaron tanto en curar éstas, y mimo y seducción tanta gastara Cleta en los nocturnos recibimientos de su casi cuñado, que el oficialito causa de la enferma, con el andar del tiempo varió como veleta porteña, y la hermana paciente, matrimonióse con el no convaleciente.

Si mucho había esperado Marta, poco tardó Cletita en sustituirle, y entre la preparación de dos cataplasmas para la desinflamación, llevó su inflamado corazón á la Vicaría.

Si cuando al dejar su lecho la dolorida apasionada, no dejó la vida, fué, sin duda, porque ya no se muere de amor.

Amor, amor más fuerte que la vida, más fuerte que el honor. Creyó ella ver en tal sustitución, castigo del cielo, por su poca fe, pues si le aconsejaba su guía espiritual, se limitara á pedir á Dios lo que más le conviniera, ella acababa así sus oraciones todas las noches.

—«Permitid, Señor, que vuelva, os pido el milagro de su resurrección. Dejad que vuelva siquiera un día á mis brazos el amado de mi corazón».

El tiempo transcurrió, y la Virgen de las rodillas, entraba al Convento de Carmelitas, pronunciando un año después sus votos solemnes al consagrarse como esposa del Señor de San Bernardo.

En aquellos días venía al mundo la primogénita de su prima hermana, hija del Dionisio el engañador.

IV

Muchos años habían pasado, cuando la hija ésta de Cleta encontró cerca del torno, en el mismo Convento que frecuentaba á saber nuevas de su tía, al joven Moisés Ferrando, comerciante de las Provincias de abajo, que arriaba su mulada desde márgenes del Paraná á la feria de Sumalao.

Conducía de las monjitas del tránsito confites de Córdoba, corazones, rosarios y escapularios y varias encomiendas para sus hermanas de Salta.

Y fatal fué el encuentro, primer tropezón de la sobrina de su tía, con el tropero que, en mula chúcara, emprendía la peregrinación hacia el mismo Santuario, donde de rodillas llegó un día, la que otros muchos pidiera, el regreso del que novio de la tía entonces, padre de esta su sobrina fué más tarde.

Muchas idas y venidas de Buenos Aires á Salta, y á la feria de muladas con recua y encomiendas se repitieron, y como fatigoso era el viaje, descansó hacia en donde Genoveva, á cada vuelta y revuelta, pasada y repasada, más frecuente desde el causal encuentro.

La noche del último viaje, quedó concertado en la misma sala, el próximo casamiento para su vuelta, de Don Moisés con Genoveva.

Largo tiempo pasaba; el bizarro mulero no volvía.

Parece que mala estrella guiaba á las doncellas de esa casa, desde el día que premeditaban dejar de serlo; y tías como sobrinas, quedaban destinadas, si no para vestir santos en la Iglesia de enfrente, para cantar en coro desde el Convento, á la vuelta, entre las Vírgenes del Señor.

La predilección por el amor á los porteños resultaba fatal á la honrada familia de aquella honorable casa solariega, por la inconstancia de los de *abajo*.

Y un año, y dos se deslizaron sin que noticia ó eco alguno llegara á Salta del desaparecido número *dos*.

¿Se lo habrá comido la tierra?—decía una desdentada vieja vecina, madre de Candidito, á quien, como candidato de conveniencia lo tenía en conserva para Genoveva.

¿Habrá muerto en Caseros? — agregaba un casero de enfrente, donde Ferrando y sus mulas sabían parar.

Y en éstas y otras dudas, la inconsolable novia desesperaba, y fué como su tía, víctima de amor, ó de engaño, á buscar consuelo, refugiándose en la misma celda que aquella otra víctima de un inmenso amor desgraciado, dejaba por su fallecimiento.

Y otro año pasó, cuando, según reglamento de la Santa casa, salió Genoveva á pasar la última semana en la suya, antes de pronunciar los votos inquebrantables.

V

Tres dias faltaban apenas para terminar sus postreros en el mundo, cuando á mata-caballos, ó revienta-mulas, apareció Don Moisés, ostentando en su pecho el escapulario del Cármen, último bordado de su bella *desenclaustrada*..............................

....

—Vengo en busca de mi novia, que un criollo de mi raza nunca engaña, dijo al penetrar á la sala fatal del desengaño.

—Aquí no hay ninguna novia,—le contestaron.

—¿Qué, ha muerto?

—No hay novia.

—¿Se ha casado?

—Sí, contestó la monjita, saliendo en traje de tal, con los ojos bajos y más blanca, en su palidez, que la alba toca que la hermoseaba.

—¿Cómo? ¿No me esperabas? ¿Te casaste? ¿Enviudaste y has profesado?

—Te esperé y desesperé, al recordar que el compromiso se contrajo en esta misma sala fatal, donde un porteño fué por tantos años esperado. Creía contagiosa enfermedad de allá abajo, la de engañar á las crédulas salteñas.

Luego entró á explicar, Don Moisés, temblándole el corazón, y también los labios, cómo, arriada su mulada al pasar el arroyo del Saladillo, le llevaron entre las primeras levas que Mansilla mandó á engrosar el campamento de Santos Lugares. Prisionero en la batalla de Caseros, el General Urquiza lo envió con los negros á Calá, de donde recién había podido desertar. Azotándose al Paraná, desde el Rincón de Coronda, emprendió viaje á su dicha, al paraíso terrenal que le esperaba, en cuyo dintel, su misma Eva le cerraba las puertas para siempre...

—Así será y debo creerle, pero yo ya estoy casada.

—¿Cómo? ¿Con quién? Rasgaré el corazón del que te me lo ha robado.

—Poco á poco: paciencia. No desespere hermano, por Dios. El le resignará. Rogaré por su tranquilidad. *Todo pasa, se olvida ó desvanece.*

—Perdón, yo no pido perdón á quien te me ha robado. Ven, vamos, huyamos, he venido á cumplir mi palabra.

Mía, ó de nadie, juraste aquí ante ese mismo crucifijo, que está donde se estaba y bajo de él tu madre y ante ella nos juramos el amor que unió nuestras almas; mía ó de nadie, dijiste, y ahora...

— Yo, ya estoy casada. Virgen del Señor, Dios ha recibido mis votos.

— ¡Oh! esto no puede ser. Vengo desde el Calvario, tan largo me ha parecido el camino por cumplir mi palabra honrada, y la mujer fiel, en la casa donde mueren de constancia, me falta así.

Luego salió, dando vuelta á la manzana, enfurecido y desesperado, clamaba en busca de su media manzana...

VI

Y en vano fué que Canónigos y familiares y hasta el mismo, Ilustrísimo de Tucumán, de visita accidental, pretendiese tranquilizar aquella conciencia fanatizada, explicando que ni aún caso de dispensa era, ó relajación de votos, pues no se habían pronunciado, por lo que debiera cumplir su primera promesa. Pues que su consagración á los Altares del Señor, fué ofrecida bajo la suposición de haber muerto aquel segundo resucitado, que volvía en la

fe de su promesa, volando en alas del amor á cumplir la suya, recordara el deber de cumplir las obligaciones en el orden que se contraen...

Pero Genoveva, sobrina de su tía, era en lo inquebrantable, persistiendo en creerse ya consagrada al Señor, por más que á milagro atribuía su ex-novio el haber llegado á la puerta del Convento donde la conociera, á tiempo de detenerla en sus umbrales, y en el último día que pasaba en el mundo.

Y no hubo más ruegos, lágrimas y oraciones; promesas, dádivas y llantos. — Lágrima de mujer conmueve al bronce, se dice, pero cual sobre fría lápida suele deslizarse mudas y silenciosas por la faz del más enérgico, sin que acuda á detenerlas alma piadosa.

Y la puerta cercana al torno se abrió, para girar y cerrarse por siempre tras del amor que gimiendo quedaba á su entrada.

Cuentan que al siguiente día de esta segunda profesión, traspasado y herido en lo más íntimo, á pie, desesperado y deshecho, siguió como ebrio desazonado, hacia el Santuario de Sumalao, en la borrascosa noche que pronunciara los últimos votos, la Virgen de sus últimos amores.

En época que todo se mueve, huye y pasa en vértigo fugaz, ¿qué significa ese rezago de pasados tiempos, que se llama voto perpetuo?

Cuando todo corre y vuela, cual exhalación en el siglo de la electricidad, de la vida y del progreso continuo, ¿á qué responde esa vida estancada, sustraída á todo movimiento? Si apenas de voto perpetuo restar debe el matrimonio, como fundamento de la familia, — puede suponerse natural, que jóvenes á quienes el primer desengaño arrojó á una celda, queden con gusto por siempre enterradas en vida?

A los cuarenta años no se piensa como á los veinte, y muy diversamente se siente á los sesenta.

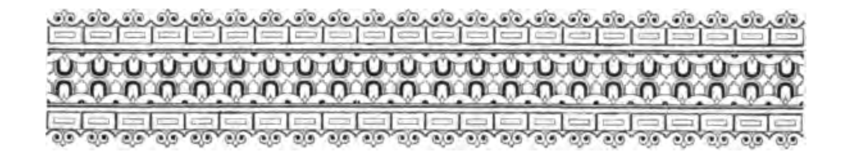
Pagar justos por pecadores — dícese, en caso á éste semejante que más de uno hemos visto en el camino de la vida.

El Creador nos ha dado dos pies para caminar con ellos por la

recta senda. No apreciamos en gran sacrificio, la tranquila y serena vida conventual, aislada del mundo, de sus pasiones y peligros. Las rodillas que no se han hecho para sustituir los pies sólo deben doblarse ante el Dios Supremo, implorando la extirpación de la ignorancia, el fanatismo, los errores que enceguecen y pedir la paz, la tranquilidad de la conciencia, que no es poco pedir, y algo más duradero que el frágil amor.

¡Cuántas veces implorado éste aún de hinojos, causar suele el tormento de toda la vida!





LA TARDE DE MAIPU

I

La tarde del 5 de Abril del año 1818, el más collón de los Mariscales de Café, concluia, en el de Molco, los comentarios de la sorpresa de Cancha Rayada con estas palabras:

— «La verdad es, que ya nos va costando un ojo de la cara este oficio de Libertadores, pues los argentinos han perdido hasta el último cañón »...

En aquella hora, con piezas chilenas, sobre el llano de Maipu, un artillero argentino disparaba el último cañonazo, que afianzó la independencia de esa República hermana.......................

....

Y en ésta, que llamarse podria tradición de las coincidencias, es de notar que, cuando pocos dias después, echábanse á vuelo las campanas de nuestra Catedral, al entrar el Comandante Don Manuel de Escalada con los trofeos de esa victoria, se rasgaban, con re-

piqueteo ensordecedor, las de Lima, celebrando *aquella ingrata noche* á que alude el poeta del himno argentino.

Pronto se le fué el gozo al pozo al Señor Virrey, pues dos horas más tarde, llegaba el parte de Osorio, dando cuenta á su adorado suegro de que todo lo había perdido en Maipu, hasta el rosario de corales con el retrato de la *virreinita:* cara mitad del derrotado.

II

Años después, en la mañana de un hermoso domingo, salíamos de Santiago, guiados por el más fecundo publicista chileno, á la ansiada excursión histórica del célebre campo.

Desde la azotea del fundo de Subercaseaux, uno de los viejos vecinos del lugar, en sencillo pero patético lenguaje recordaba así las principales escenas de la tarde de Maipu.

«Por allá, donde aquellas vacas echadas, estaban los nuestros.

«Más retiradita se divisaba la línea de los chapetones.

«Como á eso de mediodía empezó la *jarana*».

«Si lo sabré, como que mi madre fué la chilena que alcanzó la última *huampa* de agua al primer argentino herido que cayó cerca de nuestro rancho, recogiendo luego al guapo Comandante Bueras...

....

Tío Maipu, con tal apodo mentado, el paisano que en tales términos se expresaba, nacido á la ribera del río de su nombre, hacía parte de los Guías del Ejército.

Sabíase de memoria todo el campo y muchas leguas á la redonda, como el parte de San Martín. Cuantas palabras le oyó ese día, quedaron incrustadas en su memoria.

Saliendo de la quinta, iban señalando los principales sitios

célebres—interrumpiendo con interjecciones pintorescas las explicaciones de Don Benjamin Vicuña Mackenna ....

Formados en columna los dos ejércitos, sobre uno y otro barranco de Lomas Blancas, para descubrir donde se ocultaba la artillería española, el Mayor Blanco Encalada disparó el primer cañonazo, y con tanto acierto, que mató el caballo del General en jefe.

III

«Mal empezamos, dijo santiguándose el Capellán, que ayudaba á levantar á Osorio.»

¡Cuántas veces un primer cañonazo certero, fué feliz augurio de venturosa jornada! Así el 11 de Agosto de 1806, volteando desde el Retiro la bandera inglesa de un bergantín de guerra y el 6 de Marzo (1827) fué muerto, no el caballo, sino el mismo Jefe brasileño que atacaba el Cármen de Patagones.

A poco andar se alzaron las tres banderas en el Cuartel General, señal convenida de avance, y descolgándose la infantería del Coronel Las Heras, cruzó la hondonada, arma al brazo, trepando la barranca opuesta, coronada por los veteranos de Ordóñez y Primo de Rivera, que en Baylén abatieran las águilas de Napoleón.

Detenidos en su primer ímpetu, la batería de Blanco continuaba tirando por encima de nuestros infantes, y en una segunda carga, conmovida ya la línea enemiga, fué doblada.

Contestando sus cañones con punterías fijas, no pudieron rápidamente bajarlas, para recibir á los que asomaban subiendo. Consiguió Las Heras llevar el ataque oblicuo, y aislar la izquierda del enemigo, sobre el que se lanzó el Coronel Zapiola con los

Granaderos á caballo ....

....

....

Disparado el primer cañonazo á la una, cerca de las seis resonó el último.

Lo que en aquellas pocas horas pasó, no es para olvidarlo

La fusilería incesante, el cañón tronando por todas partes; allá, á lo lejos, un relampagueo de sables que subían y bajaban, el ruido, las voces de los jefes, los lamentos de los heridos, el galope de los ayudantes, las banderas flameando al viento, infanterías en despliegue, caballerías que cargan, arrollando todo por delante, el acre olor de pólvora, infiltrándose en la densa atmósfera gris; tambores tocando á la carga, ecos de clarines y ruido infernal, entenebreciendo el valle.

Esta gran batalla de primer orden, ganada por un General del mismo, ha sido por muchas plumas descrita.

Sobre aquel campo quedó sellada la fraternidad de dos pueblos. Reasumamos...

IV

Después de diversas evoluciones, el General Ordóñez, á la cabeza de su Regimiento, logró retirarse en cuadro, fortificándose en el caserío de Espejo.

¡Cuántos episodios notables sobre el llano!

Ausente Necochea (herido), caído el Comandante Bueras que peleaba con dos sables, el Coronel Freire, chileno, mandó avanzar la caballería argentina.

Cuando por el llano se desparramaban en desorden los negros cuyanos al comando de Martínez, el más próximo batallón chileno corrió en su auxilio, y con Alvarado á la cabeza, restableció la lucha.

¡Dichosos tiempos! Verdadera fraternidad sellada con sangre generosa sobre el campo de batalla—tropas chilenas mandadas por oficiales argentinos, en un extremo; oficiales de éstos, dirigidos por jefes chilenos, en otra ala.

Como el himno de Chile fué inspiración de un argentino (Vera), el último cañonazo que afianzó su independencia, fué disparado por otro argentino (Plaza). El ayudante de campo del primer Director chileno, era hijo del primer Presidente Saavedra; y el de San Martín, Larrain, de la familia de los *ochocientos* de Chile.

Escrito el primer parte por un inglés, el primer eco de la victoria voló á Santiago por la actividad de otro inglés.

«Sobre esta piedra,—nos señalaba el guía,—sin bajar del caballo, dictó San Martín al cirujano Paroissien que todavía tenía en la mano el instrumento sangriento de las amputaciones.

«Acabamos de ganar completamente la acción. Un pequeño resto huye: nuestra caballería lo persigue hasta concuirlo. La patria es libre».

Con tal hoja volante, partió á escape el célebre viajero Mr. Haigh que, como sombra amiga de San Martín, nunca se le separó en el peligro.

Un poco más allá, el sitio donde al llegar O'Higgins, estrechó con su único brazo sano á San Martín, aclamándolo: ¡Gloria al salvador de Chile! Contestando éste al bizarro inválido de Cancha-Rayada: « Chile no olvidará nunca sus servicios al presentarse en tal estado en el campo de batalla, conduciendo el último resto de la sangre de este valiente pueblo ».

V

Ya al caer la tarde, oyóse el postrer cañonazo. Tan acertado como el primero, desmontó la pieza ocultada sobre la acequia, dominando la entrada de la hacienda de Espejo.

El Coronel Las Heras, trepó con sus diezmados soldados por ese verdadero callejón de la muerte, desalojando los enemigos, atrincherados entre zanjas y viñedos.

....

Poco después que un audaz soldado chileno, arrebató el estandarte del batallón Burgos, el Teniente Laprida, sanjuanino, tomaba prisionero al Brigadier Ordoñez, alma de aquel ejército.

En los momentos en que todos los jefes prisioneros fueron presentados á Las Heras, desmontando éste para estrechar la mano de sus valientes enemigos, el ayudante O'Brien se lanzó á cortar la retirada de Osorio, cuyo poncho blanco se divisaba volando á lo lejos.

....

San Martín era hombre de pocas frases. Bajo su bronceada máscara impenetrable, jamás se trasparentaba algo de su secreto pensamiento; pero en esa tarde gloriosa, parecía que el alma de la América se había reconcentrado en su cabeza. Pocas, pero oportunas palabras de él se recuerdan—« La Independencia americana queda desde hoy consolidada », —exclamó.

— « Me falta un jirón de la victoria »,—dijo al recibir el parte de no haberse dado alcance al General Osorio ».

....

De mayor importancia era, sin duda, Ordoñez; pero como yerno de su suegro, sabía de qué achaques paternales padecía el viejo Virrey Pezuela. Su hija fué siempre la tirana de Palacio. Por evitarle una lágrima, hubiera ofrecido *un Perú*, en canje del inepto de su yerno, más apto en el manejo del rosario, que en la espada...

Al trasponerse el sol, entre los ayudantes del Estado Mayor, el ingeniero Arcos observó á D'Albe: La profecía del General se ha cumplido, cuando nos dijo esta mañana:

« Antes de que se ponga el sol, el triunfo de este día será nuestro».

En esa hora matinal el canto alegre de las *diucas* entre *mañiles*

y zarzales, parecía anunciar las dianas de los tambores, que al caer la tarde resonaban por todo el campo.

....

Tres mil prisioneros, con sus jefes y oficiales, cañones y banderas, no fueron los únicos trofeos del ejército unido, inferior en número al del enemigo.

Del campo de Maipu puede decirse surgió la joven República alzando bien en alto la estrella de la independencia, que fija en Chile, fué á difundir nueva y suave claridad, por todo el Pacífico.

Recién desde entonces, tuvo el chileno una patria libre é independiente; y, coincidencia etimológica, no la última que notamos, hasta la palabra *maipu*, en su genuina acepción araucana, significa lares, tierra, patria, etc.

« Los destinos de América y la suerte futura de Chile, se fijaron en esa fecha, cuyo recuerdo es tan caro al corazón de todo chileno ».

VI

Los laureles de Maipu fueron sellados con gotas de sangre chilena y argentina, que si el tiempo secó, no ha borrado.

¡Cuántos recuerdan los nombres de los héroes de aquel día fausto!

Si entre los argentinos se distinguieron á más de los mencionados, jefes y oficiales de tanto mérito como Balcarce, Quintana, Medina, Conde, Melián, Lavalle, Olazábal, Pacheco, Deheza Díaz, Vega, Suárez, Pedernera—entre los chilenos no descollaron menos Borgoño, Cáceres, Bustamante, Thompson, López, Rivera, Rodríguez, Guerrero, Amunátegui, Vergara, Zañartu, Riquelme, Astorga y Vicuña.

Entre los papeles de uno de nuestros antepasados, honrado patriota á la moda de aquellos tiempos de la patria grande, Ministro de hacienda en los gobiernos de Alvarez Thomas, Balcarce, Pueyrredón, Rodríguez, vecino y amigo del señor General

Las Heras, encontramos su carta contestación á las felicitaciones enviadas por haber salvado el ejército en Cancha Rayada.

No creemos indiscreción estractar algunos de sus párrafos......

....

«Verdaderamente, mi amigo, que fué aquella una *chiripa*, como salvé la División á mis órdenes la noche de la sorpresa. Sirviendo de base á la reorganización del ejército, quince días después obtuvimos la más espléndida victoria»...............................

....

«Chilenos y argentinos rivalizaron en valor en la batalla, nunca he sentido más goce que la noche que siguió á ella, viendo el apresuramiento con que paisanos y mujeres andaban buscando y recogiendo por todo el campo nuestros heridos»..................

....

«Don José, había dado orden de que no se alzara ninguno durante la batalla. «Si yo caigo,—me dijo,—que me cubran con el capote, y adelante.» Pero en cuanto llegó O'Higgins, mandó á todos sus ayudantes que recogieran primero á los argentinos»................

....

«El frío de la noche era intenso, algunos se nos llegaron á helar, y entre las sombras encontré al Capellán y practicantes por un lado, y más adelante, con los farolitos de la artillería, á García, Pinto, Bulnes y porción de jóvenes de la ciudad, y paisanos de los alrededores, trasportando á unos, fajando heridos, conduciéndolos en sus ponchos al rancho más cercano. Era un cuadro conmovedor.

....

....

«Ahora, ¿qué le contaré de la entrada triunfal, y de cómo nos recibieron en Santiago?...

«Cada casa es un hospital, y ángeles de caridad las patriotas chilenas que, por sus propias manos, cuidan las heridas de los nuestros»..

....

....

« Muchos de nuestros oficiales ya se levantan y caminan; pero otros seguirán cojeando del lado del corazón, y de buena gana restarían inválidos para siempre, con tal de quedar entre tan prolijas enfermeras...
....

VII

¡Cuántas buenas hijas de Chile tramontaron después las más altas cordilleras, viniendo á levantar en esta tierra argentina el hogar de sus amores, siguiendo otros el ejemplo de Las Heras, Blanco, Necochea, Saavedra, troncos luego de honorables familias chilenas!

En las huellas abiertas por el cañón de Maipu, se esparcieron las primeras semillas de afectos que germinan siempre en terreno generoso.

No olvidan piadosas manos el cultivo de esas flores solitarias del campo, que, nacidas al borde de la tumba en que cayeron chilenos y argentinos, parecen reverdecer en cada glorioso aniversario, exhalando misteriosa esencia que alienta á todo lo bueno, noble y abnegado.

Huellas más profundas que las de los cañones en Maipu dejaron los argentinos á su paso.......................................
....

¡Pasaron!...
....

¿Sólo en la fosa de Chacabuco y Maipu se encontrarán juntos argentinos y chilenos?

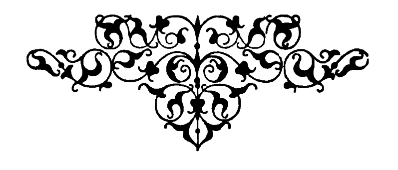
Todavía antiguas familias patricias recuerdan aquí, el cariño con que fueron asistidos los suyos, lejos de sus hogares.........
....

Verdad, es que á la hidalguía con que se tratara á los prisioneros, siguió la caridad que coronó la victoria.................

....

Y cerca de aquel valle, fué el pueblo chileno quien primero alzó en bronce imperecedero, estatua ecuestre al vencedor en Maipu..

....





LA ÚLTIMA CORRIDA

I

Mirándonos con desdén, venía el penúltimo Virrey, mandado como de encargo por la madre patria.

— Abra mucho el ojo, le había recomendado la Junta de Cádiz, mire que allá por el Plata se pasan de delitos, á más de ser francés el Virrey de la Victoria, que acaban de proclamar.

Pero muy poco era un ojo para abarcar tan vasta comarca, y si se agrega, que bien escaso de oido sordo había dejado á Cisneros el cañón de Trafalgar, fácilmente se comprende, no alcanzara los rumores de la que se estaba armando, ni husmeara el olor á chamusquina revolucionaria.

Qué extraño pues, que el último representante de un Rey cautivo no fuera recibido con grandes salvas y repiques, si á la buena índole de este pueblo debió únicamente, no ser expulsado con música de cañón?

—Figúrense ustedes, recordaba un viejezuelo de antaño, qué poco Virrey sería Cisneros, cuando ni toros hubo en su recepción.

Pero, añejas costumbres no se cambian en un día. Tales raíces habían echado las corridas entre españoles de la Península y de América, que si el *XII de Octubre*, día del Pilar que saludaban en ésta como si fuera el primero de la primavera, colgando la pesada capa de paño de San Fernando y estrenando pantalones blancos, no se festejó con lidia; para San Martín ya estaba á punto de reventarse la hiel. No se pudo esperar más, y en aquel año de muchas otras lides, fué la última de toros la del 11 de Noviembre (1809).

Los alcaldes habían obtenido de estancieros rumbosos, la mejor muestra de su ganado.

Pancho el ñato, primer espada, afilaba una nueva, y de mantilla prendida con rojo clavel entre negras trenzas de la peina, lucían su garbo y salero, criollas y andaluzas que, en desfile interminable, dirigíanse á ver y ser vistas por todo lo largo de la calle del Empedrado. Enjambre de rubias cabecitas y grandes ojos, relampagueando deseos, asomaban por puertas y ventanas, ansiosas de seguir la corriente de buenos mozos que pasaban, y repasaban por la misma vereda, sobre la que en más de un alto umbral de cuarto á la calle, pescado frito y olorosos chorizos asados saltaban, dorándose en la sartén sobre el brasero.

A la Plaza del Retiro, (entonces de Toros,) no sólo paisanos en enjaezados y briosos pisadores con su camilucha en ancas, y *compadritos* y manolas, que señoras de taco alto, de mantilla y peinetón, iban también á presenciar la entrada y salida del gentío, entre abigarrada concurrencia.

II

Y mientras que reuniéndose va alegre populachería entre gritos y exclamaciones, dichos y hechos picantes, en entrecortado vocerío, panderetas, castañuelas y canciones de barrio, en el camino y á la entrada de plaza más grande que las de España, (diez mil espectadores)—recordaremos, que, si en el Retiro se alzó la última plaza de toros, en varias circunstancias, se dieron corridas, improvisando otras.

En la Plaza Mayor, principalmente para recepción de Gobernadores y Virreyes, apenas hubo Infante Real venido al mundo, que no hiciera salir de él por las astas del toro, algún media espada improvisado ó inexperto banderillero...

Fué en la esquina *Victoria* y *Bolívar* el primer toril, y en la calle del *Pecado* el último chiquero ó encierro, cuando en el barrio del *mondongo*, la de Monserrat dragoneaba de plaza de toros. Trasladada á la del Retiro, en el actual asiento de la estatua que dió su postrer nombre á plaza de tantos nombres, se construyó la de Toros; octógona, de adobe cocido, con altas ventanitas detrás de los palcos de madera, y círculo de gradas, cuyo muro exterior coronaban merlos en corte de golondrina.

Si en los asientos *al sol,* uno que otro negro matizaba aquel horizonte de bronce, entre chinos, zambos y mulatos, *reseros*, *compadritos* y *cuchilleros* — iban subiendo las gradas, *á la sombra*, pulperos y almaceneros, tenderos, ratas de oficina y graves cartularios; notándose en los palcos altos, entre civiles y militares, algun clérigo, criollos y godos de mucha peluca y peluconas..................

....

Dejada estaba la costumbre de asistir al *encierro* la víspera, donde la agilidad del bravo gaucho desafiaba en campo abierto con mayor bizarría al toro—el verdadero interés no lo atraía los

relumbrones de los banderilleros, quiebros y requiebros de picadores, ó capas y chulos, ni en la habilidad del diestro en los pases de muletilla y manejo de la espada, sino aquel público heterogéneo, dispuesto á la alegría, y en los mil chistes, observaciones y jaleo á propósito de cualquier ocurrencia ó accidente, que fácilmente se establecía en caldeada atmósfera de confianza, desde el *compadrito* dicharachero, hasta el *gallero* ó gaucho de los corrales de abasto.

Arriba de los tendidos, y en medio de las gradas y palcos, ocupaba el del centro, la Presidencia.

Doble barrera dejaba estrecho callejón, circunvalando la arena con sus vallas donde escapaban el bulto los toreros cuando el *bicho* les tenía á mal traer.

A uno y otro lado de la entrada principal al exterior, había varios poyitos de mampostería, donde los viejos de la época llegaban en sus diarias caminatas á tomar el sol. Envueltos en sus largas y descoloridas capas españolas; criticaban al Gobierno, comentaban *El Telégrafo* ó bien murmuraban la crónica verde del día en circulo de vejetes del mismo jaez.

Las corridas, que desde el comienzo de la primavera se hacían más frecuentes, tenían lugar los sábados y domingos en las postrimerías del Virreinato.

A pie, á caballo, en carruaje, en carricoche, *volantín* ó galera cargada con toda la familia, en mula ó *castillo*, numerosísima era la romería que llegaba y entraba en multitud atropelladora, pifiona y algo pendenciera, en cuanto alguno le *pisaba el poncho*.

Siendo bastante elevada la Plaza del Retiro, y, como achatados, de un piso los edificios que la rodeaban, asomando blancas azoteas ó de tejas rojizas, entre la arboleda de las huertas, se abarcaba de ella magnífico panorama de toda la ciudad.

III

En las últimas corridas se había suprimido el despejo. No circulaba aún el chichero, como se usa hasta hoy, por la mañana en las de España, cuando largan el torito del aguardiente, donde recorre las gradas el vendedor de infernal brebaje, gritando:

—«¡Alegría líquida! ¡Valor en botellas! ¡A *perra chica* la copa! A ver ¿á quién *jago* (hago) torero?»

Incitaciones al valor artificial que da inmediato resultado, pues á la segunda *cañita*, muchos son los que descubren de improviso haber nacido toreros; y echándose á la arena, no pocos, lo que menos tardan en subir en las astas del toro, que va dejando el tendal de despatarrados...

Y para quien no halla asistido á una lidia, fiesta genuinamente española, la describiremos ligeramente.

Alta barrera de dos metros cerraba el redondel, y de la puerta, frente al gran palco, salían en columna de á dos, caballeros, peones y muleteros, presididos del primer espada cada cuadrilla, á rendir homenaje y hacer el ceremonioso saludo al Presidente.

A un toque de corneta, aparecía sobre brioso corcel, con vistoso traje de caballero de plaza, el alguacil, quien al descubrirse ante la autoridad, le arrojaba ésta la llave del toril, y partiendo al galope iba á entregarla al peón.

Al salir, el toro embestía á cuanto colorín divisaba, hasta los rojos listones de la barrera. Toreado y fatigado á fin de prepararlo para la suerte de varas; con el segundo toque de corneta, la efectuaba el picador, clavándole la garrocha sobre el lomo, y aquel, por lo general, su asta en el caballo, que derribado, exhibía las entrañas, arrastrándolas por la arena...

En esto consiste la suerte de poner varas, que pocas veces es suerte, por la inevitable caida del picador, con quien capeadores,

chulos y cuadrilleros tratan de evitar se ensañe la fiera, distrayéndola con las capas, y alejándola, mientras otros auxilian al caido. *Morrocotudo* porrazo recibe éste, cuando no sale cojeando ó descaderado. de entre el charco de sangre, bajo su caballo expirante.

Seguía, entre otras, alguna suerte de frente, ó por detrás, que con un quiebro evitábase el asta del toro, enganchando éste y llevando en alto la capa colorada que le ciega.

Después de citas varias, ó llamadas, venía la suerte de banderillas al sesgo, de fuego ó banderillas al cuarteo.

Rompe más que el silencio la atención, lúgubre nota, como largo toque de agonía, recibido entre gritos y aplausos.

Avanza el primer espada al frente del palco de la Presidencia, mientras sus ayudantes distraen el *bicho*.

Descubriéndose, brinda el toro á la persona que quiere distinguir, con chistosa frase, que arranca palmoteos estrepitosos............

....

Después de unos cuantos pases que acaban de cansar al animal, ya jadeante y destilando sangre por media docena de banderillas que le cuelgan, entre otras, en que resalta la suerte de muleta al natural, tras más ó menos pases, el espada lo remata de una estocada á fondo, ó recibiendo, cuando no es éste quien mata al torero, erguido sobre sus astas, diestro, espada y muleta. Triunfante bandera sangrienta que alza el toro en tan salvaje diversión, cayendo como fúnebre mortaja á cubrir al torero.

En otros casos desplómase moribunda la fiera, la que caballos, picas y banderillas la han dejado exámine, escapándosele toda la sangre por sin número de heridas; sin que sea raro que á toros duros para morir tenga el cachetero que rematarlos, dándoles la puntilla ó puñalada de pícaro en el testuz........................

....

Sonaba la charanga, los gritos y voces aclamaban al vencedor. Naranjas, cigarros, patacones y hasta sombreros volaban á la arena, y entre algazara infernal, aparece las yuntas de mulas adornadas con banderines, cintajos y cascabeles que se llevaban de prisa los restos del

toro y caballos, mientras que los monos sabios ó peones de plaza pasaban, el rastrillo, borrando la sangre de las victimas...........
....

IV

Tras esta escena, más ó menos emocionante, continuaban los comentarios, de si había sido más diestro el toro en no dejarse matar á las primeras de cambio, primeros pases, ó en amontonar más víctimas, que el número de sus congéneres en capilla.

Si resultaba algún *bicho* de índole mansa, rehacio á picas y banderilleros, la señal de un pañuelo colorado en lugar del blanco que alzaba el Presidente, lo era para el toque de banderillas de fuego que el trompa de órdenes repetía en el frente, desde donde dirigía la banda de música.

No llegó aquí *el toro de fuego* que con embreada antorcha sujeta á cada cuerno, sale echando chispas y atropellando á cuantos encuentra,—fantástico espectáculo que corona las fiestas de la Patrona de Aldea en más de una de las Españas.

Tampoco se llegó á echar aquí perros de presa de esos que no sueltan donde prenden, evitando el repugnante espectáculo de un toro, poco toro, corcoveando y sacudiéndose por desasirse del racimo de perros bravíos, colgados de orejas, cola, pescuezo, y despedazado al fin entre aplausos, y la más salvaje grita de un populacho ebrio de sangre.

Recientemente á toreros de guante blanco, se ha prohibido en Francia, matar al *bicho;* pero reglamento alguno prohibe sean muertos por aquellos.

Y lo que no sólo entre animales sucede, aquella fiera enfurecida que un momento antes á todos aterraba, á punto de presentarle con los ojos vendados los flacos y escuálidos jamelgos para

que no huyan ante el rey de la Pampa, que á su sola presencia tiemblan; aquel que hacía barrida de hombres y animales, despejando la plaza al pisar la arena la soberbia fiera de sin igual pujanza caida ya sin vida, hasta los perros la mojan, y minúsculo *cuzquito* prendido al rabo le sigue, y persigue cuando las mulas le arrastran hácia el chiquero.....................................

....

La impresión que tal espectáculo deja en el público es diversa, según el ánimo del espectador, entre la más abigarrada y heterogénea concurrencia y en condensada atmósfera, husmeando sangre.

V

Y así siguió aquel día la lidia del segundo, tercero y cuarto toro, hasta que el quinto (generalmente eran siete, los domingos), que ya debía otras tantas muertes, completó la media docena de víctimas, ensartando en sus astas al *ñato Paco*, que, retirado con las entrañas al aire, fué á morir tras del toril, en la enfermería interior, en que al empezar toda corrida, encendíanse dos velas delante de la Virgen del Carmen, las que mayor aspecto de Capilla fúnebre le daba...

....

Habían dejado de asistir las señoras de rango, sin admitirse ya ni las mujeres del populacho, cuando se presentó el último Virrey en la Plaza de toros del Retiro.

Y mientras el pacato Obispo Lúe y Riega se erguía para echar, desde el palco del Virrey, la absolución al moribundo, que ya por aquellos tiempos en que se acercaban los de la Patria, no era por aquí prohibido enterrar en sagrado á cómicos ó juglares que mu-

rieran en las tablas, el señor de Lezica, decidido aficionado y audaz como su raza, saltó á la arena, matando al toro asesino.

Al día siguiente, en los mejores coches de *Roque Don*, acompañaba todo el personal de las dos cudarillas, los restos del último torero.

Pero no fué ésta la última corrida. Como en la anterior tradición referimos el primer baile en el Virreinato, ésta fue la última corrida en el mismo.

Ocho años después, bajo la dirección militar del maestro Sauces se demolía la plaza y sus ladrillos fueron á formar los arcos del Retiro en el Cuartel que desde 1817 se edificaba sobre su barranca.

Al progresista gobierno del General Balcarce tocó expedir el decreto prohibiendo las corridas de toros.

Algunos años siguieron lidiándose del otro lado de Barracas, con ocasión de alguna solemnidad, y en el interior por muchos más.

En una de nuestras anteriores tradiciones, terminábamos así la descripción de la corrida en Mendoza ya en víspera de dejar el ejército su campamento del Plumerillo.

¡Hubo toros!

¡Qué toros y qué toreros!

El Capitán Don Lucio Mansilla, descollaba entre los capeadores; Don Juan Lavalle, entre los picadores; el Capitán Nazar, primer espada; y O'Brien, engrillado con cintas de seda, saltó el *bicho*. Don Juan Apóstol Martínez, Capitán de Granaderos á caballo, el genio más travieso y mejor catador de pisco (pues cuando llegó á ese Puerto no quería salir, afirmando que en él debía haber nacido), cabalgó sobre el toro, desnucándole de una puñalada. Isidoro Suárez, futuro héroe de Junín, fué quien más se lució como enlazador. Y Necochea, Correa, Villanueva, Olazábal, Escalada, Videla y otros brillantes oficiales del Ejército de los Andes repitieron lucidas suertes.

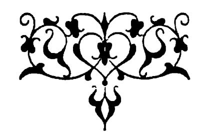
Hasta mucho después hubo lidias; pero ya no se exponían á las astas del *bruto*. Estos corrían avestruces, que sin saber, toreaban á maravilla, las altas y zancudas aves. Revestidos de *chiripá* y poncho colorado eran arremetidas por los toros embravecidos.

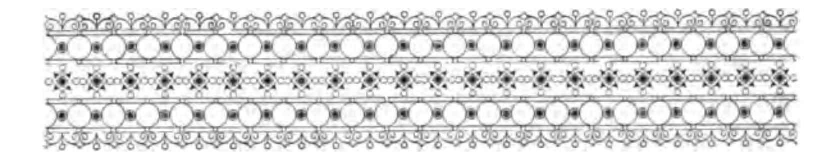
Y era de aplaudir las curvas airosas, los quites y gambetas elegantes, con tanto garbo que esquivaban todo alcance, livianos y ligeros avestruces al ser embestidos por la atrayente tela colorada.

Pero después de los toros de Barracas y los avestruces de Mendoza, la primera corrida que se inauguró en 1609, tuvo por último apéndice la clandestina que en 1889 dió el célebre Mazzantini, en una quinta de los alrededores de esta capital.

El filántropo Abogado de los animales protestó, pero los aficionados protectores del célebre espada, le defendieron, pues habían salido á correr campo afuera, lejos de la jurisdicción prohibitiva.

Y con esto, y agregar que la entrada principal se abría frente á la calle actual del *Sargento Cabral* y que para salvarla, debía pagarse tres reales, en la plaza que se inauguró el año 1800 — ponemos punto final y basta de toros... que no son mansos los que en más de una sesión *Intendentil*, suelen correrse...





El primer barco á vapor

I

Cumplen hoy años del arribo del primer barco que navegó á vapor en nuestro río.

¿Se acuerdan ustedes cómo, cuándo y con quién vino?

Por mucho que interrogamos al más erudito de nuestros higienistas, á quien, tan oportuna como espiritualmente, se le contestó en cierto conclave de Obispos haber sido el médico de sanidad que llevaba á bordo el arca de Noé no lo sabía.

Nuevo conclave de marinos y marineros, cargadores, cargantes, prácticos lemanes, y eruditos alemanes, reunióse para tan ardua investigación.

—¿Y saben ustedes lo que resultó?

—Pues, resultó que el tal Vaporcito no había llegado. Gente hay que cree no sólo han llegado vapores á nuestro puerto, sino hasta

á nuestras calles, y cuasi, cuasi hasta dentro de la casa de gobierno, ó á sus fondos. El Presidente, sin ser ya el Doctor Pellegrini, extendiéndose un poco desde su silla presidencial alcanzaría á dar la mano á los capitanes de buques fondeados al pie del antiguo Fuerte, y donde asomaban sus cañones para impedir la entrada de toda nave.

Como muestra de que vivimos hoy en fraternidad con el mundo entero, flamean allí los pabellones de todas las naciones, figurando el más bello iris de paz.

Al fin de fiestas, comprobado encontrará el curioso lector, de cómo el primer Vapor en nuestro río, no llegó.

Y mientras se descifra tal enigma, viene aquí, como de molde, una manita de crónica antigua...................................

II

Las once y veinte minutos, ni uno más, ni uno menos, daba la campana de Cabildo, en la hermosa mañana del domingo 13 de Noviembre de 1825, cuando salió de este puerto el bergantín á vapor *Druid*, Capitán Bell. Buque, máquina, Capitán y marinería, matrícula y pasajeros, todo era inglés hasta el aceite de sus tornillos, y apenas el río en que navegaba había escapado de ser, gracias al heroismo de sus hijos.

Nada extraño era que de popa á proa sólo se oyera el idioma del mar. pues hasta su *sirena* parecía silbar en inglés, según su extraño acento.

Si su Capitán anunciara un nuevo paseo de ensayo, otra cosa pretendía ensayar Brown nuestro primer Almirante, en vísperas que su colega del vecino Imperio, cierto *lobo* lusitano, amenazaba cerrar herméticamente el puerto con la tranca do *Río da Prata*, goleta gemela del bergantín *Terror dos Mares.*

De los tres mil ingleses ya arraigados aquí, trescientos tenían

sus familias en esta ciudad, proveyéndose únicamente de las cuarenta casas abiertas de sus peninsulares, apenas treinta de esos feos valientes se animaron á tomar pasaje.

A poco andar, empezó el balanceo más de lo que las *ladys* lo desearan, pues, ya fuera del puerto, con viento y corriente contrarias, agitóse el baile.

En medio del vals paró de pronto el buque, y con el silencio de la máquina, hiciéronse perceptibles murmuraciones *sotto voce*:

—¡No decía yo, apenas servirá esto para arroyitos como los del Tigre; pero no en río á un mar parecido por su anchura...

Otra tímida dama agregaba:

—«Vamos mal... ¡Como no volemos!...»

Mientras que un *yankee* exclamaba:

—¡Qué han de entender estos ingleses, de invenciones americanas!...».

Vaivén mayúsculo sufrieron algunas con sus cuyos, y entremezcladas rodaron bajo la mesa por el violento balanceo, al virar de bordo.

Era que había zafado el bote á remolque, y siguiendo corriente abajo por la estela que dejaba el Vapor, tuvo éste que ir á pescarlo...

Vuelto en sí el buque, su cría y la pálida viajera semi-desmayada, á quien rubio inglesito aproximara más de lo conveniente el frasco de sales, tomaba de nuevo su rumbo, cuando poco después, otra parada...

Nueva sopresa, y preguntas sin repuestas y sobresalto y alarmas. « ¡Que pare el buque! ¡ Queremos bajar! ¡Esto es de nunca concluir! ¡No gana uno para sustos!...y cien otras airadas exclamaciones, se cruzaban entre los pasajeros agrupados, mientras que la música seguía, y á su compás, el ajuste del tornillo de la máquina, que andaba, como algunos de sus tripulantes, con los tornillos flojos... Después de tercera y cuarta demora por lo mismo, en cuatro horas á todo vapor, llegó desde este puerto al de San Isidro, el primer buque á lo mismo, en su viaje de ensayo, quedado en *ensayo*.

III

Mientras la banda militar tocaba el himno argentino, el Capitán invitaba á la mesa con que obsequiara sus primeros pasajeros. No nos ha llegado el *menu* de aquel primer *lunch* en Vapor; pero sí, la nómina de los que le devoraron, que nada abre más el apetito que un buen mareo pasado...

Brown á la cabecera y el Capitán Bell en la opuesta, atendían á todos, principalmente á media docena de rubias hijas de Albión, intrépidas *turistas*...

La más bella entre ellas, Miss Shéridan, á la derecha del Almirante, hacía notar á éste que á pesar de ser la mayoría de los presentes, ingleses, encontrabánse sólo tres que habían visto Vapor antes de salir de Inglaterra. Seguían á uno y otro lado de la cabecera, Mr. O'Brien, Miller, Armstrong, Hannah, Eastman, Mac-Kinlay, Gowland, White, Parish, Wilde, Robertson, Billinghurst, Angelis, Wright, Wilson, Leslie, Harrison, Norton, Gibson, Davis, Morgan, Thompson, Marrat, Lynch, Atkits, Brittain, Mac-Dougal, Zimmerman, Klappembach, Newton, Plowes, Bevans; y entre tantos ingleses, apenas: Rivadavia, Zapiola, Erézcano, el Doctor Manuel Belgrano, Riglos, Balcarce, Sarratea, hijos del país. Con el último brindis de Brown: «Por- «que los barcos á vapor sirvan, no sólo para atraer el comercio» «de todas las naciones, sinó igualmente para defender la integri-» «dad de la República,»—se dió la orden de regreso.

Durante éste, y mientras el capitán contaba á un grupo, en la popa, cómo el *Druid* había llegado á vela, á los sesenta y dos días desde Gibraltar (16 de Junio) hasta la Boca del Riachuelo, donde se le colocó la máquina, su consignatario Robertson explicaba al sabio Bonpland, quien, como Wilde y Bevans, rodeaban cerca del timón al Sr. Rivadavia, que, para obtener un buque semejante, cal-

culaba un costo de tres mil quinientos pesos fuertes, cinco mil más para su máquina, mil en carpinteros fijos, trescientos cincuenta en mobiliario y hasta mil seiscientos cincuenta en otros gastos. Agregaba, que cuando se doblara el número de los cuarenta pasajes vendidos, podría reducirse el valor de cinco pesos por ida y vuelta...

....

El primer paquete á vapor establecido diez años más tarde entre este puerto y el de Montevideo, cobraba una onza de oro, y solía cruzar á todo vapor en tres días, el trayecto que al presente se hace en seis horas.

Diez y ocho millones, no más, se han pagado por sólo uno, de los sesenta barcos de la escuadra argentina; vendiéndose hoy cualquiera de los pequeños vaporcitos de recreo en el Tigre, por los once mil quinientos fuertes que costó el primero.

Apenas cinco años transcurridos de aquel en que Fulton ensayara sobre el Hudson el primer vapor, (en el mismo sitio que en un día de elecciones en Nueva York, nos enseñara el sabio Doctor Rawson, cómo hubo de ser en Clermont despedazado por la codicia de los boteros), un norte-americano obtuvo ya en 1812 privilegio por diez años del Gobierno argentino para la navegación á vapor.

Fenecido el plazo, sin que nuestras contiendas interminables lo dieran para ensayo tan importante, se opusieron á su renovación los señores Bevans y Wilde en el informe que se les pidió, dictaminando ofrecer tal privilegio á una compañía de accionistas de mil acciones, á trescientos pesos, colocadas en comerciantes de los puertos de Buenos Aires, Montevideo, Santa Fe, Entre-Ríos y Corrientes.

V

Como datos ilustrativos agregaremos, que á Montevideo llegó el primer Vapor en 1824. Tenía por nombre el propulsor que lo guiaba, y no pudo establecerse como paquete, por no alcanzar á cubrir sus gastos.

Hacemos notar de paso, la coincidencia de que el ilustrado literato argentino, José Antonio Miralla, el mismo año del Vapor en el Plata, y el 9 de Julio de 1825, hacía viaje de ensayo en el primer barco á vapor que llegó al Puerto de Cartagena... (Colombia)

Sólo diez años más tarde, el 11 de Julio de 1835, arribó á Montevideo el *Potomac* de doscientas cuarenta y seis toneladas.

Vendido en aquel puerto, cambió su nombre por el de *Federación,* y su rumbo como el anterior, hacia el Janeiro, pues á los dos meses de establecido paquete, entre uno y otro puerto del Plata, abandonó su carrera por falta de pasajeros.

Diez años después, el *Fulton*, *Gorgon* y *Firebrand,* fueron los primeros que remontaron las aguas del Paraná, después del combate en Obligado (1845), y al siguiente el *Alecto*, vapor de guerra inglés, capitán Sullivan, surcó el Uruguay hasta Paisandú; el Paraná hasta Corrientes, y el Paraguay hasta la Asunción, levantando las mejores cartas de navegación de esos ríos.

En 1849 ingresó á la Escuadra Argentina el primer vapor que, al cambiar de bandera brasilera, cambió su antiguo nombre *Carlota* por el de *La Merced.*

Si no fué saludado con banderas y repiques, como en Montevideo, por toda la población que coronaba azoteas y murallas. cuando el primitivo vapor, de efímera aparición, asomó, dejando su nombre en la calle hoy de *Misiones,*—verdadera peregrinación

de curiosos atravesaba los barriales de la Boca para quedarse con la misma abierta, admirando la portentosa novedad á cuya proa y popa asomaban dos cañones.

La única devastación que *La Merced* causó, fué en los sauzales de las islas del Paraná que trasportara á Palermo.

En una de las impaciencias de Rozas, por su larga demora, ordenó que si el Vapor no *alzaba vapor*, á pesar de sus doscientos caballos, le mandasen otros tantos de sangre para que lo cuarteasen en su varadura.

Con la precipitación, se colocó al revés alguna pieza central, por lo que en vez de avanzar, empezó el buque á ir para atrás, Paraná arriba.

Desesperado el maquinista, sube, baja, escudriña; va de un lado para otro, sin dar en el clavo, hasta que, apagando los fuegos, haciendo, es decir, no haciendo nada, el buque lo hizo todo, y obedeciendo al río (por la ley natural de la corriente) trajo á este vapor aguas abajo, á són de camalote...

Parece que en otras muchas andaban las cosas para atrás, como el Vapor *La Merced* en aquella ocasión.

Pero esto sucedía sólo por entonces, no al presente, que, á poco nos mandan averiguar en Liverpool, cuando llegó el primer Vapor al Río de la Plata...

Tan bien organizados se encuentran los archivos de oficinas de ultramar, cabotaje, estadística, entradas y salidas.

VI

El 18 de Junio de 1850, arribaba el Vapor americano *Williams J. Peace*, que se le llamó el *Palacio blanco* flotante, por el color de los tambores.

Al comprarlo el gobierno de Montevideo, se le bautizó con el

nombre de *Uruguay* y fué el que *saltó* el Salto, navegando el primero en el río de su nombre hasta Uruguayana, con el hermoso pabellón de las nueve fajas.

En Febrero del año 51, vino el *Esk*, de la Mala Real Inglesa, que conducía los pasajeros desde este puerto hasta el de Janeiro, de donde no pasaban los grandes trasatlánticos. En Octubre del mismo año, fondeó aquí el Vapor norte-americano *Manuelita Rozas*, destinado á llevar la noticia de la caida del tirano de su nombre á Montevideo, de donde repatriara el mismo 4 de Febrero, al Doctor Alsina, Mármol, Madero, Silveyra y otros. Armado luego en guerra, fué el primero que se llamó «*Almirante Brown.*»

Quince dias antes del 3 de Febrero, había llegado el *Correo*, después *General Pinto*..

....

Pero no haciendo la crónica de la navegación á vapor en el Plata, nos limitamos á repetir que, el año 1824, arribó el primer Vapor á su desembocadura y al siguiente, salió otro de nuestro puerto, que no llegó á su boca.

Desde la caida del tirano, la libre navegación de los ríos fué un hecho, y el Vapor se ha generalizado tanto, que hasta en los más remotos ríos, la calma perennal y el silencio monótono de sus riberas, es interrumpido por el ruido armonioso del Vapor, que alegra y anima aquellas soledades, llevando con sus ecos los del último progreso, hasta los confines de la civilización..............

....

En estricta verdad no fué el *Druid* el que primero rizara las aguas del Plata, como no fué el *Chile* ni el *Perú*, los que primero navegaron en el Pacífico el año 1840, según se ha afirmado. El *Telica* recibió en Guayaquil máquina y bandera colombiana en 1829. Salió de ese puerto; pero no llegó al del Callao, pues que su capitán Metrovich halló más conveniente hacerlo volar, descargando su pistola sobre un cuñete de pólvora, desesperado por los reclamos de las pasajeras y los desdenes de la más hermosa de ellas.

Explicado queda, cómo el primer Vapor en nuestro rio no llegó. Cual el *Telica* en el Guayas, salió de la Boca del Riachuelo, donde al bergantin de vela *Druid* se le agregó una máquina.

Veinte años habían de pasar para que se avanzara un tramo más! Recién en el de 1845, surcó el Vapor el río Paraná, no sin antes haber tenido que romper á cañonazos las gruesas cadenas con que el tirano obstruía la entrada de todo progreso.

Como una sola cifra entraña más elocuencia que muchas figuras de retórica, recordamos, que la *Revista* de *Estadística* publicada en Londres *el año del vapor*, hace notar que la importación en Buenos Aires ascendía á ochocientas tres mil libras esterlinas anuales, y que sólo por su puerto entraban productos ingleses por valor de noventa y seis mil libras más, que los que en Chile, Perú Colombia y Mexico se introducían.

A los setenta años de aquel hermoso domingo del paseo— ¿queréis saber cuántos inmigrantes, cuántas toneladas, cuánto progreso ha introducido el Vapor entre nosotros?

Cifras serán estas detalladas en nuestra próxima tradición, si lector hay que en ellas se interese.

Mucho más rápidamente ha coadyuvado al adelanto humano el invento de Fulton desde 1807, que cuanto había avanzado desde el día en que un gajo arrastrado por la corriente, diera la primera idea de la navegación.

Todavía no han sido bastante ensalzados estos tres grandes benefactores de la humanidad: *Franklin, Fulton, Edison.*

El vapor ha trasformado la tierra y también las aguas.

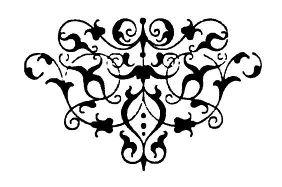
El domina la cima y el abismo, perfora la montaña, ensancha los mares y aproxima sus riberas, abreviando el tiempo y la distancia.

El progreso que á él debemos en nuestros usos y costumbres, hábitos y refinamientos, bien merece digna recordación, como el Capitán Bell en el septuagésimo aniversario de su arribo.

Salvemos del olvido el nombre del buque que hizo conocer á nuestros abuelos la potencia de su máquina, en sus primeros tími-

dos ensayos hacia la Ensenada, donde no llegó, ó á San Isidro, al que no volvió.

¡Gloria al descubridor del vapor, que ha confortado y hermoseado la habitación del hombre!

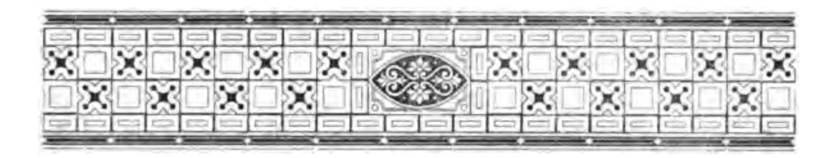




LIT. IMP. J. PULAND RECONQUISTA 379. B.s A.s

PLAZA DE TOROS EN BUENOS AIRES.

1800



EL MOJÓN DEL AZUL

I

Hace más de sesenta años que los amigos del *Ilustre Restaurador* le pedían fundara un pueblo al pie de la Sierra del Azul, que sirviera para asegurar esa frontera, y también para engordar proveedores.

Esto último no lo decían claramente, pero la verdad es, que fué por mucho tiempo para lo que más sirvió, según los sucesivos oficios de Granada, Hornos, Rivas, Barros y otros jefes, repitiendo no se extirparían las invasiones, mientras hubiera allí proveedores permanentes de indios y cristianos.

—¿Adivinas el acertijo?

Lo descifrarías más fácilmente, si fuistes alguna vez estanciero, militar, pulpero, proveedor, ó siquiera indio fronterizo.

De notar es, que mientras el año de 1696 ya llegaban los vecinos

de esta ciudad, á Salinas Grandes, en busca de la substancia que endulza al más desabrido y convierte á la argentina en una de las más salerosas mujeres, los Caciques de aquellas Salinas, llegaron á sofrenar sus potros invasores, en las chacras de la actual ciudad de Dolores, hasta 1855.

Rumiaba Rozas donde mejor fundar el pueblo prometido, cuando cayó por estos pagos otro tan hábil administrador de la misma escuela, que venía de arrasar las Provincias del Norte, dejándolas en desiertos llanos, como los *llanos* de la Rioja. Y de tan poderoso empuje creía su chuzo este otro semi-salvaje que jactábase de haber volteado, aún sin el bote de su lanza, la presidencia del señor Rivadavia, al simple asomo de sus legiones *religiosas*.

Quiroga, que en su vida entró en una iglesia, y que no supo rezar ni el bendito, defendiendo la religión en que no creia, seguia por ahí, caminito parecido al de Rozas, buscando en el desierto las facultades extraordinarias.

¿Quien engañaba á quien...?

El héroe del Desierto y el tigre de los Llanos ansiaban abrazarse.

Al menos, así lo escribian, aunque *in pectore* fuera esa efusión tan sincera, como la defensa de la religión por Quiroga, ó el deseo en Rozas de acabar con los indios, al postre, sus únicos aliados, como que trajeron más lanzas á Caseros Cachul, Chuel, Venancio, Mariano y Nicasio, que los otros caciques cristianos.

A la carta en que el recién venido le decia tener gran necesidad de *entrevistarlo*, aún no se habían inventado los *reporters*, contestó Rozas: que él también andaba haciendo una *necesidad*, no sólo por ser Don Preciso en todas partes, sino por que las aguas del Azul á las del Neva ó de Janos, se parecían en cuanto á sus efectos purgativos. Que á los señores del desierto, no se podia faltar como á la etiqueta de los diplomáticos de adentro. Convocadas todas las tribus al gran parlamento en la Blanca Grande, sólo esperaría hasta el *viernes trece* á las *doce*, en el paso del arroyo del Azul, frente á la sierra del mismo color...

....

II

Maltrecho y cariacontecido y aún no repuesto Quiroga de tumbos y barquinazos en galera (confección riojana, descendiente en línea recta de aquella otra primogénita de su *congeneris* que costó un ojo á su introductor, cien años atrás), no hizo más que cambiar de tiro y de rumbo, partiendo á mata-caballos y también á mata-postillones, allá por donde el diablo perdió el poncho, tapera muy conocida en que cierto jefe buscaba la carabina de Ambrosio.

Rozas esperó un día y una semana, y la segunda empezaba, cuando á la madrugada, sintiendo él *cierta necesidad*, se apartó un poco del fogón... y luego, luego llamó al asistente y le dijo:

—«Mira, ¿ves eso?¿ Lo ves bien? Pues trae una estaca y clavadla aquí, en este mojón. Vas á quedar con dos asistentes de guardia. Cuidado con que te muevas. Mañana ó pasado, cuando llegue el General Quiroga, lo conduces aquí, *aquí mismo*, entiendes bien, y le dices que le he esperado hasta las doce en el lugar convenido, y que, como los Caciques ya están reunidos, no puedo demorar al parlamento».

Saltó en su *pampa*, y allá iba á todo galope, bebiéndose los vientos por esos campos de Dios, rumbeando á la Blanca Grande.....

....

Quiroga á su llegada, sólo encontró al soldado aquél, haciendo centinela á *aquello*. Rozas, ya muy lejos, no se le divisaba ni el poncho.

Echando ternos y cuaternos, todo mohino bajó del carricoche, no menos deshecho que sus conductores, y cerca de la *estaca*, escribió la célebre carta que empezaba:

«Me ha hecho pasar las penas de San Serapio................

....

III

Rozas, chanzonetero y juguetón, cuando no se inyectaban sus hermosos ojos azules de sangre, que le hacían ver todo colorado, entreteníase en bufonadas, acertijos y adivinanzas, alrededor del fogón, una jornada antes de la Blanca. Rodeado de sus ayudantes, explicaba al más grueso de éstos, la etimología de su doble apellido:

« Así como por la ponderación del Rey saboyano, que al encontrar uno de los progenitores del General Belgrano, cultivando su heredad, dijo, admirando los grandes granos que recogia: *¡qué bel grano* has cosechado! y *Belgrano* quedó á su descendencia para toda la siega, desde Onelia y Cúneo hasta Tacuarí y el Potosí; años más distantes, cierto viejo Rey de Castilla se topó con un Ortiz, quien, como Cincinato y yo, supieron cultivar la tierra por sus manos. Rozaba su valle de Soba, obstruido de malezas y al aplaudir su afán, diciendo: *¡con cuánto esmero rozas tu heredad! Rozas*, por tal dicho, agregó á su nombre su descendencia ».....

....

Y en esto iba el cuento, enseñando etimología en la Pampa á Don Pedrito, cuando el *tape del cimarrón* le alargó la carta recién llegada...

Don Juan Manuel se tiraba de risa hasta derramar el mate sobre el papel, en sus accesos de hilaridad, al leer las penas de Quiroga por el chasco aquel de Tigre á Tigre, y cuando sus convulsiones intermitentes cesaron, pasando la carta á su ayudante, Jefe después del Azul, el rechoncho Coronel Don Pedro Rozas y Belgrano, que ya desde entonces desbordaba por todos lados de su amplio recado, le dijo:

—Escriba al agrimensor Castelli que delínie el pueblo de que

hemos hablado, y empiece á levantar el plano, clavando el primer mojón en la estaca aquella de marras, denominándole: Pueblo del Azul, bajó la advocación de *San Serapio* mártir, para que este protector de las penas del General Quiroga, proteja á los que allí penas, y más de una, han de pasar.

Y así, entre jocosidades de un tirano y maldiciones de otro se bautizó el pueblo á robos de indios destinado en su primer etapa, y también de cristianos.

IV

Años después, de regreso Don Juan Manuel en Buenos Aires, ofició Bustos que el pueblo ya estaba formado, según sus instrucciones, en cuanto parados quinientos cortes de rancho, y los soldadôs de su Regimiento prontos á cultivar chacras y otras cosas, pero que en cuanto á aumentar la población, no sabía cómo hacer. Por más que los soldados del 3º y 7º Regimiento, ganosos de ello anduvieran, no atinaba como imitar el rapto de las Sabinas, pues que á muchas leguas á la redonda no se encontraba una, ni sabino ó sabidor de cómo se acrecientan poblaciones sin éllas.

En otro ataque de risa se deshacía este buen tirano al recibir de sobremesa tal noticia, recordando á sus comensales que no siempre se fué indispensable mujeres para repoblar la tierra.

—«¡ Cómo se conoce que este mi Coronel Bustos más *vaqueanazo* en lo de correrías de indios, que en hojear clásicos!

«Bueno será recordarle lo de la repoblación de la tierra después del diluvio de Deucalión, pues bien podría repetir con las piedras del Azul, lo de Pirra con las del Parnaso.

«Tirándolas para atrás, ya brotarían *azuleritas*, como griegas surgieron en la antigüedad.

«Que no se apresuren los *milicos*, agregó, pues el Padre de al

Patria, con paternal cariño les ha de proveer de todo, y ya les llegarán Evas inocentes ó pecadoras, á dar trabajo á indios y cristianos».

Y otro buen día que amaneció con cara de fiesta, mandó llamar á Don Gregorio Perdriel, Jefe de Policía, ordenándole que toda mujer encontrada sin hombre en la calle, pasadas las diez de esa noche, fuera entregada el día siguiente, en la plaza de la Concepción, á Don Genaro Cháves, cuya tropa de carretas partía para el Azul.

Con tan frágil cargamento y en tan expeditiva forma se proveyó inmediatamente al pedido de Bustos...

Por supuesto que, no habiendo llegado á *cien* la primera remesa, en el racionamiento no tocaron ni á media por barba...

Tal fué el origen del Azul y sus primitivas pobladoras, sin que la tradición recuerde un segundo envío, á no ser el de las *blancas palomas*, remitidas veinticinco años después á Bahía Blanca...

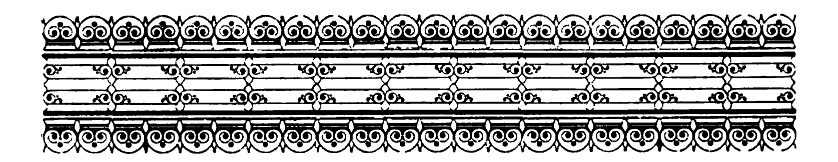
....

Algunos creen, á propósito del mojón de San Francisco, que á haberse preferido semejante al del Azul, hubiera sido menos manoseado siquiera, porque no olía á rosas, aunque de Rozas era. Pero aseguran que el Guardián de este Convento, poco perito en marcos, hitos ó monolitos, recordando que monje de su propia frailería fué el que *inventó la pólvora*, ha propuesto colocar á vanguardia de ese otro cerro azul en Catamarca, *el cañón eléctrico*—cuyo proyectil, desde aquella altura y por elevación, alcanzará á uno y otro oceano.

No sabemos si éste será primo hermano de aquel otro cañón de dinamita que, conducido desde Nueva York hasta Río Janeiro, terror fué sólo de los que le condujeron.

En caso que prevalezca el proyectado por el monigote de San Francisco, de desear es no fulmine más que el del *Terror dos Mares* de nuestros vecinos fluminenses.





FISCAL CATONIANO

I

Cuando era *rata de oficina*, noble oficio por cierto, mandáronme cierto día con algunos expedientes á casa del Fiscal de gobierno, más que de modesta apariencia, muy distinta su fachada, de las que después habitaron los Fiscales y sus agentes.

Desde su estrecho zaguán entablé el siguiente diálogo con el hombre que, en mangas de camisa, barría el patio.

—¿Está el señor Fiscal?

—No, señor.

—¿El señor Doctor Don Juan Andrés Ferrera, Fiscal de Gobierno, vive acá?

—Si, señor.

Y como ya noticias tenía de las excentricidades del personaje en busca, aunque nunca le había visto, no sé por qué barrun-

taba que el Fiscal y el barrendero en camisa, habían de resultar una misma persona.

—¿A qué horas se puede ver al señor Fiscal?

Y, sin interrumpir su tarea *barrendil*, ni alzar la cabeza, contestó:

—Aquí vive Don Juan Andrés Ferrera, que está limpiando su casa, porque el sueldo no le alcanza para pagar quien lo haga. El señor Fiscal de Gobierno que tiene su despacho ahí, primera puerta del zaguán, se encuentra en él, desde las once de la mañana hasta las cuatro de la tarde, horas reglamentarias de oficina.

Sacando mi gran *tacho*, al parecer de plata, y comprobando que faltaban cinco minutos para la hora fijada, giré sobre mis talones yendo, como los serenos de *La Verbena*, á dar otra vuelta á la manzana.

II

Algún tiempo había pasado, cuando por los diarios se avisó que la persona en cuyo poder se hallara el número de los *tres sietes*, agraciado con el premio de una casa en rifa, podía presentarse en la escribanía de Mogrovejo, para escriturar el traspaso de los títulos á su favor.

Ya empezaba á murmurarse que tal número no existiera y de que trapisonda mayúscula encerraba algún gatuperio, para dejar en blanco á todos los creyentes de la boca abierta, que en tal rifa cifraron su suerte, cuando otro sábado, se le ocurrió barrer al buen Fiscal, ya no el primero y único patio de su casucha, limpia y blanca como tacita de plata, sino los tres cajones de la única cómoda de su hacendosa mujer.

Entre papelitos y sobres de rizos, ya con canas, y apuntes de ropa usada, cayó uno, amarillento, viejo y arrugado, con *tres sietes* más negros que conciencia de cartulario.

Siguiendo el arreglo del contenido de todo el cajón le separó, y cuando su buena Petrona regresaba con la china del mercado, le preguntó á qué rifa se refería el billete que había encontrado.

Ni ella misma lo recordaba ya; tanto tiempo había transcurrido desde su adquisición, hasta que leyéndolo, exclamó:

—Ah! es verdad, ni sé si te había dicho.

Cierta mañana, ya hace mucho, me importunaba tanto la vieja billetera, al salir de la iglesia, con que me quería dar la suerte, que, más por hacer caridad, pues aseguraba ser para los pobres una parte de esa rifa, que por tentar suerte, compré ese número, del cual no me acordaba.

—¿Y sabes lo que este número importa hoy?

—Tampoco me ha preocupado, que ni sé si se jugó, ó no, la tal rifa, ni quien se habrá sacado la casa; sólo me interesó aumentar á los pobres la parte que se les asignaba. Pero como no me he sacado en la vida más lotería que tú, mi buen y leal compañero de tantos años, no abrigues temor de que lleguemos á cambiar por esa, la casita ésta.

—Así te quiero ver siempre, mi honrada mujer, resignada al modesto pasar que puede proporcionarte tu marido. Pero la verdad es que te has sacado la casa, cuyo billete de rifa ignoraba hubieras comprado. Ahora te voy á pedir un favor. Como sabes, yo no tengo dos morales, una para ante el público y otra para dentro de casa. Como hombre y como magistrado, uno mismo es el principio que siempre me guía. Te pido no cobres esa suerte, y sigamos felices en la pobreza que sobrellevamos.

Como abogado, como fiscal, como empleado y como hombre, pienso, y he dictaminado en cuantas vistas expedí, que, en todas esas rifas y loterías, hay siempre irregularidades y engaños, y creo que una persona honrada, jamás debe pedir al azar lo que sólo del trabajo debe esperar.

Sería para mí una inconsecuencia, borrando de una plumada mis antecedentes, si saliéramos sacándonos rifas, que he combatido por perniciosas.

Sin inmutarse, ni variar de color, la buena Petrona, que también tipo era de *virtud catoniana,* digna consorte del más honrado Fiscal que hubo en esta tierra, tomó el número de manos de su esposo, devolviéndosele en cuatro pedazos.

—Tal vez hubiéramos podido salir de pobres, dijo; yo no creía hacer mal en lo que hice. Quizás viviendo en una casita propia, hubiéramos gozado mayores comodidades en nuestros últimos años; pero no es de hoy que me conoces, y sabes que jamás he tenido otra voluntad que la de mi marido.

Y, al mismo tiempo que rodaba sobre sus ya arrugadas mejillas una lágrima de afecto, repitióse la escena que el desgraciado Rousseau cuenta no haber visto nunca: « suspirando de amor dos seres ya encanecidos ».

III

Estravagancias semejantes, impresionaron vivamente mi imaginación de niño, y dime á investigar antecedentes de virtud tan singular en aquella, como en toda época. Entonces vino á mi conocimiento que el Fiscal Ferrera había nacido en tiempo del *Virrey de las gallinas,* y que era el mismo personaje de quien el General Paz refiere muchas excentricidades.

Emigrado, como la mayor parte de las ilustraciones de su época, tildado de *salvaje unitario,* diez años atrás de la mañana aquella en que le conociera barriendo el único patio de su estrecha casa, había caido en el campamento que á la sazón se organizaba en la provincia de Corrientes.

Hombre pacífico y poco experto en las armas, pues en su vida había esgrimido otra que la pluma de la justicia, se clasificaba á sí mismo de *boca inútil* en el Campamento.

Pero, hombre á la vez de ilustración y consejo, el Jefe de esa otra expedición libertadora, noqu ería alejarlo de su Cuartel general.

—Desígneme usted algún trabajo, decía el Doctor, pues que de otro modo no me considero con derecho á la ración de soldado.

Y el austero General, reconociendo los quilates de aquel brillante en bruto, sin engarzar, á la vez, « que cosa rara fué siempre hallar un hombre honrado á carta cabal », valióse de mil ingeniosidades para retenerlo.

Muy pobre y necesitado andaba por entonces, como todo emigrado, sin patria y sin hogar, y sólo los colores de la bandera celeste y blanca le atraían allí donde flameaba con imán irresistible.

Llegó en cierta ocasión á preguntarle el General Paz—qué hora tenía, y cómo le viera sacar un viejo *tacho* de plata, gemelo, sin duda, de aquel que señalaba la hora en que le conocí, se fingió prendado de tan bella prenda.

Aunque desde el primer momento le fué ofrecido con toda espontaneidad, el General Paz le dijo que bien lo necesitaba; pero que sólo lo admitiría, aceptándole las tres onzas que en su mano puso.

—Pero esto es tres veces más de su valor, contestó el Doctor.

—Pero es que tres veces más de su valor intrínseco tiene esta joya de familia—replicó el General — sí como usted recuerda, ha señalado la hora de su casamiento, de su destierro y tantas horas solemnes en su vida.

Y disimulando así el medio indirecto de hacerle aceptar algún socorro en su necesidad, que era extrema, contaba después muy satisfecho el General cordobés, cómo le había buscado la vuelta á la austeridad del Abogado porteño.

Tan raro el General como el Doctor, no siempre hicieron buenas migas desde el primer dia, pues algún chisme de campamento llegó á circular de que bien podía haber sido mandado por la Comisión de Montevideo para que, introduciéndose en sus consejos, dirigiera al General.

Disipadas las desconfianzas que rodean á un recién venido, se le

dió la Auditoría de guerra del ejército, en el campamento de Villanueva en Corrientes.

Entonces solía frecuentar la mesa del General, tan frugal que los traviesos ayudantes la evitaban, siempre que el ayuno no era obligatorio.

De tan claras y tan largas visitas en sus vistas fiscales y de fino y nada corto oido como auditor, ilustrado y severo, en Buenos Aires y Montevideo, en el Paraguay, Brasil y Bolivia, en todas partes dejó recuerdos de su recto proceder, como luminosa huella de su paso.

Cuantos le conocieron acabaron por hacer completa justicia á su incansable contracción y su desinterés, superior á todo encarecimiento.

Minucioso en detalles, era una de sus manías la de tener todo enumerado, hasta las piezas de su ropa interior. Jamás se ponía la camisa número *cinco*, sin haber usado la número *cuatro*. Si en Corrientes aún no hacía esto, como cuando le conocimos barriendo en mangas de camisa, era porque en la pobreza de campamento, sus camisas eran *nones* y no llegaban á tres.

Nacido, como queda dicho, en tiempos del *Virrey de las gallinas*, cuando el Marqués de Loreto dejó preso, hasta que se comiera todas, al paisano que se las obsequiaba, por haberle despachado favorablemente el acto de justicia solicitado, vino á fallecer durante el gobierno del Doctor Obligado.

Pero era *en tiempos de Don Pastor*, cuyo honrado gobierno hizo época, según los viejos que se van.

Llamóse su Ministro de Hacienda, Don Juan Bautista Peña, y el de Guerra no fué otro que el mismo General Paz.

Entre Ministros como el sabio Doctor Vélez Sarsfield, Don Valentín Alsina, el Doctor Don Francisco de las Carreras, el Coronel Mitre (Don Bartolo), Don Norberto de la Riestra, Don Domingo Olivera, hacía digno *pendant* un fiscal como el Doctor Ferrera.

¡Lástima que fiscal semejante no dejara semilla!

Lleno de talento y buenas cualidades, cual el General cua-

drado que exigía Napoleón, del que era modelo el digno General Paz, ese otro recto ciudadano, fué un porteño honrado por los cuatro costados.

Decía de este último, el primero, que escribir era su entretenimiento, su diversión, su única pasión dominante, á punto de haber dejado algunas toneladas de papel escrito de su puño.

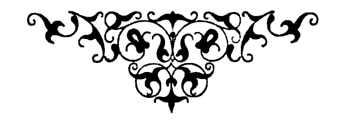
Pero si de elogios se hizo digno el Doctor Ferrera, ¡cuántos no merece su buena y abnegada esposa!

Pobre, humilde y sumisa toda su vida, despierta un día relativamente rica y con casa por el capricho de la suerte.

A la primera palabra de su marido, sin objeción alguna, sin la menor vacilación, tira la suerte al pozo, dando espaldas á la ortuna.

En muchos años de Juez, no conocí otro fiscal, al de esta tradición parecido.

¿Cuántas mujercitas conocéis, queridos lectores, semejantes á la fiscala de este cuento, que no lo es...... ?





¿Para qué sirve la gloria?

I

Cierta lluviosa tarde de otoño encontrábase el General San Martín en su modesta quinta de Brunois, poco distante de París, rodeado de sus nietas é hija, en sabrosa plática sobre la patria ausente, que endulzaba sus amargas horas de ostracismo.

Distraíanle en su vejez, los juegos infantiles de esas amables criaturas, conversando con sus muñecas, enredando y desenredando la madeja de lana con que la joven madre se entretenía en labores de aguja.

Cerca de la estufa estaba con su antiguo amigo Don Manuel José de Guerrico y el señor Sarmiento, que saboreaban el mate amargo de la emigración—cuando el interesante diálogo en que los últimamente llegados de la patria lejana trasmitían nuevas de ella, fué interrumpido por gritos de infantil pendencia. Una de las chiquillas venía toda llorosa y enfadada, en ademán quejumbroso, á refu-

giarse entre los pliegues de la gran capa del abuelo, expresando queja con acento dolorido:

—«Gran papá: la Merceditas me ha quitado el ovillo de lana.»

A tiempo que la aludida, sentada sobre la alfombra, en un rincón, y envolviendo apresuradamente su muñeca, replicaba:

—Sí, papá, porque hace mucho frío y la *poupée* (muñeca) está desnuda.

—Pero el ovillo es mío, y aquella se lo agarra todo, porque dice que es más grande.

Irguiéndose el viejo General y acariciando su desconsolada nietecilla, sacó del ropero inmediato la pequeña cinta amarillenta y punzó de que pendía una medalla de plata, diciendo al dársela: «Toma hijita, decora y abriga tu muñeca».

....

II

La hija de San Martín intervino en la infantil querella y apaciguado el pequeño cotarro, se oía seguir en *crescendo* el diálogo anterior, contestando al aproximarse á la estufa:

«—Pero, al fin, ese Rozas, que tanto execran los unitarios, no debe ser tan malo como lo pintan, cuando en un pueblo tan viril, ha podido sostenerse veinte años, agregó San Martín».

«—Si, General; pero veinte años de viva protesta, diseminada por todo el haz de la tierra la mejor parte de los argentinos. Prueban lo contrario. Fácil le fué, por nuestras divisiones, asaltar el poder, como sostenerse en el mismo, por la falta de unidad. Paz, Lavalle y Lamadrid, peleando por su cuenta hacia los extremos de la República, se quejan de que el Comité revolucionario pretendía mandar batallas desde Montevideo; y éste, á su vez, de que cada uno de los Generales unitarios campeaba

por sus respetos, — contestó alzando la voz y exaltado el señor Sarmiento ».

«—A tan larga distancia y por tantos años alejado de la escena, no me es fácil desenmarañar la verdad; pero por los ecos que hasta aquí llegan, si bien no he conocido al General Rozas, me inclino á creer que ustedes exageran, que, como enemigos implacables, lo pintan más arbitrario de lo que es. Sí, conocí en sus mocedades á los Generales que usted recuerda: Paz, Lavalle, el más turbulento, Lamadrid, si no más valiente que éste, sin duda con menos cabeza, y si todos ellos, y lo mejor del país, como ustedes dicen, auxiliados por extrangeros, no logran voltear tan mal gobierno, es, sin duda, porque la mayoría convencida está de la necesidad de un gobierno fuerte y de mano firme, para que no vuelvan las bochornosas escenas del año XX ni que el Comandante de cualquier batallón se levante á fusilar *por su orden* al Gobernador del Estado ».

«Sobre todo, tiene para mí el General Rozas, que ha sabido defender con energía, y en toda ocasión el pabellón nacional».

«Por esto, después del Combate en Obligado, tentado estuve de mandarle la espada con que contribuí á fundar la independencia americana, por la decisión que con cuatro cañones, hizo conocer á la Escuadra anglo-francesa que, pocos ó muchos, los argentinos saben en todas partes defender su independencia».

Y á estas palabras, el señor Sarmiento, que escuchaba en silencio, comprimiendo su indignación, reclinado sobre el mármol de la estufa, como saliendo de entre sombras:

—Dígame, General—le interrumpió con vehemencia—¿de qué sirve esa cacareada independencia á los argentinos, si cada uno de ellos lleva marcada sus carnes con las vergas del tirano, y hasta las trenzas de las señoras son arrancadas por sus sayones, pegándoles con brea el moño rojo de su librea? ¿Qué libertad ha dejado en pie Rozas?

«¿La de asociación, la de la prensa, la de comercio, la de enseñanza siquiera? Creen que nosotros los emigrados unitarios le calumniamos. Es más bien que no llega fiel hasta aquí el eco de

las atrocidades de aquel monstruo, que, empezando por asesinar al Presidente de la Cámara, ha concluido por fusilar á una joven embarazada, seducida por su guía esperitual».

III

Y en esto, fijándose los anteojos la hija del General, y tomando del suelo la medalla con que la nietecita condecorara su muñeca leyó en ella: «Bailén, 8 de Junio de 1808».

E interrumpiendo el diálogo, dijo:

—¡Padre! ¿Usted no se ha fijado en lo que dió á la chica?

—¿Qué?—dijo San Martín, con frialdad.

—Es la medalla que le acordó el Gobierno de España como vencedor en la batalla de Bailén, y que, sin duda, ha sacado por equivocación.

—Sí, hija, en Bailén aprendí á defender la independencia, y la importancia que la disciplina imprime en todo ejército. Mientras que los soldados franceses se entretenían en coleccionar copones y vinajeras, hasta las piedras se levantaron en España para arrojar al invasor extrangero. Allí, con menos, vencimos á los más. Tuve la gloria de ser recomendado en el parte, y después, condecorado.

—Pero, ¿cómo deja usted este precioso recuerdo en manos de esta niñita, que no sabe lo que vale?—agregó el señor Guerrico.

—¡Ay, mi amigo! La gloria humana téngola comparada así como al disparo del cañón, un poco de ruido y humo. Ya en las vecindades del sepulcro, se aprecian todas esas vanidades de muy distinto modo que en la juventud.

—Sí; pero estas cintas, cordones y medallas señalan otros tantos capítulos de su gloriosa historia.

—Y me hará usted el favor de decirme, mi amigo, *¿para qué sirve*

la gloria, si uno de sus cintajos descoloridos no consigue siquiera detener la lágrima de un niño?...............................

....

....

Y San Martín, más grande que Bolívar, pues que á sus triunfos de iguales resultados, agregó el mayor de todos, sabiendo vencerse á si mismo, superior al otro ambicioso coronado, pues que la cadena de sus victorias sirvió sólo para uncir al carro de la conquista los pueblos que vencía con su espada,—héroe al nivel de Wáshington, el argentino que mayor renombre alcanzó, juzgaba que toda la gloria humana apenas es satisfacción en cuanto llegar puede á detener una lágrima!...





EL PRIMER ESTADISTA

EL PRIMER CAUDILLO

I

En esta tierra de caudillos, donde cualquier ministril se da humos de gran estadista, como el último *Comandantejo* de campaña de prestigioso caudillo, difícil será escudriñar cual fué el primer caudillo, ó el mejor estadista.

Sugeríasenos tal reflexión la otra tarde, al contemplar el viejo balconcito del siglo pasado, antes de llegar á la vereda ancha en la calle *Defensa*, bajo, saliente, ó sobresaliente, aunque su *barrigudez* se halla cubierta por amplias enaguas de latón pintado, para ocultar, sin duda, su estado próximo á dar á luz. ó á dejar pasar más luz

con su derrumbe, destilando vetustez hasta por los roidos barrotes que le sirven de puntal.

Sobre él, pardas tejas *lagrimean* lluvia de gato. Tan ampuloso como el personaje que desde su baranda peroró al pueblo, en más de una ocasión que entusiasmado le acompañara hasta su casa, como berruga de la época cuelga allí, á la terminación de la hermosa fachada que el maestro Don Salvador Sartori levantó en 1848 sobre los sólidos muros de la antigua casa de Filipinos.

Aunque en diversas épocas, á uno y otro lado de ese vestigio del Virreinato, huésped en la una, y propietario de la otra, fué el primer caudillo. Lástima que estos no hayan también pasado de moda, como el viejo balcón de la calle Defensa..................

....

II

La partida de billar languidecía. Después de largas horas de juego, apenas la espectabilidad de los jugadores atraía algún interés...

Entre la espesa humareda de cigarros, el ruido de bolas, el rumor de comentarios *soto-voce*, oíanse, cual ráfagas entrecortadas, diálogos á medio concluir...

—Todavía no ha aprendido á evitar pifias, decía uno.

—Con que sabe hasta la carambola de retruco, agregaba otro.

—En esto del billar.—taco en mano—y atacar—canturreaba dando vuelta alrededor de la mesa, con el taco levantado en seguimiento de la colorada, un General todo pelos...

—No da hoy en bola, mi General, dijo en *cordobés* de sobrepaso un mirón.

—Puede que no, pues á lo que estoy acostumbrado, es á voltear,

echar abajo, llevarme todo por delante; y diciendo y haciendo, del último fuerte tacazo, derribó cuantos palos había sobre la mesa...

Sin ser aquella una casa de juego, se jugaba fuerte en ocasiones, como la en que otro viejo General se ganó tres mil onzas.

El juego continuaba, y los diálogos de una á otra banda, entre el ruido de tacos y carambolas...

Militares, doctores, comerciantes, mirones que nunca se miraron bien, seguían observando las alternativas de una partida, que casi llegó á ser partida histórica.

Como que á aquella antigua casa de Don Braulio Costa, bajo el número 465 hoy, concurrían por entonces, con personajes más ó menos abollados de la época: Alvear, Guido, Mansilla, Vélez, Saenz Valiente, Castro, Lezica, Sarratea, Díaz Vélez, Don Pascual Costa y otros.

En una breve intermitencia de silencio, alcanzó á oir el General jugador, que el mirón de la esquina de entrada, decía en voz baja á su vecino:

—¿Pero ha visto usted, qué cambiado llegó el señor Rivadavia?

Lo que, percibido por Quiroga, que no era otro el jugador, alzando el taco preguntó:

—¿Y será cierto que pocas horas después de su arribo se le ha mandado reembarcar?

—Así dicen.

—¡Qué barbaridad! ¡Si estos *porteños* son más veletas que sus veletas! Ayer no más andaban: *Santito donde te pondré*, no sabian qué hacer con Rivadavia y hoy ya se asustan hasta de su sombra.

III

Seguía el juego y la murmuración del prójimo, cuando, á poco de pasar frente al interlocutor, ya al terminar la partida, preguntó el viejo Doctor Vélez, que si no era todavía viejo, sí ya era muy doctor, y sabio por añadidura:

—Y díganos General, ¿porqué no quiso aceptar el mando que le ofreció el Señor Rivadavia en el ejército para la campaña del Brasil?

—A mí nadie me ha ofrecido nada...

—¿Cómo no? si yo mismo llevé el nombramiento. *¡Velai!* una linda ocasión para haberse lucido á la cabeza de sus dos mil *llaneros*, y su lanza hubiera sido verdadera tranca para detener la invasión extrangera.

—¿Cómo, cuándo, dónde? ¿Pero es cierto mi Doctor lo que está diciendo, ó habla en broma, como cuando más acento cordobés gasta?

—No hace tantos años. Recuerdo que cuando acompañé al Deán Zavaleta, encargado de presentar la Constitución del año XXVI á los Gobiernos de Cuyo, al llegar á Mendoza supe que salía usted de invadir á San Juan. Le mandé pedir una conferencia al remitirle los despachos de General de la Nación que el Señor Presidente Rivadavia le enviaba, comisionándolo para armar dos mil hombres de las Provincias de Cuyo, é ir con ellos á engrosar el ejército como jefe de una ala, del que marchaba al Brasil, donde le esperaba, en defensa de la patria, campo digno de su valía... ¡Qué linda figura hubiera hecho!

Aproximándose Quiroga á su interlocutor, pero sin mirarle de frente, según su costumbre, sentóse como á caballo sobre la silla inmediata, agregando:

—Ya lo creo que nos hubiéramos lucido, metiendo á los Riograndenses tierra adentro á punta de lanza.

Y al par que relámpagos, de ira reconcentrada parecían chispear sus grandes y hermosos ojos, agregó:

—Es verdad! Ahora me acuerdo. Mi secretario Ortiz me instaba abriera los oficios llegados de Buenos Aires, en aquella ocasión, siquiera por curiosidad. Nos hallamos por el Pocito. Se asaba un *cabritillo. Echelo al fuego*—le dije. Vamos á comer.

« No quiero hacerme mala sangre, ni quiero saber nada con los *porteños.* ¿Con qué pataratas me vendrán ahora? Nada tengo que hacer con Rivadavia, á quien no reconozco en su presidencia usurpada».

« Después supe que Ortiz no había arrojado al fogón inmediato esas comunicaciones, pero nunca quise abrirlas. ¡Qué barbaridad hice! ¿Con qué, al fin, me encontraban bueno para algo? »

« ¡Qué ocasión, caramba! ¡Mis pobres riojanos se hubieran cubierto de gloria, formando la vanguardia de la Nación!».........

....

IV

Y exaltado y abatido á la vez, por el pesar y el arrepentimiento, mesábase sus largas barbas. Agarrándose con ambas manos la cabeza, tiraba sus renegridos cabellos, que tan largos como aquellas *enmarcaban* con siniestra expresión su semblante de un mate pálido, desgradable...

Y echando un fuerte taco, más grande que la mesa, rompió el que tenía en la mano sobre la del billar, despidiendo chispas de rabia reconcentrada aquella su intensa mirada acer na.

Luego se paseaba agitado á pasos acelerados, cual fiera aprisionada, despreciándose al saber cómo había perdido la ocasión de elevarse, y convertirse en espectable figura militar, defendiendo la patria...

Todos esos remordimientos sombríos y atormentadores atropellábanse en su interior, exaltando la imaginación del vencido caudillo, y soberbio y humillado á la vez, iracundo en su despecho, menospreciábase por lo que había perdido la oportunidad de hacer.

—« Entonces mi lanza no sería la del Tigre de los Llanos, sino la del terror del Imperio, agregó».

« Porque yo no he sido federal, ni nada. He peleado por pelear, fuí mi pasión desde muchacho. Ahora mismo acepto hasta la Constitución unitaria, con un Presidente como mi secretario Ortiz, que no es un ignorante como yo».

« Pero cuando hablo de constituirnos, hasta el General Rozas, á quien tengo por uno de los más avispados porteños, me sale con que no ha llegado la oportunidad, y por falta de esta nos seguiremos matando otros diez años, sin encontrar la oportunidad de constituirnos en una sola y grande familia, ante cuya Constitución igual *sea el porteño de aquí como el riojano de allá.*

Y luego de otras exclamaciones y desahogos, entreabriendo la puerta de la inmediata sala donde el dueño de casa jugaba con otros, preguntó:

— Amigo Don Braulio, ¿cómo se llega más pronto donde el señor Rivadavia?

—Mañana le informaré General.............................
....

V

Y este refractario á la civilización, la más viva encarnación del montonero indomable, rebelde á toda sumisión, que ni aún de niño logró sentar su maestro á la mesa entre sus compañeros, que se jactaba de no haber entrado á una iglesia de nativa aversión á la

ciudad, al *pueblero,* á todo lo que era decente y elevado, que confesaba ser su sola pasión el juego y la lucha, que *nunca quiso ser gobierno*, según dijo, pues peleó únicamente por abatir toda emulación que se le cruzara, y abrirse camino con la punta de su lanza, siendo su especial objeto infundir miedo y dominar por el terror. caía al fin vencido por todo lo que había combatido.

Luego que respiró en su atmósfera, fué contaminado y encadenado por la civilización.

El provinciano que odiaba á los *porteños*, el gaucho que se burlaba de los doctores, el *Comandantejo* de campaña que se mofaba del Presidente de la República; vivo antagonismo del poncho sobre el frac, y la lanza contra la pluma; el desparpajado para vestir, hablar y obrar; subyugado por todo lo que seduce, cautiva y atrae en esta capital de los *porteños*, llegó á confiar sólo en el consejo de los doctores, á hombrearse y respetar á los prohombres del partido unitario, que tanto había combatido, y hasta vestir en la más elegante sastrería francesa de Mr. Doudignac...

En sus últimos tiempos se hallaba ya á medio civilizar. Enredado por esos mil *nadas*, hilos invisibles de trama sutil, pero inquebrantable, del medio ambiente que se respira, que es imposible rehuir, compenetrándonos sin advertirlo.

Gustaba hacerse explicar cuanto no comprendía. Preguntaba, interrogaba con frecuencia á cuantos creía más instruidos que él, y retenía, repitiendo la frase aprendida.

VI

Una mañana se anunció en casa del General Alvear, cuando habitaba éste en la vereda de la antigua casa de Yturriaga (calle de *San Martín*). El vencedor en Ituzaingó había reunido una

selecta biblioteca de clásicos y militares. Sobre la base de la que heredó su padre, sabio astrónomo, y que, aumentada por su hijo, conserva hoy el nieto, Doctor Marcelo Alvear, llenaba los estantes de su estudio.

Como la hora matinal era algo intempestiva, aunque no para Quiroga, madrugador por costumbre, mientras tardaba el dueño de casa, recorria aquél los títulos de lujosas encuadernaciones, leyendo: Tusides, Plutarco, Platón, Xerjes, Alejandro, César, Napoleón, Mariscal de Sajonia, Turena, Duque de Güisa, Memorias de Wellington, Nelson, Gravina, Churruca, cuando apareció el General, prendiéndose el último botón de su casaca militar.

Pasados los primeros saludos, en etiqueta, que poco gastaba el céleore caudillo, y entrando de pronto en conversación de confianza, dijo, señalando los libros:

—Y todo esto, General, todos estos lindos libros, ¿se ha leído usted?

—No, señor; son autores de consulta, los más; otros, recuerdos de amigos; la mayor parte de instrucción, alguna lectura recreativa. Aquellos más viejos mamotretos, reliquias de mi abuelo, que conservaba mi padre.

—¿Es verdad que á usted le enseñaron á pelear desde la escuela, allá en España? En mi pueblo no había maestros, aprendí á pelear de mi propia cuenta, por gusto, no más. Esta es la diferencia entre un brillante General de Escuela y un General de afición. Por eso yo siempre confié solamente todo éxito, al empuje de la carga que arrolla, envuelve y se lleva todo por delante.

«Poco he leido en mi vida, aunque me hago leer todas las mañanas la Gaceta, principalmente, cuanto malo de mí escriben los *porteños*. Ni sospechan esos degolladores á la pluma que el tigre de los *llanos* anda entre lobos, rastreando el medio más expeditivo para evitar que se coman los corderos, pues ya no van quedando más que las colas fuera de tierra».

«Sólo he leido un libro: *Los viajes de Anacarsis*. Ese sí, lo he leído dos veces, porque siempre ese joven instruye, aunque se viaje en galera riojana».

En otra ocasión, jugaba á los naipes en casa de su compadre entre densa nube de cigarros.—Quiroga no fumaba; pero tampoco lo fumaban. Miraba al Doctor Vélez, que miraba, por cuya ilustración tenía respeto, y quien nunca jugó sino un gran rol en nuestra p lítica. De repente, le interroga:

—Y dígame, mi *dotor*, usted que lo sabe todo, ¿qué me habrá querido decir mi señora doña Florentina, al ofrecerme esos bizcochos para el mate, repitiendo, tan duros como los de Herculano?

—Oiga General. Allá por la campaña de Nápoles, no hace mucho tiempo se descubrió una ciudad mil años sepultada bajo la lava del Vesubio. Paisanos jugando á la *taba*, ó asando un cordero, y hasta pan y bizcochos al horno, duritos, como usted debe suponerlos, se han encontrado al descubrir las ruinas, y *velay* la comparación. Un campesino muy fortacho, Don Hércules, cruzaba hace años por allá, sumiendo una montaña de un puñetazo y rasgando en dos, de un tirón, un continente, por lo que, frente al Africa y la Europa, se recuerdan á sus extremos las columnas de Hércules.

«Pero sin ir tan lejos, me parece que usted anda con ese hombre á cuestas, ó al menos con las columnas, que le recuerdan, á la cintura, pues las columnarias de su tirador llevan grabadas las columnas de Hércules, en memoria del que allanó montañas con su maza y luego se fundó un pueblo con su nombre, de cuyas ruinas han sacado bizcochos tan duros como éstos».

—«*¡Ajá!*... Con gusto hubiera cruzado una lanza con tan fornido compadre.»

VII

Y por largo tiempo se le pegó la comparación, que á cada rato repetía como muletilla «tan duros como los de Herculano», frase

que oyó entre sus contertulianos á la ilustrada señora Florentina Ituarte de Costa, sobreviviente y aún de memoria muy feliz...

Por esos días, poco después de haber salido Rivadavia de Montevideo, se anunció la venida del General Lavalle, que trabajaba en una Estancia en el Estado Oriental.

—«Me gustaría dar un abrazo á ese valiente,—dijo al hermano del General, quien después fué de gerente á las minas de la Rioja y Catamarca. ¡Qué cargas de caballería ha dado desde Pichincha á Ituzaingó! No deseo que mis hijos sigan la carrera militar; pero si lo han de ser, á ningún otro jefe se los confiaría con más gusto».

Y con los años, el hermano mayor de aquel otro Facundo Quiroga, Don Facundo el bueno, quien por su honradez y servicios, llegó á llamársele el padre del pueblo (en el de San Pedro), cuya población entera acompañó sus restos á pie, fué un día ayudante de Lavalle.

Á más de Alvear, Balcarce y D. Domingo de Oro, de quien salió muy bien aconsejado, oía mucho el General á José Santos Ortiz, Ocampo, Vélez y otros viejos unitarios.

Rozas empezó á desconfiar de éstas sus nuevas amistades, y, para halagarlo, le inventó en su felonía, el papel de pacificador.

Quiroga pacificador en aquellos tiempos, representaba entre nosotros, el anacronismo que más tarde reprodujo Garibaldi, presidiendo un Congreso de la Paz Universal, en Ginebra.

Solía repetir en sus intimidades: «Estos *porteños* tan bellacos y barulleros son tan volubles como las aguas de su gran rio, que amanece *mansito* y quieto, y á mediodía ya está furioso y terrible, de un geniazo de dos mil diablos. Como están de porteros á la entrada del puerto, lo quieren todo para sí, sin acordarse que los *arribeños*, y aun en la Rioja, se acostumbra también á comer.

Necesitan un hombre de *muñeca* y brazo fuerte que los haga entrar en vereda».

Verdad, que esto sólo murmuraba entre provincianos; pero sus ideas se fueron modificando mucho, atraido, desbastado y comprimido por la mayor cultura que recién conoció en esta ciudad.

Sobre todo, ante el valor, se descubria en cualquier parte que lo encontrara.

Al entrar á casa del General Guido, salia un inglés alto, pálido, cojeando y saludándolo con respeto el Doctor Vélez que iba á enseñarle la quinta, dijo :

—« ¡ Hola ! ¿ Cómo va mi paisano ?»

— «No lo parece, dijo sonriendo Quiroga, y al saber que era el Almirante Brown, de cuyas hazañas Quiroga fué grande admirador, pues decia que para ser guapo en el mar se necesitaba de dos valores, y después de hacerle grandes elogios, luego de separarse, preguntó :

—«Tan blanco y rubio el uno, bronceado y pelinegro el otro, ¿ por qué le dice mi paisano ?

—« Pues ahí verá usted General—somos de una raza, aunque no lo parezca, y el Almirante Brown me ha contado haber oido misa en la Catedral de Dublín, con el General Sarsfield, cuyo descendiente se embarcó para Córdoba, donde yo nací.

....

—*Velai:* ¿porqué no compra esta casa de al lado ?—le aconsejó el Doctor Vélez, una de las noches que más gananciosо salia Quiroga de la tertulia de Don Braulio Costa y en que Sarratea dió la noticia de que su vecino el señor Lezica veíase obligado á enagenar la antigua casa de sus padres, frente á la iglesia que tanto habia servido.

« Un buen consejo General, animesele,—repitió Velez, parándose en la misma altísima puerta tachonada de grandes clavos bajo el número 453 *Defensa*, hoy — y dejará asi una propiedad para sus hijos, que siempre ha de valer más que la *plata de Güemes*, riojana ó boliviana».

—No echo en saco roto el consejo. Véame, mi doctor, *los papeles*, si no le ha quedado gravamen por quiebra, pues, estoy decidido á establecerme en este centro de ilustración, para que se eduquen mis hijos, y no queden tan ignorantes como yo.........

....

VIII

Hasta hoy apenas se presenta proyecto de mejora alguna, cuya iniciación no se descubra en la progresiva administración Rivadavia y desde su fecundo Ministerio.

Los hombres pasan, sus obras quedan, y por éstas son juzgados.

Inconmovibles siguen las que el primer estadista fundó.

¿Dónde están las que el primer caudillo levantara?

Mal instrumento de trabajo, es la lanza. Su obra es infecunda, pues que nada se construye á lanzazos. El caudillo riojano no llegó á manejar otro arado.

....

Y cuentan que uno, dos y tres días, concurrió Quiroga, desde el amanecer, al embarcadero, sin encontrar ballenera que, bajo el temporal deshecho, le trasportará á bordo del bergantín francés *L'Herminie*.

Y este valiente montonero, que confesaba haber sólo una vez conocido el miedo, cuando prendido en las ramas flexibles de un pequeño algarrobo, balanceábase ya sin fuerzas, próximo á caer en las garras del tigre de los Llanos que le acechara al pie—como nunca se había embarcado, temió balancearse sobre aquellas olas aterradoras, en la soberbia tempestad del Plata, cuya furia no se animara á desafiar, como la de los hombres.

....

De regreso á casa del señor Costa, encontrando en ella, con uno de los hermanos del General Lavalle, á Don Simón Pereyra, encargó á éste, fuera á ofrecer su fianza personal y pecuniaria al Gobierno, para que dejara desembarcar libremente al señor Rivadavia.

....

....

Así, estos dos extremos del círculo sin fin de nuestras evolucio-

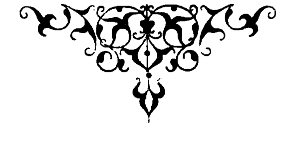
nes, llegaban á tocarse, como todos los extremos. Antagonistas en todo, vencido al contacto de la civilización, tendía su mano el más terrible caudillo al más ilustrado estadista, agradecido al saber que todo medio quiso convertir en buen medio para el engrandecimiento de la patria.

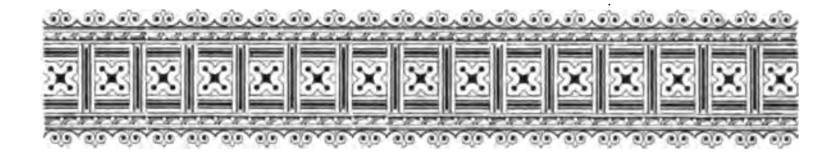
Y cuando, contrariado y pesaroso subía Quiroga la barranca, divisó, allá á lo lejos, hundiéndose entre el doble horizonte ofuscado por las revueltas olas, bajo el cielo encapotado, *L'Herminie*, donde poco antes fondeara la nave de San Martín, que también se alejara sin bajar á tierra, llevando á Rivadavia y su fortuna.

....

Ultima esperanza en el confín de la patria, desaparecía, obscureciéndose ésta como á la ausencia de un astro, á buscar descanso en tierra extrangera que él había combatido, al impulsar la de su nacimiento por todos los caminos del progreso...

¡Allá va, el primer estadista argentino, expulsado de esta ribera que tanto ilustró, sin temer á los calabozos de Cádiz que encerraron al General Miranda, á reposar sus últimos años en hogar amigo, en tierra enemiga!





EL PRIMER FERROCARRIL

I

No hay temor de que engolfemos al lector en la enmarañada y eterna controversia de si fueron rubios hijos de Albión, ó los más *coloradotes* del extremo opuesto, que se clasifican modestamente ingleses refinados, los inventores del primer Ferrocarril, del primer Vapor, del primer Telégrafo, y de otros muchos adelantos de que se jactan esos primerizos del Nuevo Mundo.

Menos dilucidaremos, si griegos ó romanos usaban en sus caminos algo á rieles parecido, ó si dos siglos antes del tren, que cambió en 1825 su carga de carbón por carga humana, trasportábase ya la hulla de las minas al embarcadero sobre carriles de madera.

Desde que el célebre Newton ensayara en 1680 la primera máquina á vapor, precursora de la locomotora, hasta que el americano Oliver Evans, declarado Bienhechor de la patria, presentó el primer año de este siglo, carro anfibio, que tanto servía de locomotora, como

de buque á vapor, exhibiéronse muchas locomotoras; pero ninguna más perfecta que la primera argentina, construida hace doce años en los talleres de Tolosa, por aquello de que siempre lo último reasume todos los perfeccionamientos anteriores.

Recordamos simplemente, la inauguración del ferrocarril entre nosotros, como si dijéramos dentro de casa, para nuestro uso doméstico, aquí, en la plaza más central...

Referir lo que antes de transcurrido medio siglo, parece ya olvidado hasta en su fecha y promotores, cae del modo más natural bajo nuestra pluma...

....

—¿Qué significa ese pequeño lingote de hierro, en que descansa la pluma?—preguntaba el niño terrible, encargado de hacer más ruido alrededor de nuestra mesa de trabajo.

—Doble significado tiene, que debes no olvidar, pues es fragmento del hierro que mayor riqueza ha producido en nuestra campaña, llevando bienestar á todo el país. Pero como larga es su historia, pues se extendió en camino algo más largo que el de la casa á la escuela, si luego vuelves con buenas notas, la oirás al lado de la estufa.

....

Y pues es el de hoy, día de San Justo, recordaremos haciendo obra de justicia á olvidados promotores del progreso actual.

....

No habían transcurrido tres meses del gobierno del Doctor Obligado, cuando llamaba éste á preferente despacho la solicitud del señor Don Fabián Gómez, el primero en proponer una vía férrea.—Objetó el recto Doctor Ferrera (el fiscal catoniano), que debía ésta sacarse á licitación, como dictaminó ya en las propuestas de Aduana, Muelles, Puentes y caminos, Gas, Telégrafos y otros benéficos proyectos que no quedaron en proyecto durante aquella laboriosa administración; pero el 9 de Enero de 1854, ya aprobaban las Cámaras otra concesión.

Tuvo origen ésta en el Club de *Pelucones* de la calle Corrientes,

como denominara Juan Carlos Gómez en el *El Nacional*, á los asiduos contertulianos de tantos años del señor Don José Manuel de Guerrico, por cuya sala ha desfilado, en dos generaciones, todo lo más notable que por el pais ha pasado.

Allí se discutía, en asamblea de amigos, cada idea útil, y apoyada con la influencia de tan respetable grupo de honrados y laboriosos ciudadanos de iniciativa, rara vez quedaba sin realizarse.

Verdadera antesala del progreso, pocas fueron las empresas que en los veinticinco años siguientes á la tiranía, no tuvieran su origen en el inolvidable conclave de progresistas.

II

Tan escabroso fué el calvario de esta obra, que un año después de ofrecerse en *dos años* la terminación de las veinticuatro mil varas de vía, hasta Morón, vióse obligada la empresa, á solicitar la sustitución del vapor por caballos, en las estrechas calles — tal era el cúmulo de obstáculos que vecinos y propietarios oponían.

Firme en su propósito, y venciendo todas las dificultades, un buen día el señor Don Felipe Llavallol, Presidente de la Comisión, con su hermosa faz sonrosada, sonriente y bonachona, entró al pasar, en la casa de su vecino del barrio de La Merced, saludándole lleno de satisfacción, con estas palabras :

—Al fin, hoy empezamos la magna obra. Si el Señor Gobernador quiere clavar el primer riel, en su vida tendrá otra ocasión de remachar clavo de más provecho.................................
....

Desde antes de su primer paso, ya tropezó con inconvenientes, y no fué el menos grave hacer llegar la enorme locomotora hasta donde debía llegar. Nunca había cruzado mole de tanto peso por las calles de esta ciudad, y no encontrándose medio de camionage hasta

se proyectó, ya que no podia trasportarse por tierra desde la entrada al *Once*, conducirla por agua, aprovechando alguna creciente, como la de *Santa Rosa* que acostumbraba empujar más de un buque dentro de las calles, profundizando el Tercero que con gran caudal corría por el Parque.

Pero el ingenioso señor Don Valentín Cardoso, cuyo retrato se muestra en la fotografía de la primera locomotora, se acordó del que subió el diablo al cielo, y asi el señor Sebastián Casares, que acababa de remontar por ingenioso procedimiento el pesado grupo en mármol del Arcangel vencido sobre el frontis de San Miguel, con todos los marineros de sus numerosas lanchas, trasportó desde la Boca del Parque la primera locomotora, hasta el lugar de su bautismo.

La obra del ferrocarril duró uno, dos, tres y cuatro años, y empezada á tramitar en el primer trimestre de la administración Obligado, no pudo inaugurarse hasta tres meses después de terminado su periodo.

Vencidos los mil obstáculos y oposiciones, sucedió que una vez construido, no hubo quien se animara al viaje de ensayo, ni entre los mismos señores de la comisión. Así dejaremos sobre los rieles los coches vacíos por falta de pasajeros, mientras van almacenando coraje los más guapos, al ver pasar dia á día, sin accidente, el tren de carga.

III

Si entre la primera y última locomotora, fuera del *miriñaque*, *el ojo de cíclope*, las ocho ruedas, tornillo de menos ó resorte de más, para simplificación del mecanismo — poca es la variación, mucha si es la de la plaza de donde salió la primera máquina.

Metamorfoseada la del Parque, hoy Lavalle, en parque inglés,

por obra y gracia del hábil horticultor Mr. Fabier, mucho antes de 1857 ya había desaparecido de su centro la laguna en la cual el General Nazar, cuando sólo era el hueco de Zamudio, recordaba haber cazado patos, en sus *rabonas*...

De aquella inolvidable época en que la Plaza del Parque con su mala banda de música y árboles sin sombra, hacía competencia á la del Retiro, lugar de cita de las más elegantes domingueras, apenas se conserva la fachada del Cuartel, pero sin el Coronel Martínez en su balconcito, como en los días en que Monasterio y el poeta Luca fundía los primeros cañones y balas que anunciaron al mundo nuestra independencia.

Donde se alza el palacio Miró, amplio y selvático jardín de mal servido *Restaurant* competía con el vecino Café del Parque, contiguo á la botica del mismo nombre, en cuyas glorietas no cabían tres personas...

Por la soledad y tinieblas de esta plaza plagadada de visnaga, antes de la llegada del tren, pocos eran los que se atrevían á cruzarla á media noche, temiendo de encontrarse con la viuda del Parque. Desde entonces quedó el refrán callejero:

«Por la plaza del Parque
No se puede pasar
Porque todos le dicen
..........................»

Del propio solar (antiguo basurero) donde se levanta hoy el monumental Teatro Colón, salió la primera locomotora, que vino á modificar costumbres y paisajes.

En lo relativo á éstos, recordaremos solamente que, donde se yergue la estatua de Lavalle, se instaló *el banco de las camelias* y en él, al caer la tarde, viejos patriotas se congregaban en la melancólica de su vida á suspirar, por las cosas perdidas, recordando, que siempre el tiempo pasado fué el mejor.

IV

Y al fin, pues todas las cosas tienen fin, el dia del último reconocimiento, se decidió la Comisión Directiva á subir en cuerpo y alma, afrontando con gran valor el viaje de ensayo.

Sólo el inglés D. Daniel Gowland y Larrondé, de los señores del Directorio, habian tenido ocasión de viajar en Europa en ferrocarril, pues no menos de diez mil kilómetros hubieron de recorrer para juzgarlo, llegando al más cercano del Callao á Lima, los que del nuevo mundo no habían salido. Dos leguas sólo media ese primer ferrocarril en esta América, en 1848. La conclusión del de Valparaiso á Santiago, celebrábase por aquel mismo mes (Agosto 1857), trayéndonos esto el recuerdo del oportuno brindis del ilustrado ingeniero chileno Don Santiago Arcos, (hijo):

« Brindo, dijo, haciendo votos porque el riel que empieza en esta plaza, se estienda y continúe hasta ir á enlazar su último tramo con el que ya ha salido de Valparaiso, viniendo á formar vínculo tan inquebrantable, entre los dos pueblos hermanos, como el que estrecharon las armas desde este mismo Parque, conducidas por mi padre, Ingeniero del Estado Mayor de San Martín, á nuestro Chile, á cuya emancipación coadyuvaron ».

Y como á la ida, en el viaje de última inspección fuera todo bien, regresaba la máquina con más velocidad, á razón de veinticinco millas por hora, cuando cerca del puente del Once de Setiembre, sin decir, agua va, agua fué, por demás caliente en su descarrilamiento, cayendo desde el alto terraplén á la zanja.

Tumbado el wagon de encomiendas, las cabezas del Secretario Vam Prat y del Vicepresidente Gowland, chocaron fuertemente, al mismo tiempo que la del Tesorero D. Francisco Moreno golpeaba al robusto señor Llavallol hasta dejarle un momento sin respiración.

El señor Mariano Miró, que fumaba, fué fumado, saliéndole por la espalda, y no por las narices el humo, pues asustado el *habano*, huyó de su boca, dando media vuelta para ir á esconderse entre ropa y carne, hasta las asentaderas.

El señor Larroudé saltó sobre el primer caballo que halló á mano, haca rabicorta por más señas, cruzando á escape entre los tunales del hoy extinto Bajo de los Hornos á guardar el susto en casa, donde á poco entró de galope hasta la cocina.

Los otros señores de la Comisión Directiva, D. Manuel José de Guerrico, D. Esteban Rams y Rubert (Catalán) y D. Francisco Balbín, salieron mejor parados, y en asamblea improvisada á campo raso, resolvieron no resolver nada, es decir, no decir cosa alguna á persona viviente de aventura locomotriz tan poco edificante, y taparse oidos y boca y alguna otra cosa machucada, para que no fuera á traslucirse algo del sucedido.

Cuando llenas de ansiedad sus inquietas esposas salían á preguntarles cómo habían pasado, los maltrechos y graves señores, con semblante compunjido, que se esforzaban en presentar risueño, contestaban que *muy bien*, disimulando chichones y cardenales.

Primeros mártires del progreso, al sentarse inadvertidamente, alguno de ellos, más que de pronto se levantaba y seguían refiriendo entre suspiros mal disimulados, las delicias de un viaje de placer, no fuera á ahogarse la fiesta de un ferrocarril, que inauguraba su descarrilamiento antes de su inauguración.

Con todo, terminado quedó este último, gozando sus constructores de muchos días de asueto, pues no asomaban, los guapos que se decidieran á viajar por él.

V

Aquel año no hubo *Santa Rosa*.

La linda limeña, caprichosa como todas las bellas, no se daba á los vientos de otros años.

Reservaba sus ímpetus, sin duda, para el siguiente, en el cual, como en 1780, no dejó títere con cabeza, viejo con peluca, mástil con vela, ni chimenea con veleta.

Desde entonces viene la comparación popular de: «Como el temporal de Santa Rosa».

La mañana del 29 de Agosto de 1857, á la hora que generalmente se andan atrancando puertas y ventanas, en previsión de tormentas y ventarrones, apareció tibia, perfumada, transparente, llena de dorada luz y de tan suave brisa, que parecía primicia de anticipada primavera.

Leve viso de tisú plateado, con que la aurora cubría sus encantos, veló las primeras horas matinales y cuando el sol desde el zenit derramaba su claridad más esplendente, todos los habitantes se echaron á las calles, en traje de día de fiesta.

Para fijar la fecha de esta tradición, hemos tenido que consultar no menor número de sabios, memoristas, anticuarios, historiadores, numismáticos y astrónomos, que para fijar la llegada del primer Vapor al Plata.

Bajo el frontis de la antigua Estación del Parque leíase en grandes letras: «Inaugurado el 30 de Agosto de 1857». Pero nuestro recuerdo de testigo ocular, queda confirmado no sólo con los documentos que se publicaron con anterioridad, señalando el día *29* para la inauguración, sino también con la descripción de ésta, insertada en los diarios de la mañana del día *treinta*.

....

Banderas y gallardetes de todos colores flameaban al viento, y músicas militares poblaban los aires con alegres armonías.

Hombres, mujeres, ancianos y niños, se dirigían al Parque, y aún cuando ya la estatua enana del Dios Marte coronaba el ancho portal del viejo establecimiento, era fiesta de paz lo que allí celebrábase.

La concurrencia desbordábase por puertas y ventanas, balcones y azoteas, y multitud de muchachos colgados de árboles y faroles, aumentaban con bullicio ensordecedor el de las bandas, cohetes y petardos.

No menos de treinta mil espectadores,—se calculó la tercera parte de la población de la ciudad,—cuyo número se duplicaba á lo largo de la vía hasta la Floresta, por uno y otro costado. A pie, á caballo, en carruaje, en carreta, carro, carretilla, *castillo* y en toda clase de vehículos, el pacífico ejército formado en línea de dos leguas, saludaba con aclamaciones, pañuelos y sombreros, á la primera locomotora que, adornada de flores y de banderas, corria á triunfar del desierto, flameando al viento su estandarte de humo y de llamas.

En el centro de la plaza se alzaba el improvisado altar, entre altos mástiles revestidos de los colores patrios. Cargado de guirnaldas, escudos y gallardetes de todas las naciones, anunciaban la fiesta del progreso y de la fraternidad.

Concluido el *Tedeum*, con majestuoso paso adelantóse el Ilustrísimo Señor Escalada, á tiempo que, coronadas de flores, se acercaban lentamente al altar *La Porteña* y *La Argentina* (primeras locomotoras) para esparcir sobre ellas el agua bautismal, bendiciendo tan venerable Prelado la vía, la locomotora y el tren..............................

En ese momento, que era la primera hora de la tarde, asestábanse sobre aquel punto los lentes de cuatro daguerreotipos, y el clisé conservado por el hábil fotógrafo Pozzo, reprodujo con fidelidad la viva escena de aquel instante solemne y conmovedor...

VI

Al pasar el tren rápidamente sobre el elevado puente del Once de Septiembre, un *compadrito* de clavel en la oreja, cruzó al galope por debajo de aquel, golpeándose la boca y dando vivas.

En aquella plaza de frutos del país, doscientas carretas vacías abrían sus negras bocas al cielo, con sus pértigos en descanso, como á la funerala, vencido el buey por el vapor; y cuando, algo más adelante, una paisana, después de encender dos velas á la Virgen de Luján, salió de su rancho, agitando la bandera de la patria y vivando,

la banda de música del 2° de línea, mandado por el entonces Teniente Coronel Emilio Mitre, contestó á la espontánea manifestación, tocando la marcha de Lavalle.

Siguió á ésta, otra escena menos estruendosa, pero más característica. Un gaucho viejo venía entrando con su tropa de ganado á los corrales, desmontóse, é hincado sobre el pasto se persignó, al pasar la locomotora...

El padrino de *La Porteña*, que viajaba en el tren de honor al lado del Gobernador, apercibió silenciosa lágrima que se deslizaba por la rugosa faz del sencillo paisano de blancas barbas.

Durante el *lunch* servido dentro del kiosco de la Floresta, se derramaron en abundancia *champagne*, flores y elocuencia.

¡Qué inmenso horizonte abría á la esperanza aquel pequeño ferrocarril, cuyo silbato estridente anunciaba al coloso que llevaría por todas partes la fecundidad, el movimiento y la vida! El se repetía y dilataba, escuchándose con placer como eco armonioso del himno de victoria de la civilización sobre el desierto.

«Apresura el día—agregó el Gobernador Alsina—en que sea posible borrar del derecho público la desgraciada palabra *extrangero*.

....

« Y se vió, recuerda el cronista de la fiesta, después de treinta años, por primera vez, al lado de las personas del Gobierno que recién llegaban á él (Alsina, Barros Pazos, el General Zapiola) al ex-Gobernador Doctor Obligado y sus Ministros Mitre, Vélez y Riestra, que decretaron el primer ferrocarril, haciendo resaltar su presencia el hecho hasta entonces desconocido, de una administración que desciende pacíficamente del poder, y que es dignamente honrada por la que le sucede. »

« ¡Honor y gloria á la administración del progresista Gobierno del Doctor Obligado!—exclamaban los diarios del 30 de Agosto, al describir la fiesta de la inauguración del día anterior. »

VII

Al regresar en treinta minutos, cinco menos que en el viaje de ida, para recorrer los diez kilómetros, no faltaron episodios curiosos, como el del muchacho que por apuesta se tendió sobre la línea pasando el tren sobre él; y el Cacique Yanquetrús, que al subir buscaba dónde escondían el caballo come-carbón y respira llamas...

Diez pesos papel, moneda de entonces, costaba el pasaje de ida y vuelta, y cinco en carruaje descubierto, en toda la extensión de la línea, cuyo primer viajero fué el Doctor Vélez, siendo su primera víctima el filántropo Señor Miró...............................

....

Aquellas dos primeras leguas de rieles, han valido más á la vida y al adelanto de Buenos Aires, no obstante las guerras posteriores, que cuanto se proyectó y realizó cuarenta años atrás.

Si los millones gastados en guerras desde 1857, se hubieran invertido en la prolongación de líneas férreas, apenas distaría hoy dos leguas de una Estación, la estancia más lejana.

El ferrocarril, fué también la mejor arma contra la guerra. Su rapidez ha reducido las últimas á su menor expresión, y sin duda no se habria prolongado cinco años la del Paraguay, á haber llegado entonces los rieles hasta Formosa.

El confirmó nuestra carta de ciudadanía ante el Congreso de las Naciones. Desde entonces, se nos invita á todas las reuniones internacionales de vías y comunicaciones postales, telegráficas, ferrocarrileras, etc., etc...

Gastar mucho pareció el empleo de doscientos mil nacionales en una legua de vía; pero los últimos diez kilómetros se han pagado tres veces más caro de lo que costaron los diez primeros, del Parque á La Floresta...

....

Tras ellos se han extendido luego catorce mil kilómetros, sobre los que fueron trasportados, el último año, catorce millones de viajeros (cuatro veces la población de la República) y siete millones de toneladas de carga, ascendiendo el capital de los treinta ferrocarriles á cuatrocientos cuarenta millones de pesos oro.

Objetóse en aquel tiempo que no recorrería sino de un centro á otro por campos poblados; pero el primer Gobernador constitucional presentía que al rededor de cada Estación había de surgir un pueblo, por lo que planteó, á la par de las primeras escuelas, las primeras vias de comunicación.

Tan profunda era su fe en que el ferrocarril venía á transformar por completo la campaña, en la que no sólo el gaucho dormía largas siestas, sino otros muchos gérmenes de progreso é industrias, que despertaron al silbato de la locomotora!...

Hoy llega un viajero desde Jujuy hasta Bahía Blanca en menos de cuatro días, viaje en que se empleaba más de cuatro meses. ¿Podría imaginarse el pilón inmenso de azúcar de Tucumán, la montaña de trigo de Santa Fe, la torre de lana de los millones de ovejas en Buenos Aires, trasportados por la antigua carreta tucumana? ....

....

VIII

He ahí la historia de este clavo que no fué un clavo, cuando su administración estuvo confiada á comisiones de ciudadanos tan honorables, como las que presidieron los señores Lavallol, Mariano F. Haedo, Castro, Madero, Huergo, Cambacèrés, Elizalde, asistidos por ingenieros de la competencia de D. Guillermo Bragge, Otto Arnim, Tomás Allam, Augusto Ringuelet, Brian, etc.

Posteriormente, más sabios economistas, considerando, sin duda,

á este ferrocarril como verdadero clavo y cuando otras muchas líneas ya recorrían gran extensión de la campaña, se deshicieron de él como de carga onerosa, á los setenta días de su enagenación la Provincia de Buenos Aires se había quedado sin un kilómetro de vía férrea, y también sin un peso de su venta...

¿Sospecha alguien dónde fueron á parar los cuarenta millones consabidos?

Si algún alma bien intencionada quisiera adoctrinarnos, cumpliendo el precepto tan cristiano de enseñar al que no sabe, mucho se lo agradeceríamos, en punto tan interesante, sobre todo para los contribuyentes..

....

Quédanos en el tintero muchos cuentos del primer día del vapor como los que le sucedieron, y no es el menos curioso cómo vino á nuestro conocimiento que por la locomotora que sólo había costado once mil dollars en fábrica, se cobró al Gobierno *veinte mil*, por la casa de Londres que la envió.

Cierto día que nos mostraba en Nueva York sus libros de fábrica, contestó el Gerente de los Talleres de Braldwing Locomotive á nuestra pregunta de curioso viajero:

—Hoy, podríamos dar por algo menos una locomotora con todos los perfeccionamentos de los últimos adelantos, pues por la primera que exportamos á Buenos Aires nos pagaron once *mil dollars*.

El mismo precio que al Almirante Brown calculaban en 1825, el primer barco á vapor en el Río de la Plata.

Pero esto sería ya extendernos en zona tan vasta como la que abarca la actual red de ferrocarriles, bifurcada por toda la República.

Y he aquí, en resumen, la historia y el significado de este lingote de hierro que sirve de asentador, fragmento del primer riel extendido en tierra argentina...

¡Benditos los tiempos en que, con la sencillez de costumbres de la época, un vecino de la Merced entraba, al pasar, en casa de su convecino el Gobernador, y le invitaba sin ceremonia ni etiqueta á acto tan trascendental, con estas palabras:

—Si el señor Gobernador quiere clavar hoy un pedazo de hierro, empezará la obra más benéfica para el país...................

....

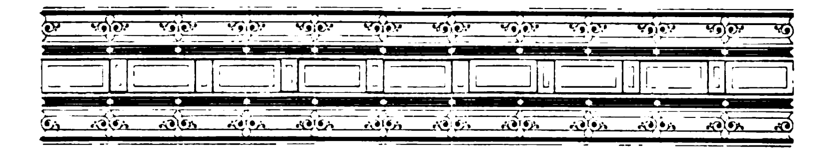
Hombre práctico, poco dado á frases, no pronunció largo discurso al asestar el primer martillazo en la vía férrea que hoy llega á los confines de la República, siendo en esta América la que más extensión mide, ni derramó *champagne* sobre los rieles, á guisa de agua bautismal, imprescindible en ceremonias semejantes.

Tenia un granito de esa fe, que, sembrada desde la cuna, germina en el transcurso de la vida, y sombra y consuelo esparce hasta en los últimos días.

Por esto, al retirarse del Despacho de gobierno, entró aquella tarde en la Capilla de San Roque, arrodillándose sobre la tumba en que reposan los restos de su abuelo, cristiano viejo, benefactor de la Jglesia, y dió gracias por haberle permitido vincular su nombre á una obra de la importancia de aquella, cuyos trabajos inauguraba.

Y encontró su primera satisfacción, en esa muda lágrima del sencillo paisano que como al paso de una cosa santa, se arrodillaba en medio de los campos para reverenciar al ferrocarril que vino á dilatar la tierra y abreviar la distancia.





EL HOMBRE QUE VOLÓ

Tan extraordinario sucedido se anunció á cañonazos.

I

PAPÁ, papá: ¿qué significan aquellas balas en la torre de esta iglesia?

—Ellas conmemoran, querido hijo, uno de los hechos más gloriosos de nuestros antepasados: recuerdo de nuestro primer día de gloria.

—Cuéntame eso, explícamelo, que algo he oido entre los alumnos del 4º grado, cómo unos ingleses que pretendieron tomarse esta ciudad, de la que los sacaron zapateando, diéronse más tarde á inventar empréstitos para embaucarnos mejor, y hacernos luego sus súbditos ó dependientes.

—Con mayor gusto te haré el cuento de *la torre de las balas*, en día que es aniversario glorioso para los hijos de esta tierra, pues ochenta y siete años cumplen hoy, que el pueblo alcanzó en las calles de Buenos Aires, una gran victoria.

Fué hacia su conclusión, que en la tarde del 5 de Julio de 1807, Don José Antonio Leiva, Subteniente de caballería, voló desde esa torre del Convento de Santo Domingo.

—¡Cómo! ¿Voló con caballo y todo?

—No. Sus alas de seda las bordaron rubias hijas de Albión, y desplegadas en la América del Norte, en Malta, en el Indostán, en San Juan de Acre, en el Cabo de Buena Esperanza, es decir, desplegadas sobre toda la tierra, cayeron aquí vencidas, y emprendió el vuelo el pobre húsar, sin duda, más rapido de lo que él deseara. Aunque extraordinario el sucedido, fué en época de *extraordinariedades*, siendo sólo una más de las que hicieron época. En aquellos tiempos, cuando los argentinos volaban en alas del patriotismo, cuando contra este reducido vecindario se estrellaban impotentes uno y otro ejército de línea, cuando había verdadero patriotismo...

¡Ah!... ¡qué tiempos aquellos!

Después... después, cuanto uno más vive, más cosas ve, y, sobre todo, más iniquidades oye.

Con pesadumbre oimos repetir más tarde: ¡Fue un error aquello de la expulsión de los ingleses!

« La revolución de la independencia, otro anacronismo.

« El pueblo era todavía niño, no estaba preparado para gobernarse. Doble error, oponerse á la conquista. Seríamos más felices, sin duda. Sólo habríamos cambiado de idioma. Lutero y Calvino serían hoy los santos de nuestra devoción; aunque á pueblo tan variable, nunca le ha durado mucho su devoción.

« Pero el país hubiera progresado más rápidamente que las colonias de Australia, y sobre todo, en vez de los desvalorizados billetes que enronecen, brillantes esterlinas sonarían en nuestro bolsillo ».

¡Pobres abuelos! Ni valía la pena que anduvieran á capazos

por legarnos una Patria. Indudablemente muy viejos estarían ya los pobrecitos. Pensaban á la antigua, á la buena de Dios que es grande; dormían largas siestas y en ellas entrevieron sin duda algún dulce ensueño de patria que no tenían!

Pero sigamos con el cuento, de cómo, cuándo y dónde voló sin previo anuncio, este improvisado aeronauta, nada entendido en achaques de aerostación.

II

La verdad era, que después de muchas horas de nutrido fuego incesante, desde el romper del alba, los petos colorados invadían, avanzaban y desparramábanse por todas partes, como innumerables hormigas del mismo color.

Al norte, en el reducto de la plaza de Toros, el Capitán de navío Gutiérrez de la Concha, había sido ya rendido con todos sus cañones.

Apenas el Capitán de Gallegos, Don Jacobo Adrián Varela, salvó de esa chamusquina á sesenta de sus bravos, con quienes supo abrirse paso, atravesando la ciudad, en traje grotesco para ir á reforzar á los asaltantes de Santo Domingo y desalojar de allí á los invasores. Al Oeste, posesionados de las alturas de la Piedad, los ingleses avanzaron hasta San Miguel.

Al Sur, desde San Telmo hasta Santo Domingo, muertos y heridos coloreaban los mismos á lo largo de esa calle.

Al pie de esta torre, se concentró el último episodio de la defensa, y la roja bandera inglesa flameaba en sus alturas, como mancha de sangre sobre el fondo de un nublado cielo opaco.

Aunque el triunfo definitivo parecía inminente para los invasores, ni una palabra de desánimo se pronunció.

Si las milicias se hallaban quebrantadas, el pueblo no estaba desalentado. Nadie habló de rendición.

Muertos Lasala, Balbín de Unquera, etc., prisioneros Romarate, Michelena y demás oficiales de marina; derrotado Elío, vagando desconcertado Liniers, conmovida la línea y el pequeño círculo defensivo, el pueblo irguióse sobre sí, y á su postrer esfuerzo supremo, se pronunció la victoria.

El primer obstáculo en que escollaron los veteranos de Albión, fué el cuerpo de *Patricios*. Desde las ventanas de Temporalidades, de las bóvedas y calabozos de Oruro, hábilmente dirigidos sus fuegos por el Comandante Saavedra, Viamonte, Díaz Vélez y otros inexpertos, pero entusiastas oficiales, rechazaron á los soldados de Cadogan y Pack. Huyendo éstos desde la *Ranchería*, subieron á fortificarse en la casa de la Virreina Vieja, por cuyos caños llegó á correr sangre...

Mientras que Rodríguez y Pueyrredón dirigían soldados en guerrillas por diversos extremos, las vecinas de la calle Cuyo, desde sus azoteas, achicharraban con agua hirviendo á los fugitivos que pasaban á su alcance, arrojándoles bombas de mano.

Los *compadritos* del *alto*, por un lado, y los abastecedores y carretilleros por las afueras, daban cuenta de dispersos y extraviados, á la vez que Dragones y Blandengues, Húsares y Arribeños y los tercios de Cántabros, Vizcainos, Gallegos y Catalanes, Andaluces, Montañeses y Migueletes.

Si entre los venidos expresamente á la defensa se distinguieron siendo oficiales subalternos, caudillos después de tanta fama, cual Güemes, Bustos y López, entre los españoles, el Coronel Velazco, recién llegado del Paraguay, el Capitán de Galicia Don Bernardo Pampillo, el de montañeses Don Miguel Fernández Agüero, no fueron los únicos que animaban con su ejemplo en la lucha, como Aguirre, Ibáñez, Garallo, Balbastro, Correa y Castex, que merecieron ascenso. Alzaga, el alma de la resistencia en la noche triste, acompañado por Azcuénaga, Villanueva, Capdevila y otros acaudalados vecinos, retemplando el valor que nunca desfalleció, robustecían la defensa, abriendo trincheras en las ocho calles que desembocan en la plaza principal; acantonando las tropas bisoñas en las más convenientes alturas, y convirtiendo cada casa en un castillo,

por cuyos fuegos llamó el jefe invasor, «estrechas sendas de la muerte», las calles en que desfilaron atropelladamente sus soldados aterrados.

III

Hombres y mujeres, niños y ancianos, naturales y extrangeros, y hasta los muchachos tirando piedras y extraviando á los asaltantes con falsas señas, coadyuvaron con eficacia que la victoria, indecisa á las doce, se decidió á las tres de la tarde.

El General Withelocke, pidiendo una tregua que se le negó, vacilaba en aceptar la rendición exigida, pues aún oíanse las descargas de sus soldados, desde las torres de Santo Domingo, dominando sus alrededores.

Fué entonces que se concentraron todos los fuegos sobre este punto.

Los Capitanes Rivera y Ramos y Don José Fornaguera, dirigieron los cañones del bastión sud en el Fuerte, para echar abajo la torre, al tiempo que en la huerta de Telechea batía una pieza de á cuatro, su frente, y otra pequeña, desde la calle Belgrano, su costado oeste.

Los montañeses del Coronel Don Pedro Andrés García, desparramados en los más altos tejados, alrededor del Convento, cazaban á cuantos asomaban sobre las bóvedas.

En un momento, los fuegos cruzados de artillería, bordaron la base de la torre con más de sesenta balas de diverso calibre.

De tal modo llegó á ser conmovida, que por tres veces vaciló, apresurándose el invasor á levantar en ella, bandera de parlamento.

....

— Quedo enterado del hecho glorioso que se conmemora en este día. ¿Pero en tan largo paréntesis, el hombre del cuento habrá vo-

ledo?—interrumpió el niño al padre, que así le hablaba el otro dia desde el pretil de Santo Domingo.

—Todavía no, aunque volando en su *matungo* venía en tal hora como ésta, por la calle hoy de la *Defensa*, sin duda á entrar á galope al Convento — desde que Don Ladislao Martínez, también Teniente de húsares, á quien, por sus pocos años y mucho valor, llamó después el Jefe inglés *petit Bonaparte,* le anunciara que la columna de Craufurd acababa de rendirse allí.

—« El traidor Pack venía en ella, según los prisioneros, y si no se lo ha llevado el diablo, á la cincha me lo llevo »—dijo Leiva, y salió á escape, rayando su rosillo sobre el umbral de la portería.

Entró atropellando á todos, como buen conocedor de rincones y escondrijos de los claustros, « no en balde sobrino era de su tio, el Prior del mismo nombre ».

—¿Dónde está el traidor?—penetró gritando, en momentos que salía el fraile Grela, hombruno de vozarrón de trueno—con buenas palabras y malos modos, empujando afuera entre cariñoso y mal humorado, las turbas y soldados que en un momento invadieran huertas y capillas.

El joven Leiva llegó hasta la celda de su tío, y abrazando con entusiasmo al Prior preguntó :

—¿Dónde está el traidor? Entre sonriente y sorprendido, contestó éste, tratando de tranquilizarle :

—¡Vaya, hijo, aquí no hay ningún traidor!

Y como insistiera en la rebusca, alzando la colcha, hurgoneando los rincones — dirigiéndole á la puerta, le dijo :

— Mira; ya que has salido con bien de ésta, anda, tráeme la sábana de esta cama que los ingleses pusieron en señal de parlamento sobre la Torre; quita de allí las banderas inglesas que sacaron de donde estaban, y al volverlas á su lugar, da gracias á la Virgen del Rosario, que por segunda vez nos dispensa la victoria.

—A eso voy, con la bendición de Dios y de su paternidad. Pero si en el camino tropiezo con el inglesito Pack, de que es rubio lo voy á hacer olvidar; pues, por dos veces, nos ha traicionado. A la

cincha me lo llevo, que promesa de esto hice, no á la Virgen del Rosario, sino á su muy devoto nuestro General Liniers.

Y entre frailes y soldados, atropellando la multitud que entraba y salía, subió de á dos y tres los tramos de la escalera.

En sus vueltas y descansos encontró, como en todos los rincones, muertos, heridos ó expirantes, salpicados de sangre umbrales y paredes, y escapándose ayes y quejidos por rendijas de puertas y ventanas. Signos imborrables de lucha, que cual ráfaga de sangre acababa de pasar, dejaban estampadas huellas por todas partes.

En el escaño que se hallaba al pie de la columna, que bajo rejillas y cristales guarda la lámina de plata, en memoria del General D. Antonio Balcarce, se descubren todavía manchas de sangre. De este nicho han sido robadas por mano sacrílega las medallas de oro y plata de tan distinguido militar. Sobre él cuelga abatida la bandera inglesa que presentó á Liniers, restaurada por las hábiles manos de las piadosas señoras de Dosal y Urivelarrea.

Se ven desde la entrada hasta el altar mayor agujeros de las balas de fusilería, que hasta dentro del templo se hicieron descargas. En el marco de la portería del Convento hay incrustada una bala. Santo Domingo muestra el agujero de otra sobre el corazón, en el gran cuadro de todos los santos de la Orden, actualmente en la sacristía. A Santa Rosa de Lima implorando misericordia por los hijos de la América, tapó la boca otra bala de onza, ó, más propiamente, se la abrió en mayor *buraco.*

IV

Desde las primeras horas de la mañana, asaltado el Convento por la columna de Craufurd, la principal preocupación del Teniente Coronel Pack, á ella agregado, fué recuperar las banderas

del Regimiento número setenta y uno, colgadas, desde el año anterior, de las pechinas en el cimborrio de su media naranja.

Trepando por el altar mayor hasta la ancha cornisa, un granadero, sin duda embriagado, más que por el entusiasmo de la lucha, por el *gin* que á ella le animara, sin lograr sacar las banderas del sitio donde estaban, cayó, rompiéndose la crisma sobre el respaldo del macizo escaño, cerca del púlpito.

Luego, otro marinero de más fuerte cabeza contra vértigos y mareos, consiguió desencajar dos, desplegándolas en la torre.

Si dos meses no alcanzaron á flamear sobre nuestro suelo, el año anterior, seis horas no se mantuvieron en alto en la segunda invasión. Fué el mismo guardabanderas encargado por Craufurd de poner otra blanca, pidiendo parlamento. Por esto, entrando á la celda del guardián, sobre cuya mesa anotaba su Jefe el croquis de la ciudad, tomó la sábana á mano, improvisando con ella bandera de caridad..

....

A la torre y bajo el arco de las campanas, llegó Leiva con intención de enarbolar la española, donde la inglesa había sido abatida, cuando forcejeando por arrancar ésta, y en su mano ya una y otra, un resbalón le hizo desmoronar la ancha cornisa, húmeda con la lluvia y requebrada por los cañonazos. Fué entonces que debido á un mal traspies, emprendió el Subteniente Leiva el vuelo...

—¿Para los cielos?

—¡No!

—¿Para la eternidad?

—Tampoco. Para el mundo de los sordos, que como tapia quedó para toda la siega, de tan *morrocotudo* porrazo.

Y he aquí dónde, cómo y cuándo *el hombre voló*, y por suerte tuvo, no romperse el alma, ni siquiera una pierna.

Tan extraordinario sucedido, que á milagro atribuyeron no sólo beatas de sacristía, queda sencilla y naturalmente explicado.

Cruzándose bajo el pecho del que caía los palos de las banderas, flotando al viento, sirvieron éstas de verdaderas alas á su espalda,

amortiguando el rápido descenso sobre el pretil de tierra, en que numerosas pisadas durante la lluvia habían convertido en verdadero matete, como blando colchón.

Jocosa coincidencia fué, sin duda, que al divisar el Almirante Murray, su pabellón desplegado en todas las torres, y cesado el fuego, creyó definitivo el triunfo, saludándole con salva real desde balizas.

Cuando el último cañonazo retumbaba, caía la bandera inglesa para no levantarse victoriosa más en esta tierra.

Momentos después, envuelto en la misma ancha sábana (ya no blanca, sino enrojecida por la sangre), que había servido de bandera salvadora á los ingleses, casi en mortaja convertida, era conducido Leiva á la celda del Prior.

Echando sangre por oidos, boca y narices, fué depositado sobre el propio lecho de su tío, y aunque todos le dieran por muerto, vivo, muy vivo y caminando por sus dos pies, se presentó todavía medio siglo más tarde, el 25 de Mayo de 1859, á recibir el premio, aunque algo tardío, que la Municipalidad de este vecindario le acordara por su valor y heroismo.

Cuando el herido aún no había vuelto en sí, y en medio de los afanes del afligido Provincial, ayudado de legos y sacristanes, cortando vendas y sábanas para fajar compresas de árnica, cual pálido fantasma de la muerte, surgió entre las sombras del rincón, un alto inglés, azorado y sin uniforme, preguntando con voz emocionada en mal castellano:

—*¿Este ser oficial que queria cincharme?*

—Este es mi sobrino — contestó el Prior — quien, al sacar las banderas que ustedes habían olvidado en la torre, se vino abajo.

—¡Oh! regular salto, treinta yardas!—calculó el excéntrico inglés, que no era otro que el mismo Pack, quien desde aquel momento, se constituyó en su más asiduo enfermero, hasta que tuvo de nuevo que ser escondido en el camarín de la Virgen, pues que sus vencedores le buscaban como á pleito.

V

Pero, como al fin el pleito ese lo ganó el pueblo, y era el de que no quería cambiar de amo, aleccionado desde entonces cómo se defienden sus derechos, dió luego al traste con el amo viejo.

Incierto fué que se pusiera á talla la cabeza de Pack, según *compadritos* de pulpería lo *valaqueaban*.

Hasta los Generales ingleses hicieron elogios de los negros y paisanos, que, improvisando angarillas con los ponchos sobre sus fusiles cruzados, trasportaban en brazos, con igual cariño que á sus compañeros, á todos los heridos, desplegando tanto fervor en actos de caridad, como entusiasmo en la lucha de momentos antes.

Por esto, el comandante Pack envió desde Londres un precioso reloj, que obsequiaba á los padres Betlemitas, en nombre del Regimiento número 71, agradecido al esmero con que habían cuidado sus heridos; y el coronel Kington, personalmente atendido por Liniers, pidió fuera sepultado su cuerpo en el patio del cuartel de Patricios, para dormir el sueño eterno bajo la salvaguardia de los valientes que le habían vencido.

Entre los saltos y asaltos de tan memorable jornada, digno de recuerdo es también el que se vió obligado á dar el honrado vecino de ese barrio, señor Nevares. Menos alto que el fusil, que por vez primera empuñara, le salvó éste de un rompe-crisma. Olvidado como centinela avanzado sobre una de las azoteas de la acera, frente á la vereda ancha, se tiró á la calle, incorporándose á los que se replegaban después de haber cumplido debidamente su consigna de observación.

....

Entonces, todos éramos unos, y unidos se alzaron como un solo hombre, arribeños y paraguayos; de la otra banda, nativos y con-

naturalizados, blancos, pardos y morenos y aún los indígenas, y hasta las piedras de las pocas calles que las tenían se levantaron para arrojarse sobre el extrangero.

Si entre los cabildantes de aquel año, acompañando á Don Martín de Alzaga y á Don Esteban Villanueva, se distinguieron por su actividad y generosidad, Pirán, Basualdo, Monasterio, Ituarte, Mansilla, entre otros vecinos, oficiales improvisados, obtuvieron mención, en el parte por su heróico comportamiento—Castro, Rivas, Urien, del Sar, Diego Saavedra, Tobal, Irigoyen, Caviedes, etc.

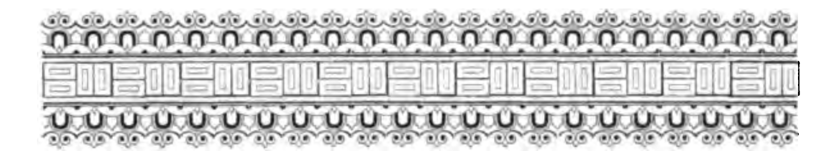
Fué resultado del triunfo, no sólo el reembarco del gran ejército que traía ya los cuños de la medalla destinada á repartirse al día siguiente de obtenida la reconquista, sino también el desalojo de la plaza fuerte de Montevideo, y su alejamiento del Río de la Plata para siempre jamás...

Pero, sobre aquel triunfo de las armas, se obtuvo otro de mayor valía.

Con las acciones heróicas de la defensa de esta ciudad, aparecieron de relieve las más altas virtudes de su vecindario.

La abnegación, el patriotismo, el heroismo, el sacrificio, la generosidad, sentimientos todos que inflaman los más nobles corazones, entretegieron con el laurel de la victoria, la hermosa corona al pueblo que en aquellas jornadas memorables abriera los cimientos de una nueva y gloriosa nación!





UN CUENTO QUE NO SE PUEDE CONTAR

I

Efectivamente, este es un cuento que no se debe contar; pero, como al fin sucedió, y á la vez que demuestra la grandeza de alma de nuestro gran Capitán, lecciones para los que de achaques de vanidad adolecen, *veredemos* como salir del paso, al llegar al mal paso.

Aunque velando con ligero antifaz la crudeza de soldadesca expresión de campamento, como ella entraña su moraleja, trataremos de que al menos malicioso se trasparente, lo que no quisiéramos pronunciar.

Epoca hubo en que corría, como moneda corriente, y fué entre ciertas gentes creencia vulgarizada, que Don José de San Martín, no obstante la *de* y el *don* de su padre, procedía de muy modesto linaje, al menos por la línea materna.

Tanta negra tinta gastara el caudillo chileno, Carreras, en echar

borrones sobre su fama, tanto habíale *mulateado*, Marcó del Pont, al recalcar que él firmaba con blanca mano, que, no obstante ser San Martín más claro que muchos de los Generales de Bolívar, algo así, como ligero tizne, quedó en su tradición......................

Bastante bronceado, de rostro anguloso, indio misionero le llamaron los godos, y *tape* de Yapeyú, el Mariscal de las veinte batallas, Brayer, que él destituyó la mañana de Maipu, al recordarle que mostraba menos honor que el último trompeta del ejército.....

Aunque no tan moreno como Santa Cruz, Gamarra y Castilla, de *tape* ó indio le apodaban sus enemigos, rumor al que pudo contribuir la anécdota siguiente...

Y ésta sólo pudo ser repetida por él mismo, pues que en el interés del otro protagonista de la escena, estaba silenciarla..............

II

Cierta hermosa tarde primaveral, hallábase el General San Martín en su célebre quinta de Brunois, en círculo íntimo, que es como mejor y más á sus anchas se encontraba, recordando la Patria ausente, con los últimos de ella llegados.

En su pequeña sala de trabajo, y en la pared, sobre la mesa en que acostumbraba limpiar por sí mismo sus chismes de guerra, como llamaba á las pistolas y demás armas que en ella le acompañaron, veíase al través del cristal suspendido del muro, un antiquísimo estandarte rojo y amarillo, casi descolorido.

Sobre la puerta que abría al salón, colgado su corvo sable de los Andes, y en la cerradura de ésta, se leía en minúscula inscripción:

«Louis XVI me fecit».

Comprobada estaba la autenticidad de aquella obra, del único cerrajero que usó corona, obsequió á uno de los anteriores propieta-

rios de la Quinta, como la del bordado del estandarte, obra de otras reales manos.

Juana la Loca, á quien no le aquejó otra demencia, que la de estar loca por su marido, no en balde se llamara Felipe el Hermoso, achaque pasado de moda, según parece, regaló á su hijo aquella labor que distrajera sus horas de melancolía.

Carlos V, la obsequió á Pizarro, llevándola éste, como estandarte de conquista al Perú.

Trescientos años había flameado sobre la tierra de los Incas, hasta que un humilde misionero llegara á la ciudad de los Reyes, para declarar á los mismos, destronados de todo dominio en la América. Los hijos de esa rica región, que vale un Perú, no encontraron presa de más valía, y desprendiéndola del solio de los Virreyes, la ofrecieron al fundador de su independencia.

Digno era el libertador de cinco Repúblicas, que Reinas con delicados bordados de sus manos decoraran su habitación, y Reyes como el prisionero del Temple, forjasen cerraduras para guardar los trofeos de su campaña continental...............................
....

III

Indignado se mostraba el General San Martín, al oir referir á un viajero boliviano, la novedad del dia, en estos términos:

—¿Sabe usted, mi General, que, invitado á la revista el Mariscal Santa Cruz, ha tenido el honor de galopar durante toda la jornada al estribo del carruaje de Su Majestad?

—¿Y de ese papel de palafrenero se muestra usted orgulloso, señor boliviano?

«No creia que el Mariscal Santa Cruz, que siempre se ha estimado en mucho, por galopar á la trasera de un Luis Felipe, olvidara sus sentimientos republicanos. El mismo tiene más méritos

propios, para jactarse cortesano de un hombre que nada ha hecho por su pueblo...

La vanidad viene perdiendo al mundo, desde nuestra madre Eva, y no sólo á las mujeres trastorna, hasta llenarlas de humo y hacerlas perder la cabeza. Pero un hombre que ha ido á sacrificarse y luchar por la República, es increible se convierta en palaciego de un soberano de cartón, por asistir á espectáculos teatrales, entre relumbrones que apenas deslumbran á los miopes.

Y en tal sentido siguió filosofando largamente el viejo veterano, acabando por referir esta anécdota:

«Muy ambicioso me han creído mis enemigos, y más de uno escribió, que al llegar con el ejército libertador hasta el Perú, llevado iba únicamente por la idea de reunir bajo de un cetro, media América, para coronarme sobre ella.

«¡Cuántas veces la calumnia monárquica me dejó intranquilo...!

«Hasta en la histórica entrevista de Guayaquil, Bolivar desconfiaba de semejantes rumores. Por eso dije al dejar la América: «Cansado estoy de oir que pretendo una corona».

«Y en verdad, que mis enemigos, que sólo fueron los que lo eran de la América, me respetaron más, entre émulos que ya no existen. El que no me calumniara de ladrón ó borracho, propaló que mi ambición única, fué la de imponer mi voluntad sobre todos. Unos me tildaron de sanguinario ó conculcador, y otros como traidor á la causa Americana, á cuya independencia consagré lo mejor de mi vida».

«Pobre llegué á este ostracismo, y ustedes saben que á las larguezas de un español, mi amigo, antes y después de haber yo luchado contra su Rey, debo el bienestar de mis últimos años».

«Pues oigan ustedes: Poco después de la muerte del banquero Aguado, y al saberse era yo albacea testamentario y administrador de su cuantiosa fortuna, se me presentó un andaluz muy listo, cargado de papelotes y pergaminos, empeñado de enterarme en la noble genealogía de mis antepasados...»

IV

«Siempre me he encontrado muy bien con ser hijo de Don Juan San Martín y de Doña Francisca Matorras, honrados vecinos de Misiones, en la época de mi nacimiento en Yapeyú. No dejó de sorprenderme este flamante nobiliario, por inesperado Rey de Armas, autor de entrocamientos, é inventor de noblezas y ejecutorias, ante quien no las apetecía».

«Me llamaba la atención que recién se hubiera acordado de exhumar rancias genealogías, cuando llegó la noticia á España, de que el encargado de la fortuna de Aguado, era un San Martín.

« Largo habló el papeluchista, y mareado me llevaba su letanía sin fin de nombres, fechas y fechos, cuando, antes de llegar á mi cuarto abuelo, según el árbol genealógico que sobre mi mesa desdoblara, le atajé el resuello, diciéndole:

—No, señor Cronista, yo no soy ese.

—Pero, ¿cómo? ¿Usted no es el señor Don José de San Martín, General Argentino, Brigadier en Chile, Protector del Perú y.....?

....

—Así dicen... He andado un poco por aquellas tierras; pero mi padre se llamaba Juan á secas...

—Aquí encontrará, señor, la comprobación y ascendientes de los señores de San Martín. Uno de sus abuelos fué Conde, otro Marqués... y su tatarabuelo...

—Y su tartamudeo lo continuará usted en otra parte, porque yo no soy tal noble...

—Pero aquí está justificado y documentado que es descendiente de la Condesa de...

« Y harto fastidiado con el papeluchista, mirando para todas partes, observando si no había persona que nos oyera, y alzando los

ojos al cielo, al pedir interiormente perdón á mi honrada madre, por la figura á que las circunstancias me obligaban, grité airado, zamarreando el brazo de ese falsificador de noblezas: «Mire, señor pollino, yo no soy ese tal Conde de San Martín, porque yo soy hijo de una gran... recluta, que hacía la guardia con mi padre en Misiones».

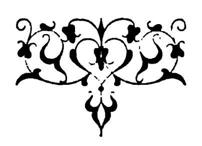
«Con lo que el inventor de mi nobiliario, recogiendo papeles y arrollando azorado el árbol genealógico muy lindamente pintado, salió todo corrido como rata por tirante, sin una pluma, del que él creyó desplumar, al día siguiente de suponer muy rico y muy vanidoso al indio misionero...

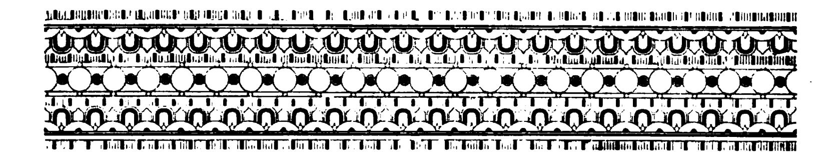
«Y refiero esto á ustedes, mis amigos, porque, conociendo mis pocos humos de vanidad y habiendo rehusado ser presentado á tres Reyes, comprenderán mi disgusto oyendo la debilidad de Santa Cruz.

«Al fin, mal ó bien, el Mariscal contribuyó con su brazo á derrumbar un trono...

A cuyas reflexiones agregó un republicano francés, despidiéndose de aquella reunión familiar que tanto entretenía á San Martín entre sus paisanos, en sus últimos días:

« En verdad, que más merece el heroico Libertador de un mundo, que reales manos decoren su mansión de retiro, que honrarse un General republicano, por galopar al estribo de la carroza de un Rey como Luis Felipe »...





EL BIENVENIDO

I

Corre como tradición en el pueblo de Chile, que su Catedral no se concluirá nunca.

No sólo es allí donde las Catedrales no acaban.

Obras éstas, más ó menos monumentales, ninguna ha sido concluida por quien la empezó.

Ni aun la primera edificada en Venecia, hace más de mil años está terminada.

Hemos tenido ocasión de recorrer casi todas las Catedrales del orbe cristiano, y desde la de San Pedro en Roma, hasta la de San Ponciano en La Plata, á cada una falta algo, cuando no todo, como en esta última, que de tal, sólo tiene cimientos, quince años abiertos ha, y aún no cerrados................................
....

No en balde sobre el frontis de algunas se lee: *Domus Dei et porta Cœli.*

Mas no será la Catedral de Chile la que no acabe nunca, sino la piedad, la caridad y todo sentimiento generoso de los que bajo sus bóvedas se congregan.

....

Misión de paz trae el bienvenido...

Nadie le ha extendido sus credenciales...

Los mejores misioneros son aquellos que, por espontánea inspiración, encarnan en un momento dado el sentimiento del pueblo, y como ungidos del Señor, aciertan á salvar el escollo, donde surge más erizado.

La púrpura de su manto diafanada entre celajes plateados que nevadas cumbres aclaran al flotar sobre los Andes, sonrosó el horizonte semejando iris de paz, tras nubarrones que se alejan.

Por todas partes resuena como inmenso hosanna, bajando de las alturas, al que responde el *sursum corda* de las multitudes apiñadas á su paso.

....

A una bella inspiración del Arzobispo Argentino, ha contestado con generoso movimiento el Arzobispo Chileno.

Acaba de anunciar un diplomático en aquella república: «Ya no hay Andes. Las altas cordilleras han desaparecido».

Así lo trasmite el telégrafo. Pero no hay que asustarse. No es la causa un nuevo terremoto en Mendoza...

Es el sentimiento religioso que aplana las montañas. La religión no tiene patria. O más propiamente, tiene por patria el mundo.

Estábamos al habla por el telégrafo. Luego al oido, por el teléfono.

Quedamos ya á la mano, porque ésta se alarga hasta muy lejos, cuando el corazón se espande...

Prueba al canto...

II

Sobrevenido el caso de que un diplomático argentino desea solemnizar las bodas de su primogénita, en menos tiempo que pasar por el cura de la parroquia — envía, sin salir de su sala, un recadito al Arzobispo de ultra cordillera, y el buen pastor llega á bendecir unión, que simbólica pudiera ser de la de ambas Repúblicas...

Con igual presentimiento, acaba de brindar en la cumbre un bien intencionado, despidiendo á su pastor, al dar el primer paso en nuestra tierra: «Por Chile y la Argentina; por que el fraternal abrazo de ambos Arzobispos sea á la vez el abrazo de unión entre los pueblos que espiritualmente gobiernan».

....

Cuando un Sacerdote es, en ésta, elevado á Obispo no ocurre á los de su diócesis para que vengan á ungirle en nombre del Señor, sino al de la vecindad inmediata.

No es el señor Casanova el primer prelado chileno que asiste á consagrar sacerdotes argentinos.

Al dar la bienvenida al que llega tramontando cordilleras y cruzando pampas extensas, pero no más que su caridad, con grato recuerdo vienen á los puntos de nuestra pluma, puntos de contacto y coincidencias análogas ....

....

El Doctor Castellanos, á quien correspondería el número veinte de los Obispos de esta diócesis, y tercer Arzobispo de la arquidiócesis, no es el primer argentino que recibe las órdenes de manos de chileno.

Impuso también al Doctor Escalada, Don José Santiago Rodríguez y Zorrilla, Obispo de aquella República, tonsura clerical y

las órdenes menores el 13 de Abril de 1821, siendo ordenado por el mismo de subdiácono, en el propio año.....................

....

El 2 de Enero de 1824, llamaban la atención tres sacerdotes abstraidos por igual fervor, al pie del altar de San Pedro, en esta Catedral, orando al lado del Arzobispo Muzi.

El porte majestuoso del hermoso romano descollaba entre el argentino y el chileno que acompañaban al prelado en la mística plegaria.

¿Qué pedirían en sus oraciones aquellas almas piadosas?

Con el andar del tiempo el uno, señor Cienfuegos, arribando á su tierra querida, llegó á ser Obispo de Chile. El otro, Doctor Escalada, quedó en casa, y con las llaves de la casa, como Arzobispo de la arquidiócesis argentina.

El joven italiano, Don Juan María Mastai pidió, sin duda, las auténticas llaves de San Pedro, y como á romano, el primer Pontífice le prestó su silla, tocándole las del cielo, bajo el nombre de Pio IX...

El Obispo Cienfuegos no fué el único que ha dejado grato recuerdo de su paso. Diez años atrás, el sabio padre Henriquez, introductor de la imprenta en Chile, siguió al pie de este mismo altar, la plegaria que, por la felicidad de ambos pueblos, empezaran en la Catedral de Santiago..............................

....

III

Muchos años habían transcurrido, cuando monseñor Eizaguirre recorría la América, reuniendo jóvenes que sintieran vocación por el sacerdocio.

Tras ímprobos trabajos y sufrimientos sin fin, llevando de su

mano un chileno y un argentino, fué á postrarse á los pies del Sumo Pontífice, que había llegado á rogar en la tierra de ambos, por la fraternidad de los hijos de América, presentando estos huérfanos de educación eclesiástica, y pidiendo protección para el Colegio latino que él fundara en Roma con su propio peculio....

....

Y allí, bajo el claustro sagrado, siguieron en noble lucha en los campos de la ciencia, chilenos y argentinos, descendientes de la generación que años atrás, juntos habían luchado por el glorioso fin que se propusieron..

....

Raro es en la consagración de los veinte Obispos de esta diócesis, aquella en que faltó algún sacerdote chileno, como á la de otros tantos de allá, unióse siempre la plegaria y la presencia de argentinos...

Pero larga por demás sería la crónica de los puntos de contacto que entre religiosos, militares y literatos, aproximaron á los hijos de uno y otro lado de la cordillera.

....

El Ilustrísimo Arzobispo Casanova, sale de aquel templo, bajo cuyas bóvedas con igual fervor se alzaran en la víspera de Maipu y en más de una solemnidad, rogativas de chilenos y argentinos.

No bien pierde de vista la cruz de su Catedral, cuando al divisar el valle de Maipu, descubre las cruces y campo santo, donde juntos siguen en sueño eterno, argentinos y chilenos que allí cayeron, confundiendo su aliento, su sangre y su bandera........

Sube la cuesta de Chacabuco, y pasa desfiladeros históricos, donde unos y otros grabaron páginas de gloria. Tramonta la cumbre y bendice desde aquella mayor altura de la tierra, los campos y los pueblos, continuando por el camino que huestes chilenas y argentinas pasaron tras un mismo ideal...

Verdadero misionero de paz, bendiga también las armas del trabajo, á cuyo esfuerzo ha visto cargada de mieses dilatadas

praderas, no más regadas con sangre, que campo fratricida queda estéril.

....

IV

El decano de los Obispos de América, la más alta dignidad de la iglesia chilena, con la que un mismo credo nos une y una misma fe nos salva, entra bajo palmas y flores á nuestra santa Catedral, que ornarau banderas rendidas por común esfuerzo.

Y para no agregar más que una otra coincidencia, hasta la crónica de estos dos grandiosos monumentos, en una y otra plaza recuerda que por los mismos siglos se veneran, el mismo número de generaciones ha cobijado la Catedral de donde sale, y ésta á la que llega.

....

Contemporáneas de una misma década, idénticas es su historia.

Concluye Don Juan de Garay de colocar la piedra fundamental de esta ciudad (1535), y adelantando algunos pasos, clava la primera cruz, símbolo de fe, en el solar destinado para iglesia mayor, matriz, Catedral y arquidiócesis hoy.

En el mismo ángulo norte del costado oeste, hállase la iglesia más antigua de Santiago, tres veces reedificada. Don Pedro de Valdivia puso su primera piedra, y *doce mil* pesos se invirtieron en los doce años de su construcción.

Catorce años empleáronse en la segunda, que Don García Hurtado de Mendoza comenzó en 1561, y que arruinara el terremoto de 1647.

Un antiguo Gobernador de Buenos Aires, Ortiz de Rozas, tío

abuelo del tirano que asoló esta tierra, quien tantas poblaciones levantara en aquella, que hasta el título de *Conde de poblaciones* mereció, fué el que empezara la Catedral actual.

Por sus soldados y sus sacerdotes, por sus poetas y periodistas y hasta por sus monumentos religiosos, en que artífices de uno y otro lado han trabajado, como en ambas Catedrales tres veces caidas y otras tantas levantadas, por la fe que perfora montañas, ligados se hallan los dos pueblos que, desde la más alta cumbre, viene bendiciendo el *Arzobispo de la Concordia*.

Hasta el bronce sagrado que congrega á los fieles, la campana de la Catedral de Chile, como la de nuestra Metropolitana, fundidas fueron con los cañones que chilenos y argentinos arrebataron á sus dominadores.

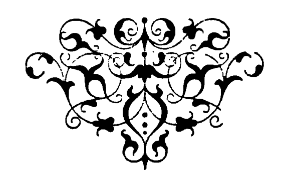
Como rasgos olvidados, entre los que se han publicado, debemos agregar, á los del sabio Doctor Casanova, que hoy honra al pueblo argentino con su visita, que entre sus muchas buenas obras, no fué la más efímera la sociedad de señoras que fundó para combatir el lujo, y que sostiene hoy diversos talleres para niñas pobres. Creó el Seminario en Valparaiso, y un asilo para educar sirvientas. Elocuente orador sagrado, panejirista de O'Higgins, más de trescientos de sus sermones corren impresos, pues tanto ha enseñado desde el púlpito con la unción de su palabra persuasiva, como su vivo ejemplo, en cuantos puestos desempeñara.

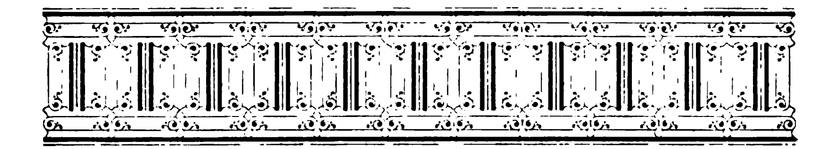
Cura de campaña, Obispo de Valparaiso, Arzobispo de Chile, desde las más humildes hasta las más altas dignidades, en todas partes dejó huella luminosa de sus pasos........................

....

La fachada de la Catedral de que viene este ilustrado Arzobispo, fué trazada en 1780 por el célebre arquitecto Toesca. Se ha continuado después la obra con largas interrupciones, por lo que allá como acá, quedó la comparación de: « Tan larga como la obra de la Catedral ». Y aquí es donde agrega el cronista: Referencias entre el pueblo repetidas, han hecho correr muy autorizada la conseja, de que nuestra Catedral no puede ser concluida jamás.

Al dar la bienvenida al Bienvenido, pensamos, que lo que no puede ser concluido ni acabar jamás, es la caridad cristiana, ese vínculo invisible pero inquebrantable, que abraza como en una sola familia, la humanidad entera y la une y estrecha por el amor — destello de Dios mismo.





¡QUE ESCAPADA!

I

El reo estaba en capilla, si ilusión de tal pudiera formar la sudada jerga extendida al pie de un ombú, que poco le había resguardado del sol, frente al centinela de vista.

Triste y silencioso, resignado, pero no abatido seguia, cuando, observando al lancero que lo custodiaba, vió correr una lágrima por su rugosa faz bronceada.

—¿Porqué estás triste?—le preguntó.

Y sin más preámbulo agregó el *tape:*

—Han fusilado á su hermano, señor, y á Usía le van á pegar cuatro tiros...

—Poca cosa, hijo; no te aflijas por mí, ya me han tirado tantos...

—Sí mi *Comendante;* pero de ésta no escapa. Se acaba de orde-

nar en la lista, que, después del toque de diana, debemos formarle el cuadro...

....

El destacamento hallábase acampado cerca del Arroyo de la Leche, á inmediaciones de la actual Villa Colón (Entre-Ríos).

Adelante, la vanguardia. A retaguardia, el Cuartel General. En la gran guardia, bajo el ombú, el prisionero incomunicado. Grupos diversos de soldados al rededor de los fogones por todas partes humeando, y entre el verdescuro de la selva de *espinillos* y *ceibales*, blanqueando algunas carpas de oficiales.

Unos *milicos churrasqueaban*, otros tocaban la guitarra, y las banderolas coloradas de la caballería, en altas lanzas flameando á lo largo hasta la vecina ribera del Uruguay.

Majestuoso y sereno descendía éste, ya algo obscurecido por las primeras sombras de la oración, cerca de la costa argentina, mientras que allá á lo lejos, en la otra banda, la luna llena y hermosa, saliendo tras los verdes sauzales, empezaba á platear la mansa corriente.

Algo alentado al encontrar una gota de afecto humano entre tantos duros corazones, sin perder el sentenciado su sangre fría, dijo al centinela:

—Mira, tengo necesidad de una *necesidad*...

Con la venia del Sargento de guardia, le acompañó algunos pasos hacia la entrada del montecillo inmediato, sin haber advertido que bien cerca pastaba un *parejero* atado.

Al tiempo que le decía á su antiguo soldado: —*Date vuelta, che!* ni para esto se puede estar sin testigo, rápido arrancó la estaca y saltando sobre el caballo, con la agilidad del gaucho más hábil, se lanzó á escape...

Al ruido del tropel, el centinela, dando media vuelta, gritó: ¡Cabo de guardia, el preso se escapa!...

II

Cuando los soldados desprevenidos se incorporaban, dirigiéndose, unos á sus caballos, tomando sus lanzas ó tercerolas otros, el fugitivo iba ya á la distancia.

Perseguido luego por cuantos encontraron caballo á mano en que saltar, cerráronle un círculo que iban estrechando hacia el rio.

Llegado á la barranca, poco elevada en aquel punto, llamado desde entonces el «Salto de Hornos», echó éste el poncho á la cara de su *malacara*.

Al faltarle la tierra, le sobró el agua, y tras de ruidosa *zambullida* vióse salir nadando á lo lejos, caballo y caballero...

Sofrenando sobre la barranca á pique los carabineros de la guardia, inútiles fueron sus tiros, cuyas balas de caballería daban siempre en cualquier parte, menos en el blanco.

Ruma y otro indiazo resuelto, resbalándose el *chiripá*, se echaron en su persecución, llevando el *facón* en los dientes. Si las balas de los cazadores del bosque no le habían dado caza, *vaqueanos* pescadores del Uruguay, pretendían pescarlo en sus remansos.

Y acaso le dieran alcance, á no nadar más ligero que el hombre, su caballo, de cuyas crines prendido iba el fugitivo, salvado como en una tabla; menos, en un hilo, en un pelo...

Cuando la distancia se iba acortando, dándose vuelta le gritaba á su perseguidor más inmediato:

—¡Acércate no más, *guaycurú* desarmado, que te voy á ahogar!

Y como diferencia hay entre exponerse á ahogar por salvar la vida, que en ahogarse por comisión, el indio se detenía un tanto, siguiendo después, corriente abajo, caballo, fugitivo y perseguidor.

Acalambrado aquél, iba, sin duda, á hundirse, cuando consiguió hacer pie en un pequeño banco á flor de agua.

Ya casi al alcance de Ruma, zabulló de nuevo, y entonces á su vez, fué éste el *acalambrado*.

Tras un momento de resuello, siguió la persecución y cuando más se aproximaba oía de nuevo el grito: ¡Acércate no más, que abrazados iremos al fondo!

El Uruguay, aunque estrecho allí, no lo es tanto como la esperanza de un condenado, y la costa Oriental no se alcanzaba.

Suspendido apenas por un cabello sobre el abismo pronto á tragarle, ya desfalleciente y sin fuerzas, era su situación bien desesperante...

Y mientras el audaz fugitivo sigue debatiéndose con el líquido elemento corriente abajo, en medio del Uruguay majestuoso, iluminado por la hermosa luna que platea su rubia faz, salvemos, en lo posible siquiera, el nombre de este olvidado patriota.....................

....

III

Era el entonces Comandante Don Manuel Hornos, uno de esos rudos tipos de soldado, tan valiente como honrado, viva encarnación de la más sana parte del pueblo entrerriano, en aquella heróica provincia en la que, si desde Ramírez hasta Urquiza y López Jordán, larga lista de caudillos hubo, que no siempre ofrecieron sus armas en el altar de la libertad, pueblo virtuoso y perseverante descolló en sacrificios para alcanzarla.

Allá por los años de 1843, los Elía, Hornos, García Zúñiga, del Pino, Montero, Enciso y lo más exaltado de la juventud liberal de Entre-Ríos, conspiraba para cambiar el gobierno del General Urquiza, que desde sus comenzamientos aparecía un *tantico* ganoso de seguir las huellas del tirano de Buenos Aires.

Como en la revolución de Maza contra éste aquí, no faltó allí un Judas que delatara aquella.

Tuvieron tiempo de ponerse á salvo la mayor parte de los conspiradores; pero Hornos, más confiado, sin duda, no se ocultó, y fusilado su hermano Román, quedó Don Manuel en capilla, debiendo ser pasado por las armas al toque de diana.

....

....

Y este hombre arrojado, tenaz, constante, inquebrantable en la lucha; la primera lanza en los ejércitos de Lavalle y de Paz; que cruzó con Sala, Ocampo y un puñado de valientes como él, toda la extensión del inclemente Chaco para ir á robustecer en Caaguazú el último grupo en armas contra el tirano; noble figura después en los sitios de Montevideo y de Buenos Aires, en cien invasiones de salvajes, que contuvo con su lanza; últimamente en el Paraguay; la primera heróica lanza en todas partes donde brillara, iba ahogándose á un paso del más empecinado de sus perseguidores, desfalleciente y acalambrado, sin fuerzas ya para sostenerse de una cerda del caballo, por todas partes rodeado de inminente peligro de muerte, sin la más leve vislumbre de salvación...

....

Allá va siguiendo á son de *camalote* y sin rumbo, arrastrado por las corrientes, sin faltar aún la entereza á su corazón, pero sí, ya la fuerza á su brazo.

Como irrisión de un destino fatal, la más espléndida luna, desplegando sus rayos como abanico de plata, alumbraba aquella silenciosa agonía de un mártir de la libertad.

Naranjales y aromos saturaban de perfume embriagador la suave brisa, impeliendo la ola próxima á sumergirle, y el melancólico grito de alerta de la pava del monte y la gallineta gris invisible en la cercana isla, oíase expirante como triste adiós de despedida...

....

Rumor más cercano entre sombras, llegó como eco de última esperanza, y de una pequeña embarcación, que á impulso de seis remos volaba cual flecha, salió una voz vibrando:

—Oh! de la barca!

—No hay barca.

—¿Qué hay?

—Un hombre que se ahoga.

—No. Un hombre que se salva—contestaron................

....

Y en poco tiempo, pescado desde la borda, fué subido al bote...

De un buque de la Escuadra Francesa, fondeado en la costa baja de Paysandú, habiéndose oido tiros y gritería en la ribera opuesta, desprendieron el bote más ligero, á explorar lo sucedido.

La luna, plateando la estela, tras los nadadores guió al oficial francés, y Hornos, antes de todo, pidió con empeño le ayudaran á salvar su caballo salvador. Los rencorosos *guaycurús* que le perseguían viraron hacia tierra, en cuanto vieron se le daba protección...

....

III

Muchos años más tarde la escena del reo, que no era reo en capilla, se repetía.

A un pacífico estanciero del norte de la provincia de Buenos Aires se le comunicaba se preparase á bien morir.

El General Hornos acababa de dar orden de fusilarlo.

Sitiado éste por fuerzas superiores en el Pergamino, le habían presentado una carta firmada por aquel honrado vecino á uno de

los jefes enemigos, después de circulada la orden general que prohibía, bajo pena de muerte, toda comunicación con el enemigo.

Un nombre ilustre y una conducta intachable, le hacían querido de cuantos le conocieran, por lo que, desde el Cura y el Juez de Paz, de todo lo más granado del vecindario, llovían empeños para salvarle.

No hubo forma. El fusilamiento estaba ordenado, el reo se hallaba en Capilla, y pocas horas distaban de aquella en que empezaría para él la de su eternidad...

Al caer la tarde, un Regimiento de infantería llegó de refuerzo, á cuya aproximación se alejaron las numerosas caballerías que sitiaban el Pergamino.

En marcha forzada y en medio de un temporal de muchos días, arribaron en poco más de uno, chapaleando barro, desde el campamento del Bajo de Careaga, los infantes que socorrieran á Hornos y sus escasas fuerzas.

Al acampar, y en la hora en que un espléndido arcoiris sonrosaba el firmamento con las últimas luces de la tarde, dejando ver después de mucho tiempo, el sol poniente, se dirigía un grupo de jóvenes oficiales de la Guardia Nacional al pueblito, cuando á su entrada fueron sorprendidos por la ingrata nueva que Don Luis, el bondadoso estanciero de Arrecifes, se hallaba en Capilla.

Y ésta era Capilla de verdad, no de jerga al aire libre, pues rodeaban el rancho donde se encontró el *pergamino*, que luego dió nombre al pueblo que á su rededor se formó, soldados del 6° de línea, y de la Compañía de Julio Campos, que no sabían llorar.

Hornos les invitó á su frugal mesa de campamento. Algunos de ellos eran estancieros de la vecindad, todos, más ó menos, amigos del General.

Uno á uno le pidieron la vida del encapillado. Hornos se mantenía en sus trece.

—No puede ser—contestaba á tan reiteradas súplicas.

« Estos federalotes nos esconden hasta el último caballo para

dejarnos á pie, y siempre tienen de reserva la *tropilla* más gorda para los que nos invaden.

—Pero no mejor que la que acaba de mandarle su compadre Zubiaurre,—contestó Borches.

—Si este buen vecino no es *mazorquero*—repetía Don Juan Villanueva, á quien echaban de empeño, como el de más intimidad. *Unitario* viejo de raza, su abuelo fué el fundador del pueblo de su nacimiento de usted, el Coronel Rocamora, de la Concepción del Uruguay y otros, etc.

—Yo no tengo que andar averiguando cuentos de viejas ó abuelos. Se ha dado la orden, pena de muerte al que se comunique con el enemigo, y él ha reconocido ser autor de esta carta...

—Pero léala bien, General, (el *pueblero* que se lo pedía, ignoraba que éste no sabía leer).

« Recomienda simplemente al Coronel Arnold, salve las vacas que pueda, del *rodeo*, que soldados del *chato* Prida le han llevado.

« ¿ Qué tiene por otro lado, que no piense como nosotros; no hemos venido á pelear por la libertad ?—agregó un leguleyo.

—Dejen de embromar...

« Estos *doctorcitos* del diablo, que aunque se cuelguen la espada, no han de olvidar sus alegatos. Por eso no sirven de mucho, doctores en los ejércitos, pues siempre traen más argumentos que balas en la cartuchera, y no es con argumentos que hemos de matar al enemigo.

—Mejor es no matarlo.

—Y, entonces, ¿para qué venimós?

—Para vencerlo.

—Déjense de empeños, ya despaché con cajas destempladas á la otra comisión de doctores—Chassain, Argerich, Paz—que me vinieron con semejantes quisicosas, y á quienes les repitió Arredondo, *las órdenes se dán para que se cumplan.* Y dirigiéndose á los capitanes Tulio Méndez, Manuel Obligado, Almada, López, que eran los más empeñosos, agregó:

—Ustedes han de llegar muertos de hambre y de sueño. Vengan á comer un asado, hoy que será la primera noche que pueda dormir tranquilo.

Y fué á la postre de esta improvisada cena sin postre, que uno de los más jóvenes oficiales de la Guardia Nacional, á quien el General bonachón dispensaba familiaridad desde la ciudad, que con permiso del anfitrión, refiriera entre los cuentos de sobremesa: *«¡Qué escapada!»*...

V

Momentos después, cada oficial regresaba triste y cabizbajo á su campo.

Cuando el narrador recordara aquella lágrima del rudo centinela de vista puesto á Hornos en Capilla, á éste se le humedecieron los ojos.

Al retirarse los subalternos invitados á la mesa del jefe, se armó la indispensable mesa de juego con algunos de sus íntimos.

Sobrio y sufrido, desnudo de toda ambición, el patriota General Hornos cedía al juego, pasión que le dominara. En la ciudad y en el campo, á las carreras y á las cartas, ella le absorbía como única expansión á su tan azarosa vida de soldado.

Aquella noche, contra lo habitual, no ganó una sola partida.

El constante amigo de todas sus *pellejerías,* el bondadoso señor Don Juan Villanueva, encargado por los amigos de Balcarce de no perder ocasión en incitarlo á la clemencia, halló cabe al dejar la mesa de juego, para decirle:

—Algo distraido le noto, General. Esta noche es la primera vez que lo he visto *sensibilizarse.*

Hornos, que no quería dar su brazo á torcer, se alejó diciendo: «Si estos *doctorcitos* del diablo no sirven más que para echar á perder el pandero. Por eso Lavalle, ni Paz los quería en el ejército, que bastante trabajo le daban los de Montevideo.

A la mañana siguiente, tristes y pesarosos se preguntaban los Oficiales de Buenos-Aires si habian oído alguna descarga.........

Uno de los ayudantes del Cuartel General, que cruzaba á galope el campamento, detúvose interrogado por sus compañeros.

¿Se había demorado la ejecución? A eso de media noche el General se levantó algo agitado, y llamando al ayudante de servicio, le mandó:

—Transmita las órdenes respectivas para que se suspenda la ejecución. Pero que con una buena barra de grillos, y bajo segura custodia sea el reo remitido al Ministerio de la Guerra.

—Yo mismo corrí á darle la buena nueva á Balcarce, agregó el ayudante Almaida...

—No podría dormir el pobre, preguntaron sus amigos.

—¡Qué no! ¡Cómo un lirón! Me costó recordarlo. Bien que es de raza de valientes, hijo del ilustre General Balcarce. Quien no pudo pegar los ojos en toda la noche, paseándose inquieto de uno á otro extremo del cuarto, fué el General...

VI

Al pasar no más Arrecifes, el dueño de la *Diligencia*, el bueno de Diaz, á quien se encargó su remisión, le alivianó los grillos por su cuenta, haciéndole viajar con más comodidad, y cuando llegó á la ciudad, su hermano Don José Balcarce ya había obte-

nido licencia para que le dieran por única prisión la de su propia casa en la antigua Barraca de su nombre....................
....
....

El Comandante Arredondo menos afortunado, el día que Balcarce, salvado de Capilla, llegaba á la ciudad de Buenos Aires, no logró salvar á su pequeño *tamborcito*, que, al pasar frente al Oratorio Soria, apartóse un poco para llenar la caramañola de agua.

«Pisando territorio enemigo, el que se aleje veinte pasos de la columna, será fusilado sobre la marcha»,—habíase leido en la Orden general del día anterior, al vadear el Arroyo del Medio el ejército que de San Nicolás marchaba sobre el Rosario.

El Comandante Arredondo solicitó venia para excepcionar á ese pequeño soldado que se hallara ausente en la hora de lista.

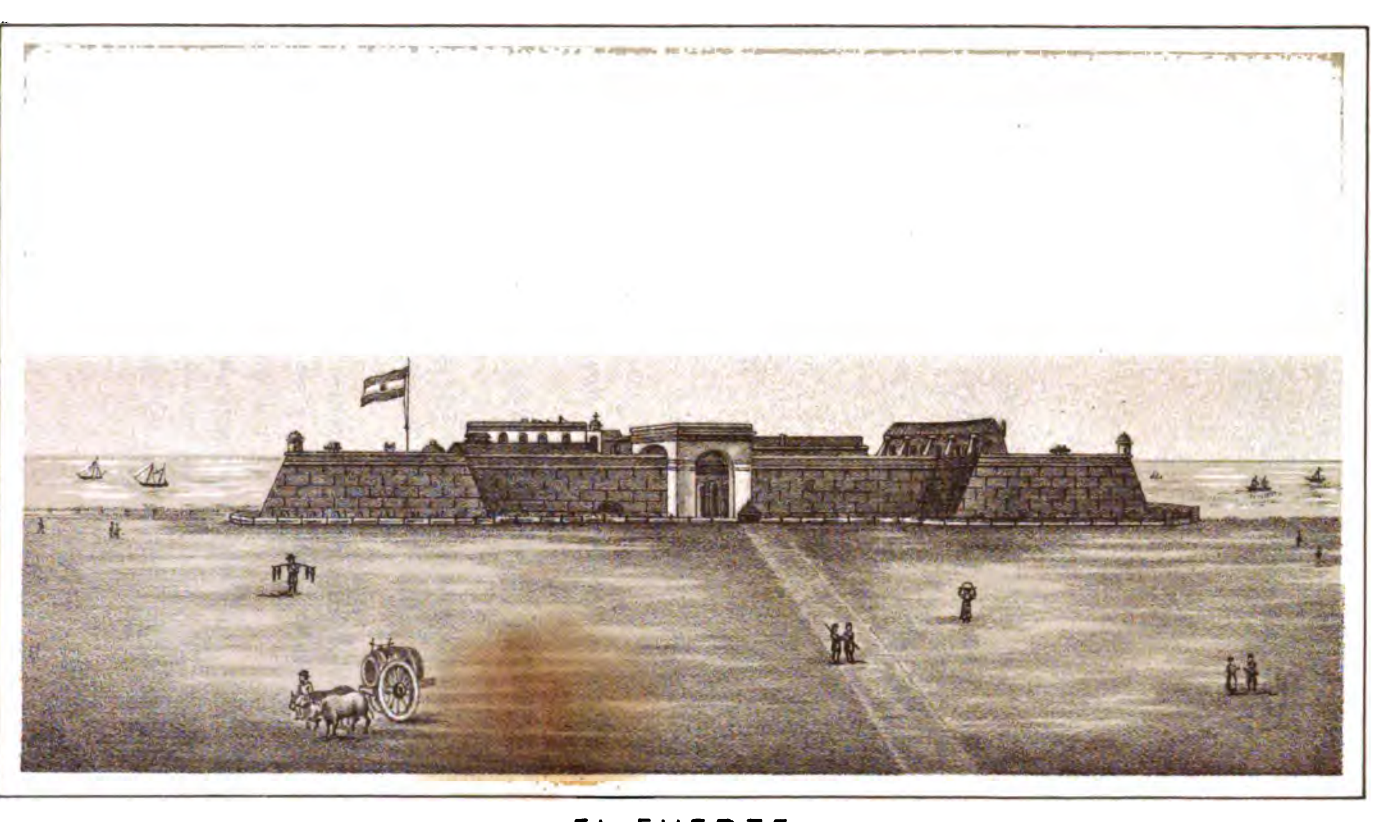
Por toda contestación oyó del superior: «*Las órdenes se dan para que se cumplan*».

Y aquel lindo rubiecito de ojos celestes, vivaracho y servicial, que era la alegría del 6° de línea, no mucho más alto que su caja de guerra, el valiente *tamborcito* que pocos días antes había tocado las dianas de la victoria sobre el campo de batalla, no pudo ya repetirlas á la entrada triunfal de sus compañeros.

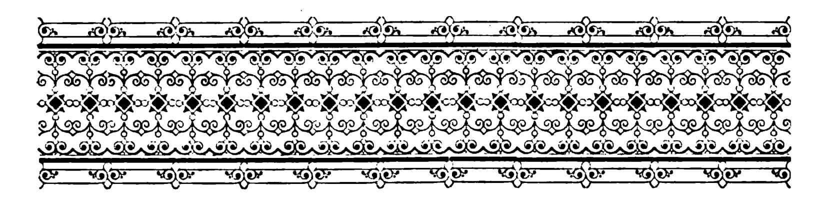
Destino implacable, en los albores de su vida. El único de los tres sentenciados de esta tradición que no llegó á estar en capilla, fué el que no logró salvar.

¡Pobre *tamborcito* de Pavón! Todavía hay quien te llora en el 6° de línea.





EL FUERTE
1700



EL ULTIMO CAÑONAZO

I

 cuál será el último cañonazo, en esta tierra de tanto ruido y humo?

— Sábese donde se dispara el primero. Misterio es del destino, donde resonará el postrero!

En esta tradición nos referimos sólo al último cañonazo del primer día de gloria, en que, por vez primera, tronaron á bala en las calles de esta ciudad.

La mañana del martes 12 de Agosto de 1806 no apareció el sol en nuestro cielo; pero, brillante y esplendente, se levantó el sol de la victoria en nuestra historia.

Poco después de las diez avanzaron los soldados del pueblo, desde la Plaza de Toros, y antes de las doce no se oia ya un tiro.

Ardua y laboriosa fué la gestación de la reconquista, pero,

tras dos horas de fuego incesante, el valor de nuestros reclutas apagó el de los soldados ingleses, que, empezando por retirar sus avanzadas desde los cantones de San Miguel, se reconcentraron en la Plaza Principal, encerrándose luego en el Fuerte.

El General Liniers hacia esfuerzos supremos, deteniendo á sus tropas entusiastas y ardorosas por lanzarse á la carga.

El fuerte tiroteo de los Migueletes á la vanguardia, se habia interrumpido, y temiendo fueran ellos cortados, dirigióse Liniers con toda la tropa en columnas paralelas, por las calles de la *Merced* y *Catedral.*

Diez y ocho cañones resguardaban las bocacalles de la Plaza, coronadas de soldados, azoteas, recova y Cabildo.

Poco á poco, y después del más vivo fuego, languidecia éste, contestando con menos bríos los rifleros escoceses, hasta que abandonaron la Plaza, que, en inmensa algazara y tropel, confundidos soldados y vecinos, fué llenada por las tropas del pueblo.

Hombres, niños y mujeres, el verdadero pueblo representado en todos sus gremios, estados y condiciones, cooperó con valor y entusiasmo á la victoria.

Hasta los muchachos de las calles se distinguieron por sus servicios. Unos alcanzaban municiones en sus raidos ponchitos. Otros rompian éstos para taco de cañón. Mientras que todas las puertas se abrian para recoger y atender á los heridos; todo auxilio era negado á los ingleses en dispersión.

Guardacantones, puertas y ventanas servian de refugio á bisoños soldados, y cuando los vecinos armados veian acercar la mecha al cañón, dejábanse caer al suelo, y bajo el humo de la metralla, con furor desenfrenado, avanzaban puñal en mano, haciendo retroceder á los intimidados veteranos de Albión.

Hasta las mujeres tiraban de sus balcones el primer mueble, ó pesado objeto, á mano, sobre los fugitivos, y si las piedras de las calles no se levantaron en aquel día, fué porque éstas no las tenian.

Muerto un bravo arribeño al lado de su mujer que le ayudaba,

tomó ella el fusil caido de sus manos y con certero tiro mató al matador de su marido.

No lejos de esta valiente Manuela la Tucumanesa, un muchacho, casi niño, Montes de Oca, con no menos heroicidad, al caer el cabo de cañón, y ver que avanzaban á arrebatarlo en la calle *Defensa,* se precipitó, recogiendo la mecha que aún humeaba cerca del muerto artillero, dando fuego, y al disparar el *último cañonazo,* barrió el postrer pelotón de petos colorados.

II

Cuando Liniers llegaba al pretil de la Merced, viendo Beresford, parado bajo el arco de la Recoleta vieja, caer muerto á su ayudante Kennet, hizo con la espada señal de retirada, y replegando sus tropas, entró el último á la Fortaleza, mandando levantar el puente levadizo.

La densa bruma de un día gris, húmedo, nublado, y el humo del combate, impidió por algún tiempo divisar la bandera blanca, flameando en el bastión norte, por lo que continuaron los tiros de todas las bocacalles sobre aquel punto, y el atropellamiento y voces de la multitud, ebria de entusiasmo, acrecía la gritería infernal.

Por todas partes se oía: «Avancen! avancen! avancen!... »

Los rubios granaderos escoceses guarnecieron los baluartes. Gente de toda clase, y hasta vecinos desarmados, arrastraban muebles, tablas y escaleras para trepar por los fosos.

El ayudante Quintana se acercó al puente, y todavía no concluido el redoble del tambor parlamentario, dejóse caer el rastrillo, que á no descender tan pronto, detrás del ayudante entra todo el pueblo.

El General Beresford pretendió hablar de capitulaciones, y Quintana respondió con las mismas palabras que cuarenta y cinco dias antes, el inglés intimó á la débil autoridad del Rey: «No

hay otra que la de rendirse á discreción. Si no se alza inmediatamente la bandera española, de nada respondo».

Fué entonces que, asomando sobre el arco de entrada, saludó con el elástico, y tiró la espada al foso, que luego Mordeille le devolvió atándola á la vaina con la faja que al efecto alargó Quintana.

Al salir con marcada desconfianza, preguntó Beresford si había seguridad, contestándole Quintana que, como caballero, respondía con su vida; y tomándolo del brazo, le acompañó hasta entregar el prisionero al segundo Jefe, Gutiérrez de la Concha.

Poco después, formando las tropas vencedoras en doble ala, desde la entrada del Fuerte hasta la del Cabildo, salieron los soldados con sus armas, tocando marcha, habiendo perdido en la acción cuatrocientos doce hombres, y cinco oficiales entre muertos y heridos, y costando este triunfo al pueblo, doscientos de sus valerosos vecinos.

Y aquellos bravos y aguerridos veteranos, ante los que la estrella victoriosa de Napoleón palideciera un día, cabizbajos y abatidos desfilaron por entre dos filas de zambos, negros y mulatos; de criollos, españoles y *orientales*, mandados por la más arrogante juventud porteña.

Contraste resaltante presentaba su brillante uniforme y hermosa banda de música á la cabeza, frente á los pitos y tambores de los vencedores embarrados, descalzos y en harapos.

Aun los pilluelos de los andurriales, hicieron su agosto, como que en ese mes estaban ayudando y siendo guias y avisadores á nuestros soldados, á la vez que extraviaban con falsas noticias á los ingleses. *Chicuelos* que por todas partes se meten, asomaban sus lindas caritas sucias y cabecitas desgreñadas entre las filas de milicianos, sacando la lengua á los *misters* azorados, haciéndoles *pito catalán*...

III

A la mañana siguiente presentaban al General Liniers, en el salón principal del Fuerte, las lujosas banderas del Regimiento 71, que en Europa, Asia, África y América del Norte flamearon vencedoras.

A todos los jefes y oficiales que se distinguieron los había llamado el General improvisado por la victoria, para felicitarles personalmente por su brillante comportamiento.

En el grupo en que se notaba á Irigoyen, Viamonte, Pinedo, Somellera, Feijóo, Agustini, cuyos dos últimos fueron distinguidos posteriormente con medalla de oro, se hacía la crónica más animada de los hechos del dia anterior, recordando las hazañas de Valencia, Sentenach, Fornaguera, Anzoategui, (también agraciado con igual medalla), como de Correa, Córdoba, Ruiz y Miranda, marinos que tan hábilmente dirigieron sus soldados, al par que los Oficiales de tierra.

Y entre conversación de bulliciosos corrillos se estaba cuando el señor Don Martín Rodríguez, dijo, alzando la voz:

—Pero, no hay que negarlo, la victoria de ayer es, ante todo, debida á los esfuerzos de nuestros compañeros de la otra banda. Sin su ayuda no hubiéramos podido organizarnos. De allí nos han venido todos los auxilios y la heroicidad desplegada por García Zúñiga, Lasala, Michelena, Salvañach, Ellauri, Balbín, Murguiondo, Méndez, Chopitea, Illa, y lo que hicieron ellos: españoles, ni de aquí, ni otros han sobrepujado. . . .

—¡Es verdad!—contestaron en unánime coro.

Y avanzando los argentinos hasta confundirse en un solo grupo con los bravos y modestos oficiales orientales, se estrecharon entre vivas entusiastas, cual si en aquel primer abrazo fraternal, al día siguiente de correr mezclada la sangre de vecinos de una y otra

margen del Plata, presintieran la solidaridad de un mismo y glorioso destino para estos pueblos, hermanos desde la cuna.

En esto estaban, cuando entró Don Juan Martín de Pueyrredón con suhermano, trayendo á un pequeñuelo mal vestido y bien embarrado, uniforme común en aquellos lluviosos días de temporal, y dirigiéndose á Liniers, dijo:

—Le presento, señor, al verdadero héroe de la jornada, de cuya hazaña dió parte á Usía, el Jefe de los artilleros.

A lo que el General, avanzando, le interrogó:

—¿Con que tú disparaste *el último cañonazo?*

El niño mirando á todos lados, no atinaba á responder.

Y como Liniers le interrogara de nuevo, con aire que al niño se le antojó amenazante, recordando recién haber hecho fuego sin orden, cortado ante la autoridad, como no había temblado ante el peligro, y todo medroso, contestó al fin:

—Es verdad, señor, que yo disparé el último cañonazo; pero perdóneme Usía que ya no lo volveré á hacer más...............

....

Compensada fué dignamente hazaña tan poco infantil; pero, en el correr de los años, muchos cañonazos más tiró en nuestra guerra interminable, el héroe de aquel día.

Sin duda, desmemoriado ya el valiente Comandante de Patricios, Don José Montes de Oca, pronto olvidara su promesa de niño...

....

Después de cien combates, á su muerte había alcanzado el mismo grado que hoy su digno hijo, el ilustrado Coronel Don Alejandro Montes de Oca.......................................

....

—¿Sabéis dónde y cuándo se disparará sobre tierra argentina el último cañonazo?..

....

—Pues, yo tampoco.



APÉNDICE





APÉNDICE

JUICIOS SOBRE LAS

TRADICIONES DE BUENOS AIRES

(*Fervet opus.*)

I

Las abejas trabajan y los blancos panales exhalan ya la fragancia del tomillo y otras flores.

El Doctor Obligado en su bello é interesante libro, que será leído con placer intenso, y que le conquistará puesto eminente en las letras argentinas, nos refiere los episodios más curiosos de la crónica antigua.

En penosa é inteligente labor ha recogido las tradiciones esparcidas del niño maravilloso, y nos las presenta en bello

conjunto, para que el sentimiento y el pensamiento argentinos puedan beber en ellas é inspirarse, y el alma toda templarse al calor generoso de un noble y fecundo pasado. Acto de profundo patriotismo importan estos doctos trabajos que traen vivificante pábulo á la vida nacional y contribuyen con eficacia irreemplazable á la unidad social, derramando en el seno de las masas, gérmenes de cohesión y afinidad, que cristalizan en las entrañas populares el alma de la Nación, como las fuerzas geológicas cristalizan el brillante en las entrañas de la tierra. Y en nuestra historia moderna, en nuestra actualidad ¡cuántos ejemplos no pudiéramos invocar que nos están revelando á gritos, cuán efímera, cuán transitoria y deleznable es toda grandeza que no se basa en el único fundamento sólido é indestructible de la verdad y de la libertad!

« Pensando de acuerdo con estas ideas y con las lecciones de la vida, el Doctor Obligado — animado del espíritu de su raza patricia, lanza su interesante libro, como para recordarnos, al reflejar el alma de nuestros mayores en la vida del pasado, que éstos hicieron y alcanzaron grandes cosas, porque sus propósitos fueron siempre nobles y sus fines siempre elevados. Si el mérito de un libro se midiese sólo por su oportunidad, el de éste sería indisputable, por cuanto hoy, que caen tantos *Marino Falieri,* nos recuerda que nuestros abuelos no conocieron la *pillería política,* no tuvieron Catilinas, y cuando nos legaron un tirano, nos legaron un tirano grande, en su grande barbarie. Pero como entre los elementos de apreciaciones no es éste el sólo y único, tiene también, fuera de otros, el de la trascendencia.

El libro del Doctor Obligado es trascendente, porque al revelarnos con el testimonio elocuente é incontestable de los hechos de la vida de nuestros mayores, que la virtud, que la audacia, en el concepto y en la acción, son antiguas en nuestra República, nos advierte, con ironía tribunicia, que no debemos engreirnos de la prosperidad presente, que nada nos debe, que poco, muy poco, hemos hecho aún, para hacer práctico el testamento de nuestros antepasados y alcanzar sus votos grandiosos, que estamos muy lejos de la sublimidad de sus

atrevidas intenciones, y por último, que nuestras fáciles vanidades y vacías pretensiones chocan con aquella grande y clásica humildad de aquel ilustre y noble mártir, que al rechazar el título de General, pedía sentido perdón á la Legislatura de su país por no haber hecho, en su concepto, á pesar de sus hechos gloriosos y de sus caros sacrificios, nada digno y merecedor de tan grande mérito y de tan alto lustre.

El Doctor Obligado, fiel á su generación, á su gente y á las patrias tradiciones, ha concretado como Plutarco, en perfiles hermosos, la fisonomía nativa, cuya belleza moral marca y hace resaltar, y que todos nosotros debemos prestigiar, para que personalidades espúreas no nos desvíen de nuestras rutas y rumbos nacionales, y nos lancen forzadamente en ideales negativos, pobres y expirantes, que se alzan sarcásticamente en el Nuevo Mundo, chocando con su virginidad, con su juventud y con su porvenir.

El Doctor Obligado, en su modestia, trabaja más, por su patria, por su nación, por su raza, que tantas nulidades doradas por la fortuna, que ni siquiera por gratitud á las encumbradas posiciones que no merecen, sirven y responden á los altos fines de libertad y de civilización que encarna nuestra madre América!

Puede estar satisfecho el escritor que, siguiendo las nobilísimas inspiraciones de Mazzini, no hace de su pluma el instrumento servil de su gloria y de su propia infatuación, sino que con espíritu religioso y con alto amor de patria, la consagra y deposita, como ofrenda pía, sobre los altares de la verdad y del bien, destellando fulgores apacibles, y bordando con puros matices las hermosas auroras que se alzan sobre el pasado de un pueblo noble, viril y animado del espíritu de Dios.

(*La Nación*).

II

Las TRADICIONES DE BUENOS AIRES están destinadas á tener simpática resonancia en toda la América.

Es un libro que será discutido, por su acentuadísimo sabor nacional y porque raro es el libro apreciable que no sea desmenuzado por la crítica. Su prólogo indica admirablemente sus tendencias, su perfecto acuerdo con la reacción contra el extrangerismo absorbente,—reacción que en la prensa y el parlamento ha dejado oir sus voces elocuentes en los últimos tiempos. La tradicción completa la historia, y mantiene vivo el sentimiento de la nacionalidad. La conseja popular no dista mucho del símbolo, y contiene provechosas enseñanzas para el que sabe sondear sus misterios y sus veladas significaciones. La vida humana es una cadena nunca interrumpida (perdóneseme la manoseada expresión) y en ese libro, en esos ecos de la vida colonial, en esos primeros vagidos de la independencia y de la libertad, se encuentra en embrión esta poderosa civilización nuestra, que deslumbra y atrae como una de las maravillas del siglo á los pensadores de la Europa.

Obligado ha recogido de boca de los ancianos esas anécdotas, esos cuentos, muchas veces picarescos, que sin sus piadosos propósitos habrían «corrido burro», como vulgarmente se dice. Las primeras enseñanzas, los primeros progresos, la faz simpática del insigne Vertiz en la vida reducida y vegetativa de la aldea destinada á ser una de las más grandes ciudades del mundo; el cuadro sencillo é imponente de la tempestad desatada de Santa Rosa, en 1780; la tradición de la Plaza del Retiro; las murmuraciones epigramáticas de nuestros abuelos,—todo esto revive en este libro, que es la resultante de la labor patriótica de largos años, como á nadie mejor que al que suscribe le consta; pues he visto al autor infatigable durante largos años, ser el concurrente asíduo de la Biblioteca Nacional, revolviendo colecciones y legajos vetustos, en busca del

dato exacto y de la remembranza pintoresca, y lo he visto en su gabinete de estudio entre montones de libros, de empolillados manuscritos y de notas, confeccionar estas tradicciones que tanta luz proyectan sobre el Buenos Aires moderno, al que sólo le falta ser más consecuente con la tradicción del pasado para ser más grande y más genuinamente argentino. Pero estamos en una época de transición y en una época de reacción y no hay que desesperar del futuro, porque nuestro país, como toda tierra rica y libre, posee ese inmenso poder de asimilación que hizo la grandeza incontestable de Roma.

Este libro se incorpora de lleno á la literatura histórica. La crítica severa podrá reprocharle algunas incorrecciones, algunos colores mal combinados, de cuando en cuando alguna falta de colorido y de relieve; pero los que saben que no ha pretendido hácer un libro de formas perfectas é impecables, porque así lo confiesa y lo cree, juntarán ambas manos para aplaudir al escritor patriota y concienzudo, que haciendo un paréntesis á arduas y pesadas tareas, ha sabido presentarnos un libro desbordante de recuerdos preciosos, y que da un nuevo desmentido á aquel escritor americano que sostenía, que el Río de la Plata no había sido hecho para oir los ecos armoniosos de la tradición y de la poesía, sino las griterías y las convulsiones de que son diariamente testigos las aguas cenagosas del Támesis.

(La Prensa).

NOTAS

III

Aunque, tratándose de meras tradiciones, no se exige la documentación de cada uno de los asertos, en crónica antigua, que resuenan como ecos del pasado, comprueban las siguientes notas, que el pequeñuelo que disparó «El Ultimo Cañonazo,» «El hombre que voló», y todos los que en estas páginas se recuerdan, lejos de ser personajes imaginarios, fueron tan de carne y hueso como «El capitán de papel».

Otras de las correspondencias transcritas, lo son menos por algún concepto benévolo que contienen, que por el juicio de literatos como Ventura de la Vega, Pellegrini y Mitre, sobre el poeta Balcarce, el matematico Díaz y el Primer Presidente de las Provincias Unidas.

IV

Señor Doctor Pastor S. Obligado.

Distinguido Señor:

El recuerdo que usted dedica á mi esposo el Coronel Don José Montes de Oca en su patriótico é inspirado artículo conmemorativo de la Reconquista de 1806, obliga mi gratitud y la de mis hijos, y ésta es más viva, considerando su espontaneidad y que es después de muchos años de olvido, que el patriotismo de un distinguido escritor proyecta un

rayo de luz sobre esa gloria tan olvidada, por ser siempre tan modesta.

Quiera, pues, distinguido señor, aceptar nuestro más íntimo reconocimiento.

Saludo á usted con mi consideración.

Paula M. de Montes de Oca.

V

Ha hecho usted bien, Doctor Obligado, en reunir porción de recuerdos tradicionales que generalmente se olvidan, ó que pasando de boca en boca, van disfigurándose hasta desvirtuar su verdad.

Veo que ha tratado usted de reunir buenos datos, aunque en algunos, como los del Retiro, pueda haber algo de po[illegible] pero en el fondo está siempre la verdad, [illegible] lo menos d[illegible] lo que se ha conservado mejor.

La Plaza de Toros, que desapareció en el año 18, la construcción con sus materiales del cuartel nuevo (el de arquería); el Parque que existía cuando la invasión inglesa en lo que era el Cuartel viejo (el de Granaderos después); la toma de él por Liniers, etc., etc., todo le ha de dar materia para extenderse mucho más todavía.

¡Qué bueno sería que la otra edición pudiera ser ilustrada con algunas láminas de lo que eran esos tiempos! Las encontraría en obras inglesas de cuando Berresford saboreó, no los cien días como el primer Napoleón, después de la vuelta de Elba, sino apenas los cuarenta y cinco días que estuvo mandando.

Me ha gustado mucho aquel recuerdo del abrazo de la muerte; y con gusto he leído la carta de la Señora Doña Francisca P. Elorga, á quien conocí. Todo esto es materia para apuntes y recuerdos, como los que usted ha tomado á

pecho; porque tales detalles se pasan generalmente por alto en lo serio de la historia.

Aquello del maestro Roque es excelente. También le conocí allá como entre sueños. Compró el *don*, es verdad; pero, ¿qué extraño, si tiene usted á Don Ramón de Basavilbaso, que no tenía porqué comprarle?

Ahí, es muy bueno que sacuda usted duro y tendido á esas ridículas tendencias aristocráticas, que desgraciadamente se quiere hacer vivir entre nosotros, entre nosotros, donde se despreciaban, aún antes de la Asamblea de 1813. Es el aprendizaje que hacen la mayor parte de los que van á Europa, no para aprovechar lo bueno, sino para engolfarse en ridículas exterioridades de aristocracias, que al escarbarlas se las encuentra, la mayor parte, muy sucias.

A propósito de aquello del Conde de Buenos Aires, título que nunca llegó á usar Liniers, (y en verdad que en esos tiempos bien lo merecía), y que tampoco le dejó usar el Cabildo. Este se opuso á ello firmemente: ¡Qué diferencia de tiempos con nuestras municipalidades republicanas!

Es verdad que son postizas, que son sofisticadas. A todo un Rey de España, nada menos, le dijo el Cabildo, no podemos permitir que se dé ese título en detrimento de los derechos de la ciudad de Buenos Aires.

También conocí al viejo Leiva, sordo como una tapia. Era cuñado del desgraciado don Paulino Banegas, juez de paz de Quilmes y el cual, por salvar, después de la Revolución del Sur, en el año 39, al hijo del General Viamont, fué hecho fusilar por Rozas en la casa misma del Juzgado. También era hermano político de don Juan José Sandoval.

El año 1807, al rendir á la columna inglesa que dominaba la torre de Santo Domingo, Leiva trepó á la torre para enarbolar la bandera española, y al arrancar la inglesa, que todavía permanecía allí, vínose abajo, raspando paredes y cornisas, y quedando sin sentido, brotándole la sangre por boca, narices y oídos. Tal vez esto fué su salvación. Quedó tan completamente sordo, que solamente se manejaba por escrito para que entendiera por la vista lo que no podía percibir por el oído.

En las Memorias de la Municipalidad, allá por los años de 1860 á 65, debe existir el acuerdo de un obsequio que se le hizo, ya muy anciano y muy pobre, con motivo de las fiestas del 25 de Mayo.

Le saluda y le felicita su viejo amigo.

Miguel Esteves Seguí.

VI

Ultimamente, á la vuelta de Lobos, me decía el padre Smith hombre ilustrado y que recibió su educación en París, que hice mal en venir á Buenos Aires, que Londres debió haber sido mi patria, el teatro donde hubiera fructificado la tendencia de mi espíritu. Yo le contesté que era feliz y que no me arrepentía.

La carta de usted es uno de los incidentes que más confirman que contesté propiamente. Tengo otra más larga de mi buen amigo don Juan María Gutiérrez, rolando sobre el mismo objeto. Es de fecha Junio 14 del año pasado y ¿lo creerá? todavía está pendiente su contestación.

Este empeño de usted para reproducir las facciones de un ciudadano ilustre á la par que amado, muestra, diré mejor y con los matemáticos,—es la expresión más simple del bello carácter de la sociedad en que vivo, y cuyo seno me impulsó el amor á la democracia, más que el aliciente de un puesto lucroso.

Sí, mi querido Pastor; una comunidad que cuenta hombres como usted, amantísimos de la libertad y de progreso, que rinden culto á todos los buenos servicios, que quieren perpetuarlos con toda clase de demostraciones, que le unen y le calientan para fomentar todo lo útil y todo lo glorioso; en un país semejante, repito, debe el extrangero que llega á conocerlo, estimarse orgulloso de poder fijarse en él, y merecer su atención.

Yo me vanaglorío de haber merecido la de usted, no hablo ya de Gutiérrez, de quien he recibido tantas pruebas de una estimación, á la verdad, torpe y friamente correspondida.

Con que, amigo mío, está usted nada menos que empeñado en que mi poca y gastada retensiva haga milagros; que saque del olvido del tiempo las apacibles y venerables facciones de don Avelino Díaz, mozo que conocí y aprecié en toda la fortaleza de su vida, añadiré, y de la mía; puesto que ambos nacimos en un mismo año.

Bien lo veo ¿qué importa aquí el ser muy fiel? Comprendo el daguerreotipismo escrupuloso en materia de arte y de formas exquisitas; nada de tolerancia en la reproducción del templo de Minerva ó de la Venus de Medici; pero en materia de esperitualismo, cuando se trata de obsequio al genio exacto y observador ¿nó será acaso suficiente el retrato que el mismo Gutiérrez acaba de darnos de la bella alma de Díaz?

Ciertamente que sí, los mimos artísticos de lado: procuraré el prodigio que su amor á la virtud les hace fácil hacer. Volveré á ver la hermana de ese gran ciudadano, que murió ha tiempo, como si se horrorizara y presintiera el retroceso y los horrores en que iba á sumirse su patria. Avivaré en su contemplación antiguos y suavísimos recuerdos, sacando de ese semblante el rayo luminoso que iluminaba la frente del malogrado filósofo, un destello de su celestial apacibilidad; en una palabra, haré cuanto pueda para contentar con el engaño á sus apasionados admiradores, y particularmente la moral y estudiosa generación de que Don Pastor S. Obligado es uno de los mejores tipos.

Dejo así contestada su muy atenta, pidiéndome el retrato de nuestro ilustrado matemático Don Avelino Díaz, que falta á las ilustraciones de su erudita Tradición *Estatuas de la Universidad.*

Saluda á usted S. S.

Carlos E. Pellegrini.

VII

Rue Berlín, núm. 5.

PARÍS

MUY APRECIADO COMPATRIOTA Y AMIGO:

He leído con vivísimo interés la Tradición sobre mi infortunado hermano Florencio, publicada por usted en la *Tribuna* del 25 de Enero, así como su patriótico artículo *Tradición de Chacabuco,* inserto en el *Siglo* del 12 de Febrero último. Permítame usted que con este motivo le exprese mi agradecimiento, por haber consagrado su pluma y su talento á honrar la memoria de mi querido hermano, y la de mi venerado señor Padre Político, el General San Martín, cuyos servicios á la América ha querido usted recordar con tanto entusiasmo.

Esas producciones, inspiradas por su amor patrio, son dignas de quien lleva el nombre del primer Gobernador Constitucional de Buenos Aires, y á usted y á él me complazco en dirigirles mis felicitaciones.

Mi hermano Florencio nació el 23 de Febrero de 1818, y murió el 16 de Mayo de 1839, á la edad de veintiun años, y no á la de veinticuatro, como equivocadamente se ha dicho.

Siguió las lecciones del sabio Doctor Alcorta (Don Diego), siendo su discípulo favorito, á quien reemplazaba en su Cátedra durante las ausencias forzosas ó accidentadas que hacía alguna vez; y le profesó siempre la mayor veneración y el más tierno cariño.

Su carácter era tan independiente y enérgico, que en la época de la Dictadura, á pesar de las súplicas y ruegos de madre, nunca se logró llevase la *divisa federal.* Esta circunstancia, y su deseo de continuar sus estudios en Europa y mejorar su salud muy quebrantada por sus excesivas tareas,

le decidieron á embarcarse para Francia el 4 de Abril de 1837. A su llegada se instaló en una casa de campo en Grand Boeng, á seis leguas de París, donde el 1º de Septiembre de aquel año, escribió su composición *El Cigarro* dedicada al General San Martín, á quien respetaba mucho, y con cuya sociedad y experiencia ganó infinito en el conocimiento del mundo.

La vida del campo fué muy benéfica á su salud; pero antes que ésta se hubiese consolidado, se abrieron, en los primeros días de Noviembre, los cursos del Colegio de Francia y de la Sorbona, y no hubo consejo ni reflexión que le impidiera venir á seguirlos.

Desde ese momento se contrajo nuevamente á sus estudios con tal empeño, que descuidó su salud, y se agravó el mal que nos le arrebató en la época más florida de su existencia.

Ultimamente he tenido la satisfacción de recibir una carta de mi amigo y compatriota, el señor Ventura de la Vega, en la que, aludiendo á tres composiciones poéticas (*El Lechero, El Adios á Buenos Aires* y *El Cigarro*) que le había remitido, me dice lo siguiente: «Yo creo, que como obra de poeta, ésta (*El Cigarro*) es superior á las otras dos, y no temo decirlo, una de las más bellas composiciones de este género que conozco en castellano». Opinión tan lisonjera de poeta tan distinguido, es muy honrosa á la memoria de mi hermano querido, á quien usted ha dado también tantas pruebas de simpatía.

Creo que estos pequeños detalles le interesarán á usted, y al trasmitírselos, tengo igualmente el gusto de suplicarle quiera aceptar, con mis reiterados agradecimientos, un ejemplar de las obras del distinguido americano Don J. M. Torres Caicedo, que remito á usted por conducto de mi amigo el señor Manuel José de Guerrico. Sírvase usted presentar mis amistosos recuerdos á su apreciable señor padre de usted, y ordenar lo que guste, á este su agradecido compatriota y afectísimo S. S. Q. B. S. M.

Mariano Balcarce.

VIII

MUY SEÑOR MIO Y AMIGO:

Leo con el más vivo interés la tradición *El Primer Presidente,* que está publicando la *Tribuna,* relativa á la vida pública de mi querido padre, y no es menos viva mi gratitud al autor, al observar que prescinde de las calumnias que sus enemigos forjaron para hacer odioso su nombre. Calumnias cuyos efectos descienden todavía á turbar el silencio de su tumba, después de treinta y cinco años que las lanzaron, y de cincuenta y seis que bajó á ella.

Este es un hecho práctico de la influencia que ejerce la calumnia, cuando se ensaña impunemente contra los hombres públicos, por más dignos que sean de consideración y respeto.

Yo me apresuraría á mandarle los escritos autógrafos que usted se sirve pedirme, si no mediara el compromiso que he contraído con el General Mitre, de reservarlos para que escriba su vida pública, cuando su situación política se lo permita.

Para realizar esto, pasarán sin duda, algunos años; pero debo, sin embargo, resignarme á esa demora, y ser fiel á mi compromiso.

Recuerdo que hablando una tarde con él, me dijo lo siguiente: «*Exhibiré un nuevo personaje,* sus hechos son desconocidos en la historia; yo los ignoraba, no obstante sus títulos respetables de Jefe de Patricios y primer Presidente».

Comprendí que hasta entonces su juicio respecto de mi padre había sido poco favorable. No lo estrañé, porque la prensa de aquellos tiempos, y todos los que han escrito sobre la Revolución de 1810, han sido enemigos personales de mi autor; unos y otros, han recogido sus datos en fuentes envenenadas por la impostura, por la sencilla razón de no ha-

ber otras en que tomarlos. Hasta los escritores modernos, más moderados, han tenido que aceptar parte de ese veneno.

El General Mitre es quizá el único escritor que hace honor á mi excelente padre, en su *Historia de Belgrano*. Bien, pues, la novedad que presentará su biografía, desaparecería si diese publicidad á los escritos referidos.

Debo advertirle que tampoco está en mi poder la carta de instrucciones que dió á su apoderado desde San Juan, el año de 1814, para representarlo en el juicio de residencia. No se le permitió defenderse personalmente, y era tal el temor al odio con que se le perseguía, que nadie quiso aceptar dicho poder. Se nombró un procurador de oficio, como se hace con cualquier criminal desvalido.

Espero, mi amigo, que usted hará justicia á las razones que me obligan á reservar esos papeles, y que admitirá la gratitud de su afectísimo

S. S. y A.

Mariano Saavedra.



IX

28, rue Fontaine St. Georges.

MI MUY ESTIMADO SEÑOR:

Hoy he recibido la amable carta que usted me ha hecho el honor de dirigirme, agradeciéndome el envío de mis libros.

Hace algún tiempo que conozco á usted por el nombre que lleva, que es símbolo de patriotismo y de lealtad; el señor padre de usted es uno de los más renombrados argentinos. Conozco también á usted por sus escritos, que son dignos de la pluma de un Obligado.

Ya ve usted, pues, que no somos desconocidos el uno al otro.

Ademas, somos hermanos, porque somos americanos y porque sabemos amar á nuestra común patria. En adelante seremos amigos, si, como lo espero, usted acepta la mano que le tiendo al través de los mares.

Hace mucho tiempo que venero los nombres de Rivadavia, Gómez, Sáenz. Me era desconocido el del señor Alcorta. Si consigo las obras de esos eminentes americanos, tendré sumo placer en consagrarles un artículo, aún cuando esa obra debería pertenecer á escritores más autorizados que yo. ¿Cuándo me enviará usted datos suficientes para escribir algunos rasgos biográficos de su respetable padre? Con esto me haría usted un sentido servicio. Deje usted de un lado la modestia y envíeme algunos apuntes para la galería de Americanos.

Está, pues, iniciada nuestra correspondencia. Ni en mi trato personal, ni con los amigos á quienes sólo conozco por correspondencia, soy partidario de las ceremonias: somos americanos, y usted con brillo, yo sin él, pertenecemos á la República de las letras: marchemos unidos, la mano en la mano, la franqueza en el corazón; y si usted me hace ese honor, seremos amigos,—que ya lo soy de usted y muy sincero.

José María Torres Caicedo.

X

ACTA MATRIMONIAL DE ROZAS

Como curioso documento de su época, transcribimos el acta de matrimonio de Don León Ortiz de Rozas, corolario al capítulo *Rozas Cautivo,* encontrado entre los papeles del hermano de armas que le redimió de su cautiverio:..........

....

....

«El treinta de Setiembre de mil setecientos noventa años, presidiendo dos proclamas, y dispensada la tercera por el Señor Provisor y Vicario General, el licenciado Don Juan José Yolis, y dada su licencia y aprobados los contrahyentes en la Doctrina Cristiana y sacramentalmente confesados: Habiendo yo, el Cura Rector, dado por mi parte el consentimiento y facultad para que el maestro Don Luis Ramón Vidal, Capellán Castrense del 2º Batallón del Regimiento de Infantería de Buenos Aires, para que, como tal, usase de su facultad para el efecto de este casamiento, delegó la suya en el Reverendo Padre presentado, fray Francisco Gorostizu, del Real y Militar Orden Mercedario, y en su virtud casó *in facie Ecclesia,* en la de su Convento, que es actualmente la castrense, á Don León Ortiz de Rozas, natural de esta ciudad, hijo legítimo del Capitán Don Domingo Ortiz de Rozas, difunto, y de Doña Catalina de la Cuadra, y Teniente de dicho batallón y Regimiento, con Doña Agustina López y Rubio, natural también de esta ciudad, hija legítima del Sargento Mayor de milicias don Clemente López y de Doña Manuela Rubio, difuntos, y procedió á todo haber presentado dicho contrahyente en la Curia Eclesiástica, el Real Permiso que ha obtenido para este matrimonio, y fueron testigos el Alcalde de primer voto de esta ciudad Don Cecilio Sánchez de Velazco, y su esposa doña María Magdalena Trillo, y también, Don Manuel de Roseis y Don José Chavarría, y me consta de todo respectivamente por letra y firma de dicho Reverendo Padre presentado, y del expresado Don Luis Ramón Vidal, Capellán, y lo firmo como Cura Rector de esta Santa Iglesia Catedral».

Doctor I. B. Cayetano Fernández Agüero.



ÍNDICE

DEL CUARTO PUÑADO



TRADICIONES DE BUENOS AIRES

CON ILUSTRACIONES DEL SIGLO PASADO

EXTRANJERAS

FE DE LAS ERRATAS PRINCIPALES

Página	Línea	Se lee:	Léase:
4	8	faltar	faltarnos
6	29	mortificación más	para más mortificación
10	1	cerca	después
11	8	ha sonado	tocó
22	28	de las patas	de potro
23	12	como	algo más
25	6	en	en su
29	9	guardián	guardia
33	25	hizo	hizo caer
47	14	Arce	Liniers
69	19	realizaban	realzaban
79	22	coleccionados é ilustrados en Roma	impresos
80	8	que	de lo que
116	22	milagro	milagroso
118	4	algarada	algazara
128	28	Salta	Tucumán
129	27	el	al
134	10	lo	el
134	20	en decir	en su decir
135	33	hacen	hicieron
136	1	regresa	regresó
139	20	merced	Merced
141	19	desde	desde las
142	8	descanso hacia	descanso hacía
142	28	según	según él
143	16	Te	Le
145	11	suele	suelen
145	26	el	sólo el del
149	11	jornada! Así el	jornada como el del
149	12	el	del
149	13	fué muerto	matando
150	11	ruido	ruido y humo
151	16	concuirlo	concluirlo
157	4	de delitos	de listos
159	9	apenas	y apenas
159	15	en	hacia
163	20	despedazado	despedazándole
168	18	ser	serlo
169	2	esos feos	los más
171	18	en	el
179	12	clavadla	clávala
181	20	siempre se fué	siempre fué
181	22	vaqueanazo	vaqueanazo es
181	34	al	la
186	14	Extravagancias	Escenas
192	20	veinte	tantos
192	21	veinte	tantos
192	22	argentinos. Prueban	argentinos, prueban
201	6	Echelo	Echelos
202	9	fui	fué
203	18	civilizar. Enredado	civilizar, enredado
209	7	ofuscado	entenebreciendo
214	6	Valentín Cardoso	Escardó
216	4	Larrondé	Larroudé
216	6	hubieron	hubieran
229	6	que	á que
237	8	lección	lección contiene



